

# TEST

## BULA MATARI

Gaspar Oliver





© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

# **BULA MATARI**

Una novela de

**Fernando Bellón**

*Precisión histórica para la mejor inteligencia de los hechos que se narran*

El 11 de febrero de 1990, Nelson Mandela, dirigente del movimiento de liberación de los negros, mulatos, indios y también de los blancos antigubernamentales de Suráfrica, respiraba en libertad por primera vez en 28 años. El *Apartheid* se había resignado a pasar a la historia.

Pero no todos los blancos surafricanos estaban igual de resignados. Una importante minoría de *bóeres* se había preparado para todo con tal de no perder sus privilegios.

Eran descendientes de los intrépidos colonos de origen holandés y francés que, en 1836, habían realizado una heroica travesía llamada el *Grand Trek* por tierras desconocidas, desde la colonia de El Cabo, sometida al dominio británico, hasta las fértiles llanuras de lo que pronto llegarían a ser los estados de Orange y el Transvaal.

Gentes bravías, se sentían un nuevo Israel. Estaban convencidos de que el Dios de la Biblia les había designado para hacer de esa tierra el solar de su nación, la nación *afrikaner*, los africanos blancos. Y para asegurar la elección de Yahvé llevaban siempre a mano en el pescante de sus carretas junto al Libro, un fusil. Su

fe era tan absoluta que marcó su relación con los verdaderos africanos que poblaban aquel nuevo Canaan. Como Josué y sus doce tribus, entraron a sangre y fuego en la tierra prometida, derribando las murallas de cada Jericó que se les resistía y degollando a aquellos filisteos de piel negra. Según el entender de los *bóeres* (pronunciado *bure*, “campesinos” en holandés-*afrikaans*), los pueblos aborígenes, ignorantes de la nueva revelación, no podían esgrimir ni derechos ni razones para ocupar y disfrutar lo que Dios había reservado a los colonos *afrikaner*.

Ciento sesenta años después, sus más contumaces herederos ocupaban parcelas muy firmes de poder en los entresijos de la economía (enriquecida fabulosamente con el oro y los diamantes del Transvaal), la política y, sobre todo, la policía y el ejército.

A lo largo de más de treinta años de *apartheid*, constitucionalmente establecido en los años cincuenta, los blancos surafricanos habían conseguido dos realizaciones indiscutibles.

En primer lugar, habían organizado uno de los aparatos represivos más eficaces y despiadados de la historia. Un aparato formidable que servía tanto para los conflictos domésticos como para las amenazas exteriores al dominio *afrikaner*. Intervinieron con brutal contundencia en las guerras de sus vecinos, en la

antigua Rhodesia, hoy Zimbabwe, en Angola, Mozambique y en el llamado territorio de Africa del Suroeste, ahora Namibia. En su propio país, llegaron a someter a los numerosos pueblos africanos por medio de la violencia. Regimientos de contra-guerrilla como el *Koevoet* se hicieron famosos por su brutalidad y su habilidad en la guerra sucia. Al mismo tiempo, gracias a estratagemas aprendidas de los británicos, fomentaron el recelo tradicional entre las tribus, y las situaron unas contra otras en cuantas oportunidades se les presentaban.

En segundo lugar, construyeron un perfecto sistema de distribución desigual de la renta en beneficio de la minoría blanca, en particular de la minoría *boer* o *afrikaner*, los descendientes de los primitivos colonos holandeses y hugonotes franceses. Para ello explotaron a fondo la conspiración y el secretismo de una vieja institución de autodefensa *boer*, el *Broederband* o “Hermandad”. La consecuencia inevitable fue una tupida red de influencias y favoritismo oculta al escrutinio público.

Gracias a estos dos factores, los elementos más contumaces del racismo legal hicieron funcionar con letal eficacia instrumentos de desestabilización en el desmontaje del *apartheid*. En algunos casos, determinados individuos aprovecharon la camaradería de los suyos y el descontrol de las circunstancias para

desviar dinero fugitivo hacia cuentas particulares abiertas en los paraísos fiscales del mundo entero.

Los racistas más incondicionales aprovecharon todas las ventajas de la división de los pueblos africanos y de su adversa situación con el propósito de aplazar la defunción del *apartheid*, sin importarles el precio en vidas humanas, porque la mayoría de los muertos eran negros. El Congreso Nacional Africano acuñó el término “Tercera Fuerza” para referirse a esta oscura alianza de una fracción de las fuerzas de seguridad y el ejército con los elementos más contumaces del *apartheid*. Entre febrero de 1990, al salir Mandela de la cárcel, y mayo de 1994, al asumir la presidencia de la república, una violencia artificialmente urdida se adueñó de los barrios negros, en particular en los *townships* o guetos negros de Johannesburgo, y en las aldeas de la provincia de Natal. Decenas de miles de africanos perdieron la vida y muchos más quedaron malheridos o mutilados.

El partido *Inkhata* del jefe zulú Mangosuthu Gatsha Buthelezi, mantuvo un enfrentamiento a muerte literal con el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela. Esta lucha se desarrolló fundamentalmente en la provincia de Natal, donde se concentra la mayoría de la población zulú, un pueblo surafricano que llegó a constituirse como imperio con el jefe Shaka a principios del siglo XIX.

Desde su origen en 1911 y en su largo desarrollo, el Congreso Nacional Africano había tenido pocos zulúes en sus filas y menos aún en su dirección. Por ello, en sus esfuerzos por implantarse en la vieja Zululandia se encontró con una resistencia natural.

Esta situación la aprovecharon los racistas para utilizar el partido *Inkhata* de Buthelezi, infiltrado y manipulado por la “Tercera Fuerza”. Uno de los más sangrientos campos de la guerra artificialmente creada entre africanos eran los *hostels* o residencias de varones inmigrados de las aldeas zulúes del Transvaal oriental o de Natal. Los oscuros elementos de la “Tercera Fuerza” sembraban el odio en aquellos albergues abonados para la violencia, armaban secretamente a los zulúes que vivían en los infectos barracones, y estimulaban sus ataques a los vecinos de los alrededores, fueran éstos también zulúes o pertenecieran a otro pueblo tradicionalmente rival. El *hostel* del barrio de Alexandra, uno de los *tonwships* más antiguos de Johannesburgo, rodeado de ajardinados suburbios blancos, fue uno de los más violentos.

Muchos elementos de la historia que aquí se cuenta son tan reales como puedan haber sido los hechos revelados por la prensa surafricana, de la cual el autor se ha aprovechado a fondo y con quien está en deuda.

La ciudad de Johannesburgo es un emporio de riqueza mal repartida. Mucha se encuentra todavía enterrada en las minas de oro y diamantes de la región. Para sacarla, durante decenios ha hecho falta un ejército de obreros negros. Tantos, que en la última década del siglo XX la población africana negra era abrumadoramente superior en número a la africana blanca.

Vista desde el aire, Johannesburgo es un mar de casitas en torno a una isla erizada de rascacielos. Al suroeste yace el barrio inmenso de Soweto (*South West Township*), y en él pululan un millón y pico de personas, todas negras. Pero, además de Soweto, son multitud los barrios negros. El primero de todos fue Alexandra, un barrio africano construido entre colinas polvorientas al noreste. Manzanas de edificios de ladrillo con un solo piso.

El crimen, organizado y espontáneo, reina en unas calles donde los principales transeúntes son la miseria, la injusticia y el deseo de poseer lo que atesoran los blancos. Los conflictos entre vecinos se convierten en batallas campales por un “quítame allá esas pajas”. Los conflictos políticos se transforman en escaramuzas donde los adversarios intercambian insultos y disparos.

Hacia 1992, la mayoría de las veces las fuerzas del orden se limitaban a contemplar los asaltos y contraofensivas guerrilleras, como si la policía y el ejército fueran cuerpos de una tropa neutral enviada por la ONU.

Protegidos en unos vehículos de seguridad de diseño delirante (*Nyala* y *Casspir*), como inspirados en un cómic de ciencia ficción, los soldados y policías circulaban en medio de lluvias de balas o de piedras por una orografía urbana sucia y desasistida.

En las tripas futuristas de uno de ellos se inicia esta historia, que arranca en el invierno boreal y verano austral de 1993.

## ***La Nyala blindada***

*Johannesburgo*

Catorce pares de ojos escrutaban el paisaje desolado desde el interior de dos *Nyalas* amarillentas de carrocería blindada. Las furgonetas policiales prestaban un aire de inverosimilitud al campo de batalla: como si dos cucarachas de otros mundos acabaran de posarse bajo las panzas oscuras de los depósitos de agua de Alexandra. Catorce pares de ojos conectados a catorce sólidos fusiles automáticos, sujetos por catorce garfios húmedos de sudor frío.

Al oriente de los depósitos se agazapaba el viejo barrio de Alexandra; a occidente, el barrio blanco de Wymberg, separado del *township* por el foso de la ancha autopista de Johannesburgo a Pretoria.

A un centenar de metros de las *Nyalas*, en lo más hondo de una vaguada sin vegetación, estaban aparcadas cuatro camionetas de transporte de tropa *Casspir* con perfiles de volquete. Por encima asomaban sus cabezas de carbón una carga de soldados negros. Se interponían entre el *hostel*, la residencia de trabajadores solteros, colgada de un cerro ocre, y varias decenas de vecinos de Alexandra, atrincherados tras una barricada al pie de la elevación.

Desde hacía un rato reinaba el silencio. Los *Casspir* acorazados habían impuesto una tregua. En la vaguada olía a tensión y a pólvora. Una casita del barrio ardía a un lado, y un puñado de africanos la observaban mudos, como si veneraran una pira funeraria.

Al cabo de unos minutos, los transportes de tropa *Casspir* se retiraron súbitamente hacia los depósitos de agua clavados en la colina, sobrepasaron las *Nyalas* blindadas y se perdieron hacia el barrio de los blancos, como una caravana de saurios artillados.

La sorpresa sacudió como un golpe al grupo de africanos que se habían quedado en medio de la vaguada, al darse cuenta que estaban al descubierto.

Antes de que pudieran echar a correr hacia la barricada, sonaron varios chasquidos y luego un ta-ta-ta siniestro. Dos de los hombres hicieron una pirueta en su huida, conejos abatidos en mitad de la carrera, y cayeron al suelo alcanzados por la muerte, que no avisa. A uno de ellos, una bala explosiva le reventó la cabeza. Un tercero se precipitó en tierra con la pantorrilla atravesada.

Sonaron varios tiros más, quizá dados al aire. Un niño lanzó una botella con mecha prendida. Hizo un arco por encima del grupo en desbandada, cayó en el jardincito de una de las viviendas abandonadas, y estalló. El herido se arrastró en zig-zag hacia un lugar a cubierto, ayudado por dos camaradas que creían escudarse tras las frágiles tapas de hojalata de dos cubos de basura.

Lentamente, una de las *Nyalas* amarillentas culebreó colina abajo desde los depósitos de agua, seguida de una *bakkie*, una camioneta policial. Se detuvo el tiroteo. Se aparearon dos agentes negros, cogieron los cuerpos, los metieron en la furgoneta entre las protestas de los atrincherados, y el vehículo se largó hacia la comisaría o hacia el depósito de cadáveres.

Arriba, protegida por la sombra de las enormes cisternas, la otra *Nyala* vigilaba el escenario de la guerra. El crepúsculo se desvanecía rápidamente, como si la muerte empujara al sol hacia el desierto de Kalahari, y la vaguada se oscureció en menos de diez

minutos.

En el interior del vehículo blindado que vigilaba desde el otero a la sombra de los depósitos de agua, un europeo uniformado le dijo a otro de su misma tribu blanca, un gigante rubio vestido de civil,

–Llevamos veinte muertos en dos días. Esto es una matanza –Había reprobación en su voz.

–No te gusta esto, ¿eh? –dijo el civil con aire distante.

–Es mi trabajo, ¿no?

–¿Por qué no te largas del servicio y montas una compañía de seguridad? Mucha gente podría ayudarte.

El aludido no contestó. Dio la orden de marcha al chófer, un namibio corpulento, como el resto de la escuadra. El *Nyala* se sacudió y echó a rodar.

–Ahora mismo, fíjate, cada día abandonan el cuerpo diez policías. Y muchos se van a la seguridad privada. Antes de buscarte, pensé que tú también lo habrías hecho –insistió el gigante rubio.

–¿Por qué? –El policía uniformado calló un instante, quizá para elaborar una respuesta coherente que explicara el caos que se iba apropiando de la sociedad y de su conciencia de blanco privilegiado—. Cuando se trabaja en las cloacas, el uniforme protege, es como un

impermeable. Fuera hay mucho trabajo sucio. Yo no creo en el estado *Boer*, si eso es lo que tú llamas “seguridad privada”, organizar un ejército paralelo de blancos separatistas. Con el riesgo estadístico tengo bastante. No me gusta la ruleta rusa. Cada semana mueren seis policías. Supongo que también tendrás la cifra en tu libro de estadísticas apocalípticas.

–¿Y por qué mueren? –recitó el hombre de civil con chunga retórica.

–Pregúntaselo a los “pretócratas”.

El militar se refería a los angustiados funcionarios de Pretoria. El otro tipo rió la ocurrencia.

–Gracias a ellos, pronto mandarán los cafres. Te tirarán a patadas.

–Es una posibilidad. Otra es que me necesiten.

–De todas formas, me puedes hacer ese favor, ¿no? Ayúdame a dar con ese tipo.

–Néstor León... –El policía de uniforme pronunció con morosidad, quizá plasmando en su mente la figura del que invocaba–. No traté mucho con él. Pero puedo enterarme. ¿Qué quieres averiguar?

–Eso es cosa mía. Sólo dime dónde puede estar.

–¿No me concedes el derecho a saber por qué?

–Si das con él, te contaré todo lo que puedo contarte. Te sorprenderá lo atrevida que es la incertidumbre.

–Yo siempre he tenido las cosas muy claras –afirmó el policía–. Pero no soy un fanático.

–Tampoco lo es Néstor León, y también parecía tener las cosas claras. Hasta que su mujer le echó de casa.

–Estaba casado con una *afrikaner*, ¿no?

–Con una zorra inglesa, divorciada de otro inglés, y que se la acabó pegando con un nuevo inglés –El tipo de civil dejó el aliento en suspenso, porque todavía no había acabado–. Mala raza.

–¿Qué ha hecho Néstor León, atracar un banco?

–Ya lo sabrás –contestó pacientemente–. Quédate con esta idea de momento: me ha dado una lección.

–¿A ti? Pues ya es difícil –se rió el de uniforme.

–La verdad es que creí que ya lo había aprendido casi todo. Que había pocas cosas nuevas –El tipo hablaba fingiendo un discurso filosófico que le importaba un cuerno.

–Ese Néstor León no parecía una caja de sorpresas. Será el alma latina. ¿Es portugués, no?

–Español –Al individuo de civil no parecía importarle la diferencia–. Ya ha pasado nuestra Edad de Oro, ¿sabes? Pero no me voy a rajar. Sólo tengo un pueblo, el *afrikaner*, y estaré con él siempre, siempre. En mi familia no hay ni una sola gota de sangre que no sea *boer*.

Esta declaración de fe tenía un eco bíblico.

–Eres blanco como la leche, Anton Guelke. Pero puede que eso sea sólo una suposición –le espetó el policía uniformado mirándole a sus ojos de niño inocente–. ¿Te has analizado la sangre? ¿Estás seguro de no tener ningún gen negro o malayo?

El *Nyala* circulaba pacíficamente entre chalés con bellos jardines, un refugio para blancos protegido por murallas coronadas de alambre de espino. En otro tiempo fue un pacífico barrio que envidiaban y respetaban los africanos. Arrinconados en los jardines, medio ocultos tras una pantalla de eucaliptos, se intuía la sombra de los cobertizos para la servidumbre.

Había caído la noche, y la luz de farolas y ventanas bañaba de caramelo el *ghetto* de los blancos.

## **Un error de cálculo**

*Madrid*

–Eso sí que no me lo esperaba –dijo irritado el

hombre que había de pie ante la mujer sentada. Levantó los brazos, pero enseguida los abatió y puso las manos en los bolsillos del albornoz. En su expresión había sorpresa, pero también miedo—. ¡Yo no necesito una mujer! ¡Es lo último que necesito!

—Y lo que acabas de hacer conmigo, ¿cómo piensas repetirlo, con una muñeca hinchable o destrozándote la muñeca? —dijo la mujer con mucha flema, gesticulando con el cuerpo y la mano lo que acababa de aludir.

—¡No tiene nada que ver! Es que ni de lejos, ni de lejos podía yo imaginar que ibas a seguirme.

El tipo estaba exasperado. La mujer era consciente de su superioridad.

—¿Yo? ¿Seguirte?

—Me acabas de decir que has abandonado a tu marido. Incluso has afirmado que lo has abandonado por mí.

—Y a ti también te puedo abandonar. Yo soy una mujer muy dura.

Fingía indiferencia con tanta maestría que la amenaza sonaba verosímil. Pero a Betty García Inglés le faltaba poco para desmayarse.

Había previsto la sorpresa de Néstor León, mas no su absoluta resistencia. Tomó aire a fondo,

desconcertada, rabiosa por un error de cálculo que le podía resultar fatal. Pero no dejó de mirar al hombre a los ojos. Y en ellos vio que podía arriesgar todavía más y doblar la apuesta.

Se levantó del sillón sin sujetar la toalla húmeda que la envolvía y que quedó revuelta en el asiento. Se estiró con la elegancia de un felino para disimular un escalofrío. Dio la espalda al hombre para hacer más expresiva su desnudez y se dirigió al otro extremo del salón, junto al ventanal.

Tomó su bolsa de viaje del suelo y la puso encima de la mesita de mármol. Notaba un cosquilleo encima de los hombros, las puntas de su empapado pelo rojo. Sin volverse del todo, se colocó de modo que la luz del ocaso bañara su cuerpo. Sacó ropa interior del bolso y se empezó a vestir.

A unos cuantos pasos, en la pared, aparecía Betty de frente, reflejada en un espejo. Tenía la piel de un blanco casi lácteo, con grupitos de pecas dispersos al azar. Se ciñó un suéter escotado de color azul oscuro, y organizó su pelo con los dedos abiertos. Su melena bermeja era la imagen de un incendio en día de tormenta.

A un lado de su figura espléndida, se asomaba al cristal el rostro perplejo de Néstor León, ancho y geométrico como un polígono irregular, tras unas

gafas de montura de concha.

Betty le ignoró al captarle de reojo y comprobar que su mirada de derrota no había cambiado.

Se giró por fin hacia él, ajustándose la cintura del pantalón y tirando del pliegue planchado rectamente hasta los pies.

–Betty. Ahora mismo lo que necesito es una madre.

–Lo mejor será que me vaya ahora mismo.

–¿Dónde? –dijo el tipo roncamente.

–A un hotel, supongo.

Betty cerró la bolsa de viaje.

–¿Tienes pasta?

–Veinte mil duros y una tarjeta de crédito que tardaré en usar, para no dar pistas a mi marido.

Néstor León se movió bruscamente y se perdió tras la puerta de la alcoba. Salió con un puñado de billetes.

–Necesitas un préstamo –dijo tendiéndoselos a Betty a unos pasos de distancia.

La mujer le miró a los ojos y avanzó un paso hacia Néstor León. No desvió ni un segundo las pupilas hacia su mano con el dinero. Luego se giró y

tomó el bolso y el abrigo de una silla. Tornó a volverse al hombre, que seguía con la mano llena de billetes tendida y la misma expresión de confusión. Betty intentó torpemente ponerse el abrigo, estorbada por el bolso, que al final entregó como por casualidad al hombre.

Néstor León metió de un empujón el dinero en el bolso de Betty.

–Eso no se le hace a una madre –dijo la mujer, y se inclinó hacia él y le dio un beso sin abrazarle.

–¿Cuánto hay?

–No lo sé, quinientas mil pesetas.

Néstor León notó en su mano el contacto de Betty. Se dejó llevar hasta la puerta del piso, se dejó besar de nuevo y esta vez con un apretón de noble cariño, sin sentimentalismos, porque Betty era una mujer muy dura, vaya si lo era.

–¿Es verdad que me recuerdas de los años de la universidad? –dijo él–. Apenas llegué a aguantar un curso.

–Estás más guapo ahora. ¡Adiós!

Betty cerró la puerta y se arrastró hasta el ascensor. Al entrar en la caja se dejó caer contra una de las paredes. El cacharro bajó dando sacudidas, y la mujer tuvo la sensación de estar sumergiéndose en un

abismo. Anticipó fugazmente una imagen terrorífica: su salida hacia la noche desde el cálido portal. Quizá tuviera tiempo de coger un autobús y regresar a su hogar en Valencia. Baltasar ni siquiera se daría cuenta de que había intentado huir, de que su mujer acababa de perder una amarga batalla.

Betty era menos fuerte de lo que aseguraba en voz alta.

Podía pulsar el stop, luego pulsar el botón del octavo, llamar al piso y esperar que abriera Néstor León, se arrojava en los brazos de Betty y le pidiera que se quedara.

Con un golpe final y un chasquido, el ascensor indicó que había llegado al bajo. Betty se llenó los pulmones de aire y pronunció para sacarse a sí misma de la fantasía, “Al menos, podía haberme pedido un taxi, el cabronazo.” Antes de que pudiera empujar la puerta externa del camarín, ésta se abrió.

Néstor León sonreía con el aire de haberse liberado de un gran peso.

–No puedes irte así –y le quitó el maletín de las manos–. Te acompañaré a un hotel. Y dentro de unos días, buscamos un apartamento... Te lo pagaré yo.

–Mientras busco trabajo –articuló Betty, disimulando su júbilo con una declaración de amor propio.

Había ganado.

Néstor León paró un taxi y dio el nombre de un hotel.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó a Betty. Se quitó las gafas y se puso a limpiarlas para evitar mirarla.

–Ya te lo he dicho. Buscar un trabajo.

–Lo tienes crudo.

–Lo encontraré. Estoy de suerte.

–¿De *nurse*?

–Si no tengo más remedio... Enfermera es mi oficio. No me gusta. No creo que vuelva a trabajar de ATS si puedo encontrar otra cosa –Betty hacía esfuerzos por no variar el tono calmado de su voz.

–¿Por qué tomaste la decisión ahora? ¿Por qué no viniste antes?

–¿Habría servido de algo?

–Quizá.

–Ha sido porque me he quedado sin trabajo. Han cerrado el hospital. ¡Era deficitario! – Pronunció estas palabras con desprecio—. A la gente fija la han colocado en otros hospitales. Yo no era fija. ¡Años de eventualidad! Pendiente de un hilo durante años. ¿Te das cuenta? Si hubiera sido funcionaria de Sanidad...

–Pero a Baltasar le van bien los negocios, ¿no?

–Son sus negocios. Es Baltasar. Yo soy Betty. Y quiero vivir contigo.

Betty advirtió el sobresalto del hombre en la penumbra del taxi.

–¿Con un tipo sin domicilio fijo? Yo soy un *businessman* internacional. Un *businessman* poco recomendable.

–Eso es lo que me atrae. Quiero ser peligrosa como tú. Enséñame.

–¿Lo dices en serio, Betty? *Come on!* Me estás tomando el pelo. O estás como una cabra. Admito que puedas haberte hartado del prudente Baltasar. Eso le pasa a todo el mundo. La vida del matrimonio es aburrida, pero segura. ¿Y tu hijo? ¿Y la comodidad de tu casa?

–Son problemas míos. Asumo el riesgo. Cuando no pueda más, me tomaré sedantes. O beberé un poco de alcohol. No voy a ser nunca más una mujer vulgar.

Al arrancar el vehículo, Betty se quedó absorta unos instantes. Miraba ciegamente hacia la calle iluminada, la veía pasar ante sus ojos, una sucesión de imágenes, cada una con un sentido, cada una con una causa para estar allí, con una misión, por casualidad o por cálculo. Pero desde el taxi en movimiento no eran sino un vértigo de luces y de colores que se

atropellaban en el cerebro de Betty a través de sus pupilas desenfocadas.

—Te contaré una historia —dijo por fin, sin apartar los ojos de la calle—. Una amiga mía, una compañera de mi edad, treinta y siete años, bueno, dos más que yo, se quiso suicidar hace dos semanas. Y tiene dos hijos. Y un chalet a su nombre. ¿Por qué se quiso suicidar? Porque el marido la iba a dejar por otra. Ella pensó que su vida había acabado. No podía imaginarse buscando otro hombre, ligando en los bailes de carrozas, suplicando a matrimonios amigos que organizaran cenas y que invitaran a tipos solteros y separados de su edad. Cuando estaba deprimida, decía que el mercado estaba fatal. Cuando estaba desesperada, avisaba que se mataría. Y lo intentó. Su marido es un pájaro de cuenta, que se la ha ido pegando con un montón de tías años y años. Todo el mundo lo sabía menos ella. Hasta que un día, por casualidad, sin pretenderlo, ella lo descubrió. El individuo fingió que se derrumbaba. Se pasó varios meses diciendo que estaba hecho polvo, confuso, dudando. Abandonó la casa con el consentimiento de mi amiga, pero volvía todos los fines de semana para ver a sus hijos. En realidad lo hacía para comer en casa, para llevar la ropa sucia y para que sus hijos le vieran a él. De pronto, salió con que se había enamorado de otra mujer y que se quería casar. Le

pidió la separación a mi amiga. Mientras duró la indecisión, mi amiga no parecía afectada. Estaba segura de sí misma, de su superioridad sobre su vulnerable marido, de su sólida calidad de madre. Mi marido decía que era la personificación del antifeminismo: resignación, tolerancia, buenos modos. Una vez se lo comenté a ella, y me dijo que las feministas le parecían personas histéricas por la frustración de no tener lo que no les correspondía, es decir, no ser varones. Sostenía que lo importante es conservar lo que es de una, lo natural, y no coger berrinches exigiendo lo que no tendrás jamás. ¿Qué es lo que no tendrás jamás?, le pregunté. Me dijo que dieciocho años, la oportunidad de empezar de nuevo... –Betty se calló unos segundos. Antes de seguir hablando se volvió a Néstor León—. Yo no estoy de acuerdo con ella. Yo creo que hay que volver a empezar en cuanto te das cuenta de que has fracasado, antes de que te dejen tirada en la cuneta o de que te conviertas en un objeto decorativo pasado de moda.

–Pero, ¿cuál es tu fracaso? ¿Tu marido? ¿Baltasar?

–Poco después de que te marcharas de Valencia descubrí que estaba embarazada –Betty hizo una pausa para ahogar un sollozo que parecía auténtico—. Perdí el hijo.

–Lo siento –Néstor León se removió en el

asiento para colocar su brazo sobre los hombros de Betty.

–Era tuyo.

El hombre congeló su movimiento, retiró el brazo de un tirón y gritó,

–*Jesus Christ! And you tell me that now, you bloody lunatic!* ¡Ahora me lo dices! –Se inclinó hacia los agujeritos en la pantalla de plástico que les separaba del chófer, y ordenó– ¡Pare aquí, por favor, aquí mismo!

El taxista frenó lentamente, acercándose a la acera. Néstor León se apeó del coche y echó a correr maldiciendo en inglés. Antes de perderse tras una esquina, se volvió y dijo a voces,

–Yo no necesito una mujer. Necesito una madre, ¿te enteras? Necesito una madre.

–¿Dónde vamos, señorita?

En ese momento, Betty se dio cuenta de que el chófer era una mujer. Detrás de su melena rubia de tirabuzones había una sonrisa malévola.

–Al hotel. ¿Dónde vamos a ir?

La voz de Betty había recuperado toda la flema. Se recostó en el asiento, y le alivió descubrir que también sus labios se estiraban en una sonrisa. De satisfacción.

## **Anton Guelke en Braamfontein**

### *Johannesburgo*

La pendiente, en descenso hacia el oeste, arrancaba en la ancha calle Rissik, a la altura del pétreo ayuntamiento de factura neoclásica. Seis manzanas más abajo la calle tocaba fondo al pasar frente a la estación central de Johannesburgo y de nuevo se transformaba en una corta cuesta ascendente, que se bifurcaba en dos en torno a un faraónico monumento a los mineros, situado en lo más alto de una colina del barrio de Braamfontein.

Bajo la calle se expandía un río de vías, desde los andenes subterráneos de la estación. En los rieles oleaginosos reflejaba sus colores el ocaso. Por las aceras apenas circulaban transeúntes, porque la noche era una amenaza fatal.

El hombre gigantesco que acababa de aparcar el coche frente a un edificio de ladrillo gris en la subida corta de Rissik Street, se detuvo al pie de unas escaleras y miró a lo alto. Se fijó en los ventanales del segundo piso de donde salían gritos y una música de ritmo machacón. Unas encima de otras, verticalmente, se leían cuatro letras, YMCA, “*Young Men's Christian Association*”, una residencia barata para hombres supuestamente jóvenes.

Un grupo de negros parlanchines, todos

varones, obstaculizaban en la calle el paso hacia la entrada. El hombre descomunal, un blanco que no tenía aspecto de dedicarse a la reconstrucción de su cuerpo, sino que era así por naturaleza, volvió la cabeza hacia el bordillo y miró su coche, quizá para dejar claro a los africanos su calidad de propietario.

No le hacía gracia andar a semejantes horas de la tarde por esa parte de la ciudad, donde los blancos eran una rareza fuera de las horas de trabajo, e incluso en ellas. El tipo se echó una mano a los riñones, colocándose bien la *Beretta*, oculta tras la americana de verano.

Se fijó en una robusta rubia que cruzaba la calle Rissik con una bolsa y en atuendo deportivo. Venía desde el edificio del YWCA, la residencia gemela para mujeres supuestamente jóvenes, frente a la de los varones cristianos. La acompañaba un negro fornido, posiblemente un extranjero por la naturalidad de su comportamiento. Juzgó el gigante blanco, quizá un *shona* de Zimbabwe. Era raro el meneo engreído en un negro de Suráfrica.

Anton Guelke frunció el entrecejo ante el espectáculo repulsivo de la promiscuidad racial. La pareja pasó delante de él y entró en el edificio. Charlaban y reían, como los negros de la puerta. Les vio rodear un mostrador y perderse en una escalera, sin duda hacia el gimnasio.

El blanco enorme penetró en el edificio atropellando, es decir, ignorando a los africanos que obstruían la entrada, y se dirigió a la recepción.

–Quiero ver a Kevin van Breck –dijo en *afrikaans*, la lengua de los *bóeres*, a una mujer blanca que parecía a cargo del lugar.

La mujer consultó en un libro de registro de un vistazo.

–Piso segundo, habitación 213. El ascensor está ahí –señaló con la cabeza a la derecha del hombre y se olvidó de él.

El tipo se quedó parado, observando con disgusto la variedad racial del establecimiento. La mayoría eran negros jóvenes, en actitud relajada, confiados, seguros de ellos mismos. Muy pocos eran blancos, y no siempre jóvenes.

El gigante los situó sin contemplaciones en el purgatorio de los tarambanas al borde del abismo, o borrachines expulsados de casa por la familia. El propio Kevin van Breck, a quien iba a ver, había arruinado su vida con dos matrimonios absurdos y había dejado a cada mujer con dos hijos, según había visto en el expediente del Departamento de Seguridad. ¿Qué otro blanco puede vivir entre estos cafres?, pensó el visitante.

Alguna gente entraba por unas puertas batientes, más allá del ascensor, de donde llegaba un olor a rancho.

–Puede subir usted si quiere –oyó a la recepcionista.

Dio un paso hacia el ascensor, y notó que alguien se aproximaba demasiado a su espalda. Giró la cabeza de golpe, y se encontró con un joven africano sonriente.

–Kevin todavía no ha vuelto. Y es raro. Suele cenar en casa.

Del tono de voz del joven se podía desprender que si no era homosexual lo estaba aparentando. El hombrón iba a volver a su sitio la cabeza cuando vio aproximarse a un chico blanco muy delgado que parecía querer decir algo.

–¿Sabes algo de Kevin, chico? –preguntó el gigante, ignorando al negro.

–Debe de estar al caer, señor. Había quedado con nosotros para cenar. Queríamos darnos una vuelta por Hillbrow –informó el chaval.

–¿Hay algún sitio en el que pueda esperarle?

–En el salón –se adelantó el africano.

–Allí –señaló el muchacho blanco.

–Dile que Anton Guelke quiere verle.

–Sí, señor.

El salón era una habitación mal iluminada con aspecto de discoteca. Había una mezcla de atmósfera húmeda y a la vez polvorienta. Apestaba a tabaco malo, y una asquerosa moqueta devolvía al aire en cada pisada una nube de suciedad. Una serie de sofás devastados y de sillas y mesas heridas de muerte hacían de mobiliario. En un rincón, un aparato de televisión emitía una telenovela en *afrikaner*.

Kevin apareció cuando el salón estaba a rebosar de fumadores haciendo la digestión del rancho. Le acompañaban el negro homosexual y el blanco delgado, como escoltándole.

–Quiero hablar con él a solas –dijo Guelke con naturalidad en *afrikaans*.

Kevin tradujo al inglés el deseo de Guelke a sus amigos, que se retiraron, y explicó al hombrón que eran de Zimbabwue y no entendían *afrikaans*.

Kevin van Beck era mayor que sus amigos, de unos treinta años, un tipo no muy alto, de cara inexpresiva y con partes del cráneo limpias de pelo.

–Soy amigo de Koos Meiring –Guelke hizo una pausa para dar tiempo a Kevin a recordar–. Del CCB. ¿Sabes quién te digo?

El gigante temió que el cerebro de Kevin estuviera más arruinado de lo que temía.

Por fin Kevin asintió.

Anton Guelke se presentó con su antiguo grado, mayor Guelke, pero ocultó que ya no formaba parte de ninguna estructura militar legal y vigente.

—¿Has cenado?

—No me ha dado tiempo. He tenido un incidente en el trabajo. He tenido que disparar a un tipo. Había atracado el almacén que yo vigilo.

Guelke dominó su impulso de ponerse en pie para abandonar el antro, y dejó al hombre desahogarse.

—Entró en la oficina, yo lo vi por la cristalera, y se puso a hablar con el jefe. Le estaba apuntando con una pistola, pero la tapaba con el cuerpo. El jefe abrió la caja y sacó toda la pasta. El tipo la cogió y echó a correr. Entonces se asomó el jefe gritando, dispárale, dispárale, me ha robado.

—¿Le has matado?

—No me gusta matar. Le he tirado a las piernas. Le he acertado a la segunda. El primer disparo ha destrozado un parquímetro en la acera —Kevin representaba su acción con los brazos—. Me he acercado, y cuando iba a ponerle la pistola en la cabeza,

él ha sacado una *Parabellum* roñosa y me ha apuntado a mí, el cabrón. Le he dicho: “Mira chaval, te conviene no apretar el gatillo si quieres seguir vivo”. Había un montón de curiosos en la acera viéndole sangrar como un cerdo. Le habrían linchado.

Kevin pareció más tranquilo después de su discurso.

–¿Era un cafre?

–Sí, un tipo de KwaDela.

–¿Dónde has servido, hijo?

–En Namibia y en Angola, en el 86.

–¿*Koevoet*?

–Sí. Tirador de primera.

–Vámonos de aquí. Te invito a cenar en un lugar decente.

Kevin van Beck se dejó llevar a un barrio de la ciudad que no conocía. En el restaurante sólo había blancos y todos hablaban *afrikaans*. El hombre se sentía como un cabo invitado a un comedor de oficiales.

–Me ha dicho Meiring que fuiste de los últimos en ver a Néstor León, aquí en “Joburg”.

–Sí. Pasó unos días en el YMCA, en mi habitación, antes de irse a Europa.

–¿Te dijo dónde iba?

–A España, creo. Es español, ¿no?

Guelke no contestó.

–¿Pero te dijo a qué ciudad iba?

- No. Creo que no tiene familia. Es huérfano o algo así. Hace unas semanas recibí una postal suya.

–¿Te dejó algún encargo?

–No. Simplemente me dejó la llave de su apartamento en El Cabo.

–¿Por qué?

–Por nada, por si quería veranear.

–¿Tienes su dirección?

–Un apartado de correos, en Madrid. ¿Le busca usted, señor?

–Sí... ¿Te contó por qué se iba?

–¿De Suráfrica?

–Sí.

–Debía de estar harto. Yo también me largaría, se lo aseguro, si tuviera dónde ir. No doy un céntimo por este país. Pero al menos tengo trabajo –Kevin quiso acabar con un rasgo de optimismo.

–¿Te importaría darme ese número de apartado postal?

–No, señor. Lo tengo en la habitación. Si viene, se lo daré.

–¿No te habló de nada? ¿De ningún proyecto?

–Sí. Me dijo que iba a hacerse cargo de un negocio.

–¿Dónde? ¿Qué tipo de negocio?

–No lo sé, señor. En España, supongo.

## **Una racha de buena fortuna**

### *Madrid*

Betty se acercó con cautela al abismo y se asomó. No podía despeñarse, a no ser que rompiera el cristal de un puñetazo, cosa improbable. Grueso y sólido, constituía el muro exterior del enorme edificio. La pelirroja estaba confusa. Estaba casi segura de haber interpretado mal las indicaciones que le había dado Néstor León.

Unos ochenta metros más abajo, la ciudad parecía un *soufflé* arruinado. Un asqueroso frío dispersaba a los transeúntes. Arrebujados en gabanes y tabardos, desde lejos parecían mendigos, pobladores de una metrópoli devastada por alguna explosión de odio civil. La gente se movía entre la niebla con precaución de ciegos. Desde lo más alto de las torres de oficinas, la ciudad parecía existir en el fondo de un lago congelado. La distancia translúcida amortiguaba el rumor del tráfico. En medio de las calles, zarandeados por una

brisa sin origen, los jirones de niebla flotaban aquí y allá como ogros soñolientos que devoraban por un lado vehículos y peatones, y los vomitaban, intactos, por su otro extremo.

Betty sintió en el alma el mordisco de la fatiga. Temía que en el momento más inoportuno la venciera. Recurría a la fantasía y transformaba la derrota en un sueño. El tiempo del reposo habría de ser dulce, y plácido el lugar, una cumbre nevada emergiendo sobre un mullido mar de nubes. Ella, más joven aún en contra de la lógica, desnuda en una hamaca sobre pieles de zorro, marta y visón, bañándose de sol, retirada en el silencio de una isla volcánica.

Luego de recuperarse, Betty García Inglés cambiaría de identidad. Sería otra, con la piel menos blanca, alto tostada, sin pecas merced a cierta pócima. Y después, una nueva pausa, seguida de una nueva identidad. La mítica sucesión de yos, vertiginosa, desconcertante, como un día de monzón. Así hasta completar la intrépida metamorfosis que había iniciado unas semanas atrás al abandonar su insoportable chalet adosado en Valencia. Un viaje en dirección contraria al tiempo, tan aprisa, tan ingenioso, que le permitió recuperar en cosa de un mes prácticamente un lustro.

La mujer se había arreglado y vestido hasta aparentar cinco años menos de los que llevaba

encima. Cualquiera habría dicho que tenía treinta.

Trataba de buscar un apartamento en una zona de Madrid que imitaba a Manhattan. Se había citado con Néstor León, pero desde hacía un rato tenía la sensación de haberse confundido de dirección, de que el lugar de la cita no debía de ser el que estaba pisando en esos instantes, un bloque de oficinas habitado por sujetos con todo el aspecto de ser impostores de ellos mismos.

Estaba en un pasillo. Esperaba el improbable milagro de ver aparecer a Néstor León, o el momento de aceptar que se había equivocado. Mientras tanto, observaba el ir y venir de la gente con fascinación, como si aquel escenario fuera lo que con tanto trabajo aparentaba ser, el centro del mundo. Betty dedujo que aquella oficina tenía algo que ver con una cadena de televisión.

–¿Es usted Berta García Inglés? –escuchó que le decían.

Era un hombre algo más bajo que ella, de unos cuarenta años. La miraba con una sonrisa bienintencionada.

–Betty García Inglés –y estrechó la mano que el hombre le tendía.

–Venga conmigo, por favor.

El hombre la condujo al interior de la oficina que parecía relacionada con la televisión. Al cruzarse con los que trabajaban allí, les saludaba con la simpatía brusca e informal de los profesionales de los media. Llegaron a una especie de despacho con dos mesas. Una de ellas parecía recién instalada.

El tipo la señaló, y repentinamente se volvió hacia Betty.

–Perdona. No me he presentado. Heliodoro Almécija, pero me puedes llamar Heliodoro. Es que tengo tanta prisa... Esa es tu mesa.

Betty pensó que soltar una risa, por inocente que fuera, no era lo más propio, y se dispuso a corregir el malentendido con gentileza.

–Verá, yo...

–No te preocupes, no te preocupes. El trabajo es de lo más fácil.

–Es que, usted...

–Si no te importa, nos llamamos de tú. En este oficio, llamarse de usted es una pasada.

–Bien... Heliodoro, ¿era ust., eres Heliodoro...?

–¡Heliodoro! Te estamos esperando – interrumpió una morcilla enfundada en un traje asomándose al despacho.

El aludido pareció sobresaltarse.

–Un cuarto de hora. Bueno, media hora. No te importa, ¿verdad Berta? –empezó a retroceder hacia la salida–. Acomódate. Estás en tu casa. Enseguida vuelvo. Una reunión... –y desapareció carraspeando.

Betty decidió quedarse. Algo le dijo que debía quedarse. El teléfono se lo dijo, al cabo de unos minutos que pasó curioseando los extraños aparatos que había en el despacho. Betty descolgó el auricular que berreaba en un rincón.

–Una llamada para Heliodoro –escuchó a la telefonista.

–No está aquí ahora mismo.

–¿Le puedes coger el recado, cariño? Estoy acosada por un ejército de ejecutivos al borde de la desesperación –Y pasó la llamada.

–¿El señor Almécija, por favor?

–No está en este momento. Pero si usted quiere, tomaré el recado.

–Soy Berta García Inglés.

A Betty le dio un vuelco el corazón. Por un segundo tuvo la sensación de estar escuchándose a sí misma, como si realmente su personalidad se hubiera desdoblado.

–Era para decirle que no he podido ir... Es que... no sé si voy a poder ir... ¿Sabe?... Me parece que será muy difícil que vaya. No estoy segura de...

–Poder venir. ¿Quiere usted dejar su teléfono, para que el señor Almécija la llame?

–¿Mi teléfono?

El auricular rezumaba pánico.

–Es que, he hablado con mi padre y... creo que no estoy en condiciones de trabajar. Estoy muy mal, muy mal. Me gustaría estar bien, pero no puedo. Mi psicóloga dice que no siempre una puede hacer lo que los demás esperan de una, que ni siquiera es bueno ni correcto, y que... debo escucharme a mí misma. Y yo... Me horroriza salir de casa. ¿Me comprende? No estoy bien.

–La comprendo perfectamente. A mí me pasa algo parecido.

–¿Sí? ¿Y cómo aguanta? Quizá su psicóloga es mejor que la mía. ¿No le entran a veces ganas de dejarlo todo, de esconderse en un rincón, de que la olviden todos, de volver al vientre de su madre?

–Siento todo eso, y mucho más. Pero soy huérfana, un coche acaba de atropellar a mi perro y se me ha incendiado el chalet de Majadahonda.

–¡Qué horror! ¿Le dará el recado al señor Almécija?

–Con mucho gusto.

Betty entretuvo su excitación dando paseos por el despacho. Las paredes estaban cubiertas por armarios de metal llenos de cajitas de plástico gris. Tomó una, la abrió y dentro descubrió una cinta de video. No parecían cintas de vídeo doméstico.

El extraño aparato que leía estas cintas estaba sobre una mesa. No era un reproductor convencional, sino un cajón de chapa feo y desproporcionado. Encajada en su boca emergía un trozo de cinta, como una lengua. Betty la empujó, y la boca se la zampó haciendo chasquidos. De pronto, en el monitor de televisión que había encima del cajón que se había tragado la cinta, apareció una imagen congelada. Era la presentadora del informativo de una de las cadenas privadas.

Un vacío se instaló en el vientre de Betty. Era Clara Begís. La conocía. No era sólo que su cara le sonara de tanto verla en pantallas semejantes. Es que habían pasado años juntas en el colegio. Clara se marchó a Madrid a estudiar periodismo, y ya no volvió a verla, sino después de los años, en la pantalla de la televisión.

En ese instante, como en un prodigio circense, entró la propia Clara en el despacho. Saludó a Betty con una sonrisa, se dirigió al magnetoscopio, tocó una

rueda y su cara desapareció del monitor, y empezaron a correr por él una sucesión vertiginosa de imágenes.

Durante unos minutos, Clara estuvo absorta en la observación de aquellas imágenes, que detenía y hacía correr a voluntad. Luego se volvió a Betty y le dedicó otra sonrisa educada. Al cabo de un intenso periodo de observación de imágenes, Clara tornó a volverse.

—¿Trabajas aquí?

Betty le dijo que no.

—Es que me suena tu cara.

—Colegio Jesús y María, Gran Vía de Fernando El Católico, años setenta.

—¡Betty!

Las dos se pusieron de pie al mismo tiempo y se abrazaron con la genuina emoción de “Ésta-es-su-vida”.

Betty dejó caer todas las guardias que la habían mantenido en alerta en los últimos días, y descargó su conciencia en la amiga de la infancia tan oportunamente surgida de la nada.

Clara Begís la escuchaba fascinada.

—Hay casualidades que parecen cortadas por un patrón. Algo así como un guión de cine o una novela.

¡Estoy emocionada, Betty! –apretó la mano de la pelirroja– Mi vida aquí es tan vulgar, tan rutinaria. Me ves presentando desastres formidables y reuniones políticas trascendentales y crímenes y atentados y separaciones y gilipolleces, y el que no conozca este medio puede pensar que nuestra vida es trepidante. Pero es igual que la de todos. Es aburrida. Sin embargo, tú... Todo lo que me cuentas parece una fantasía. ¡Qué atrevida eres!

–¿No vas mucho a Valencia?

–De tarde en tarde. Toda mi familia está aquí.

–¿Tienes niños?

–¡No estoy casada! No me encuentro preparada para el matrimonio. Soy una mujer sin madurar... ¡Oye! ¿Por qué no aceptas el trabajo que te da Heliodoro? Sería formidable. Te podrías venir a vivir a mi casa. Es pequeña, pero tiene dos habitaciones.

–No, no. Todo es muy precipitado. Esto es una cadena de casualidades. Puede que sea una novela, puede que me despierte de golpe de un sueño complicado. Necesito digerirlo. Puede no salir bien.

–¿Y tú quieres convertirte en una nueva mujer? ¡Estás pensando como una vulgar ama de casa!

–Es sentido común.

–Mándalo al cuerno. ¿O es que has abandonado

a tu familia para convertirte en una mujer sensata?

–No quiero convertirme en un problema para ti

–Betty hizo una pausa para mirar a su amiga a los ojos–. Ni viceversa.

–Te comprendo. Estoy excitada, tan contenta de volverte a ver. Quiero ayudarte. Hagamos la prueba. Sólo unos días. Si no nos llevamos bien, lo dejamos y en paz.

–¿Y esto? –Betty señaló a un punto indeterminado del despacho.

–Se lo contamos a Heliodoro, y ya está. ¿Quién mejor que yo para dar referencias tuyas?

–Pero si ni siquiera sé lo que quieren que haga.

–No importa. Todos estamos a sueldo. A la mayoría de los profesionales del medio nos ocurre lo mismo cada día. No sabemos lo que ellos quieren que hagamos. Esperas..., llega un emisario y te entrega las órdenes. Para hoy esto, esto y esto. Vale, gracias. Y ya está. Así es como funciona. Tú no vales nada. Es el equipo...

–¡Menuda estafa! –murmuró Betty.

## **El décimo de lotería**

*Valencia*

Una ancha nube de polvo negro volaba hacia el

Mediterráneo desde el muelle de mineral del puerto de Valencia. Se descargaba un buque tan decrepito que quizá, una vez vacío, pasara al dique de desguace. Dos máquinas diesel amarillas tiraban de un tren de vagones panzudos para recoger las toneladas de carbón. Al enfilarse la curva que separaba la vía de uno de los malecones, el convoy empezó a emitir un intenso chirrido que no cesó hasta que terminó de pasar el último carruaje.

Baltasar Quesada detuvo su vehículo a unos metros de los carriles, y observó el recorrido de la caravana con sus gemidos metálicos. Soplaban un poniente flojo, y la nube de carbonilla tardaba en desplazarse. Como un penacho tozudo se mantenía sobre la cabeza de Baltasar, que se cercioró de que todos los cristales del coche estaban cerrados. El tibio sol de la mañana había dejado de existir bajo la polvareda, que por encima dejaba pasar las nubes sin ánimo de lucha.

Para la mayoría de los ciudadanos de Valencia, era un día anónimo de invierno.

—¡Hija de puta aaaaaa....! - gritó Baltasar Quesada a pleno pulmón. Para lo cual cerró los ojos y contrajo la cara en una expresión de sufrimiento que hizo temer al maquinista del convoy que el individuo del todo-terreno estaba sufriendo una angina de pecho.

Luego compuso el rostro y dijo: perra, cabrona, alimaña, salamandra, vampiro, arpía y toda una completa letanía de animales, incluidos los mitológicos.

Baltasar Quesada no había tenido otro remedio que admitir que su mujer le había abandonado. Su propio hijo, Rodrigo, le había comentado durante el desayuno que era absurdo ignorar la evidencia.

–¿Qué evidencia? –había preguntado Baltasar.

–A mí me lo ha dicho. Pensé que también había hablado contigo.

Pero Betty no había hablado con él. Aparte de una serie de tarjetas postales, ambiguas, inocentes, la esposa de Baltasar Quesada no había dado señal de vida. Ni siquiera había insinuado que había huido.

El día anterior había hablado por teléfono con Rodrigo.

Tampoco había dado explicaciones al adolescente. Se limitó al anuncio y a decirle que le quería mucho y que pensaba en él.

Por eso, cuando el contratista Baltasar Quesada descendió del coche en la hormigonera y saludó al aparejador, las primeras palabras del hombre estuvieron a punto de inducirle a un crimen.

–Enhorabuena, Baltasar. Lo podías haber dicho.

El recién llegado contuvo el impulso de saltar al cuello del humorista, y preguntó,

–Dicho, ¿qué?

–Hasta podías haberlo repartido. Te querías quedar con todo, ¿no? –En ese momento el aparejador advirtió los ojos inyectados en sangre del contratista—. ¿Te pasa algo, Baltasar?

–¿Se puede saber de qué estás hablando, Julio?

–De la lotería. ¿Cuántos quilos has sacado?

–¿La lotería? –Baltasar tenía la impresión de estar hablando con un desconocido.

–La del Niño. ¿Tú no le compraste al guarda jurado lotería del Niño? Me lo ha dicho él. Supongo que no habrá sido una broma.

–Sí, le compré –dijo Baltasar, todavía sin entender nada—. ¿Qué ha pasado?

–Que te ha tocado el gordo, hombre.

Baltasar dio unos pasos hacia el aparejador, se derrumbó, y éste le cogió al vuelo. De haber sido el tipo menos fuerte, Baltasar se habría rebozado en el hollín que cubría la tierra como una alfombra.

Le trasladaron a la caseta prefabricada que servía de oficina, y le ofrecieron una copa de coñac, que él rehusó. Al recuperarse, no quiso hablar de

nada. Todos se lo perdonaron, porque lo menos que puede hacer un individuo que no espera ganar el premio gordo de la lotería es desmayarse.

Baltasar arregló el asunto que le llevaba a aquella obra de ampliación de un muelle, a la que proveía de maquinaria de construcción, y se despidió.

El aparejador le acompañó hasta el vehículo para asegurarse de que estaba en condiciones de conducir. Y antes de separarse del coche le dijo en voz baja, con aires de complicidad,

–¿Qué vas a hacer con el dinero?

–Me lo voy a gastar. Todo. No voy a dejarle ni un duro a Hacienda.

–Harás bien –dijo el aparejador.

Lo que se calló Baltasar era en qué iba a emplear los doce millones y pico que el destino había puesto en sus manos. En buscar a Betty, en encontrarla, y en escupirle a la cara.

Bueno, quizá no la escupiera. Probablemente no. Baltasar amaba a Betty. Sólo le preguntaría: ¿Qué te he hecho? Dime, ¿qué te he hecho? Baltasar era un hombre recto. Sólo una vez tuvo una aventura. Y se la confesó a su mujer, incapaz de soportar el peso de la irresponsabilidad.

Sentía en sus entrañas la herida mortal de un

hachazo. Nada podía aliviar aquel destrozo interior, ni una cura de urgencia de doce millones.

Al pasar por el control de vigilancia, preguntó por el guarda de la lotería, y le dirigieron a las oficinas de los prácticos. No se encontraba allí tampoco. Al salir, uno de los oficinistas le llamó.

–Quesada, ¿Ve usted todavía al señor León?

–¿Qué señor León?

–Néstor León, ese amigo suyo que venía de África.

–No. Se marchó a Madrid en otoño.

–Es que estuvo aquí por Navidad. Quería saber si había llegado un cargo con madera noble de Matadi, del Zaire, el *Kalinovka*. Acaba de entrar hoy... El capitán ha preguntado por él.

–No llevo encima el teléfono de Néstor León, pero le puedo llamar a Madrid, si usted quiere.

–El capitán ése parece muy interesado en hablar con su amigo.

Baltasar se despidió del práctico, que en voz baja puso un corolario trágico,

–Traía polizones, tres pobres negros fugitivos de esas guerras que no salen apenas en la televisión.

Baltasar había empezado a andar hacia la calle,

y se volvió a medias, tratando de hacer entender al tipo que no tenía ganas de historias.

–Dos han muerto en el viaje. El otro ha llegado vivo y le han llevado al hospital. El capitán no quería decir nada. Los capitanes nunca quieren decir nada de los polizones. Pero esta vez ha sido la tripulación. Se lo han filtrado a los del sindicato, y estos han presionado para que lo sacaran del barco. Es todo muy raro.

## **Tetuán de las Victorias**

*Madrid*

La cantinela venía de arriba. Sonaba como un eco elástico, con claridad y fuerza, procedente de alguno de los pisos altos, y se precipitaba por el hueco de la gastada escalera. La canción se daba porrazos en las barandillas y en los rellanos y se hundía en la penumbra del entresuelo.

“Tari-Tari. Tari-Tara. Que cada día yo te quiero más. Tari-Tari. Tari-Tara”.

El ritmo machacón se filtraba con otra letra por la conciencia de Betty la pelirroja. Cada día Betty deseaba más a Néstor León, el escurridizo, el de discurso seductor, el de mirada desafiante, el burlador de sí mismo que, en la encrucijada en la que le había

puesto Betty, seguía insistiendo: “yo necesito algo más que una mujer, necesito una madre, necesito una madre, ¿no te das cuenta?, ¿puedes ser tú mi madre?, ¿tú puedes ser mi madre?, ten cuidado conmigo, Betty, yo soy un individuo de alto riesgo”. El fanfarrón. ¿Se había jugado Betty media vida a la ruleta para asustarse por la amenaza de un niño?

Llegó al tercer rellano, sacó un juego de llaves de su bolso, cruzó el tablado vetusto y se plantó delante de una de las puertas reforzada por un blindaje innecesario. La abrió y entró en un pequeño apartamento de solera secular. El piso se hallaba en una antigua zona de expansión de la ciudad, que había recibido su nombre rimbombante de una guerra colonial africana, Tetuán de las Victorias.

Era raro ver a Clara planchando. Y allí estaba, en medio del estrecho comedor, soportando la terrible levedad de su flequillo cárdeno, con sus ojos chicos en la cara blanca, su vaquero americano y un polo ceñido poniendo de relieve que no tenía relieve.

Clara tenía una chacha que se lo hacía todo. También tenía una hermana y una madre. Las tres la adoraban porque había conseguido salir cada día en la televisión. Clara, que había llegado de chiripa al éxito, se aprovechaba de su fama efímera. Jamás había conocido Betty una mujer tan infantil pero de una

apariciencia tan madura. Notó Clara el asombro de su amiga.

–Hoy libra la tata. Mi hermana ha tenido que ir a Barcelona, y mi madre está en cama con un gripazo. Con una semana así, de condiciones adversas, acabaré siendo una mujer de provecho... ¡Ya he cosido dos botones!

Betty hizo unas cuantas fintas por las angosturas que separaban un macizo aparador, anterior a varias guerras y repintado de grana, de las pesadas sillas y de una mesa tan sólida que parecía de plomo.

Tiró el bolso en un incómodo sofá de brazos de madera, y se dejó caer en el borde abriéndose el abrigo y mirando a su amiga de colegio, y a ella misma, reflejada en el óvalo de un espejo. Se ordenó sus bucles pelirrojos, se tocó encima del labio y se acarició el vello imperceptible, hizo un morrito con la boca que no había perdido el carmín, y adelantó la quijada. El blanco rostro y su sembrado de pecas quedaba anulado por el jade de los ojos, anchos, desmedidos, protegidos por unas cuidadas cejas rubias como dos tejadillos de oro.

–¡Por un pelo! –Dijo, en un tono de loba acosada.

–¿Qué?

–¡Ven aquí! Ahora te plancho yo eso.

–¿Lo dices en serio? Son dos lavadoras.

–Es igual. Deseo hacerlo. Te debo tanto, Clarita.

La morena fue hacia ella y se dejó coger de la mano. Con la docilidad de una chiquilla adulada, se sentó en las rodillas de Betty.

–No me debes nada. Eres la mejor compañía que he tenido en años. Estoy contenta de que estés aquí. No quiero que resuelvas tus problemas. No quiero que te vayas.

–¡Me busca! –cortó Betty.

Clara dio un respingo.

–¿El?

–¡Y me he librado por un pelo! Tengo la suerte de cara. ¿Qué vas a hacer esta noche, Clarita?

–No me llames Clarita, que me pongo infantil. He quedado a cenar con Heliodoro. Aquí en casa.

–Qué lástima! Quería invitarte a mi restaurante favorito.

–¿Por qué es una lástima?

–Mujer, si has quedado en casa con un tío, ¿qué pinto yo?

–Pero si viene por ti, no por mí. Es él quien me lleva dando el coñazo siglos para que le invite a cenar a casa contigo –Clara subrayó esta última palabra–. Le tienes hechizado. Y no sabe cómo aproximarse a ti. Cosa rara, porque Heliodoro no es tipo acomplejado y tímido. Debes de haberle calado hondo. No se hable más –Betty la miraba, pasmada–. Venga, cuéntame lo que ha pasado.

–Que ha llamado por teléfono... El propio Baltasar.

–¿Tu marido? ¿Te ha encontrado?

Cruzaban sus ojos en un gesto melodramático, cogidas de las manos, bromeando con el espanto.

–No lo sé. Puede que sí. Aunque en su voz no había ningún timbre especial, creo.

–¿Te reconoció?

–Estaba en casa de Néstor León. Yo sola. De pronto sonó el teléfono y no tuve ganas de cogerlo. Intuición oportunísima. Dejé que saltara el contestador, y era Baltasar diciéndole a Néstor León que le llame, que tiene algo urgente que decirle. Eso fue todo. ¿Sabes lo que sentí al escuchar la voz de Baltasar? Lo mismo que cuando estábamos fumando y oíamos la voz de la hermana Auxiliadora.

Betty se retorció en el sofá y tomó el bolso,

hurgó en él y sacó un trozo de papel arrancado de un periódico.

–Aquí hay un tipo que busca una secretaria para viajar por Europa. A lo mejor es verdad y sólo busca una secretaria. No sé si llamarle. Debo irme de aquí. No soporto la posibilidad de que Baltasar me encuentre y me mire a los ojos un día. Me haría fracasar, me haría volver. Sería el fin de mi vida. Me convertiría en un objeto.

En la cara de la mujer había ido surgiendo una máscara de dolor. De pronto, Betty la transformó en una bella sonrisa.

–El daño moral envejece –continuó–. No debo pensar en cosas malas –y como si estuviera despachando un conjuro de su alma susurró, olvidando la sonrisa– Es curioso. Me siento menos culpable por mi hijo que por mi marido. No tiene explicación, porque a quien no soportaba más era a Baltasar, a su rigor, a su cicatería. ¿Cómo puede un empresario millonario seguir viviendo en un adosado? Con la de urbanizaciones hermosas que rodean Valencia. Para él, mudarse a un chalet de lujo es renunciar a su identidad.

–¿Y quién es él? Quiero decir, que cual es su identidad.

–La de un ser que se esfuerza en no destacar

socialmente. La de un tipo que se comporta como un calvinista rico, intransigente con la comodidad, sordo a los cantos de sirena de las asociaciones empresariales, un eremita, un hombre que disfruta en el anonimato, un ...

–¡Te has casado con un facha!

–¡Qué va a ser facha! ¡Es marxista! Aunque no milita.

–¿Pero Marx no era un juerguista?

–Marx era un hipócrita, por lo que sé. Pero Baltasar, ni siquiera sabe mentir.

Betty se echó a reír. Empujó a Clara fuera de su regazo, se puso en pie, se colocó tras la mesa de plomo, se pasó el dedo por la lengua, rozó la plancha con su yema, y se enfrascó en la tarea doméstica. Clara la observaba fascinada.

–Betty. No sé si envidiarte o temerte. Te quiero mucho, y espero que te salga todo bien.

Betty hundió la cabeza entre los hombros.

–Quiéreme, Clara. Mientras alguien me quiera, la suerte estará conmigo.

## Néstor León, el implacable

*Valencia*

Su cuerpo era el de un atleta. Sin duda porque lo cuidaba. Al menos uno ochenta debía de medir. Pero lo que más imponía era su cabeza, un yunque bien peinado. En la boca, de labios finos, todavía permanecía la expresión de indiferencia que se apropió de ella veintitantos años atrás, cuando, uno a uno, su familia fue golpeada por la muerte hasta dejarle solo. Su nariz era recta y con la misma cualidad de dureza que el resto de su cara. Sus ojos eran grandes, pero los achicaban unas gafas de montura de concha, muy sólida y algo vetusta. La frente de Néstor León, para acabar, parecía una caja fuerte que guardara riquezas.

–He venido para pedirte un penúltimo favor –le dijo a Baltasar Quesada, sentado frente a él en su despacho.

Baltasar sopló hasta desinflar sus pulmones en dirección a la nubecilla de humo que salía como un chorro de los labios de su amigo. Néstor León la disipó de unos manotazos.

–Sólo fumo cuando estoy nervioso. Y ahora estoy nervioso. Por eso quiero que me ayudes.

Baltasar levantó las cejas, invitando al hombre a hablar.

–Tú debes de tener amigos en los sindicatos. Sé que gracias a ti, los fachas de tus compañeros de patronal, han cedido en varios convenios. Tú mismo me lo has dicho.

–Interés y sentido común. Algunos patronos de este gremio son viejos pistoleros y se conducen como tales. Yo soy un hombre moderno, nada más. No tengo cuentas pendientes con ningún sindicato ni con ninguna ideología.

–Eres marxista.

–Todos los empresarios inteligentes son marxistas. Indirectamente, han comprendido la advertencia de Marx. Pero dime lo que quieres, no me apetece hablar de ideología.

–A mí, sí. Yo me pasaría horas enteras, perdería un día, una semana, hablando de moral y de ideología. Como cuando estábamos en el partido.

–Entonces te exasperaba.

–Ahora, no. ¿Te lo puedes creer? –Néstor León hizo una pausa–. Necesito hablar con el capo del sindicato en el puerto.

–¿El de los estibadores?

–No, el de los marinos. ¿Lo conoces?

–Sí. Se llama Cristino Roig. Un buen hombre.

Tiene varias vueltas al mundo debajo de los pies – Baltasar señaló al teléfono–. Si quieres le llamo, a lo mejor está en la oficina. ¿Es por lo del barco ruso?

–Ucraniano. Sabes la historia de los polizones, ¿no?

–Algo me dijo un vigilante.

–No eran polizones. Eran tripulantes. Namibios. Es muy raro, pero a veces contratan africanos en los barcos que hacen la ruta de Africa. Presiones de los países negros, o chantajes, vete a saber. Se creen que ganan algo metiendo media docena de negros en barcos europeos, y lo único que consiguen es hacer la vida insoportable para esa pobre gente acostumbrada al desierto o a la selva.

–¿No decían que estaban enfermos, y que dos murieron?

–A navajazos. El que sobrevivió, se mantuvo escondido. Intentó escaparse aquí, en el puerto. Le agarraron y le encerraron. Le habrían matado nada más perder de vista el faro de Valencia. Pero, para su fortuna, alguien dio el soplo al sindicato. Vieron la pelea en cubierta. Y tu amigo se presentó con la guardia civil. Sacaron al tipo malherido y se lo llevaron a un hospital. Necesito hablar con él.

–Pues ve al hospital.

–No está. En cuanto mejoró, desapareció. Está en peligro y no es idiota. Yo creo que tu amigo el sindicalista le ha ayudado. ¿Quién si no?

–Quieres que vayamos a verle, ¿verdad?

–Te lo agradeceré eternamente.

Baltasar se levantó, cogió una cazadora de la percha, y salió del despacho tras Néstor León.

–Me voy al puerto –dijo a un administrativo–. Volveré después de comer –Supongo que comeremos juntos, ¿no? –dijo volviéndose a Néstor León.

El aludido encogió los hombros e hizo un movimiento ambiguo con la cabeza.

–¿Y tu familia? –preguntó Néstor León con la mayor indiferencia que pudo, acomodándose en el coche del empresario, un *Subaru*, marca rara en aquella época.

–Bien. Están todos bien –contestó Baltasar exactamente en el mismo tono –¿Qué tienes tú que ver en este follón? ¿Por qué quería verte el capitán? Y ¿por qué necesitas ver tú a ese namibio?

–Demasiadas preguntas, Baltasar. Tú eres un hombre de negocios. Y los negocios son una cosa tan personal como... –Néstor León tuvo que morderse la lengua, porque estuvo a punto de decir “como la mujer”–. Como los calzoncillos. A veces están

manchados, y es una vergüenza que los vean los demás. Hay un poco de mierda en este asunto. El barco viene de Walvis Bay...

–El vigilante me dijo que venía de Matadi, con maderas nobles –le interrumpió Baltasar inocentemente.

–Pero el último origen era Walbis Bay, que es territorio surafricano en Namibia. Y traían algo para mí.

–¿Los namibios?

–El capitán, al parecer un ucraniano de Odessa.

–¿Y los namibios se lo quisieron quitar? ¿Una pieza de recambio de una central nuclear? ¿Un fósil que demostrará que el hombre procede de las ratas? ¿Un kilo de oro puro de las minas del Transvaal?

–Lo que traía se podía esconder en un bolsillo. Papeles. Pero no me digas que te cuente más.

–¿Y qué pasó? ¿Por qué mataron a los negros? ¿Querían robar el papel?

–No lo sé. Eso es lo que voy a averiguar. El capitán dice que ha perdido lo que traía para mí.

–Néstor León..., te envidio. Eres un aventurero  
–Baltasar se echó a reír y pisó el freno del coche delante de un semáforo.

Frente a los vehículos cruzó el paso de peatones un negro alto y muy delgado con una bolsa y una inmensa plancha de madera cubierta de un paño. Llevaba los dos objetos en bandolera, su subsistencia colgando de los hombros. Miraba con desconfianza y con precaución, una mirada en la que había sólo restos de optimismo.

## **Carta de la Gran Serbia**

*Washington*

Este era el título, en versales, “Carta de la Gran Serbia”. Y lo podía imaginar impreso, en letra futura roja, en la parte izquierda de la página, sobre una foto a sangre del infame Milosevic.

El periodista acababa de llegar de la calle y todavía no se había quitado la chaqueta. Sentado ante su ordenador portátil, hacía correr las páginas del artículo por la pantalla. Estaba satisfecho. Absorto en la revisión de su trabajo, parecía formar parte de la máquina, como si ambos fueran una representación del nuevo periodismo, el plano de una película de género, una estatua articulada en el museo de la información.

Activó el módem y se entretuvo mascando chicle y jugando con un lápiz, mientras su larga

crónica sobre la saña balcánica, de donde acababa de regresar milagrosamente intacto, fluía en impulsos eléctricos desde Washington a Nueva York, por los caminos del aire, como chispas invisibles, silenciosas, sobre los espesos bosques de Maryland, Pennsylvania y Nueva Jersey, dejando caer gotitas de bits errantes en las casitas, tan hermosas desde el cielo como las de Prijedor o las de Banja Luka.

Se acercó a la ventana que daba a la calle 15, desierta y sin tráfico, algo insólito un miércoles de enero a la una y media de la tarde.

Imaginó el desfile de la toma de posesión, por la misma calle 15, cuatro bloques más abajo, flanqueado por la algarabía popular. En la pantalla de la televisión podía verlo sin tomarse la molestia de conjeturar nada: una tribu de pieles rojas a caballo, engalanados y sonrientes; un grupo de cazadores de las montañas, con mosquete y zurrón; vaqueros eufóricos que hacían caracolear sus caballos sobre el asfalto; una banda jubilosa de gays y de lesbianas; un regimiento de yanquis con casacas azules, recién llegados de Saratoga con la rendición del británico Burgoyne en la punta de sus bayonetas. Torcían a la izquierda en la avenida Pennsylvania y se encaminaban, henchidos de ardor patriótico, hacia la tribuna con cristales antibalas instalada frente a la Casa Blanca, para homenajear al cuadragésimo

segundo presidente de la Unión.

El periodista regresó al lado del ordenador, que había terminado su trabajo. Desconectó la máquina, la cerró, y se quedó mirando sus negras manos, sonriendo al recordar la sorpresa que producía en los yugoslavos el color de su piel americana.

Al soltar el primer timbrado, el teléfono le asustó. Fue como si cayera en picado desde una altura interplanetaria, porque su mente se encontraba en el planeta Serbia, frente al río Drina, mirando las colinas con manchas de nieve de la crucificada Bosnia, en la otra orilla.

Recuperado del vértigo, descolgó el aparato y dijo su nombre.

–Shackelford al habla.

–Un tal Radek quiere hablar contigo, prenda.  
¿Te lo paso?

–¿Quién es?

–No sé, un extranjero.

–Vale, gracias.

## Una cita calculada

### *Madrid*

“La Taberna de Peñuelas” podía ser una herida en el curtido del tiempo, si el tiempo fuera el lomo de un mihura. Betty se apeó del taxi mirando la fachada a medio revocar. El edificio parecía de luto, revestido de andamios y de lonas negras. A ras de la calle, la puerta del local, despejada de obstáculos en virtud del negocio, lucía sus adornos de verde y grana e invitaba con símbolos taurinos al curioso.

Aquel barrio anodino se le antojó a Betty el arquetipo de un viejo Madrid abandonado por la velocidad y el dinero: edificios de cinco a siete pisos de balcones estrechos, alcorques en las aceras con árboles bañados en mugre de los tubos de escape, tráfico constante, como si los automóviles recorrieran el circuito de un inmenso tiovivo, y variedad de negocios anacrónicos en rincones minúsculos. Bullicio y movimiento, sobre todo en los bares, saturados de público y despidiendo vapores de gambas a la plancha y calamares fritos.

Era un mal escenario, ajeno a su experiencia y a su gusto. Demasiado castizo para un acto arriesgado, el primero que Betty había urdido en su etapa de acciones calculadas sin piedad, sin opción al desvío sentimental o a la pérdida de tiempo. Notaba en la

tripa el vacío de la aventura y la incertidumbre de si sería capaz de ejecutar el plan y de adaptarse a sus imprevisibles variaciones.

El siglo XXI amenazaba a Betty como un jinete fantasma, pero a la vez la seducía porque marcaba la dirección inexorable del progreso, la prosperidad, el lucro, el poder, la vida que tenía que recorrer ahora a zancadas, por haberse entretenido tantos años en la comodidad mediocre.

La portada de “La Taberna de Peñuelas” parecía esperarla como la entrada de un túnel de feria, anunciando una alegre confusión que Betty intentaba despejar sin saber cómo. Vestida con un abrigo de napa verde, largo hasta los tobillos, debajo un jersey tan ajustado que casi marcaba las arrugas de su piel, y un pantalón del mismo estilo, la pelirroja había sacrificado los tacones para no sobrepasar la estatura de Heliodoro Almécija, o sea, de Heliodoro.

Era una cita erótica con un sabor rancio que Betty pretendía paladear con gusto. Intentó proyectarla sobre una de aquellas estrategias de liges atrevidos con los agitadores de la variada izquierda, complots de amoríos elaborados en las aulas de la universidad, observando el paso de la caballería gris por los jardines, meneando las porras los siniestros jinetes al costado de los brutos, nerviosos, desconcertados porque había muerto Franco y todo

iba a cambiar, hasta los trajes para dar mamporros.

La emoción ahora era distinta. Betty había previsto llegar a acostarse con Heliodoro para obtener algo de él. El sexo, la aventura como moneda de cambio. Betty no quería saber lo que estaba haciendo, sólo quería hacerlo cuanto antes.

Entró en la tasca. De un modo natural el local había mantenido el sabor de la época en la que nació, quizás hacía cien años. Fuera de aquel agujero había corrido un siglo, y por las rendijas de la puerta sólo se habían colado algunos detalles técnicos: las fotos de los toreros, hieráticos o haciendo una faena, encarceladas en marcos bastos de madera ahumada, la iluminación eléctrica, una televisión instalada en un nicho que quizá tuvo una Virgen, una máquina de tabaco y dos de juegos electrónicos de azar. Todo lo demás podía ser eterno, los estochos, los estribos, las monteras, y hasta una cabeza de toro disecada y bañada de polvo que cubrían las paredes, como eternas eran las mesas y los taburetes, de madera recia y pesada, los manteles de hule a cuadros, las frascas en el mostrador de aluminio con una pila rebosante de agua y la fuente barroca de la cerveza de barril, todo el metal perlado de gotitas.

Heliodoro, que también se había puesto guapo, quiso ser condescendiente con las convicciones de la pelirroja.

–Si estás contra la fiesta, nos vamos a otro lado.

Betty negó con la cabeza estar en contra de la fiesta, y también encogió los hombros, quizá manifestando que le era indiferente.

–¿Conocías este antro? –preguntó la mujer despampanante.

–Vivo aquí al lado.

–Yo creía que vivías en Valencia y venías a Madrid de vez en cuando. ¿Tienes un piso?

–Herencia de una tía madrileña, la viuda de un hermano de mi madre que era piloto del ejército del aire. Murió en Arizona en un accidente. Se conoce que no se adaptó a los aviones de propulsión a chorro.

Betty puso una cara rara al escuchar la expresión “propulsión a chorro”.

–¿Un reactor? –dijo.

–Exacto. Pero me gustan los términos antiguos y populares, son más castizos. Por eso vengo a esta taberna. Y porque hacen unas tapas de toma pan y moja.

–Cuéntame más cosas –dijo Betty, inclinándose por encima de la mesa, como si empezara a sentirse fascinada.

–No. Quiero que hables tú. Yo soy un charlatán profesional, y ahora no estoy trabajando. Me interesa más tu enigma.

–Me ha dicho Clara que estás casado.

–De una forma muy vaga. Mi matrimonio reposa en un aparcamiento. ¿Y el tuyo?

Betty sonrió y se puso vino de una frasca.

–Es una historia vulgar. No merece la pena que la cuente. ¿Te interesa entrar en ella?

A Heliodoro Almécija pareció pillarle por sorpresa y se entretuvo en perseguir una aceituna con un palillo antes de decir nada.

–¿Por qué puerta? –al hablar levantó la cabeza, pero no se encontró con los ojos de Betty. La pelirroja miraba hacia la frasca.

–Me gustaría pedirte un favor.

–¿Es como una llave?

–Un favor es un favor, no es una llave.

–No sé por qué se me ocurrió pensar que eras una bruja de cuento. Una bella bruja, una bruja subversiva que se dedica a dinamitar el mundo de las brujas malas con sus propias malas artes, pero a la que raptan unos monstruos.

–¿Qué monstruos?

–No lo sé. Quizá llegue a descubrirlos y los pueda matar de una estocada. Me provocas una vena heroica de la que carezco. Yo soy un tipo vulgar que prefiere el pasodoble a la ópera, los melodramas populares a las tragedias griegas –Heliodoro se perdió en los ojos verdes de la mujer– ¿No te importa que no me guste la ópera? Soy un rufián y un periodista.

–Deportivo, taurino, radiofónico, de diario y popular. Y socio de una agencia de publicidad, y productor de televisión... –Betty se había informado a fondo.

–Eso. Pero no hay barreras para la atracción. Quiero decir que podemos caernos bien a pesar de compartir tan pocas cosas.

–¿Y por qué crees que compartimos pocas cosas? –El tono de la voz de Betty era de aviesa seducción–. Me gusta leer, eso es todo. No creo que despreciar a los que encuentran difíciles los informativos de la televisión sea elevarse al Olimpo. Se trata de una cuestión de gusto. También me encantan las tonadillas cuando las canta alguien con voz y no a graznidos.

Heliodoro había transformado su mirada en la de un corderito inocente y se relajó en el taburete de una forma ostensible.

–¿Y en qué puedo ayudarte?

–Actuando un poquito delante de mi marido.

Betty se calló de nuevo, escrutando los ojos de Heliodoro, ahora un poco en alerta.

–Le he abandonado, me he ido de casa. No te lo puedo explicar, es así. Ahora me busca. Quiero que le entretengas, que le despistes, que te hagas pasar por alguien que no eres, o que quizá si eres.

–¿Qué?

–No sé, un agente del servicio de contraespionaje. Ya lo pensaremos.

–Estás de broma, ¿no?

–Mi marido me busca. Está hambriento de información. Y una persona hambrienta es capaz de tragarse crudo un yunque. ¿Quién mejor que un periodista para servir también en las cloacas del Estado. Ya se nos ocurrirá algo—. Y le cogió la mano.

En el fondo, el hombre le gustaba. Si no le gustara no haría nada de eso.

En el aparato de televisión instalado en el nicho apareció Clara presentando las noticias. Ni uno sólo de los parroquianos le prestó la más mínima atención, a pesar de que el volumen estaba a tope. La corrupción precedió a las crisis económicas, a las que siguieron la miseria y la violencia, en una ristra adornada con gracia por la infidelidad en Buckingham

Palace, la neurosis irreal de Woody Allen y las novedades deportivas.

Indiferente, el mundo siguió bebiendo vino y masticando callos, morcillas y tortilla de patatas.

## Shangri-La

### *Madrid*

–Pero ¿cómo vas a vivir en Londres, Betty?

–Al principio, de mis ahorros. Luego, de la imaginación... y del *showbiz*.

–Pues sí que has aprendido en dos meses –suspiró Clara.

–De *showbiz*, muy poco, lo suficiente. He aprendido simplemente a vivir, Clara... Se me ha roto algo aquí dentro –Betty se dio con el billete de avión unos golpes en el pecho–. Se me han saltado los cerrojos de la puerta del sentido común, si me permites la retórica. O la tapa del ataúd en el que vivimos. La tapa de la horizontalidad, la indiferencia, el abatimiento. En eso consiste la vida, en aprender a aceptar pasivamente... Pero de Néstor León, Clara, yo he aprendido a salir de la corriente, a navegar en el mar de la libertad.

–Lo dices como si lo creyeras. Yo también he

soñado a veces que cogía un avión hacia otro continente y otro hemisferio, que en el viaje me transformaba como una crisálida, y que al aterrizar empezaba a vivir sobre el filo de una navaja. Pero el sueño no me ha durado nunca más de dos horas. Luego pone “Fin”, y hay que salir del cine –Clara hizo una pausa, y dirigió un bufido hacia su flequillo cárdeno–. ¿Cuánta gente de los que salen hoy de este aeropuerto crees que aterrizarán en Shangri-la? Es bonito imaginarlo. Yo he tenido esa impresión siempre que he venido a Barajas. Pienso que cada uno de los individuos que pululan por aquí tiene una vida emocionante. Si no, no volarían, me digo. Volar es algo mágico, y una no puede evitar creer que los que vuelan sean magos, aunque parezcan vulgares turistas. ¿Verdad?

Betty se puso en pie, cruzó la inmensa sala hasta una máquina de caramelos, y sacó un paquete de chicles. Luego volvió hasta el asiento en actitud pensativa, e invitó a Clara a mascar goma.

–Es que creo en mí –dijo al sentarse–. Es lo que me hacía falta. ¿Y qué soy yo, sino una criatura sin influencia en el Universo?... Igual que los demás. Igual que tú. Pero con algo diferente, con el deseo de influir. ¿Me entiendes?

–No muy bien... Puede que sea el amor. Te has enamorado de ese tipo como una niña, y...

—Y él no me quiere. Puedes decirlo. ¡Claro que no! Tampoco le quiero yo a él. Le necesito. Por eso voy a seguirle.

—¡Qué ocurrencia!

—Es un maestro.

—Yo creo que es más bien un sinvergüenza, un tipo mediocre.

—De acuerdo, pero para mí es un iniciador. Y me conducirá a territorios de una riqueza oculta, infinita, en los que él ya se encuentra. Para llegar allí necesito ir de su mano.

—A mí ese tío me parece equívoco. No me fio de él. No entiendo por qué se ha largado. ¡Si te has ofrecido a él como una esclava! Es como si le hubieras dicho, enséñame a vivir, enséñame a vivir a fondo, a vivir películas como las vives tú sin darte cuenta de nada. Porque supongo que él actuará instintivamente, y tú vas en un plano superior, tú vas a dotar de inteligencia a la aventura. Pero igual te la cargas. ¿No te parece?

—Correré el riesgo. ¡No quiero conformarme con el simple bienestar pequeño burgués! ¿Por qué no puedo pasar del bienestar a la plenitud, la plenitud de mí misma, de la vida antes de la decadencia, de la vejez y de la muerte? Tengo treinta y cinco años.

Tengo derecho a buscar algo que me pertenece tanto como a ti, pero que está flotando, allá arriba, mas allá del riesgo. He de pasar por él, y como no tengo experiencia lo haré en compañía de un experto. Él no sabe que hay un mundo de perfección, quizá ni le interesa. Pero conoce el camino. Entiéndeme, Clara, por favor.

–Me da miedo de que tropieces en ese camino y te hagas daño.

–Estoy preparada.

–Ten cuidado, cariño.

Cuando Clara regresó a su casa, tenía un mensaje de Heliodoro Almécija en el contestador, pero no le hizo caso.

Al cabo de un rato, el aparato empezó a soltar timbrazos. Clara le dejó sonar hasta que se disparó su voz grabada pidiendo disculpas y sugiriendo al interlocutor que dejara un mensaje.

Era otra vez Almécija. Decía que llamaba desde un bar de carretera en Honrubia.

–Voy camino de Madrid para hablar urgentemente con Betty. Su marido está súper mosqueado. Me ha dicho que si no hablo directamente con él y le explico en qué tipo de problemas está su mujer, llamará a la policía. Afortunadamente no tiene

mi teléfono. Creo que ha sido una idea fatal eso de que estés “implicada involuntariamente”. ¿Qué es eso de estar “implicada involuntariamente” en un asunto de seguridad nacional? Podías haber tenido otra ocurrencia, Betty, reina. Ahora ¿qué tengo que decir?, ¿que te has enrollado con un tipo de la ETA o que la adhesión británica al tratado de Maastricht depende de tu influencia sobre un parlamentario Tory con dudas sexo-metafísicas? Estoy nervioso, y quiero resolver el asunto. Pero te aprecio y no quiero hacerlo sin contar contigo. Entiéndeme cariño, no puedo hacerle una putada a tu marido, y tú tampoco, ¿vale? Pip-pip-pip-pip-pip.

Se rebobinó la cinta y el teléfono quedó en silencio.

Clara tomó su bolso, extrajo de él un cuadernito, lo abrió y pasó sus hojas hasta encontrar lo que buscaba. Luego descolgó el auricular, marcó el prefijo de Valencia y a continuación un número. Se escuchó la voz grabada de un hombre.

—Hola. Ni Betty ni Rodrigo ni yo, Baltasar Quesada, estamos en casa. Pero si lo deseas, puedes dejar un mensaje. Espera a oír la señal. Gracias.

—Buenos días. Llamo de parte del señor Heliodoro Almécija. El señor Almécija desea conversar con usted acerca de doña Betty García. El

teléfono de Don Heliodoro Almécija, que se ha comunicado con usted otras veces, es el..... de Valencia. Gracias.

## **Camelot**

### *Washington*

El periodista tuvo que esperar unos minutos en el pasillo de entrada al lujoso restaurante, junto a un puñado de clientes tan impecablemente trajeados como él. Destacaba, sin embargo, entre todos ellos por el color de su piel, de un tono caoba claro. Era un elegante americano de oscuras raíces entre una mayoría de blancos, anglosajones y quizá protestantes.

En Washington, el frío de la calle era disuasorio. Ráfagas heladas azotaban a los atrevidos transeúntes. El pasillo se iba llenando de un público que procedía, a través de un pasadizo para peatones, de la avenida Pennsylvania y de la calle E, ambas desiertas a pesar del sol espléndido escoltado por nubecillas a la deriva.

Cuando le llegó el turno, el periodista de piel oscura dio su nombre en el pupitre de recepción, y una camarera con aires de dueña doña Rodríguez le condujo a una de las mesas, donde le esperaba su

anfitrión, un desconocido, que se puso en pie.

Era un hombre muy delgado, vestido con un terno oscuro hecho a la medida. Intensamente moreno, de pómulos pronunciados, gran nariz y ojos negros brillantes, sus rasgos sugirieron al periodista que podía proceder del Oriente Medio. Pero al hablar manifestó un inconfundible acento eslavo.

–Permítame felicitarle, antes que nada, señor Shackelford, por su excelente artículo sobre Serbia– dijo tendiéndole la mano.

Durante unos minutos la crisis yugoslava brotó como una flor de sangre sobre la mesa immaculada del comfortable restaurante. El periodista negro arrastró el tema de la conversación hacia su país y preguntó a su anfitrión si creía que América podía disfrutar de un nuevo Camelot.

–¿Se refiere usted a la ilusión creadora de su pueblo? –preguntó el eslavo.

–Supongo que sí. Europa carece de ideales, Rusia se halla exhausta, sin fe, y Oriente es un rompecabezas sin unidad cultural. ¿Usted cree que los americanos estaremos a la altura de nuestra responsabilidad?

–¿Qué responsabilidad? ¿Enviar tropas a Bosnia?

–Por ejemplo.

–No se lo recomiendo.

–¿Es usted serbio?

–Soy ruso, un vulgar judío *asquenazi*. Y para jugar limpio con usted, le diré que he trabajado al servicio del KGB. No aquí, no en los Estados Unidos, por supuesto, aunque mi ficha debe de estar en el Departamento de Estado y en el Pentágono –el hombre delgado sonrió como una mujer casada que acaba de descubrirle a su amante que le engaña con otro–. Pero mi nombre real es Viktor Radek, se lo aseguro.

–¿Me quiere usted vender algún archivo lleno de escándalos? –dijo el periodista bromeando.

–Le quiero poner a usted sobre una buena pista.

–¿Por qué a mí? Personalmente, me refiero. Hay cientos de periodistas de categoría en este país.

–He apostado por usted. Usted no se dedica al periodismo ligero ni al especulativo. No forma parte de ninguna liga ni sindicato. En cierta forma, va por libre. Tengo la impresión de que usted sólo hace lo que le gusta. Imagino que le pagarán muy bien, porque no se prodiga.

–Puesto que sabe tantas cosas, me extraña que ignore que no me gano la vida en la “gran prensa”.

–¿Dónde se la gana, si no tiene usted inconveniente en decírmelo?

Shackelford dejó escapar una mirada de escepticismo en dirección al judío ruso.

–Transformo las piedras en oro. Soy alquimista.

El tipo que decía ser Viktor Radek se inclinó hacia una cartera a su lado, en el suelo, extrajo unos folios enfundados en una carpeta de plástico y los dejó sobre la mesa, al lado del periodista.

–Son facturas y recibos. Mejor dicho, fotocopias de facturas y de recibos. Casi todas están en *afrikaans*, pero tienen una traducción aparte. Supongo que no le resultará a usted difícil dar con un amigo *afrikaner* que pueda corroborar que las traducciones son correctas. Se trata de envíos irregulares de dinero surafricano a este país. No sé de dónde proceden. Pero me gustaría averiguarlo. Se lo ofrezco a usted.

–¿Quiere decir que me va a pagar para que haga ese trabajo?

–En absoluto, señor Shacklerford. Aunque puedo sufragar algunos gastos, hasta que usted tenga vendido el artículo. Lo que quiero es que salga a la luz.

–¿Dinero de Pretoria para una campaña aquí, en

Estados Unidos? No soy especialista en Africa.

–No necesita serlo.

–Dígame. ¿Por qué ha acudido a mí?

–Por los artículos que ha escrito sobre corrupción financiera. Usted domina la economía. Debe de ser porque es alquimista, ¿no? Y además, porque es usted negro.

–No soy un negro racista –Shackelford enseñó su blanca sonrisa al judío ruso–. ¿Usted cree que esto interesará a alguien?

–Échele una ojeada y dedúzcalo usted mismo.

–Ahora ya no se dedica de lleno al espionaje, ¿verdad?

–Soy un hombre de negocios. Los viejos comunistas nos hemos hecho *businessmen*.

–¿A cuenta de alguien?

–Nada. Individualismo feroz – Radek hizo una mueca que resultó verdaderamente terrible en su cara cadavérica–. Me dedico a dar cobijo al dinero tímido. Soy socio de una serie de compañías *off-shore*, ya sabe, cajas vacías esperando que alguien las quiera llenar.

–¿Dinero tímido? Quiere usted decir dinero sucio.

–El dinero verdaderamente sucio tiene sus propios circuitos. Digo dinero tímido, de pequeños ahorradores aterrados por la implacabilidad de las Haciendas de sus países, o aventureros insignificantes, aprendices. Pero esto que le traigo es diferente. Mucho dinero, en Rands convertidos en Libras. Y todo viene de Mmabatho, vía Gibraltar e islas Jersey.

–Mmabatho. La capital de un país que no existe.

–Exactamente, Bophutatswana, una marioneta de Pretoria.

## **Cita en el hipermercado**

### *Valencia*

Baltasar Quesada empujaba un carrito por los pasillos tumultuosos de un hipermercado. Sus ojos azul turquesa normalmente transmitían una calma de épocas menos iconoclastas, pero ahora, cruzados de venillas rojas, eran los de un boxeador extenuado que soporta la paliza por amor propio.

Baltasar era ancho de hombros, con brazos y piernas grandes, un ciudadano por encima de la talla media. Nacido en la década de los cincuenta, diez años después de la guerra fratricida, y criado en una España que corría ciegamente hacia la

industrialización, urbanizándose a empellones, era el prototipo del triunfo de la penicilina y de la derrota de la avitaminosis.

Desde tiempo inmemorial, quizá la mili, no sabía prescindir de un denso bigote leonado que le tapaba los labios. El pelo lo llevaba bien cortado, largo y liso, de un tono pardo con mechaz naturales algo más claras.

Le acompañaba en su excursión al híper, inquieto, Heliodoro Almécija, que tomaba aleatoriamente objetos de las estanterías y los tiraba a la cesta de ruedas.

Serio el semblante, Baltasar aguantaba con estoicismo el desenfreno del mundo. El tipo que le acompañaba, vestido con traje y pelliza de piel vuelta, le había parecido a Baltasar un ser endeble con cabeza de alimaña semicalva. Le desconcertaba observar a aquel ser humano, de aspecto tan ajeno al consumismo doméstico, arrojando muestras del desenfreno mundial al carrito metálico: un juego de destornilladores rebajado a la mitad, una lámpara de mesilla de noche en oferta, unas zapatillas de niño a precio de coste, unos pantalones de señora bajados de precio. El tal Almécija parecía haber sido víctima del conjuro del dos por uno y de la pócima contra la inflación patrocinada por los grandes almacenes, porque no cogía más que objetos rebajados. En la

sección de congelados, tomó de una gran nevera horizontal varias pizzas, aderezos para una paella de mariscos, una bolsa de brócoli y croquetas de pollo. Luego, una variedad de artículos que seleccionaba por capricho, un jamón, dos latas de tomate, una piña tropical, suavizante para la ropa, aceite de oliva, café molido, mejillones en escabeche y tampones higiénicos.

—¿Por qué me ha hecho usted venir aquí? —preguntó Baltasar.

—Porque me siento seguro en medio de la gente. No sabía cómo iba usted a reaccionar, tratándose de un tema emotivo.

—Éste es un lugar obsceno —dijo con repugnancia Baltasar—. Mire al personal, una turba.

—No van desnudos, me parece a mí —contestó Heliodoro en el mismo tono de enfado.

—Completamente. Van enseñando lo más mezquino de su ser. Sin un miserable taparrabos. ¿No ve cómo compran? Sin pudor, a puñados. Se llevan las cosas a pares. ¡Y ése! —señaló a un sujeto que empujaba un carro lleno de botellas de whisky, ginebra y coñac—. No tardará en ser un alcohólico anónimo.

—Estamos a primeros de mes, y hay cantidad de

ofertas de dos por uno.

–¡Una filfa!

–Es posible. Pero una filfa conveniente – Almécija quería cambiar de tema–. No me explico cómo localizó mi teléfono.

–Ya se lo he dicho, lo dejó en mi contestador su secretaria. ¡Pare ya de echar estupideces en el carrito, hombre de Dios! ¿O es que quiere llevarlo usted como cesta de Navidad a un manicomio?

–Yo no tengo secretaria... –Heliodoro se detuvo y miró la cesta rodante llena de artículos–Estoy nervioso. Comprar es una forma de calmar los nervios. Al menos a mí me calma.

–Al contrario que a mí.

–Además, necesito pasar inadvertido, necesito confundirme con la multitud.

–¡La multitud! ¡El populacho en estado puro de enajenación! Pero cómo puede usted decir que está nervioso. Aquí el único que tiene derecho a estar hecho polvo soy yo. Es a mí a quien ha abandonado su mujer, no a usted.

Almécija volvió otra vez al tema del hipermercado, huyendo inútilmente de la mujer de Baltasar.

–No sé por qué le parece mal que la gente compre. Usted es un industrial, ¿no? No creo que se gane usted la vida haciendo negocios exclusivos con la aristocracia, ¿verdad?

–¡A usted qué le importa cómo me gano yo la vida! Con más decencia que usted, seguro. ¡Usted es un plumilla! ¡Me repugna este espectáculo! Es inmoral, es obsceno. Los tipos como usted contribuyen a él con la publicidad.

–Ya lo ha dicho antes. Lo del espectáculo obsceno.

–Pero cómo quiere que hablemos con seriedad recorriendo estos pasillos de Mammón. No me puedo concentrar. Además, no le oigo.

–No puedo hablarle a gritos.

–Dígame de una vez lo que sepa de mi mujer.

–¿De Betty? –dijo Heliodoro como si le costara trabajo recordar.

–Parece que la conoce usted bien.

Baltasar detuvo el carrito en un atasco delante de la pescadería. Había cogido al periodista en una trampa. Miró con complacido desprecio a dos individuos de pinta indecorosa que peleaban por el turno, mientras uno de los pescaderos, armado de un cuchillo tan grande como una pala, despedazaba con

indiferencia un enorme atún.

–Relativamente –dijo Heliodoro. Y añadió en un susurro– Betty se ha marchado con otro hombre. Eso es todo. Acéptelo usted.

–¡Eso no puede ser todo! –Baltasar tornó a empujar el carro, esquivando a una señorita de uniforme que le ofrecía galletas con chocolate–. Usted me quiere hacer creer que una mujer a punto de cumplir treinta y seis años, con una vida cómoda, sin problemas emocionales, con un hijo y conmigo, que no debería contarme porque parece que no pinto nada, usted me quiere hacer creer que se ha enamorado de un doncel y se ha pirado con él por el mundo.

–Exactamente.

Baltasar dejó pasar a un matrimonio de forma, edad e indumentaria indefinida, tan enfrascados en su tarea compradora que inspiraban miedo, con su niño subido en el carrito, en lo más alto de una montaña de alimentos y utensilios, blandiendo unas tijeras de podar.

–Estoy seguro de que mi mujer se ha ido con alguien, porque no es imbécil. Pero no porque se haya enamorado de esa persona desconocida. Lo que quiero saber es por qué. Sólo eso, por qué. ¿Conoce usted al pollo?

–No.

–Pero a Betty sí la ha visto.

–Sí. Una mujer muy persuasiva.

–¿Le persuadió a usted?

Un hipopótamo en chándal y su hembra empujaban un carrito lleno de tambores de detergente para lavadora.

–Me utilizó. Bueno, yo estaba de acuerdo, vale. Pero luego se escapó con su amante a Londres.

–¡Es usted un imbécil! –dijo Baltasar con rabia, soltando el carro y dirigiéndose a una de las cajas. Intentó salir, pero se quedó atascado en la cola, víctima de las protestas de los paganos.

Almécija le alcanzó.

–Por favor, no me insulte.

Baltasar habló en voz baja y ronca.

–Me acaba de decir que se acostaba usted con mi mujer, y que se le ha escapado. ¡Cómo quiere que reaccione! –de pronto estiró la cabeza, como si se dirigiera al público, y dijo con una sonrisa de amargura–. Parece que aquí todo el mundo se acuesta con mi mujer.

Almécija le miró desafiante, mordiéndose la lengua y sujetándose la pelliza con las manos como si

se le fuera a escapar del cuerpo.

Baltasar volvió a hablar en el mismo tono.

–¡Yo también me acostaba con mi mujer! ¡Qué se figura! Pero hace mucho tiempo.

Las alimañas de alrededor miraron a hurtadillas al cabrón y a su torturador, protegidos por la barricada de carritos, y les abrieron paso haciendo comentarios en voz baja.

## **Espejismos nocturnos**

*Valencia*

De pronto, las cosas se precipitaron. Y no porque al destino le hubiera entrado un ataque de ansiedad. El destino va por caminos trillados a una velocidad uniforme. Al destino se le ve venir en lontananza, y si la gente no se aparta de él es porque a la gente le gusta decir que el destino le ha atropellado. Algo así como que todos somos hijos de Dios y que de Dios es la última palabra.

Baltasar tenía prisa por localizar a Heliodoro Almécija. Y una vez más, aquel hombre, como todo lo que tenía que ver con Betty, se escurría entre sus dedos como un puñado de aceite.

Le buscó en dos diferentes redacciones. En

ambas le dieron la misma razón del paradero de Almécija, pero la causa era distinta. Según una emisora de radio, el periodista había ido a retransmitir un partido de baloncesto a Zágreb. Según un diario, donde también colaboraba, Almécija se había marchado a Zágreb con una expedición de ayuda a los refugiados, con el objeto de hacer reportajes.

En un principio, Baltasar atribuyó la discordancia a la naturaleza variable, falaz e insidiosa propia del oficio periodístico. Mas luego recapacitó en términos menos moralistas y tuvo la sensación de que, en el presente caso, la prensa no estaba intentando engañar al público en general, sino especialmente a él, a Baltasar Quesada, por indicación expresa de aquel tipo descarado.

El industrial-filósofo buscó a Almécija en su propio domicilio, también sin fruto alguno. Al abandonar su casa, en las afueras de Valencia camino de la ciudad, entrada ya la noche, sobre la sorda irritación que se agitaba en su pecho, flotaba una inquietud supersticiosa.

Las afueras de la ciudad, plagadas de obras municipales e inmobiliarias, parecían un frente de guerra cruzado de trincheras. Al girar a izquierda y derecha en los incesantes desvíos, se alejaba de la línea regular de las farolas, pasando por zonas de penumbra, a espaldas de antiguas masías de la

malherida huerta, o sobre acequias casi tapadas por una maleza exuberante. Por breves segundos Baltasar se halló perdido en aquellos recovecos, y pensó que se había trasladado, por arte de magia, a través del espacio y del tiempo. No le habría extrañado ver surgir de la oscuridad a un tipo con patillas de hacha, perneras ceñidas, botas de caña, chaleco bordado y canana cruzada en el pecho, tocado de sombrero calañés y armado de un trabuco.

Baltasar había recibido al principio de la semana la visita de un extranjero misterioso. Se había presentado de súbito en la oficina con una máquina de fax. Por la tez parecía gitano, por el acento, quizá hindú. Vestía un traje recién salido de la tintorería y se daba un aire forzado de ejecutivo.

Después de intentar dejarle el fax a título de prueba, cosa que Baltasar rechazó alegando que ya tenía servicio, el hindú desvió la conversación hacia sus orígenes geográficos, y en pocos minutos estaba hablando de Durban, la ciudad más populosa de la provincia de Natal, en Suráfrica. El hindú le preguntó si había estado alguna vez allí en algún safari. Inmediatamente quiso saber si conocía a algún surafricano. Hablaba el hombre en un tono uniforme, con voz aguda y un tanto nasal. Lo hacía siempre sonriendo, como si alguna propiedad de su cuidada dentadura hilara las palabras, las oraciones y las ideas

con la endemoniada perfección de un discurso leído en el interior de la cabeza. Su conversación carecía de inflexiones. A Baltasar le resultaba imposible detener el flujo dialéctico, un flujo vacío, insensato. En esta marea verbal fue como Baltasar nombró, sin acertar a desearlo, forzado por la verborrea del indostano, a Néstor León. El vendedor hizo un gesto doloroso, cambió de postura en la silla y empezó a investigar en torno al viejo amigo de Baltasar.

Por fin el tipo del fax se marchó con el fax bajo el brazo, dejando sobre el escritorio del empresario una tarjeta en la que figuraba como dueño de un bazar en la zona portuaria de Valencia.

Al cabo de dos días sorprendió de nuevo a Baltasar, esta vez por teléfono. Le invitaba a cenar en un hotel donde se hospedaba cierto amigo suyo surafricano, de paso por Valencia, que había conocido, casualmente, a Néstor León.

Baltasar intentó eludir el compromiso. Pero el hindú insistió con su voz nasal de paciencia ilimitada, para obtener una confirmación. Por fin a Baltasar se le ocurrió una excusa atrevida. Le dijo al indostano que su mujer se había comprometido a cenar en casa con unos parientes. Puso tanto empeño en la mentira, que después de oírla de sus labios notó un vacío en el estómago.

El hindú se quedó unos instantes en silencio, pero enseguida volvió a hablar en el mismo tono de dominar el tiempo de todo el mundo y de tener derecho a dilapidarlo.

—Me temo, señor Quesada, que según mis referencias, le será a usted difícil cenar esta noche en compañía de su esposa. Aunque es posible que lo desee usted fervientemente, ¿no es verdad? —el indio cuidó que el tono de la interrogación fuera compasivo, no irónico.

Baltasar estaba mudo.

—¿Por qué no decide usted aceptar la invitación de mi amigo, el señor Guelke? Si lo hace, puede que obtenga alguna noticia de su esposa, señor Quesada... ¿Qué me dice usted?

Baltasar dejó el coche en una bocacalle que salía al viejo río Turia reconvertido en jardín, frente a la mole iluminada del Palau de la Música. Por un efecto óptico, al elevarse por encima de los inmensos eucaliptos que crecían en el cauce, y de los pinos que adornaban la avenida, el edificio parecía más próximo de lo que físicamente estaba; incluso daba la sensación de haber iniciado un movimiento de lenta deriva hacia delante.

El empresario-filósofo dio la espalda al espejismo y se encaminó al hotel.

Súbitamente, por el rabillo del ojo, vio en el interior de uno de los locales de consumo ético de aquel barrio un rostro de alimaña. Se detuvo en seco, indagó y confirmó que se trataba de Heliodoro Almécija, hablando con una chica a la que doblaba en edad.

Entró Baltasar en el establecimiento público, se fue derecho hacia el periodista, y le espetó sin disimular el enfado,

—¿Pero no estaba usted en Zágreb?

—¿Yo? —parecía que Almécija estuviera a punto de afirmar que no era Almécija—. Volví ayer.

Baltasar no perdió el tiempo en rodeos formales y fue al grano.

—¿Ha oído usted hablar de un tipo llamado Néstor León?

—Nadie me ha hablado de él en Croacia. ¿Quién es, un jugador de baloncesto o un asesino a sueldo? Es lo que más abunda.

—¡Digo aquí! Por favor, no se haga el gracioso, estoy hablando muy en serio y tengo poco tiempo. Nestor León, ¿le suena a usted?

Almécija empujó disimuladamente a la nena guapa, que se quitó de en medio sin elegancia.

–¿Se refiere usted a esta ciudad?

–Me refiero a Madrid, a Betty.

El periodista pensó.

–Jamás. No. No he oído ese nombre, ni a Betty ni a nadie que yo recuerde.

–¿Seguro? Sea usted sincero, se lo suplico.

–Se lo juro.

–¿Dónde puedo encontrarle a usted a medianoche?

–En el periódico.

–Levante usted la orden de darme el esquinazo.

–No sé qué quiere usted decir, pero si no estoy allí, le dejaré un recado.

–Le llamaré.

Baltasar se había ido moviendo hacia la calle, hasta quedar en el umbral de la puerta. Fue allí donde notó un golpecito en el hombro. Era el hindú, que acababa de materializarse procedente tal vez del plasma interplanetario.

Se despidió de Heliodoro, y acompañó al hindú al otro lado de la calle, en dirección a un tipo

gigantesco, de un rubio casi albino, que le tendió la mano sonriente.

–Señor Guelke. Menir Quesada

## **Noticias de Londres**

### *Madrid*

La misma mañana que el cartero le trajo un sobre sin remite con sello británico y matasellado en Londres, Clara recibió una absurda llamada telefónica de cierto tipo con acento extranjero que le proponía venderle una máquina de fax. Clara le colgó, harta de escuchar sugerencias impertinentes y, en ocasiones, obscenidades.

Metió el sobre en el bolso y fue a buscar el coche al garaje que estaba a dos manzanas de su calle. Llegó con anticipación a su trabajo y le dio tiempo a fumar algunos cigarrillos, mientras repasaba los textos que tenía que leer ante la cámara. La mención que uno de ellos hacía a Londres, le recordó la carta. La sacó del bolso y empezó a leerla.

Como esperaba, era de Betty, pero la sorpresa fue que le faltaban hojas, y ni siquiera tenía comienzo. Después de comprobar varias veces la sucesión de las páginas manuscritas sobre holandesas lineadas, se dio por vencida. Por alguna razón, sin duda portentosa,

Betty había sido derrotada por el desorden. Clara empezó a inquietarse.

En una carta previa, la presentadora de televisión ya había encontrado fuertes indicios de desequilibrio. Betty comparaba la ciudad de Londres con la isla de las Sirenas de la Odisea, donde “llegan muchos hombres y mujeres dispuestos a sacrificarlo todo por amor a la aventura, a la riqueza o a vivir decentemente. Mas cuando quieren darse cuenta están despellejados, han dejado trozos de sus cuerpos, y hasta las vísceras en sus jardines sombríos.” Betty decía que los habían devorado las sirenas. Sin duda la cabeza de Betty había empezado a forjar visiones. Como Betty era culta, las visiones eran literarias.

Había descrito un raro viaje junto a Néstor León a Estonia, por un negocio de compra de cobre sacado de contrabando de Rusia. Un ruso había asesinado a tiros a dos policías, y Néstor León, que esperaba el cargamento con un maletín lleno de billetes, en una ciudad fronteriza en medio de la taiga, escapó con Betty, protegidos ambos por el guardaespaldas, un tipo armado de pistola y de redaños. A Clara le sonó a historia novelesca. Betty concluía la epístola diciendo que no le importaba si lo que hacía su amante era o no legal, “Seguro que lo es, un maletín lleno de dólares legaliza cualquier cosa. Lo que me importa es saber que formo parte de la acción, que estoy en el

escenario, que no miro la representación desde el patio de butacas, que no estoy por encima del bien y del mal, que formo parte del bien y del mal. Yo gozo y sufro, porque vivo. ¿Te das cuenta, Clara? Esa es la gran diferencia, la pasión de vivir.” Clara hizo el esfuerzo de dar por ciertas estas historias, se puso en la piel de Betty, y sintió un peligroso vértigo.

En la segunda carta, la fugitiva hacía referencia a los amigos africanos de Néstor León. Tipos de organizaciones de liberación, según le parecía a Clara, de grupos anti *apartheid*, y de agentes ambiguos que Betty describía de un modo siniestro. “Ultimamente Néstor León hace insinuaciones oscuras que no entiendo”, decía la segunda carta. “La imagen que tengo de África es folclórica, un galimatías de tribus, de guerras y de hambre con un ritmo de fondo de tam-tam. Parece que Africa le preocupara a Néstor León como un pasado amenazador.”

Un grito dirigido a Clara, la devolvió a la redacción.

–¡Clara! ¡Al estudio!

–No estoy maquillada –dijo en voz alta con sorpresa.

–Ve para allá. Te mandaré a alguien.

Clara plegó la carta, la guardó en el bolso y emprendió una carrerita.

–Clara, tienes llamada urgente de un tipo extranjero– le dijo alguien a la entrada del plató.

La mujer despachó la urgencia con un manotazo y le hizo una mueca de hastío al recadero.

## **El café de South Street**

### *Nueva York*

Un río de vehículos se movía en dirección Sur. De la multitud de seres enfrascados en ordenadores y conversaciones telefónicas en aquella redacción, sólo uno observaba el fluir motorizado: un tipo negro fuerte de complexión, pero con rostro de niño aplicado, gracias quizá a sus gafas de concha. El salón diáfano en que trabajaba aquella gente estaba en un piso a la misma altura que el paso elevado de South Street, separados uno y otro por un vacío de diez metros. El tipo negro de gafitas esperaba que alguien contestara a la llamada telefónica que acababa de realizar.

–¿El señor Radek? Aquí, Jeff Shackelford.

–Encantado de oírle, amigo mío. ¿Se cuida usted últimamente?

–Lo mejor que puedo. ¿Sigue interesado en aquel negocio de los Rands?

–Muchísimo. Tendremos que tratar el asunto personalmente.

–Sí. Pero no puedo moverme de Nueva York.

–Precisamente pasado mañana tengo que estar ahí por la tarde. Si quiere, almorzamos juntos.

–¿Le parece bien el *Cafe Diner* de South Street?  
–propuso Shackelford.

–¿South Street? ¿Hacia el puente de Brooklyn?

–Se aproxima usted, Radek. Tengo una chabola bajo el viaducto, con vistas al East River. ¿Sabe dónde le digo?

–Me hago una idea, señor Shackelford. ¿Dónde está exactamente ese café?

–En el edificio del *Post*, esquina a Catherine Slip.

–¿En el *Post*? Se trata usted con el periodismo barato.

–¿Cómo imagina que sobrevivo? Usted acertó con lo de los grandes reportajes. Son un capricho. Llenan el espíritu, pero no la barriga. El *Post* es mi secreto alquímico. Firmo con otro nombre. Pero supongo que no por mucho tiempo. El periódico está arruinado.

–Ustedes los periodistas son sorprendentes.

¿Tiene ya comprador su nuevo gran artículo?

–Puede que varios. Y creo que poco relacionados con el mundo editorial.

–Interesante, interesante. ¿Qué tipo de cocina tienen en ese *Cafe Diner* de South Street?

–Greco-americana. La mejor entre los puentes de Brooklyn y Manhattan.

–Me quiere llevar usted a un barrio bajo, señor Shackelford.

–¿Les tiene manía, Radek?... ¿A la una y media?

–Media hora antes, si no le viene mal.

A Viktor Radek le llamaron la atención las limusinas. Destacaban como joyas en un montón de basura. Media docena de limusinas se agazapaban en la penumbra, bajo el viaducto que recorre South St. a seis o siete metros de altura, sobre pilastras de hierro roñoso. Caía un sirimiri incómodo, y el cielo de Manhattan estaba gris como el acero.

Sobre las limusinas se derramaba el escándalo del tráfico que rodaba por el viaducto. El resto del decorado urbano era decrepito.

En el borde del East River, una docena de

dispersas chabolas, construidas con maderas y cartón envuelto en sábanas de plástico, desafiaban con su endeblez la sólida existencia del viaducto y de los edificios aledaños. Algunas de las chabolas tenían una valla y un remedo de jardín con plantas en recipientes de hojalata. También buzones, sujetos a un palo como perchas de cetrería. Quizá querían demostrar que no eran barracas de estilo tercermundista, sino un paradigma de chabolismo desarrollado. Al otro lado del río, Brooklyn era un puré de guisantes blanqueado, y los dos inmensos puentes parecían colgados en la nada de Long Island.

Los chóferes de las limusinas se entretenían limpiando el interior de los vehículos con gamuzas.

Radek dio la espalda a los aburridos conductores y se quedó mirando la entrada del café. Iba bien abrigado y con un sombrero. De esta guisa, parecía un hombre robusto. Se apartó la manga izquierda con la mano derecha y miró la hora. Era la una en punto.

El acceso al *Cafe Diner* era estrecho y oblicuo y la puerta se resistía al primer empujón. Comer diariamente allí debía ser cosa de titanes. Al penetrar notó en la cara el abrazo cálido y picante de la cocina. Era un lugar estrecho y largo, del tamaño de un autobús, y decorado como un autobús, con mesas y sillas en lugar de asientos; las ventanas eran

herméticas, con marco de goma y metal. Descubrió a Shackelford en una de las mesitas que surgían a la altura de los alféizares inexistentes, soldadas o sujetas a la pared y al suelo, lo mismo que los bancos, todo de plástico y acero, en colores vivos.

Shackelford tomaba café con dos chicas muy pintadas, cuya indumentaria revelaba la coquetería infantil de la mujer del nuevo mundo. Al llegar a su altura, Radek se inclinó ceremoniosamente. Shackelford le tendió la mano sin levantarse, atrapado en un rincón. Las muchachas se retiraron.

—¿Qué me recomienda usted del menú? — preguntó el judío.

—Kostas nos lo dirá —Shackelford miró escrutadoramente y sin decir nada a un tipo de pelo negro rizado y bigote muy fino ocupado tras la barra. Al percatarse, el tal Kostas levantó un brazo y señaló una pizarrita colgada del techo del autobús-café—. Cordero asado con arroz y verduras —leyó en voz alta el periodista de color.

—Así que tiene usted compradores. Vamos bien encaminados, ¿no? —dijo Radek.

—¿Usted sabía que ese dinero es del gobierno de Pretoria, verdad?

—Me lo temía. ¿Ha averiguado usted para qué lo quieren?

–Lo dirigen a una fundación recién inaugurada.

–¿Gente significativa?

–Abogados italianos. Tendrán primos en Natal. Una vulgar tapadera.

–Los italianos prosperan por todo el mundo. Deben de ser parientes de los judíos, si no, no habría triunfado de ese modo el cristianismo en Roma. Lo de Natal, ¿lo dice usted en serio? ¿Esa gente tiene conexiones en Suráfrica?

–Lo deduzco. También deduzco que hay una operación de lavado de cara del país. Querrán comprar artículos e informaciones favorables a Suráfrica.

–Favorables a los blancos, naturalmente.

–Supongo que sí. Esta mañana me tenía que haber llamado un amigo a quien encargué que se presentara como periodista en la fundación.

–¿En Washington?

–En Nueva York. Pero no sé nada, no ha llamado. Hay algo que me extraña –dijo el periodista inclinándose hacia Radek–. Estos no son tiempos para invertir en lavar la cara a Suráfrica. Es tirar el dinero. Usted sabe que lo intentaron hacer en el Apartheid, en los setenta, con el ministro Mulder. Fue un escándalo. Le costó el cargo a Vorster, que entonces era presidente y primer ministro. No sé por qué tienen que

insistir otra vez en la misma fórmula catastrófica.

–La fuerza de la costumbre. La inclinación conspirativa. Los políticos *afrikaner* son como los topos, se sienten muy a gusto en los pasadizos subterráneos.

–Han cambiado de táctica.

–¿Cómo lo sabe?

–Leo la prensa –dijo Shackelford en tono profesional, como el médico que confirma un diagnóstico.

–Se burla usted de mí. La realidad de la política no aparece en la prensa si no es disfrazada.

–Soy experto en vestir y en desnudar la información. Es una mujer que no se me resiste – Shackelford imitó el tono de un macarra–. ¿Sabe lo que más me hace recelar? Lo claro que parece que el dinero venga de *Union House*, del gobierno. ¿Quiénes son esos tipos que ordenan las transferencias, Néstor León y Anton Guelke?

–No tengo ni la menor idea.

–He preguntado a un amigo *afrikaner*. Me dijo que le sonaba Anton Guelke. Averiguó, y parece que es un ex-agente del BOSS, el *Bureau of State Security*, que ya no existe. Todos los indicios le señalan como un especialista en trabajo sucio. Muy

sucio... –Shackelford aspiró melodramáticamente–.  
Asesinatos.

–¿Sospecha usted que están actuando por libre?

–No lo creo. Pero dudo que lo hagan a cuenta de Pretoria. En los últimos meses, el FBI y Scotland Yard han detenido a varios surafricanos, agentes de los servicios de inteligencia. Agentes de segunda fila. Ha habido broncas diplomáticas. El gobierno de Pretoria es atrevido, pero no imbécil.

–¿Quién le quiere comprar todo lo que usted ha averiguado hasta el momento? Me dijo usted que no era una revista ni un periódico –interrumpió con cierta brusquedad Radek.

–Un sinvergüenza. Un millonario de Detroit. Negro. Ese tipo es un gángster con extrañas relaciones en Manhattan. El contacto ha sido un familiar suyo que frecuenta una secta afro-americana en el Bronx.

–Pero, ¿por qué quiere comprarle su trabajo ese gángster de Detroit?

–Dice que va a sacar una revista para los afroamericanos.

–¿Y le pagaría bien?

–Asegura que sí –Shackelford endureció la voz–. Pero no hay ninguna revista, no habrá ninguna revista. ¿Me va a pagar usted? Sólo trabajo a cambio

de nada en los temas que yo elijo. Este es un encargo absurdo, y si llegara a escribir algún día un reportaje sobre ello, sería tan extenuante como una novela de Umberto Eco. Nadie pasaría de las primeras mil palabras.

–Con tal de que se hable del asunto... Le haré de agente literario– dijo Radek, y empezó a devorar el cordero que acababa de dejar Kostas en la mesa.

–Me ha conmovido usted, Radek. No voy a tener más remedio que pagarle el almuerzo.

## **Una velada literaria**

### *Valencia*

Baltasar telefoneó a Heliodoro Almécija desde el restaurante donde había cenado con Menir Anton Guelke y el indostano. Serían las once y media de la noche. En la redacción le dijeron que el periodista se encontraba en una sala de fiestas de la Malvarrosa.

Salió del restaurante a una de las calles que desembocan en el Jardín del Turia, el antiguo cauce que se desmadró en 1957. Le desconcertó encontrar otro desmadre, una multitud en las aceras. Enseguida comprendió que era parte de esa fiesta que cada noche de lunes a domingo celebran en España miles de personas, quizá siempre las mismas, quizá en relevos.

Se preguntó, sabiendo que era una pregunta tonta, si estarían conmemorando algo. Oyó a su voz contestarle “¿Es que hay algo que conmemorar?” Grupos de jóvenes deambulaban por las calles saturadas de chiringuitos.

El empresario-filósofo se dirigió a su coche sorteando la turbamulta. Algunos eran de la edad de su hijo, y llevaban en la mano litronas de cerveza. Se las pasaban de uno a otro y bebían de ellas, sin dejar de caminar, con ansia, con hastío, como si pelearan gratuitamente con el tiempo y no les bastara consumir alcohol sentados en los absurdos taburetes de las barras machacados por un aluvión de decibelios. Había chicos y chicas, pero la mayoría eran varones.

Baltasar pensó, empapado de humor agrio “¿Qué razón encontrarán estos estúpidos para abandonar a su pareja cuando sean hombres de provecho? A lo mejor no necesitan ni siquiera razones, los autómatas no piensan.” Les envió a todos mentalmente al cuerno.

Condujo a ciegas, con la cabeza sacudida por un redoble ensordecedor de obsesiones, abrumado por todo lo que acababa de escuchar de Guelke, traducido por el indostano.

Sin saber cómo, Baltasar se vio delante de la sala de fiestas, en la playa Malvarrosa. Al fondo, en la

obscuridad absoluta, se adivinaba el mar.

Era una negrura atrayente, en la que Baltasar se habría sumergido para desaparecer, con su cuerpo y su conciencia, si no fuera porque su conciencia tenía la calidad de un búnker capaz de mantener a raya la fatiga y la inerte inclinación a rendirse a las crueles insinuaciones sobre Betty que le acababa de hacer el surafricano gigantesco por medio del vendedor de faxes.

Ascendió por una escalera cubierta de un toldo desgarrado hasta una galería que hacía de hall de la sala de baile. Empujó el portón del local y tuvo la sensación de entrar en una sauna a la que se le acababan de fundir todas las bombillas.

Una turba evolucionaba por la sala en penumbra cruzada de chispazos, algunos seguían el ritmo del bailongo, interpretado por una orquesta con la imaginación y el entusiasmo de una peña de maníaco depresivos. Baltasar notó de pronto que se escapaba de sí mismo y se subía a la bola giratoria que emitía desde el techo resplandores desde sus miles de espejitos. Se apoderó de su alma una tremenda energía, capaz de objetivar cualquier detalle. El alma emitió el siguiente veredicto: Esto es una farsa, pero representada por gente tan idiota, que ninguno se da cuenta de que es una farsa. Inmediatamente, el alma volvió al chasis de su propietario.

Pasó un camarero cargado de anchas copas con agua de Valencia, y le puso una en la mano a Baltasar.

–¿Cuánto es? –dijo el empresario culto, y buscó la cartera en su bolsillo.

–¡Es de balde, hombre!

Baltasar miró la copa como si hubieran disuelto en ella veneno, y terminó bebiéndosela de un trago y abandonándola en el primer rincón. Se escurrió entre la barahúnda buscando a Heliodoro, y le vio al borde del escenario hablando con una eminencia de la política local y con otro que parecía un cargo de confianza.

En el momento de arrancar hacia Heliodoro, notó que le cogían bruscamente de un brazo. Al volverse se topó con la sonrisa de un director general que en otro tiempo había sido vendedor de enciclopedias.

El tipo empezó a emitir gruñidos con los que expresaba la satisfacción de encontrar a Baltasar a tales horas en tal congregación de vanidades. Tuvo que complacer al elemento con un par de comentarios, y se libró de él. De pronto se dio cuenta de que en el salón de baile se encontraba la flor y nata de la clase dominante en la política y en la hacienda regional. Había ido a parar a un sarao de la elite *sociata*, dueña absoluta en aquel momento del cotarro del poder y del querer.

Siguió abriéndose paso, y estaba cerca de él, cuando Heliodoro comenzó a trepar por una escalerilla del escenario haciendo señas a la orquesta para que parase. Los músicos dejaron de tocar todos al tiempo, recogieron sus instrumentos y se quedaron mirando al vacío en actitud de muñecos mecánicos.

Heliodoro se acercó a un micrófono e hizo la presentación retórica de unas colecciones de libros subvencionadas por la Administración. Al cabo, cedió la palabra a la eminencia política local y se quitó de en medio. Al llegar al borde del tablado, Baltasar le atrapó.

–Necesito hablar con usted –la determinación de Baltasar era conminatoria–. Ahora mismo. ¿Ha terminado su trabajo?

–En cierta forma, sí –respondió volviendo la cabeza hacia el orador, que se ahogaba en su propia verborrea.

La eminencia largaba un discurso sobre la Administración como redentora de la cultura, que el público ignoraba olímpicamente, charlando en corros, engullendo canapés y dándose latigazos del alcohol barato que regalaba el gobierno regional a sus preclaros súbditos.

–Vámonos de aquí. Siempre me cita usted en lugares pintorescos.

–¿Este también le parece obsceno?

–¡Pornográfico! Toda esta gentuza convocada a semejante hora a un puticlub por los representantes del pueblo. Da la impresión de que acaba de patentarse un nuevo cóctel: alcohol, bullanga y cultura. España, marca registrada.

El periodista soltó una risa de cuervo y dijo algo sobre el mundo en que vivimos, pero su ironía no logró elevarse sobre el rumor de la multitud, entusiasmada por el agua de Valencia.

Abriéndose paso y saludando, lograron salir del antro y se alejaron, metiéndose en la playa, guiados por Baltasar, que buscaba intimidad y silencio. Cerca de la orilla les envolvió un manto de humedad. Al cabo de unos minutos sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y podían ver la línea de espuma de las olas muriendo en la arena una tras otra.

–Le vuelvo a jurar que no he oído el nombre de Néstor León en mi vida –insistía Almécija–. ¿Quién es?

–Un viejo compañero del colegio. Le perdí el rastro en la mili. Eramos de la misma quinta. Nos había tocado el Sáhara –Baltasar se calló, como si ya lo hubiera dicho todo sobre Néstor León. Pero necesitaba decir más, y lo hizo–. En el colegio le entró la vocación, y se fue al seminario. Pero cuando yo

estaba empezando la carrera, dejó los hábitos. Volvimos a encontrarnos y llegamos a ser buenos amigos. No era mi mejor amigo, era uno de la peña. Había cambiado mucho. Me enteré de que había perdido a su padre y a su hermano en un accidente, y que su madre se había suicidado. No se lo perdonó a Dios. De Néstor León fue de quien escuché los primeros sermones antifranquistas. Y de su mano entré en el partido... –Baltasar se detuvo como si reflexionara unos segundos–. En el Partido Comunista. Néstor León no era un buen comunista, pero sí un hombre de acción. Se señalaba mucho. Atribuimos a su temeridad la caída que me costó una temporada en el “trullo”. A él no le pillaron, sin embargo. Se esfumó. Le volví a encontrar en la mili, en el Sáhara. ¿Se lo he dicho ya? –Almécija no movió ni un músculo, estaba atento a la historia de Baltasar–. Me mandaron al Sáhara como castigo, cosas el régimen de Franco. No sé qué haría allí Néstor León. Según una historia que nunca quise creer, era confidente de la policía franquista. Se había vuelto un poco introvertido, y bebía. Cuando bebía, se ponía fanfarrón. Hacía temeridades. Se jugaba la vida y también los cuartos a las cartas. Pero seguía siendo un tipo fascinante. Al acabar la mili se marchó a Londres. Luego me enteré de que vivía en Suráfrica, en Ciudad del Cabo, dedicado a los negocios.

Baltasar hablaba pausadamente, desde lo más hondo, descargando quizá por primera vez algo pesadísimo.

–De pronto, al cabo de casi dos décadas, me envió una carta desde aquella tierra. Mi dirección la obtuvo de un amigo común, un periodista como usted, a quien le gusta darse paseos por el mundo. Le había dicho que yo era un empresario próspero, y Néstor León quería saber si yo le podía orientar. En realidad no le interesaba yo, sino mi hermano, que es corredor de comercio... Eso lo supe después... Se presentó aquí un buen día, y le invité a mi casa. No había dejado de ser el tipo fascinante de la juventud. Parecía haber vivido intensamente en Suráfrica. Nos contaba historias que serían inverosímiles si no las hubiera leído en la prensa y visto en la televisión. ¿Conoce usted la situación en ese país?

–Sólo la deportiva, y malamente. Suráfrica ha estado apartada de las competiciones muchos años. Sugar Boy Malinga es un boxeador. Zolla Bud, una atleta que corre descalza, y Kevin Curren, un tenista. Aquí se acaba mi archivo de Suráfrica.

–Néstor León decía haber presenciado matanzas, y parecía conocer a los grandes protagonistas. Quizá fuera una persona importante, no lo sé. Solía hablar con un fuerte desapego, como si le diera igual lo que está pasando, como si jamás hubiera

ido con él y se sintiera por encima de todos los bandos.

–Me parece una actitud prudente.

–¿Usted nunca toma partido?

–Si me conviene, sí. ¿Y usted?

–Yo soy un hombre de convicciones, Almécija.

Baltasar lo dijo sin rastro de presunción, como si diera cuenta de un hecho observable.

–Marxista, según tengo entendido.

–Le busco un sentido a la existencia, y hay doctrinas que lo explican muy bien. Es muy reconfortante. La moral es la base del mundo.

–Las doctrinas no lo explican todo, no es verdad. No hay doctrina que le diga a uno por qué se ha ido su mujer.

–Tiene razón –repuso Baltasar, abatido. Pero enseguida reaccionó—. Sin embargo, he de averiguarlo. Ayúdeme, Almécija. Usted puede hacerlo.

–¿Cómo?

–Poniéndome sobre la pista de Betty.

–Le juro que no sé su dirección. Parece ser que ahora vive en Londres.

–Pero tiene que haber alguien que lo sepa,

alguien que usted conozca.

–Sí, en Madrid, una amiga suya. Creo que usted no ha tratado con ella nunca, aunque la debe de conocer, sale en la televisión, presenta un telediario.

–Podía habérmelo dicho antes.

–¿Para qué?... ¿Supone usted que se ha ido con ese Néstor León?

–Me parece absurdo, inverosímil. Néstor León pasó en casa poco tiempo, días sueltos, una semana. Se iba, volvía –Baltasar se quedó mirando la oscuridad del mar unos segundos–. Néstor León me pidió permiso para usar mi dirección en un anuncio financiero en un diario internacional. Un día me dijo que había sacado de Suráfrica un montón de dinero, que lo había hecho burlando algunas disposiciones legales, y que estaba buscando inversiones seguras. Yo ya entonces no le hacía mucho caso. Estaba un poco harto de él y quería que desapareciera. Se marchó a Gibraltar, que debe ser donde tenía la cuenta con la pasta que había escamoteado de Suráfrica. A veces se ponía en plan víctima y contaba detalles íntimos. Decía que su mujer le había echado de casa por no cumplir como un hombre. No sé si era un cuento o una exageración. Decía que él necesitaba más que una mujer una madre, y que las inglesas, cuando trabajan fuera de casa, se vuelven hombres y

no planchan ni una camisa. Las comparaba con los diamantes, bellas, pero llenas de aristas, cortantes, inhumanas. Su ideal de mujer se aproximaba, según él, a una joven madre, un ser mullido y apetitoso pero relleno de acero, que el marido abraza y tras la cual se protegen los hijos.

–No me parece que Betty sea así. ¿Por qué cree que se han escapado juntos?

–No lo creo. Lo dudo. ¡Lo niego! Pero un surafricano acaba de asegurármelo.

–¿Le persigue?

–¿El tipo ese, a Néstor León? No lo sé. Quería saber qué hizo Néstor León en Valencia. Pero parece que él sepa mucho más que yo. Yo no sé nada. Pasan cosas a mi alrededor y no me entero.

–Si quiere usted, podemos ir a Madrid a ver a esa chica. Quizá le pueda decir algo de Betty.

Baltasar se inclinó hacia el periodista en un arranque sentimental.

–Gracias, Almécija. Se ha adelantado usted a mi proposición.

–Podíamos llamarnos de tú. Si no le importa a usted. Me resulta violento... anacrónico, utilizar el usted.

–A mí me encanta, Almécija. A mí me encanta... ¿Sabe lo que me ha dicho el surafricano de Néstor León? Que ha robado varios millones de Rands, cientos de millones de pesetas. Parece que eran fondos subrepticios del gobierno para crear organizaciones negras controladas con objeto de debilitar la influencia del Congreso Nacional Africano. Esto lo ha añadido el hindú, aprovechando que el otro no entiende ni torta de español. Néstor León se supone que era el encargado de la transferencia. Dice que se puso de acuerdo con un funcionario zulú y desviaron parte de los fondos a una cuenta de Gaborone, en Botsuana, y desde allí a Londres y a Gibraltar. Según el hindú, confiaban en que pareciera obra de los funcionarios corruptos de Zululandia, que son unos manirroto, como si ellos se hubieran gastado el millón de Rands en saraos particulares... Ya ve usted, resulta que mi amigo es un estafador.

–Seguro que él no piensa lo mismo.

–A mí me parece vergonzoso, aunque la víctima sea el estado racista. Sólo hay una moral. No puede haber dos morales.

–Y los blancos de Suráfrica, ¿cuál cree usted que practican?

La luna menguaba, estática, colgada a media altura en la negra pared que limitaba el mar. Un ancho haz de luz trémula flotaba sobre la ondulante superficie.

De algún lugar, quizá un coche aparcado, venía la voz de una mujer envuelta en acordes de guitarra.

En este mundo tan *farso*,  
sólo impera la *ambición*.

Tenía un timbre rasgado, de amargura, la voz de la cantaora.

En este mundo tan *farso*  
*pa* qué vale el *corasón*,  
si el que cae en el fracaso  
se *quea* sin compasión.

Se levantó una brisa que la humedad hacía gélida. Baltasar le dio la espalda al aire y a Heliodoro Almécija, y se puso a orinar de cara a la sala de fiestas, de la que salía un rumor de música y un resplandor acaramelado. Invadió un coche la arena a cincuenta o sesenta metros, y barrió con los faros otros vehículos aparcados a corta distancia unos de otros.

El automóvil que buscaba aparcamiento iluminó a alguien caminando entre los vehículos. Al

verlo, de lejos, quizá a cien metros de él, en la penumbra, Baltasar sintió un escalofrío recorrer su espalda y clavarse en sus vísceras. El tipo se metió en un coche y arrancó. Retrocedió con el acelerador pisado a fondo, y enfiló hacia el asfalto patinando en la arena.

Baltasar concluyó su meada con un rito varonil atávico y sonrió, subiéndose la cremallera con cuidado. Sin volverse, habló dirigiéndose al periodista.

–Estoy tan obsesionado que padezco alucinaciones. ¡Me había parecido que ese tipo era Néstor León!

El silencio total que siguió a sus palabras le extrañó. Se arregló el pantalón y giró hacia Almécija. Había desaparecido.

Le buscó durante unos segundos. Dando una patada en la arena, se llamó idiota en voz alta varias veces.

Dio unos pasos hacia la orilla y dirigió una mirada feroz a las olas pacíficas, como si estuviera a punto de castigar al mar por la cobardía de Almécija.

En eso, oyó un siseo. A unos metros, a su izquierda, un bulto le hacía señas y pronunciaba su nombre con gritos sofocados.

Baltasar se acercó. Heliodoro Almécija estaba en pie, cerca de una caseta de cemento de un emisario submarino. Pero no estaba sólo, había alguien tirado en la arena. Era un hombre muy grande, vestido con traje y abrigo.

–¿Está borracho?

–Herido o muerto, Baltasar. Mírele la cabeza.

Un hilillo de sangre le corría desde la sien por detrás de la oreja. Baltasar se inclinó sobre el individuo y le sacudió con la mano en el hombro.

–¡Oiga! ¿Se encuentra usted bien?

La cabeza del yaciente se volvió y la luna iluminó su rostro. Baltasar pegó un salto hacia atrás.

–¡Es Anton Guelke!

–¿Quién?

–El surafricano con el que acabo de cenar.

–Vámonos –dijo Almécija alejándose de allí.

Baltasar le siguió, volviendo la cabeza, por si Guelke resucitaba.

–¿Llamamos a la policía? –preguntó nada convencido Almécija.

–¡Que le den por saco a la pasma, Almécija! Ya le encontrarán mañana si está muerto, y si no, ya

se pondrá bien él solito. ¿Qué iba yo a decir en la comisaría? ¿Que ese hombre persigue a un tipo que se ha escapado con mi mujer?

—¿Sabe una cosa? —dijo Almécija casi sin resuello, porque andaban a toda prisa—. A ese tipo le he visto yo... en Zágreb.

—¿A quién, a Guelke?

—A quien sea el pájaro ese. Le he visto en Zágreb, estoy seguro.

## **Los problemas de Néstor León**

*Madrid*

Clara hurgó en su bolso a ciegas, mientras hablaba con un individuo sólido y ceniciento con aspecto de hurón. Al fin dio con el paquete de cigarrillos en el fondo del saco. El pequeño mamífero, evidentemente un redactorcillo con galones, llamaba la atención a Clara sobre algún defecto de la presentadora. Al terminar su reprimenda y dar la espalda a Clara, ésta encendió el cigarrillo y murmuró un ¡imbécil! que el ratonzuelo dejó pasar como una bala perdida sobre su cabeza.

—¡Clara, una llamada urgente! —escuchó a su izquierda.

–¿Otra vez! –se quejó la chica–. Le voy a decir que se meta los faxes en el culo.

–Podrá enviar sus pedos a la otra punta de la tierra –dijo sin detenerse un fulano calvo al pasar al costado de Clara.

–Es una mujer, desde Londres. Ha llamado dos veces durante el informativo. Y también te buscaba Almécija. Estás más solicitada que Juan Guerra, Clara –volvió a decir el primero.

La presentadora dibujó una sonrisa de burla y se dirigió al teléfono.

–¿Betty?

–¡Clara, por fin!

–¡Qué haces, so lagarta! ¿No estás de viaje por el Báltico?

–Has recibido mis cartas –la voz de Betty pareció de pronto aliviada al saberlo.

–¿Te pasa algo, cariño? –preguntó Clara, intuyendo algo.

–Nada serio. Pero quería desahogarme un poco contigo... La verdad es que... estoy asustada.

–Dame tu teléfono, y te llamo. Estoy rodeada de gente impertinente.

–No puedo... –dijo Betty en tono suplicante–.

No debería. Néstor León no quiere que lo haga –se quedó en silencio, y Clara no respondió–. ¡Clara! ¿Estás ahí? –Clara gruñó que sí–. No te enfades. Apunta –y le dictó un número–. Llámame ahora mismo.

Clara se retiró a un rincón de la sala de redacción, y marcó exactamente lo que había apuntado, tras el código de acceso internacional.

–Dime qué te pasa, cielo.

–A mí, nada. A Néstor León. Parece que está en un lío, y se ha tenido que abrir... de Londres– acabó la frase con un gemido que parecía de pánico.

–¿De verdad estás bien?

–Sólo preocupada. Esta tarde me ha venido a buscar un amigo de Néstor a la oficina donde trabajo. Eso aseguraba él, que era amigo de Néstor León. Era un negro surafricano. Me ha preguntado si podía avisarle, porque hay alguien que le quiere matar... Al principio me lo he tomado a broma, ¿sabes? Néstor León se rodea de tipos peculiares. Pero el africano daba detalles extraños. Dice que los servicios de inteligencia militar de Pretoria han decidido eliminarle.

–¿Por qué? –preguntó Clara con cierto escepticismo.

–Eso le pregunté yo. Me dijo que Néstor León colaboró con no sé qué unidad contra insurgente de la policía en Suráfrica, que sabe cantidad de cosas sucias, y que se ha decidido a hablar a la prensa.

–¿Tú sabías eso?

–¿Yo? Néstor León tiene una vida tan novelesca que no sé distinguir lo urdido de lo real. Al principio me desconcertaba, pero ahora me da igual, ¿sabes? En el mundo en que me muevo se da por bueno todo, cada uno se adorna de lo que le apetece, aventuras, perversiones, riquezas, títulos nobiliarios, todo inventado. Pero que aparezca un negro diciendo que alguien quiere matar a un amigo tuyo es una broma demasiado pesada, ¿no crees?

Betty había vacilado al referirse a Nestor León. Como si la relación que les unía no tuviera cabida ni en la amistad ni en la mera compañía ni en ningún interés claro, erótico o de otro orden.

–¿No puedes averiguar si es verdad?

–No, no creo. No me parece inverosímil que Néstor León haya sido un agente surafricano. Hay muchas formas de ser agente. Pero me resulta imposible ahora averiguar en qué líos se ha metido. El negro que me vino a avisar dice que es del Congreso Nacional Africano. Vaya usted a saber. Pero me ha metido la preocupación en el cuerpo. Néstor se ha ido.

Estoy sola. Y quería hablar con alguien. Eso es todo.

–Betty, ¿tú quieres a ese hombre?

–Le aprecio. Le estoy agradecida. No quiero que le pase nada.

–¿Le has advertido ya?

–Está de viaje. Y por lo que dice el negro, es mejor que no vuelva. Yo creo que él lo sabe, y que se ha escapado. No me ha dicho nada para no asustarme. Eso es lo que creo. Lo que de verdad me preocupa no es Néstor León, sino yo misma. ¿Qué pinto yo sola, en esta ciudad húmeda, desconectada de los grandes enchufes?...

–¿Qué quieres decir?

–Néstor no es sino un instrumento para mí. Creo que te lo he dicho en alguna carta. Él sabe moverse en el mundo del dinero arriesgado, pero ése no es el gran dinero, es la vía hacia el gran dinero. Son las dos caras de un bastidor. A mí me interesa el mundo de la riqueza legítima, la que paga impuestos, la que domina el presente y el futuro del planeta desde las Torres Gemelas de Nueva York. Pero no sé cómo pasar de un lado al otro del bastidor. Sé que junto a Néstor León acabaré dando con el pasadizo. Pero si él se marcha, o si le meten en la cárcel o le pegan un tiro, ¿qué puedo hacer yo? ¿Me entiendes, Clara?

–Sí. Bueno, no.

–¿Qué piensas? Dime algo, Clara.

–No puedo decirte lo que tú quieres escuchar. Creo que debo convencerte de que vuelvas, y no me vas a dejar.

–No me entiendes.

–Claro que te entiendo, Betty. Te has pasado la vida como una ratita hacendosa, una ratita sabia, prudente. Y has reprimido una gran cantidad de energía. Eres una mujer excepcional, Betty. No soy tan inteligente como tú. Ni tengo tus agallas. Te entiendo, pero me da miedo. Todo eso que me cuentas de Néstor León... Suena, yo qué sé, a traficante de armas.

–¡Cómo que suena! ¿No has leído la carta?

–Sólo unas hojas. No he tenido tiempo.

–¿Sabes dónde ha ido esta vez?

–No.

–¡A España!

–¿A Madrid?

–O a Gibraltar o a Valencia o a Bilbao. No tengo ni idea.

–¿A hacer qué?

–Lee el resto de la carta, Clara.

–Le faltan hojas.

–Sí. Es que son dos cartas. Empecé la primera, y perdí algunas hojas. Pero te la quise enviar de todas maneras, junto a la segunda, la más reciente.

–Ahora que tengo tu teléfono, podemos hablar más a menudo. ¿Es el de tu casa?

–No, el de la oficina. Pero si no estoy, no dejes recados. Casi mejor, no llames. Aquí son amigos de Néstor León y se podrían chivar.

–¿Chivar de qué? ¿Tienes miedo de ese hombre? ¿Qué piensas hacer?

–Si pudiera, me iría a Nueva York.

–¿Y mientras no te vayas?... –Clara pensó rápidamente—. ¿Y si voy yo a Londres?

–No, no. Por favor. No te molestes. No merece la pena– dijo Betty enfáticamente.

## **Viaje a través de al niebla**

### *La Mancha*

La del alba sería, o quizá más tarde, porque el tierno Apolo se desperezaba a la espalda del *Subaru Imprezza* que conducía el empresario culto en compañía de Almécija.

Habían dejado atrás las obras del portillo de

Buñol y recorrían las vaguadas umbrías de la sierra de Malacara a la altura de un caserío centenario llamado La Venta *l'Home*. Hilachos de niebla cubrían las faldas plantadas de pinos carrascos, y ocultaban tramos de la desierta línea del ferrocarril.

Pronto llegaron a la ciudad de Requena, donde el coche quedó atrapado en unas nubes bajas y densas. Avanzaban a ciegas, por una carretera perforada por haces amarillos como ojos de animales de presa. A veces se aclaraba, dejando ver las ringleras de cepas en los campos, manchones retorcidos alineados en llanos y pendientes. El sudario de niebla hacía más chato el horizonte ceniciento. Otras veces, la nube se apelmazaba y parecía que al coche le costara abrirse paso en aquella blanca oscuridad.

Hasta el pantano de Alarcón, atravesaron el túnel abierto por los faros en la bruma. Luego, el paisaje empezó a perfilarse, y de pronto apareció ante ellos, ya en la autovía de Madrid, a la izquierda, la silueta cubista de la iglesia de Garcimuñoz, en lo más alto de un cerro.

—¿Dice usted que al tipo de ayer en la Malvarrosa, le había visto en Zágreb?

Era casi la primera vez que hablaba Baltasar desde que salieron de Valencia. Al menos, la primera vez que lo hacía con un propósito.

–Estoy seguro –contestó el periodista, desperezándose.

–¿Le apetece a usted un café?

–Sáqueme de una duda. ¿Habla de usted a todos sus amigos?, bueno a todas las personas con las que tiene trato habitual, ¿o sólo lo hace conmigo?

–¿Por qué?

–*You piss me off, don't you?* –gruñó Almécija.

–No sé inglés. Mi educación es francesa. Y si ha ido usted a Francia habrá observado que poca gente se llama de tú... Pero le voy a ser sincero. Estoy al borde de la quiebra moral. Duermo gracias a las pastillas. No puedo permitirme debilidades. Carezco de defensas, mis emociones están por los suelos. Lo único que hago es protegerme para no echarme a llorar, de pronto, en medio de la calle. Sé que suena raro. Pero no me quiera usted desarmar más, se lo pido por favor.

–Vale. Pero al menos, deje de llamarme Almécija. Me recuerda los años de colegio. Dígame Heliodoro, aunque no quiera apearme el tratamiento.

–De acuerdo. Mire, por ahí parece que haya un área de servicio.

Se desviaron a la derecha y cruzaron la autovía por un puente. El área de servicio equivalía a un

pueblo entero de la Mancha. Entraron en un local descuidado y sucio, con paredes de museo etnográfico local, compuesto de horcas de madera, yuntas, albardas, arados romanos y hasta una rueda de molino. Ristras de jamones colgaban sobre el mostrador con sombreritos invertidos para recoger la grasa. Junto a la puerta, un mueble de metal exhibía cintas de música popular y videos salaces.

–Dos cafés, solos, por favor –pidió Baltasar de un grito a un camarero que se hacía el remolón en una esquina de la barra, quizá porque servir es un oprobio para los hidalgos.

El tipo, con una camisa llena de lamparones, les sirvió finalmente como si atendiera a dos individuos que existieran sólo a medias. Al mover los cafés en la barra, derramó parte del líquido sobre unas fuentes de chorizos en aceite. Dos anchas motas pardas quedaron flotando en la superficie azafranada. El lugar era tan inhóspito, que cercenó la conversación iniciada por los viajeros.

Volvieron a hablar una vez en la autovía.

–¿Me puede dar detalles de aquel tipo?

–Sólo que le vi entrar en un ministerio o algo así. Llamaba la atención por lo grande que era y por sus aires de superioridad. Apenas me crucé con él, pero tuve tiempo de observarle desde la escalera. La

delegación que acompañaba a la caravana de ayuda se quedó en un rellano hablando con algún político local, y yo me dediqué a mirar a mi alrededor. Vi entrar al gigante, cruzar el hall y subir por la escalera.

–¿Iba solo?

–No lo sé.

–Pero se daría usted cuenta de si conocía el lugar. A lo mejor por eso no iba acompañado.

–Es posible que hubiera estado allí antes. Cuando se perdió a mi espalda, me olvidé de él.

–No puede ser una casualidad –afirmó Baltasar sin dirigirse a Almécija.

–¿Que estuviera tendido en la playa?

–No sé, todo. Parecía saber más cosas de las que yo le podía informar sobre Néstor León. Incluso se diría que me estaba informando, poniéndome al corriente de todo lo que yo ignoraba, de un modo deliberado. Esa historia de Betty y Néstor León.

Rodaban por la cresta de un cerro. Al sur, en un hondón de la llanura manchega, unas cuantas lagunas lanzaban un reflejo intenso.

–¿Por qué le interesa a usted encontrar a su mujer? ¿Para volver a empezar? ¿La quiere usted?

–No se quiere igual a los cuarenta que a los

veinte años.

–¿Tenían problemas?

–Nada en especial.

–¿Y no notó usted nada raro en los últimos tiempos? Desde que apareció Néstor León, quiero decir.

–¡Néstor León se marchó de mi casa hace casi seis meses! Apenas le mencionábamos. Mi mujer, incluso, parecía haberle cogido manía –Baltasar calló, poniendo toda su atención en la carretera. Con el rabillo de los ojos observaba furtivamente la amplitud de la llanura desértica. La luz del mediodía había limpiado los últimos rastros de bruma y los campos, en barbecho o preñados por la siembra, se extendían como brochazos de acuarela, bellos, interminables.

Retomó el hilo de su charla.

–Un día, Betti me dijo que se había quedado embarazada. Estaba radiante, muy contenta, rejuveneció. Y yo también, sabe. Pero no tuvimos tiempo de disfrutar. De pronto, abortó. Entonces sí que se produjo un cambio en ella. No sé por qué, la frustración, quizá, después de la alegría de ese embarazo casual y tardío. Se volvió huraña, rencorosa. No hacia mí, hacia la vida en general. Decía que le parecía estar perdiendo el tiempo, que el

aborto había sido un aviso. Un día me dijo que quería irse sola de viaje. Y no volvió.

–Todavía no me ha dicho por qué quiere encontrarla.

–Es mi obligación. Intuyo que me necesita, que debo salvarla de algo. Nadie se va por las buenas de su casa.

–¿Había tenido algún lío alguna vez?

–¿Ella?

–O usted.

–Psch. Hace siglos... Luego se afianzó el matrimonio. ¡Es estúpido! ¿Sabe una cosa, Heliodoro? Jamás me habían ido las cosas, el negocio, tan bien. Es como si la crisis se hubiera desviado a la puerta de mi oficina. Me han salido nuevos clientes, clientes fiables, que pagan cuando toca, un lujo.

“Comunidad de Madrid”, decía un cartel clavado en la cuneta. Lucía, potente, el sol en su cenit. Atravesaban un páramo de colores apagados, con manchas desperdigadas de matorrales y encinas solitarias. Hacia el sur, a lo largo de una suave colina, un grupo de chalés blancos y rojizos desafiaban la intemperie de la estepa manchega. Al fondo, en dirección a Madrid, se distinguía una línea ocre, el curso del Tajo escoltado de álamos sin hojas, y el

caserío de Fuentidueña, con las ruinas de una iglesia o un alcázar resistiendo la incuria de los tiempos. Más allá, el valle se elevaba en unas lomas cenicientas, surcadas de cárcavas como cicatrices.

–Vivimos un mundo absurdo, Heliodoro. Más absurdo que nunca. Cuando yo estaba creciendo, el mundo era injusto, y había que armarse de una doctrina y una moral. Hoy, todo parece haberse desvanecido. ¿Conoce usted la hermosa reflexión de Marx? “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. Él atribuía esta potencia disolvente a la burguesía. Marx creía que el socialismo científico volvería a dar solidez a los perfiles de la historia, y ya ve usted.

–No entiendo cómo puede decir esas cosas, siendo un empresario.

–Soy un empresario a la fuerza. Heredé el negocio de mi padre, porque mi hermano no quiso saber nada de él. Mi padre le exigió que escriturara la venta de su parte. Yo no podía dejar que se hundiera esta tradición. Sólo podía hacer una cosa, adaptarla a los tiempos, modernizarla. Estudié en la universidad, y allí aprendí que la ciencia es el único instrumento contra el caos. Si he sobrevivido como empresario es porque he empleado la racionalidad, porque he planificado, porque he sido un profesional, no un aventurero con afán de lucro. De todas formas, no entiendo lo que me pasa ahora. Las empresas se van al

carajo, y yo prospero. Pero mi mujer me abandona. ¿Es así como me castiga a mí el fracaso de la historia? El mundo está saltando en pedazos.

–Tiene gracia, Betty empleaba la misma frase.

–No es raro. Hemos vivido juntos diecisiete años. Creo que debimos habernos puesto a buscar nuevas razones de ser, de existir, de sobrevivir juntos. Debí haberme dado cuenta antes.

–Ella me dijo una vez...

–¿Pasaron largos ratos juntos?

–... Me dijo que se sentía agitada por una inmensa insatisfacción. Que algo la empujaba hacia la inmoralidad, que había vivido mucho tiempo en una moralidad extrema. Me parecieron argumentos vacíos, paradojas de intelectual. También me dijo que tenía problemas pendientes, como si fueran deberes; pero que como nadie se los pedía, podía retrasar su realización. Soñaba con una vida de acción. Decía que estaba esperando el momento de actuar, que sentiría un aviso, una llamada. Esta llamada es la que finalmente vencería su inercia de volver a casa, al matrimonio, a la seguridad, a la normalidad o a la rutina. Decía que, hasta que llegara ese aviso, empleaba toda su fuerza en oponerse a un destino que la humillaba.

–¿Su casa, su familia la humillaban?

No lo sé, hablaba en abstracto. Por eso no le hacía yo mucho caso. Al final me dijo algo que me impresionó, porque nunca consideré que Betty fuera una mujer desequilibrada, sino una mujer en medio de una crisis.

–¿Qué fue lo que le dijo? –preguntó Baltasar con avidez.

–Que se sentía protegida por el destino, aunque estuviera hundiéndose.

–¿Hundiéndose? ¿Así se veía ella?

–No. Decía que a algunos podía parecerles que se hundía.

–¿Me mencionó a mí?

–Nunca lo hacía. Al menos, conmigo.

–Lo entiendo. Una cama no es el mejor lugar para hablar del marido.

–Es todo lo contrario, hombre. ¡Cómo se nota que es usted monógamo! –Almécija habló en un tono de burla, que modificó de inmediato—. Pero si no deja usted de mortificarse, más vale que no hablemos.

–Perdone. Siga usted. Me ayudan sus palabras.

–Decía que lo que a alguien le podía parecer un hundimiento a ella le parecía normal, que hallaba el

equilibrio en el desequilibrio. Exactamente decía, déjeme recordar, que mantenía un duro pugilato entre la soledad, o sea, el amor propio, y el cambio de pareja, o algo así, la humillación de buscar algo, de sentirse débil.

–¡Por qué no me dijo a mí esas cosas! ¡Por qué no habló conmigo!

–Yo creo que Betty tiene un conflicto de personalidades. Usted sólo conoce una. Suele ocurrir en los matrimonios, hasta que se rompen. Betty, creo yo, estaba dando rienda suelta a las partes más ajenas a su personalidad conocida. Si hubiera podido, estoy seguro, habría vivido una doble vida. Mujer madura, casada, trabajo estable, vida resuelta, que es lo que somos una insignificante minoría de los seres humanos; y acción, un poco de desenfreno, aventuras inesperadas, la presión de los acontecimientos, de las circunstancias, del destino, que es como vive la mayoría aplastante de los habitantes del planeta. El mundo es así, ¿no cree?

–Sin moral, sin dirección –dijo Baltasar con perceptible desaliento.

Después de otro rato de silencio, cruzando el río Jarama, al periodista se le vino a la mente el tipo de la Malvarrosa.

–¿Qué pinta ese individuo en esta historia?

¿Quién le habrá matado, si es que estaba muerto?

–A mí me gustaría saber por qué –dijo Baltasar.

–¡Qué obsesión con la raíz de las cosas!

–Es fundamental para la salud del alma y del negocio.

Baltasar parecía haber recuperado el humor.

Madrid se dibujó en el horizonte, un mar de edificios sin perfil, sucio de contaminación. A medida que se acercaban, percibían los rascacielos más elevados y las torres irregulares, airosas a la luz del medio día.

Se detuvieron a la entrada de la ciudad, en una plaza redonda sofocada por el tráfico, para llamar por teléfono a Clara.

–No está en casa –dijo Heliodoro desde la acera–. Vamos a la televisión.

## **Un negocio muy lucrativo**

### *Madrid*

Clara se escapó de la redacción para leer la carta de Betty. Subió un par de pisos y se escondió en Documentación, donde los ratoncitos y las ratitas solían trabajar en silencio.

Betty hablaba con algún detalle de cierto viaje de Néstor León a Croacia. Decía que había ido a Zagreb a saldar una cuenta. Se trataba de un envío de armas destinadas al naciente ejército croata. Las transportaba un aeroplano, que la aviación militar yugoslava interceptó e hizo descender en Belgrado. Las armas procedían de Suráfrica. Habían sido embarcadas en Mmabato, la capital de Bofutatsuana, en un cargo matriculado en Uganda. Desde allí tenían que llegar a Zagreb. La operación había costado varios millones de dólares, pero el gobierno croata sólo había pagado la mitad. Luego se había negado a pagar el resto al no haber obtenido la mercancía. Néstor León había sido enviado por alguien de Londres con objeto de negociar el pago de la deuda, a cambio de nuevos envíos cuyo itinerario estuviera mejor preparado. Según Betty, Néstor León quería llegar antes que otro surafricano que, según él, le había estafado una vez y podría hacerlo de nuevo. Se trataba, al parecer, de un tipo que había estado muy bien situado en el ejército, y utilizaba sus viejos contactos en beneficio personal, sin consideraciones ni lealtades ideológicas.

El viaje de Néstor León a Croacia debía de haber sido muy reciente, por las referencias que hacía Betty. Clara leyó la carta a trompicones, saltándose las redundancias y la literatura de su amiga, corriendo

hacia el final de las historias que Betty relataba, con el interés con que se lee una novela policiaca, en busca apresurada de la conclusión y del asesino. En la segunda lectura estaba cuando le pasaron una llamada telefónica.

Esta vez el vendedor de faxes fue directo al grano.

–Señorita. Tiene usted que darme la dirección de su amiga Betty García Inglés si quiere salvar su vida.

Clara apretó el teléfono contra su oreja, y tuvo la sensación de que aquella advertencia del desconocido ponía en movimiento el barullo de imágenes que la carta de Betty había depositado en su cerebro. Se mordió los labios para sofocar un chillido histérico, y contestó al brusco comunicante con aparente indiferencia.

–Mi horario para las bromas acaba después del desayuno. Llega usted tarde.

Quizá sus palabras habían causado efecto al vendedor de faxes, que no reaccionó. Clara habló de nuevo.

–Si se explica usted con tranquilidad y buen sentido, no le colgaré el teléfono. ¿Quién es usted?

–Soy un amigo de Néstor León. Y Néstor León

está viviendo en Londres con su amiga Betty, si yo no estoy equivocado. Yo estoy seguro, yo tengo evidencias de que alguien quiere hacer desaparecer, matar, ¿me entiende?, a Néstor León. Y lo hará aunque tenga que volar su piso. Por eso yo quiero advertirle. Yo soy un amigo suyo.

–Yo puedo hacer esa advertencia a Betty por usted.

–No, es inútil. Yo tengo que decirle algo a Néstor León.

–Dígame qué, y se lo transmitiré.

–No es una palabra, señorita, no es un conjuro o una frase de novela de intriga. Yo tengo que hablar con él.

Clara se había ido encogiéndose hacia la mesa, para proteger su conversación de los curiosos, y acaso para ofrecer menos blanco a algún asesino oculto tras las pilas de periódicos. Al estirarse y levantar la cabeza, se encontró con Heliodoro Almécija, acompañado de un hombre alto, con un bigotazo que le tapaba la boca y unos hermosos ojos azulencos enturbiados por raras emociones.

–Llámeme dentro de media hora. Ahora no puedo atenderle. Y colgó.

## Un chino oportuno

*Nueva York*

Inesperadamente el vagón del Metro se había quedado vacío. Jeff Shackelford comprendió que acababa de pasarse de estación. La multitud trajeada se había apeado en los andenes de Cortland St, en el subsuelo rocoso de Manhattan, desde el que se accedía al epicentro del mundo, el *World Trade Centre*. En el veterano coche del subterráneo sólo quedaban un puñado de turistas que se dirigían al embarcadero de Battery Park para acercarse a la estatua de la Libertad, y unos cuantos vecinos de Staten Island a tomar el ferry.

El periodista negro plegó la fotocopia que había tenido abierta sobre las rodillas y la guardó. Acurrucado a su lado en el asiento iba un individuo astroso que parecía un lunático. A Shackelford le extrañó que no apestara ni a roña ni a alcohol, y observó disimuladamente su reflejo en el cristal de enfrente.

Se puso a recapacitar sobre la fotocopia. Al principio no le había dado mucha importancia. Era un folio con unas notas en *afrikaans* y un símbolo desconocido dibujado en una esquina: cuatro hojas en forma de pequeños balones de rugby unidos por una de las puntas en un centro; e inscritas en los balones,

de dos en dos, ocho hojitas oscurecidas con lápiz o bolígrafo.

Shackelford había entregado la nota a su amigo surafricano junto con otros papeles, recibos de cuentas y transferencias. Los había escogido al azar, para verificar las traducciones que le dio Radek. El surafricano había confirmado la exactitud de todas las traducciones, menos la de la hoja de notas con el símbolo, cuya traducción no aparecía por ninguna parte. Shackelford había buscado entre el resto de los papeles, y no había encontrado nada.

Preguntó a su amigo qué decía la nota, y éste contestó que no parecía nada revelador, podía referirse a una leyenda, la historia de un hombre ambicioso que se adentró en el desierto hasta dar con la fortaleza de Burju Alamasí, escaló sus murallas convencido de que encontraría a la Reina de la Desolación y, una vez en lo más alto, para ahorrar tiempo y esfuerzos, se tiró de cabeza a un gran estanque construido en el patio de armas. Mas resultó que el supuesto estanque era una pieza inmensa de cristal pulido, y se mató al golpearse con ella. El surafricano no conocía la leyenda e ignoraba si simbolizaba algo o no. Al final del cuento había una línea manuscrita con estas palabras, “Ngwketse te dará la clave”, y al lado, en la esquina inferior derecha, el dibujo de la rara flor.

Shackelford preguntó a su amigo si conocía el significado del símbolo, y aquel contestó que carecía de significado, era un motivo decorativo *sutu*, y Ngwketse una tribu del antiguo protectorado británico de Bechuanalandia, ahora Botsuana. Los *tsuana* son *sutus* del norte, explicó el surafricano, pero ignoraba si el símbolo era común en ambas comunidades.

Posteriormente, el periodista había ido haciendo averiguaciones, atando algunos cabos. Absorto en estas cavilaciones, se saltó la estación del Metro.

Entonces le llamó la atención un bulto que se desplazó lentamente hasta el centro del vagón. Era un chino de edad avanzada vestido con una americana de estilo pintoresco, una chocante mezcla de corte maoísta y occidental, y unos viejos pantalones de pernera estrecha. Dejó una gran bolsa de papel en el suelo y se inclinó hacia ella.

El mendigo sentado junto a Shackelford se removió, quedando en una postura poco natural, como a la expectativa. Shackelford observó que entre los harapos de la cintura asomaba algo duro. El periodista se levantó del asiento y pasó al de enfrente. No le gustaban los policías taumaturgos.

El chino extrajo de la bolsa, con ademanes mágicos, un teléfono de juguete que al descolgarse emitía una tonadilla ratonera. “*Five dollars*”, dijo con

sonrisa venerable, exhibiendo la mercancía a la consideración de los pasajeros. No hallando compradores, guardó el teléfono y sacó de la bolsa un juego de bolígrafos, una diminuta agenda de teléfonos y tres pilas de voltio y medio que ofreció del mismo modo, ahora por cuatro dólares, también sin éxito. Por último se agachó ágilmente a la bolsa de las maravillas e hizo aparecer un muñeco, un niño con pantalones cortos sobre un pedestal. Tiró de un cordelito que colgaba a la espalda de la criatura y los pantalones del muñeco se abrieron, las manos se unieron a la altura del vientre y de allí surgió un fino chorrito de agua. El chino observó a la abúlica clientela sin alterar la sonrisa beatífica, y al reparar en Shackelford extendió hacia él el ingenioso meón. El periodista pensó que algo en su expresión había hecho creer al chino que tenía interés en el objeto. Y era cierto, al producirse la sorpresa mingitoria, Shackelford había sufrido una especie de cortocircuito interior, un chispazo producido indirectamente por el juguete.

“*Three dollars*”, pronunció con la nariz el chino venerable. Shackelford sacó tres billetes del bolsillo y se los dio al chino, que a cambio le entregó el muñeco con su cajita correspondiente. Acto seguido el vejete recogió sus bártulos, se encaminó a la puerta de comunicación del vagón con el de delante, la abrió y

saltó en el mismo momento en que el tren daba un bandazo en una curva.

Su misteriosa agilidad le salvó de morir anónimamente en un túnel húmedo del bajo Manhattan.

## **En la boca del lobo**

*Madrid*

Por qué Baltasar y Clara se cayeron tan bien es un secreto que acaso un vidente esté en condiciones de revelar. Es posible que tenga que ver con la ciencia esotérica o con la llamada “química del carácter”. La idea que cada uno se había hecho del otro se vino a tierra al conocerse. Baltasar había imaginado en Clara una vida de disipación y promiscuidad, que sin duda habría compartido con Almécija alguna vez. Para Baltasar el desorden era tan incómodo, sobre todo el desorden moral, que no había peor defecto que el comportamiento indiferente y la trivialización de las relaciones necesarias.

Clara, por el contrario, había resultado una mujer sensata, con criterio sobre las cosas y, además, bonita. El benéfico descubrimiento ayudó a Baltasar a compensar la consternación que le produjo Almécija con su revelación de que a Betty la moral “extrema”

le había conducido a la inmoralidad. En el fondo no hay nada moral ni inmoral, pensaba Baltasar, hay desorden, el caos de la naturaleza que el hombre lucha por entender. Baltasar era consciente de ello, pero le molestaba aceptarlo. El infortunio le había vuelto rígido.

Por su parte, Clara sintonizó con el dolor de Baltasar. No tuvo que ser explícita, lo sentía así. Se había convencido de que Betty estaba jugando a la comba al borde del abismo, y pensaba que su marido era la persona más capacitada para salvarla. Contó con algún detalle la conversación que había tenido con Betty esa mañana y resumió sus cartas.

—¿Crees que se encuentra bien? —preguntó Baltasar.

—No me gusta lo que cuenta, pero parece estar bien.

—¿Por qué no te gusta?

—¿Tú lees los periódicos, no? —dijo Clara—. Sabes cómo se hace hoy dinero a porrillo. Néstor León está metido en esos negocios del dinero rápido y a mogollón.

—Vivimos tiempos de chacales... —suspiró el empresario filósofo—. Y mi mujer se ha juntado con uno de ellos.

Se encontraban en una esquina de la sala del archivo, cerca de una ventana que no daba a ningún lado, quizá a un pasillo. Era un lugar sombrío y dominado por el húmedo olor del papel acumulado, montones de periódicos condenados al olvido, estanterías llenas de libros que nadie consultaba jamás. La mitad de los neones del techo estaban apagados, posiblemente rotos. El ambiente era casi de penumbra.

–Se ha vuelto loca –pronunció Baltasar, después de un corto silencio.

–No está loca –afirmó Clara–. No lo está menos que nosotros. Está intentando vivir una vida humana, porque la nuestra le parece cobarde y hasta criminal. Dice que nosotros somos cómplices silenciosos de la arbitrariedad y la injusticia, y que enriquecerse y vivir a tope es más honrado.

–La inmoralidad –murmuró Baltasar.

–Pero se está metiendo en la boca del lobo –dijo Clara–. Y tenemos que ayudarla.

–Pero ¿cómo? –intervino Almécija–. Disculpadme, voy a mirar una cosa –y desapareció.

–¿Tienes su dirección? –dijo Baltasar a Clara.

–Sólo el teléfono. Tendrás que averiguar las señas. Pero escribirla no te servirá de mucho.

–Voy a ir a buscarla.

–Ve cuanto antes. Betty se puede marchar en cualquier momento.

Clara había tomado de la mano a Baltasar. Este contacto desarmó por unos instantes al hombre, que escuchó el derrumbamiento interior de toda su fortaleza. Sintió un deseo inmenso de abrazarse a Clara y quedarse en ella un largo rato. Pero lo que hizo fue sonreírle, y darle unas palmaditas en el brazo con la mano que tenía libre.

En ese momento apareció el periodista. Baltasar retiró su mano de las de Betty, un tanto azorado.

–Baltasar irá a Londres –anunció Clara con alivio.

–Pero usted no sabe ni palabra de inglés, ¿no? –dijo Almécija.

–Tampoco sabía inglés Felipe II y mantuvo en jaque a los Tudor –argumentó Baltasar, contento de repente–. Tengo allí un agente que me informa de las novedades en la maquinaria de construcción.

–Pero el gran Felipe no pudo nada contra los elementos –dijo Almécija–. ¿Cuándo piensa usted viajar?

–Lo antes que pueda, dentro de unos días. En cuanto organice un poco mi agenda. Saldré desde

Valencia. Soy millonario, y encima me ha tocado la lotería. Me voy a gastar hasta el último céntimo. Será igual que si me corriera una juerga.

Almécija le miró con cierta conmiseración.

—¡Ah! ¿Sabe una cosa? No hubo ningún asesinato en la playa de la Malvarrosa anoche. He repasado los teletipos, y he llamado a la redacción de mi periódico en Valencia.

—Entonces, Guelke estaba vivo —dijo Baltasar, pensativo.

Los timbrazos modulados de un teléfono interrumpieron el suspense. Clara levantó el auricular casi de un manotazo, con una mirada de espanto que los hombres percibieron. Pero su cara se relajó de golpe, y dijo “No, no está. Se habrá ido a tomar un café. Llama más tarde.”

—¿Qué es lo que temías? —preguntó Baltasar.

—Que fuera un vendedor de faxes.

Baltasar se puso tenso, como dispuesto a saltar para prevenir el ataque de una fiera.

—¿Un hindú? —preguntó muy excitado.

—No sé. Quizá. Cuando entrasteis estaba hablando con él. Debe de ser un bromista de mal gusto.

–¿Por qué? –Baltasar hablaba con dureza.

–Quería saber la dirección de Néstor León en Londres.

–Ayer cené con ese hindú en Valencia –dijo el periodista.– Hizo de intérprete de un surafricano, un tal Anton Guelke, que dice que Néstor León le ha estafado varios millones de Rands, la moneda surafricana. Guelke busca a Néstor León. Y después de cenar, Almécija y yo vimos tirado a ese Guelke en la Malvarrosa. Le dimos por muerto. Yo tuve la impresión de que Néstor León andaba por allí.

–¡Betty me dijo que podía estar en España! – exclamó Clara–. Y según el hindú, Néstor León está en peligro.

–¡Ojala desaparezca!

–¿Y Betty? –casi gritó Clara.

–Yo me ocuparé de Betty –dijo Baltasar.

Sacó la cartera, y extrajo una tarjeta de visita. Descolgó el teléfono y preguntó a Clara qué había que hacer para obtener línea exterior. Después marcó el número del vendedor de faxes.

–¡Soy Baltasar Quesada! –dijo con voz de trueno–. ¿Qué ha pasado con Guelke?

–Deberíamos vernos, señor Quesada. No hablar

por teléfono –dijo el indostano con voz vacilante.

–¿Por qué? ¿Teme que la policía surafricana haya pinchado su línea? Estoy en Madrid, así que no podemos vernos. Dígame qué pasó anoche con Guelke. Le vi sangrando en la Malvarrosa. Pensé que estaba muerto. ¿Quién le atacó?

–Yo. No tuve otro remedio.

Baltasar puso los ojos como platos y abrió la boca, pero no pudo articular palabra durante unos segundos.

–¡Me ha estado engañando! Usted es cómplice de Néstor León, señor... –leyó en la tarjeta– Haffajee.

–¿De Néstor León? No le he visto en mi vida.

–Entonces, ¿por qué atacó ayer a Guelke?

–No lo hice yo. Lo hicieron unos quinquis... a los que contraté... Mis parientes de Natal me dijeron que este Guelke es no sólo un asesino, sino un estafador. No paga. Él me dijo que me pagaría por hacer de intérprete. Pero yo quise asegurarme. Les dije a los quinquis que nos siguieran. Como Guelke quiso ir detrás de usted, vinieron a la Malvarrosa pegados a nosotros. Allí fingieron atracarme a mí, y cuando Guelke se acercó pensando que les ahuyentaría, otro que estaba escondido le dio un golpe en la cabeza, y le robó la cartera.

–No creo que haya hecho usted todo eso por dinero, Haffajee –dijo Baltasar mirando de nuevo en la tarjeta.

–Yo sólo hago esas cosas por dinero, señor Quesada. Hay mucho dinero envuelto en este asunto.

–Se dice involucrado. Nadie envuelve los asuntos en dinero, es el dinero el que está dentro de los asuntos.

–Como usted quiera, señor Quesada. Pero ese hombre, Guelke, se ha marchado hoy a Londres en busca de Néstor León. Y le hará daño, se lo aseguro. Y a su esposa, si se interpone o Guelke no puede evitarlo. No es un tipo escrupuloso.

–¿Cómo sé que no me está usted engañando? –dijo Baltasar mirando con escepticismo una pila de diarios–. ¿Cómo sé que no es usted cómplice de Néstor León, a quien, por cierto, vi ayer en la Malvarrosa?

–No se lo puedo demostrar. No conozco a Néstor León, se lo aseguro, no sé qué aspecto tiene. No sé qué podía estar haciendo ayer en la Malvarrosa, si era él a quien usted vio. Pero, si usted aprecia a su mujer, me dará su dirección en Londres.

–Yo la avisaré, personalmente.

–Es inútil.

–¿Por qué?

–Néstor León tiene que saber algo.

–Dígamelo a mí, y se lo transmitiré –Baltasar había ido elevando el tono de voz, y hablaba a gritos.

–No lo entendería. Alguien está haciendo un doble juego. Alguien está utilizando varias organizaciones negras en Suráfrica para crear el caos.

–Conozco la violencia en Suráfrica. Los pobres negros se han vuelto locos. Me lo comentó Néstor León. Es la herencia del *apartheid* y la sucia mano de los servicios de seguridad. Estoy enterado. Dígame de qué se trata.

–Es muy complicado. Ahora se trata de los blancos. Quieren provocarlos. El terrorismo negro es un terrorismo orquestado por los blancos. Néstor León necesita saber nombres, gente que se va a trasladar a Londres. Preparan asesinatos. De tipos importantes, no sólo de Néstor León. Es preciso que no ocurra esto. Es preciso hacerlo para evitar la guerra civil en Suráfrica.

–Néstor León proyecta irse a Norteamérica.

–Es igual. Le buscarán allí también.

–¿Y qué tiene que ver él en esa trama política?

–No sea usted inocente. Él, nada. Es un asunto

de dinero. A él le buscan por dinero. Él es quien tiene que pagar a los asesinos. Pero en cuanto lo haya hecho, se convertirá en su víctima. Él y quien haya a su alrededor.

## **Determinismo histórico**

### *Valencia*

Baltasar, presa de un impulso irracional, decidió comprar el billete a Londres en persona, en lugar de encargarlo al administrativo que llevaba la secretaría de su negocio. Incómodo consigo mismo, porque era consciente de que le impulsaba una superstición más fuerte que él, se dirigió a una agencia de viajes.

La joven que le atendió tuvo la ocurrencia de preguntar si se iba de vacaciones o de viaje de negocios. Todavía no había acabado de formular la cuestión, cuando ya se estaba arrepintiéndose, porque descubrió en los ojos de Baltasar un “y a usted qué le importa” que casi llegaba a oírse.

Sin embargo, los ojos de Baltasar no estaban transmitiendo ningún reproche. Los ojos de Baltasar se habían ido oscureciendo en las últimas semanas y ya no revelaban nada coherente. Sus pupilas decían una cosa y su pensamiento estaba en otra. La confusión llegaba a su extremo en la palabra. A veces,

al hablar, sentía que decía algo remoto, algo que no quería decir, que ni siquiera había representado en su inconsciente.

Por eso tenía la sospecha de que su mirada había empezado a traicionarle. La que dirigió a la dependienta no fue de censura, sino de perplejidad. ¿Era su viaje a Londres un viaje de negocios?

–No. No me voy de vacaciones –contestó inexpresivamente.

Habría querido acabar con un “Voy a buscar a mi mujer, que ha tenido el capricho de escaparse con un mercader de la muerte”, pero le pareció una falta de respeto hacia Betty. Sin embargo, sintió que si lo hubiera dicho se habría quedado más tranquilo. Baltasar no podía permitirse reconocer que aunque odiaba a su mujer por lo que le había hecho, necesitaba encontrarla para tornar a equilibrar su vida. Se resistía a admitir que su mujer se había escapado con un vulgar trapisondista.

–Voy a buscar a tu madre para cumplir una promesa –eso fue lo que escuchó de sus propios labios, como si lo hubiera dicho otro Baltasar, cuando le explicaba a su hijo, la noche anterior, las razones de su viaje–. La promesa que le hice al juez cuando tu madre y yo nos casamos: serle fiel, ayudarla y protegerla. La firmé. Tiene mi firma en el Registro

Civil. Es un contrato.

Se dio cuenta de que era una explicación absurda, incluso para un adolescente acostumbrado a dar y a oír explicaciones absurdas. Pero no podía asegurar que fuera a emprender aquella aventura por amor o por pasión. Eso era mentira. Lo hacía, quizá, por egoísmo. Pero ¿no es el cimiento último y real de la vida el egoísmo?, se decía Baltasar interiormente, en voz tan bajita que apenas él mismo la escuchaba. Si no hubiera egoísmo, no habría voluntad de vivir.

Le parecía un pensamiento peligroso, un pensamiento extraído del instinto, de la naturaleza desencadenada. Por eso era necesario el orden, para poner coto al egoísmo excesivo. Y así podía pasar horas enteras, al final del día, solo en un sofá, rumiando frente a la televisión encendida, que largaba ante sus ojos atrocidades o estupideces que le eran indiferentes.

Baltasar se sentía más tranquilo cuando creía que actuaba porque estaba escrito. Porque en el libro de la naturaleza había quedado registrado así. Estaba determinado. No puede salir un pingüino del huevo de un batracio. Ninguna acción humana es irresponsable ni fortuita. Todo tiene un sentido, un orden, nada es aleatorio, todo está determinado.

Rodrigo le miraba a los ojos, y Baltasar tuvo

miedo de que su hijo leyera el mensaje equivocado. ¿Qué es lo que estaban transmitiendo en aquel instante las pupilas de Baltasar?

–¿Por quién está todo determinado? –preguntó Rodrigo, que pasaba por una fase de rabioso ateísmo, y las razones de su padre le sonaban a monserga religiosa.

–Por nadie. Por la Historia.

–Me parece una tontería.

Así era. Al hijo de un empresario culto, liberal y un poco “marxiano”, y de una mujer ilustrada en los recovecos del alma y del cuerpo, a Rodrigo, el determinismo le parecía una tontería.

–Mamá ha decidido irse. Y ya está. Tú no sabes por qué. Yo, tampoco. Pues bien. Se ha ido, ha sido una putada. Pero ya está, no hay más.

Baltasar captaba la intensa contradicción del adolescente, que intentaba racionalizar algo fatal y doloroso, pretendiendo aceptar aquel golpe de la vida como si fuera la picadura de una abeja en una excursión. Aunque sufría, Rodrigo quería hacer ver que le daba igual, que incluso le era indiferente.

–Pero yo quiero ir a buscar a tu madre. ¿No te parece bien?

–Claro que me parece bien. Ve a buscarla. Yo

te ayudaré. Pero no te enrolles con lecciones de historia y de determinantes y eso.

–¿No te importa saber por qué? –insistió Baltasar, ansioso por encontrar la verdadera respuesta a este dilema atroz.

–Es tu mujer. Tú sabrás.

El remate de Rodrigo a la conversación con su padre, ese “tú sabrás”, dejó perplejo a Baltasar.

No. Baltasar no lo sabía. No con la certidumbre que necesitaba para emprender su peregrinaje. Debía de ser una orden del Destino; mejor dicho, de la Historia. Pero sólo hay una Historia, la Historia de la lucha de clases. ¿De qué clase? ¿A qué clase socio-histórica pertenecía Baltasar? Nunca lo había sabido. Por eso acabó abandonando el Partido, no por el desencanto político, sino por razones de identidad. ¡Cielo santo! El mundo se había transformado tanto.

## **La caja negra**

### *Valencia*

Betty García Inglés flotaba desnuda, espléndida, radiante. Un aura de fuego perfilaba las curvas de su cuerpo. Eran llamas reales, y sin embargo Betty no estaba ardiendo, era su larga cabellera de remolacha caliente, que la envolvía como

un chal. Navegaba por el aire, lentamente, igual que un dirigible. Y de ella caían las bombas, los obuses, los morteros, una lluvia de muerte sobre la multitud despavorida. “No es ella, no es ella”, murmuraba una anciana moribunda antes de expirar. Y los niños refugiados entre los cuerpos desgarrados de sus madres repetían “No es ella, no es ella”.

Baltasar podía masticar el terror. Un terror olímpico, porque la Betty que flotaba desnuda entre las llamas tenía diez años menos y era tan bella como una diosa. Una diosa en el infierno del tráfico de armas.

“¡Que alguien haga algo! ¡Que alguien pare esta matanza!” Podía ser su voz o la de cualquier víctima o la de los millones de testigos que miraban avergonzados el espectáculo siniestro en las pantallas de la televisión. De pronto, salió Clara Begís, aunque no se parecía a Clara Begís, pero ponía Clara Begís en las letritas que rodaban por el borde de la pantalla, y Baltasar la miraba implorando misericordia y Clara derramaba un frasco de tranquilidad sobre él al decir “No es ella, no es ella. Pero debes de salvarla. Sálvala”. Y Baltasar se dejaba caer con gratitud sobre la pantalla, esperando sentir el cristal sobre su cara, y en realidad entraba en el televisor, y lo que notaba eran las mejillas de Clara y su boca. Y le embargaba el alivio, un reconfortante alivio.

Este sueño quedó impreso en Baltasar durante varios días. No hizo nada por librarse de él. Al contrario, lo cultivó como una calentura, porque a pesar del espanto de que estaba hecho, al final abría un portillo liberador.

Al día siguiente, por fin viajaría a Londres.

Baltasar conducía el todo-terreno por un camino forestal. Se dirigía a una pequeña presa que cerraba una garganta, una obra en la que había empleado cierta maquinaria nueva conseguida por el empresario en el extranjero. Trepaba el cuatro ruedas por una cuesta, víctima del fuego el verano anterior. El incendio había afectado a casi toda la sierra, y el itinerario de Baltasar por la senda era de destrucción y soledad. En las peñas, el romero y el tomillo se habían chamuscado y, a pesar de que acababa de empezar la primavera, apenas se sentía aroma en la serranía. Las laderas, tapizadas de esqueletos grises, alimentaban la vena melancólica del viajero accidental o del excursionista.

De pronto, una caja negra depositada en el asiento vacío al costado de Baltasar empezó a quejarse roncamente. Desenganchó el auricular de la caja y se lo puso en la cara. Alguien intentaba transmitir unas palabras. Pero, por una cobertura defectuosa a la montaña, sólo llegaban carraspeos, arañazos y un murmullo fantasmal. Al dejar el

auricular sobre la caja, el tipo del bigote ancho y espeso y los ojos turquesa vio un trozo de papel con un número de teléfono.

Él mismo lo había pegado allí y en todos los teléfonos de su propiedad. Era el número de Londres que Betty dio a Clara, y que Baltasar había copiado en un acto supersticioso, sin haberse atrevido jamás a marcarlo. Lo sabía de memoria. Código de acceso a la línea internacional, 07. Pausa, esperar tono. Código de país, 32. Código de ciudad, 3. Número particular, 232 0103.

Una insistente sensación de desacuerdo empezó a emitir ultrasonidos en el cerebro del empresario. Inmediatamente antes de salir de la oficina había llamado personalmente a un tipo que le servía de agente en Londres para avisarle de su llegada y para que le reservara alojamiento. Recordaba haber marcado otros códigos. De país, 44, de Londres, 71.

¡El teléfono de Betty no era de Londres! El corazón empezó a bombear sangre en el cuerpo de Baltasar a un ritmo frenético. Detuvo el vehículo en lo más alto de la cuesta, se apeó con la caja negra, buscó un lugar despejado para que el satélite o lo que fuera que sirviera de enlace a la comunicación no tuviera interferencias, y marcó.

Las montañas le observaban en un silencio atroz.

## Burju Alamansi

*Nueva York*

Situado en lo más alto de la escalinata de acceso a la plaza de piedra, hierático, larguísimo, delgado y de negro, como un ministro calvinista de campaña religiosa en la metrópoli corrupta, Viktor Radek llamaba la atención en el amplio pórtico del *Lincoln Centre* de Nueva York, con una gorra de béisbol de los *Red Sox* de Boston, rematando con su negrura la cabeza cadavérica.

Jeff Shackelford le divisó desde la acera oriental de Broadway, quizá a 300 metros. Grupos de hebreos tocados de bonetes, en compañía de sus esposas vestidas de gran gala, accedían al pórtico desde Columbus Avenue, quizá a participar en una conmemoración, quizá a gozar de un concierto. Pero el judío Viktor Radek no parecía interesado en otro placer que el de la inminente conversación con el periodista Shackelford, a quien siguió con los ojos mientras cruzaba el ancho bulevar.

Se dirigieron ambos al edificio de la cafetería, se dejaron acomodar por un *garçon* de pescuezo rojizo, y pidieron una merienda. Mejor dicho, Radek pidió una merienda. Shackelford se conformó con un *pichel* rebosante de café. El ruso se interesó por la salud del periodista, según las normas de la buena

crianza, e hizo unos cuantos circunloquios antes de entrar en el tema.

Varios matrimonios hebreos charlaban en voz alta en una mesa próxima. Estarían conversando de cosas divertidas, porque largaban estruendosas risotadas que se expandían como cañonazos por el ámbito monumental de la cafetería. Shackelford tenía la impresión de estar sentado en un museo de la vanidad, de formar parte de él sin desearlo.

–Le digo que existe un vínculo entre quienes quiera que sean los que manejan el dinero y este país, esta ciudad, alguna de esas sectas de culto pseudo africano –enfaticó el periodista.

–En algo tienen que emplear los Rands, digo yo –Radek no parecía nada interesado en este aspecto de la investigación del periodista.

–Pero, si usted lo que quiere es desenterrar escándalos, aquí tiene el más evidente: dinero de racistas promoviendo la superstición, infiltrándose en organizaciones negras norteamericanas.

–Siempre lo han hecho. ¿Sabe usted lo que es un *sangoma*?

Shackelford no estaba seguro de si era un brujo o un curandero. Radek le sacó de dudas.

–Son curanderos tradicionales de algunas

culturas del Africa austral. Cumplen un papel importantísimo en la sociedad, pero el ejército surafricano los ha usado ocasionalmente en la guerra contra los movimientos de liberación. Compraban *sangomas* como compraban tecnología nuclear al estado de Israel, o misiles a los británicos y a los norteamericanos, subrepticamente, en secreto. Les llevaban a los batallones de negros, y allí ofrecían amuletos y hacían sortilegios a los soldados para inmunizarles contra las balas. En Mozambique y en Angola hacen lo mismo los bandidos de *Renamo* y de *Unita*. No debe a usted extrañarle que intenten hacer campaña aquí. Con su permiso, y sin menosprecio del respeto que merecen las tradiciones africanas –Radek se amparaba en un bosque de cautelas en este tema de las razas–, aquí tienen un mercado excelente, millones de individuos ansiosos de encontrar su origen en el denso tejido de las tribus y los clanes africanos.

–Conmigo puede ahorrarse las consideraciones raciales. Me siento muy a gusto siendo negro, pero no me obsesiona conocer la tribu a la que pertenecían mis abuelos esclavos. Soy tan norteamericano como esos individuos –señaló con la cabeza a los hebreos ruidosos–. Las tradiciones africanas me dejan indiferente, no lloro de emoción al oír el tam-tam. Pero me parece preocupante que dinero surafricano vaya a parar a organizaciones negras de fanáticos o de

sinvergüenzas.

—Lo extraordinario sería que fuera a manos de Jessy Jackson o de Vernon Jordan —le cortó Radek—. ¿No le parece a usted mucho más significativo el rastro europeo que ha encontrado?

El periodista volvió a llenar de café su taza, depositó el *pichel* sobre la mesa y echó mano al bolsillo interior de la cazadora colgada sobre el respaldo de la silla. Sacó una hoja de papel doblada y la depositó en el mantel. Luego se quedó mirando a Radek a los ojos. En ellos sólo había curiosidad.

—Usted cree que es tráfico de armas, ¿no? Hacia Yugoslavia y el Cáucaso, donde compiten con las armas rusas. ¿Es eso lo que le preocupa, la competencia de los productores rusos sedientos de dólares?

—En absoluto. No me preocupa en absoluto — Radek parecía irritado.

—¿Y por qué le interesa tanto? ¿Por qué le interesa más que la manipulación de algunos de mis hermanos más fanáticos? ¿Por qué coño está usted mezclando una cosa con otra, sus intereses con los míos?

Radek se limitó a esbozar una sonrisa.

—Quiere que yo viaje a Europa, ¿no es así? —

preguntó el periodista, intentando controlar el volumen de su voz porque empezaba a perder los estribos—. Usted sabía que yo me ganaba la vida en el *Post*, un periódico al borde de la quiebra. Usted sabía que yo soy bueno, muy bueno para encontrar rastros porque lo había comprobado en mi artículo sobre Serbia; un americano negro buscando la razón de la muerte en un país de marcianos. Usted sabía que por ser negro y no tener inclinaciones políticas ni homosexuales ni gangsteriles, por sentir repugnancia por los que usan lo “políticamente correcto” para favorecer su interés mezquino, por todo esto me cuesta más que a un blanco hacer valer mis aptitudes. Sabía todo eso, y me vino a buscar para que trabajara para usted, no para redactar ningún artículo explosivo. ¿Es así o no es así?

—Es usted el mejor. Le pagaré bien —dijo Radek, colocándose la visera de la gorra en el centro de la frente.

—Puede que sea el mejor en algo, pero no en jugarme la vida, ¿sabe? No estoy entrenado para los riesgos. No tengo nada claro que pueda zambullirme en una red de traficantes de armas y atar cabos impunemente. En Vietnam sólo llegué a disparar al aire para espantar a la multitud que quería subirse a los helicópteros el día de la caída de Saigón, en el patio de la embajada americana. A eso se limitó mi

experiencia de guerra. Soy un tipo listo, pero no un héroe.

–Lo sé.

–Usted sabe demasiado. ¿Para qué demonios me necesita?

–Quiero que encuentre usted a Néstor León y a Anton Guelke.

–¿Dónde?

–Usted lo sabe.

Shackelford abrió la hoja de papel.

–Claro que lo sé, en Burju Alamasí –el periodista clavó sus ojos en los de su interlocutor y guardó un teatral silencio. Por fin, pronunció delectándose en la palabra–. En Amberes.

–¡Es usted el mejor! –Radek pronunció estas palabras con admiración sincera.

–Pare ya de darme coba, hombre. Usted metió este papel entre los demás y no me dio la traducción a propósito. Para que yo me interesara más e investigara. Lo que no sé es si su mente calenturienta conocía el significado de Burju Alamasí o no.

–No. No se me había ocurrido. Por eso le necesitaba.

–Burju Alamasí, la Torre de los Diamantes en

lengua suajili, la ciudad de cristal del desierto, es decir, la ciudad de los diamantes.

–Aquí hay 300.000 dólares –Radek puso sobre la mesa un sobre–. Son sólo las dietas. Vaya a Europa y haga su trabajo, señor Shackelford, por favor. Hágalo por mí –dio unos golpecitos con la punta de los dedos en el sobre cerrado.

–¿Y qué hago cuando encuentre a esos tipos?

–Decirles que Ngwaketse quiere hablar con ellos. Sólo eso. Ningún riesgo. Volaré a donde usted me indique en menos de 24 horas –Radek calló un instante, mientras se repantigaba en su silla–. Revéleme usted su secreto, por favor. ¿Cómo fue capaz de relacionar Burju Alamasí, que yo estaba convencido que hacía referencia a una capital magrebí, con Amberes? ¿Sólo porque Amberes es la capital de los diamantes?

–No. Por una analogía geográfica. Y gracias a un *Maneken Piss* hecho en Taiwan –sacó de la cazadora el muñequito que le había comprado al chino en el subterráneo del *lower Manhattan* y lo colocó al lado del pichel de café vacío–. El *Maneken Piss* está en Bruselas. Bruselas es la capital de Bélgica. Amberes está en Bélgica. Y Amberes es la capital de los diamantes. *Satisfait?*

*–Non. Mais vous avez l'esprit vif, j'en suis sur.*

Baltasar era un hombre asomado a un precipicio. Así es como lo veía el piloto de una avioneta que hacía fotos aéreas sobre la sierra quemada. Un hombre junto a un vehículo de tracción en las cuatro ruedas, observando la desolada belleza del paisaje en una curva de un camino forestal.

La avioneta evolucionó hacia poniente, y el piloto se olvidó del tipo contemplativo, que en realidad no miraba ni veía nada, agobiado por el ritmo creciente de su corazón, mientras apretaba los botoncitos de su teléfono portátil.

Esto fue lo que oyó Baltasar al otro lado de la línea, en el abandono de aquel infierno extinguido.

*–Ja. Dienst voor toerisme. Guiedag* –la voz era femenina.

Al empresario sólo le era familiar la cuarta palabra. El resto era un enigma. Tanto podía ser turco, como zulú.

*–Parlez vous Français?* –acertó a decir Baltasar después de unos instantes.

*–Bien sûr, monsieur.*

*–Je voudrais parler avec madame García, Betty*

*García, s'il vous plaît.*

*—Qui, monsieur?*

Baltasar repitió el nombre de su mujer a duras penas, porque el ventrículo izquierdo le llegaba ya a la traquea.

Pero allí no conocían a Betty García.

Baltasar quiso saber dónde se hallaba aquel aparato telefónico desde el que le hablaba la voz femenina.

*—Ici c'est le Syndicat d'Initiatives, monsieur. Le Bureau du Tourisme. Mais, celui-ci est un téléphone public. Il n'appartient personne en particulier, monsieur.*

*—Mais d'ouí, d'ouí?—*gritaba desesperado Baltasar.

*—Du Bureau du Tourisme, j'ai vous ai dit, monsieur.*

*—De quelle ville?*

*—D'Antwerpen, monsieur. Anvers, en Belgique.*

## **Los sacos de Flandes**

### *Amberes*

Un cartelón azul, pendiente de un inmenso gálibo sobre la autopista, decía en letras reflectantes:

Antwerpen 35. Y debajo: Mechelen, 18.

Mechelen era Malinas, la primera ciudad que saquearon los Tercios españoles en la guerra de Flandes, entre el 1 y el 4 de octubre de 1572. El duque de Alba debía un año de paga a la tropa mercenaria, y toleró noventa y seis horas de excesos para que sus hombres se refrescaran y no se pusieran díscolos con la superioridad.

Bien poco importaba este detalle histórico a Betty García Inglés. Como nada debían de conmoverle los sacos que siguieron, el de Zutphen, el 14 de noviembre de 1572, el de Naarden, el 2 de diciembre del mismo año. Ni siquiera el de Amberes, el 4 de noviembre de 1576. Don Fernando Alvarez de Toledo había consentido los desmanes de sus católicas fieras porque no tenía más remedio, pero también para impresionar a los holandeses de otras ciudades con el propósito de facilitar su rendición. Y donde no lo hacían, ocurría que “la infantería española les ganaba la muralla y degollaban burgueses y soldados sin escaparse hombre nacido.”

¡Qué le importaba a Betty la brutalidad de las guerras del siglo XVI, si la televisión le ofrecía diariamente pormenorizado recuento de las atrocidades del siglo XX! ¡Qué le importaban a Betty Flandes, Bosnia-Herzegovina, Nagorno-Karabaj, Gaza o Soweto! ¿Acaso influía en su vida la muerte

de individuos desconocidos?

Éste había sido el razonamiento salvaje de Néstor León en el aeropuerto de Zaventem, en las afueras de Bruselas. Betty le había dejado hablar sin decir nada.

El silencio de Betty era debido al pánico de quedarse sola, única alternativa a la peor de acompañar a Néstor León a Africa, la tierra que dominan a sus anchas los *Pepo Mbaya*, los malos espíritus de los pueblos suajilis, y la tierra en que Itonde, el dios de la muerte de los Mongo-Nkundo, es despiadado.

Finalmente Betty encontró fuerzas para pedir instrucciones.

–¿Qué debo hacer si llegan hasta mí los que te buscan y me preguntan dónde estás? –era lo que más temía.

–Se lo dices. Les dices todo lo que conoces de mí. No te resistas, no les ocultes nada – contestó Néstor León rotundamente.

Los altavoces anunciaban con sonido gangoso un vuelo trasatlántico.

–Pero si no sé casi nada.

–Eso te beneficia.

–Medias verdades y mentiras sacadas de los periódicos, con las que he confeccionado cartas a mi amiga Clara –las quejas de Betty se ahogaban en el barullo del hall de salidas del aeropuerto.

–Podías haberte callado. No haber dicho nada – el hombre de recio rostro no ponía reproche en su expresión, tan sólo lógica.

–Tenía que decir algo. Demostrar que estaba viva, que no me había secuestrado nadie. De todos modos les he hecho creer que estoy en Londres.

–Betty –Néstor León estaba medio sentado, con el cuerpo hacia afuera, en uno de los sillones anti anatómicos del hall–, has intentado hacerlo bien... Lo has hecho bien... Pero creo que no tuviste en cuenta lo que te dije, que sería duro para ti, que mi vida es un infierno para quien quiera estar a mi lado. Yo buscaba una madre, una madre es la única mujer que puede seguir a un hombre a todas partes... Te has esforzado, Betty, te has esforzado mucho –hundía la cabeza entre los hombros, las piernas abiertas, los codos en las rodillas–. Creo que eres la mujer que me conviene, pero no la madre que necesito.

Delante de la pareja pasó navegando una familia entera de árabes. El padre, por delante, vigilando la deriva, un tipo tripudo, con traje y chaleco, después cuatro chiquillos y chiquillas

vestidos también a la occidental, las nenas con una cinta de patitos en torno a los tobillos, y cerrando el séquito una mujer obesa con una túnica de la cabeza a los pies, las manos cargadas de anillos de oro y las muñecas de pulseras de lo mismo. Detrás, casi pisándole los pies a la hembra islámica, una infiel de unos veinticinco años, rubia y hermosa como salida del molde de Venus, con una falda que tapaba sólo lo imprescindible, tirando de una maleta. Tanta prisa llevaba que acabó pisando con la punta de sus chapines el hábito de la musulmana. Esta se paró en seco, se volvió y gruñó algo, mientras la modelito le pedía perdón.

Betty, que había seguido de cerca la escena sin prestarle atención, volvió sus ojos agobiados por el desconuelo al héroe.

—Pensaba que habíamos llegado a entendernos — dijo al fin.

—Tú a mí, sólo a medias, Betty... Y ahora no sé qué hacer.

—¿Cómo que no sabes qué hacer?

—Que te quiero... Te necesito, ¿sabes? —se levantó de un salto—. Pero tú no sabes tratarme.

Betty retrocedió también de un respingo, agredida, dañada. Pero inmediatamente se abrazó al

hombre y murmuró a su oído.

–No te vayas. No te vayas. No te vayas.

–Así, no. Betty. Así no convence una madre a su hijo. Estoy loco por ti, ¿sabes?, loco, porque nadie ha hecho conmigo las cosas que tú haces –clavó su zarpa en la entrepierna de la mujer pelirroja–. Pero te falta autoridad. Energía.

Betty se separó de él con violencia y se mordió los labios para no llorar. Dio media vuelta y se marchó a buen paso, conteniendo las ganas de correr. Puso en marcha el automóvil y salió disparada, dando tirones.

Esto se ha acabado, pensó. Y sintió un miedo cervical.

–¡Esto se ha acabado! –gritó, transformando su pavor en rabia–. ¡Pero yo no he acabado! ¡Betty García Inglés no está acabada!

Al salir a la autopista tuvo que pisar el freno hasta el chasis para dejar pasar a un camión que soltó un trompetazo parecido a una explosión. El vehículo que circulaba tras ella patinó chirriando sobre el asfalto y golpeó sin fuerzas el guardabarros de Betty. No debió notarlo la hermosa desgraciada o le importó bien poco, y volvió a pisar el acelerador hasta poner la máquina, un BMW 850, a más de ciento ochenta en

cosa de segundos. El coche que la había tocado, un furgón *Vauxhall* azul, se fue quedando poco a poco a distancia del bólido de Betty, aunque hizo esfuerzos por no perderla de vista. La siguió hasta Amberes.

Betty entró en la ciudad, circuló por ella de forma caprichosa, siempre con el furgón a pocos metros, aunque ignorante de su existencia, y al cabo penetró en uno de los túneles que franquean el Escalda por el subsuelo. Al salir a la luz sintió una punzada de alivio, de pronto intuyó que todo le saldría bien. Pero el *Vauxhall* azul no había dejado de marcarla.

Pasó Betty de largo frente al edificio de apartamentos donde vivía, y aparcó al lado del jardín que recorre la orilla oeste del río. Al otro lado del cenagoso Escalda se alargaba el puerto de Amberes en plena actividad. Más allá, iluminados por un sol tímido, los tejados puntiagudos de los barrios viejos, las dos torres de la catedral católica de Nuestra Señora, una alta, elegante, ilustrada con un exceso de arbotantes, la otra rechoncha y maciza, con un sombrero oscuro de pico, y por último, la fortaleza del Steem, todo el paisaje urbano centenario parecía ofrecer su armonía histórica a la desconsolada Betty, que paseaba sin compañía por el parque.

Mas no estaba sola la bella pelirroja. Dos pares de ojos la seguían desde el interior del furgón azul.

Por un momento el vehículo pareció alejarse definitivamente, pero de pronto dio la vuelta y rodó en punto muerto hasta situarse a su lado, la rebasó unos metros y se detuvo. En su paseo, inconsciente a estas maniobras, Betty llegó a la altura del *Vauxhall*, y en ese instante saltaron de él dos hombres, uno de piel negra, y se abalanzaron sobre ella. Mientras uno le tapaba la boca con una manaza, a la vez que le retorció un brazo por la espalda, el otro de frente se abrazaba a sus muslos levantándola en volandas. Betty se sintió arrastrada sin poder moverse. Ni siquiera le dio tiempo a pensar que esto o aquello o ella misma podía acabar.

Sencillamente, se desmayó.

## **Sangre en el pantano**

*Valencia*

Volvió a cruzar el cielo la avioneta deportiva. El petardeo de su motor agredía la solemnidad de las cimas con vulgar indiferencia. Si el piloto hubiera volado más bajo, habría podido ver el rostro de Baltasar, y habría apostado todo su dinero a que era un lunático dispuesto a asegurar que la ruidosa *Cessna* no era otra cosa que una nave silente del planeta Ganimedes.

Por un rato, aquel hombre de gesto desencajado fue una ruina más de aquellas laderas de desolación. Muy poco a poco recuperó la conciencia, aunque no la voluntad. Montó en el todo-terreno y continuó su camino como un autómata. Al cabo de media hora llegaba a un lugar desde el que se veía la obra de la presa. Al acercarse más, Baltasar observó que había una pequeña multitud ajena a los trabajos, y de talante incierto. El empresario temió que fuera una manifestación de ecologistas. Estaba tan confundido, que barajó la posibilidad de unirse a ellos. Mas, a medida que se aproximaba, su instinto fue avisándole y llegó a la obra con las facultades recuperadas, desencadenada la voluntad por la obvia lucidez de que ni la época ni sus intereses eran los oportunos para la protesta. Había sido un lapsus.

Pero la pequeña multitud no era de ecologistas. Eran políticos que habían ido aparentemente a inaugurar algo. Estaba congregado el pelotón en una especie de meseta, a un lado de la incipiente muralla que tataría la garganta con el tiempo y la contribución de hombres y máquinas.

Entre ellos Baltasar descubrió a Heliodoro Almécija. El resto eran periodistas y autoridades de diversos institutos. Entre estas últimas había viejos compañeros de lucha de Baltasar Quesada.

—¡Es absurdo que hayan venido a inaugurar el

pantano! –le dijo Baltasar a Almécija –. Es un dislate. Si apenas ha empezado la construcción.

–No es una inauguración, es una inspección – explicó el periodista.

–¿Una inspección? Esto de los pantanos es como un imán para los que mandan en este país –a Baltasar le alivió poder desahogarse contra una cosa abstracta, la clase política.

–Es que han tenido un follón en el partido, y les ha parecido que una excursión campestre les relajaría y de paso distraería a la prensa –aclaró Almécija–. Mañana saldrán los gerifaltes en los periódicos en plan ecologista, y se hablará menos de las peleas y de las ganas que tienen de sacarse los ojos. Los duelos con pan son menos.

Almécija señaló unos manteles sobre mesas portátiles, cubiertos de bandejas con taquitos de queso, jamón, variados embutidos, tortillas de patatas, croquetas y botellería no muy selecta.

–Han aprovechado que hoy es el Día del Árbol, o algo así. Y han traído a la televisión para que les saque en mangas de camisa con una pala. Han tenido suerte con el tiempo –Almécija levantó la vista al cielo, cruzado de anchas velas blancas, luminoso.

–Pero, ¿usted no es periodista deportivo?

Baltasar ya había vuelto a adueñarse de su personalidad dominante, o a la inversa, algo discutible.

–Sí. Pero también me dedico a la publicidad y al protocolo. Soy el que ha organizado la fiesta y el convite. Venga –le cogió del brazo–, tómese algo.

Baltasar se dejó retirar de las despreocupadas y joviales fuerzas vivas que no habían advertido su presencia o le habían tomado por un capataz de la obra, que es de lo que iba vestido.

–¿Se va por fin mañana a Londres?

–He suspendido el viaje –dijo Baltasar con un acento oscuro.

–Se lo ha pensado mejor, ¿no?

–Betty no está en Londres.

Heliodoro congeló su acto de destapar una botella de cerveza y se volvió con ojos interrogadores al empresario.

–Está o estaba en Amberes.

–¡Sopla! –Almécija ofreció el botellín a Baltasar, que lo miró desconcertado.

–¿Qué?

–Digo que, ¡coño!, vaya sorpresa.

En ese instante se escuchó un guirigay en la zona de autoridades. Los dos hombres ajenos al jolgorio dirigieron la vista al grupo y observaron bruscos movimientos. Se había formado un corro y la gente miraba el suelo. De algún lado surgieron dos camilleros de la Cruz Roja con unas parihuelas, entraron en el corro y salieron enseguida llevando a alguien, pasando delante de Baltasar y Almécija. Era un diputado provincial y tenía sangre en la cabeza. Al lado de la camilla corría otro diputado gritando, “¡Paco! ¡Paco! ¡No es nada! ¡No es nada!” Y el herido contestaba.

*–Però si el fill de puta m'ha trencat el cap!*

Los dos hombres, ajenos a los acontecimientos, siguieron con curiosidad a los de la Cruz Roja hasta la ambulancia. Baltasar había reconocido al herido.

*–Ho ha fet a posta! Ho tenia tot preparat!  
Mira, fins i tot una ambulància! Fill de puta! Cabró!*  
–gritaba el que yacía en la camilla.

–¡Paco, Paco! ¡No te pierdas! –seguía diciendo el compadre.

–¡Xe, Baltasar! ¡Cómo estás! –dijo el herido de pronto como si acabara de encontrarse al empresario en la barra de un bar.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó Baltasar.

–El cabrón de Enrique.

Enrique debería de ser un carguillo de alguna institución.

–Que con la excusa de que plantaba un árbol, me ha enderezado un palazo. Lo ha hecho adrede. Se ha vengado. Le voy a hundir. Agredirme físicamente. Es el colmo. Mira, sangre, sangre –se tocaba la herida con los dedos y extendía la mano manchada de rojo hacia el ciudadano Baltasar–. Tengo en la mano a más de la mitad de las agrupaciones del partido. Le voy a hundir. Ese sinvergüenza, facha, cabrón.

–¡Paco! No digas disparates, que te están oyendo los periodistas –dijo el acompañante.

–¡Los periodistas ya lo saben todo, so burro! ¡Hasta que el cerdo de Enrique se entiende con los constructores! Pero no tienen pruebas. Y se las voy a dar yo. Ya lo creo que se las voy a dar.

En ese instante, el de la brecha en la frente se incorporó en la camilla, ayudado de Baltasar, para entrar en el vehículo.

–No sabes lo bien que has hecho, Baltasar, no metiéndote en política –bajó el tono y se inclinó hacia el empresario–. ¡Es una mafia! Fíjate, hasta te parten la cara. Igual que la mafia–. Se señalaba la cabeza – Tenemos que quedar un día, que aunque no sé nada de

ti, debes de estar en algún lío, tío zorro. Creo que te va de puta madre. ¡Mira que has sido listo, coño!

La ambulancia partió ululando por la montaña.

—¿Es verdad? —preguntó Almécija—. ¿Tiene usted negocios con esta calaña?

—Los negocios no se hacen con calaña. Se hacen con clientes —replicó el aludido—. Puede que usted elija a sus clientes, como se lleva tan bien con el poder. Pero yo no me lo puedo permitir. Hablamos una vez de esto, ¿no se acuerda? De todas formas, yo me relaciono fundamentalmente con subcontratistas, no trato directamente con la Administración. No sé lo que pasa en la Administración. Supongo que habrá corrupción, como en todas partes.

—Ahora que lo pienso —dijo Almécija sin ánimo inquisitorial, amistosamente—. No entiendo por qué no se ha metido usted en política. Empezaron juntos, ¿no? Toda esa gente, me refiero —señaló vagamente hacia el grupo de periodistas y políticos—. Podía ser ahora el rey Midas.

—No lo he necesitado. ¿No se da cuenta? En política se han metido los que no podían hacer otra cosa, los más mediocres de mi generación y la suya. De eso me percaté ahora, porque hubo una época en que pensé que me había equivocado. Cuando dejé la militancia, pensé que si quería dedicarme a los

negocios no podía involucrarme en la política, lo hice por intuición, no por convencimiento. Es una cuestión de carácter, de orden. No sé mezclar las cosas. Cada asunto, en su lugar. Luego he comprendido que mi intuición no me engañó. Lo que yo tengo me lo he ganado a pulso con mis medios. Ellos se lo deben todo a un ente abstracto –levantó el brazo hacia el corro ya disgregado–, o a la picaresca, no al trabajo honrado.

El agresor, el que había dado con la pala a su compañero de partido, parecía el agredido, porque se desmayó al ver la sangre, y andaba preguntando “¿Qué ha pasado con Paco?”

Una sirena lanzó un quejido largo que se perdió repitiendo ecos por la garganta. Los invitados se fueron, haciendo caso omiso de las viandas. A poco de sonar la sirena, aparecieron una docena de obreros con cascos de plástico. Miraban de reojo las mesas con las provisiones. Almécija pegó un silbido para llamar la atención del capataz y comentó algo con él. Este se dirigió luego a los trabajadores y habló con ellos. Algunos, poco a poco, haciendo bromas, se acercaron a las mesas y dieron cuenta de embutidos, tortillas, croquetas y cervezas. A los pocos minutos, en los manteles de papel que oreaba el vientecillo no quedaban más que platos vacíos y cascos de botellas.

## **El Parnaso antropto-teosófico**

### *Valencia*

Baltasar transportó a Alméncija en el todo-terreno de vuelta a la ciudad. Durante el trayecto, el periodista pidió al empresario razones de esa costumbre de Betty de desaparecer súbitamente de los sitios sin avisar. Baltasar explicó la llamada telefónica que había hecho desde el monte, y aprovechó para repasar en voz alta cuanto entre unos y otros habían logrado averiguar del itinerario de Betty y las circunstancias que podían acompañar su huida estrambótica.

La figura del namibio que buscaba Néstor León en el puerto de Valencia le pareció a Heliodoro una nota novelesca.

—No supondrá usted —dijo Baltasar en tono irónico— que las cosas que me están pasando desde hace unos meses son verdad. Son puras invenciones. Todo. Ni la mitad es cierto. Ni siquiera yo existo. Y usted es un personaje secundario, puesto para hacer gracia y permitir el desarrollo de la acción.

El periodista desvió la vista de la tortuosa carretera y clavó los ojos en el empresario, en el que no vio muestras de enajenación, sino de una chunguística histórica.

Baltasar volvió a explicar las páginas de la novela relativas al barco ucraniano y los polizones muertos, en el mismo tono irónico y distanciado con el que había hecho la observación. Pero al rematar el cuento, dio un cambio brusco a esta forma de hablar, y tornó a ponerse serio.

–Parece que el namibio logró hablar con Néstor León. Le dijo algo importante en presencia de mi amigo el sindicalista del puerto, incluso es posible que le diera algo. Roig no está seguro. La conversación la hacían en *afrikaans*, una lengua que él no domina.

El vehículo rodaba cuesta abajo por la otra vertiente de la sierra, encarada hacia el sur y con apenas vegetación. Todo eran rocas y matojos descoloridos por la perseverancia despiadada del sol.

–¿Dónde quiere que le deje? –preguntó Baltasar al periodista cuando entraban en la ciudad arrastrados por un río de automóviles.

Almécija consultó su reloj.

–Voy al centro. Tengo que hacer una entrevista a un as de la aviación en el hotel Reina Victoria.

–¿Qué hora es? –preguntó Baltasar a la vez que se miraba la muñeca—. Pues le dejaré en la puerta. Yo voy a la calle Moratín a cerrar un trato.

La tarde, que había sido transparente e

imperturbable en la serranía, fue tomando un color opaco a medida que se aproximaban a la capital. Primero, el verde intenso de los huertos de naranjos, luego, las fachadas y los tejados de las naves industriales que escoltaban la carretera en la cercanía de la ciudad, y por fin, la urbe, incongruente, de una policromía anárquica, bajo el sombrero de la contaminación.

Era ya de noche cuando Baltasar regresó a la calle, tras cerrar su trato con cierto especulador rampante, un tipo con cerebro y dinero invertido en varios negocios. Un dinero que no era suyo, sino de su segunda mujer, hija de un millonario excéntrico que vivía como un miserable, a veces bajo los puentes.

El especulador, un tal Sebas García, hacía de intermediario entre un constructor y Baltasar, y se llevaba comisión de las dos partes. Era fino y cultivado, solía vestir ropa deportiva cara, e imitaba la formalidad desenfadada del Gran *Gatsby*. Mas, todos sus esfuerzos por fingir naturalidad, los traicionaban un tic en el rostro y una permanente mirada de pánico y desconfianza. A García le gustaba adornar sus tratos con facundia, y envolverlos en el humo de vegueros de Cuba y en los vapores de un buen licor.

Para celebrar el éxito de su lucrativa especulación, se empeñó en convidar a Baltasar a un Albariño y unas docenas de ostras en una cafetería de

postín. Baltasar no tuvo más remedio que aceptar.

El tipo llevaba dando la murga desde hacía rato con las excelencias del carácter empresarial de la edad moderna.

–Los empresarios somos la base de la sociedad. Tú y yo somos la prueba –le decía a Baltasar, con cuyo currículum de rebeldía hacia los hábitos tradicionales de dirigir negocios se identificaba–. A muy poca gente se le puede llamar “empresario” en este país. La mayoría explota y despilfarra. Sólo una minoría mantenemos el equilibrio del sistema. Los empresarios que nos hemos hecho a nosotros mismos, como tú y como yo, deberíamos ser una especie protegida.

La adulación hizo poco efecto en Baltasar. Su inclinación a situar las valoraciones en la distancia se sobrepuso a la autosatisfacción, y miró a García de un modo discretamente burlón, porque ni el uno ni el otro habían amasado ninguna fortuna con sus manos. Él la había heredado, y el especulador se había enriquecido administrando lo que no poseía.

García siguió dando la vara.

–Por ejemplo, ¿te imaginas cómo funcionaría el país si a tipos como tú y como yo nos entregaran la gestión de la Administración Pública? La Hacienda española es un grifo abierto. Nos cobra los impuestos,

y luego se dedica a hacer correr el dinero de un lado a otro sin crear riqueza, sin añadir valor a ese dinero. El dinero público se devalúa, se pierde por el desague.

–No veo por qué tú o yo obraríamos diferente a los demás –dijo Baltasar–. Terminaríamos siendo unos burócratas. El presupuesto nacional se nos acabaría yendo de las manos también a nosotros –se mordió la lengua para no preguntar a García dónde había adquirido esa vocación de administrar bienes ajenos.

–No. No. Imposible –respondió García–. Tú y yo no podemos ser unos derrochadores. Es algo que va contra nuestra naturaleza. Nosotros somos la clase más progresiva de este tiempo. Procedemos de la clase media, y nos hemos esforzado en seguir hacia arriba. Nos hemos formado en la Universidad, cuando la Universidad era algo más que un corral de asnos alfabetizados. Nuestra base es marxista. Somos nosotros los que estamos dirigiendo España. Mira el gobierno.

–Ya lo miro. Y no veo en él mucha energía contra el despilfarro.

–Porque los funcionarios no les dejan. “Los que funcionan” –dijo García irónicamente– son unos borregos o unos incompetentes. La revolución somos nosotros.

–¡Hombre, Baltasar! –Una voz chillona se interpuso entre Lenin y Kamenev–. Hoy debemos de estar programados para encontrarnos. ¿Eh?

Era Heliodoro Almécija, que llegaba a la cafetería con un tipo bajito, de extremidades cortas, cabeza desproporcionadamente grande y un proyectil antiaéreo en el lugar de la nariz.

Se presentaron unos a otros, y el especulador se retiró de súbito, como si le hubiera entrado una necesidad apremiante, después de pagar la consumición del vino y las ostras. El enano narigudo, que resultó ser el aviador acrobático, tampoco tardó en despedirse.

Baltasar y Heliodoro quedaron solos y se pusieron a comadrear, entonados por el contenido de la botella de Albariño y una nueva de peor calidad, a la que acompañaron raciones de variadas delicias, con todo lo cual la pareja estaba en realidad cenando.

–¿Sabe usted que ese tío –dijo Baltasar refiriéndose al tal García– se lo debe todo a un braguetazo? Cuando acabó la carrera no logró nada mejor que colocarse en un banco. Se aventuró en pequeños negocios, pero no avanzaba mucho porque le faltaba capital. De pronto conoció a su actual mujer, una arpía desequilibrada, pero forrada de pelus. Dejó plantada a la primera mujer, y ahí le tiene, hecho un

“Marioconde” gracias a la razón, a la aplicación y al trabajo. Una lumbrera.

–Un ejemplo de la modernidad *fin de siècle*, ¿no?

–dijo Heliodoro, haciéndose eco del argumento de Baltasar.

–Eso dice él.

–Y su nueva chica, ¿además de niña rica es hija única?

–Creo que no. Pero sus hermanos están todos chavetas, como el padre, y no tienen acceso al dinero. García es quien lo controla todo. El suegro está más rallado que un disco de gramola. Tengo entendido que a veces se pira de casa y vive como un mendigo. Le da por las ciencias ocultas y la astrología, y va por ahí consultando magos y adivinos.

–¿No se llamará Federico Segundo? –dijo con incredulidad Almécija.

–Me parece que sí.

–Pues creo que tiene que ver con el pájaro ése amigo suyo, el indio Majarichi.

–¿Está usted seguro? –a Baltasar le resonaron ecos emotivos al escuchar la referencia al indostano, y se metió de un trago un vaso de vino en el buche para calmarse.

–Me imagino que le sacará los cuartos.

–Me extraña, porque el yerno tiene una mano de hierro. Menudo es García.

Baltasar, que había conseguido relajarse por unos minutos, volvió a sentirse preso en la jaula obsesiva de su desgracia familiar. La irrupción inesperada de Haffajee en la conversación disparó, además, una imprecisa intuición en su interior.

–Mire, podemos comprobarlo ahora mismo, si usted no tiene otra cosa mejor que hacer –dijo el periodista.

–¿Ahora? –dijo Baltasar. Y de inmediato decidió–. De acuerdo.

–Se trata de un antro de sectas ocultistas. Hacen cursos y conferencias. Mire –extrajo del bolsillo un folleto fotocopiado en el que se veía una especie de carta astral con los signos del zodiaco–. “Parnaso Anthro–Theosófico. Centro de estudios del Kharma”–, leyó Heliodoro en voz alta–. “La energía que no se canaliza, los sueños y fantasías que no se realizan, las emociones y conflictos que no se exteriorizan, van llevando al bloqueo interior y a la enfermedad. Sabemos que el bloqueo de la vitalidad genera agresividad, pero el común de la gente identifica falsamente la violencia y la agresividad como fuerzas negativas, cuando se trata de

manifestaciones de la más pura vitalidad humana...”  
Me lo dio el viejo.

–¿El suegro de García? –dijo Baltasar.

–Si es Federico Segundo, sí. Ahora, a las nueve, tienen una conferencia pública sobre... A ver..., déjeme ver, “El Nuevo Paradigma”.

–¿Estará Haffajee? –preguntó Baltasar sin dirigirse a nadie.

–Pues vamos, y lo comprobamos.

–Permítame avisar a mi retoño de que llegaré tarde –dijo Baltasar, y buscó el teléfono de la cafetería.

## **El señor Cadavieco**

### *Valencia*

El “Parnaso Anthrope–Theosófico” estaba en un entresuelo, en una calle estrecha próxima a la Lonja. El vestíbulo tenía un aire de “Casa del Pueblo”, con un tablón de anuncios y carteles clavados con tachuelas en la pared, donde se exhibían ruinas clásicas, hindúes y centroamericanas, sacadas del contexto turístico, como si flotaran misteriosamente. Había una mesa vieja de oficina con folletos, y trás ella una silla. En seguida apareció una jovencita con

una especie de uniforme, el pelo recogido en un moño y carmín en los labios, e indicó a los dos hombres el lugar de la conferencia.

Era una habitación amplia con algunas filas de sillas plegables y un pequeño entarimado al fondo, como el aula de una academia de oposiciones, aunque en el lugar de la pizarra había un planisferio celeste, donde destacaban las constelaciones, señaladas con los símbolos de los griegos. Unas quince personas, la mayoría, jóvenes, aguardaban en silencio, expectantes.

Los recién llegados tomaron asiento.

—¿Y usted cómo conoce al suegro de García? — preguntó Baltasar en voz baja y pegando la boca a la oreja de Heliodoro, como si estuvieran en una iglesia.

—Yo y todos los periodistas de la ciudad. Es un tío plomo. Nos bombardea con una serie de cartas llenas de incongruencias. Échele una ojeada a ésta última, que acompaña al folleto.

Baltasar tomó de las manos de Almécija la fotocopia y leyó uno de los párrafos mecanografiados.

“Es ahora cuando denuncio a la prensa internacional que se me asignó un lugar de vida y trabajo (no llegó a empleo y en el último que tuve el judío se quedaba con medio sueldo y encima mandaba

a sus amigotes a beber a mis costillas; y encima se quejaba de que me comía. Ah, y sin seguridad social; que cuatro veces me sacaron la pistola los clientes al ver la cuenta de cuatro días de estancia en el Caribe, a Quintín lo persiguieron con un arpón neumático hasta las oficinas, y el árabe de la boutique me dejaba tres millones de joyería en la caja fuerte)”.

Baltasar dejó de leer, porque había perdido el hilo de la historia del viejo loco, si es que había algún hilo. En una de las fotocopias, enmarcado en un óvalo dibujado a mano, el sabio anciano había escrito: “El saber es bien oculto a la masa borrega. Todos somos elegidos. Camino hacia la luz y los bongos del África profunda. Sí, apártate de la ignorancia, ven a escuchar al sabio Haffajee. Interpreta el plano del tesoro. El sexo es puro, es cosa de amapolas.”

–Esto es una sarta de gilipolleces –exclamó Baltasar en voz baja–. Si el que da la conferencia es como este tío, al menos nos vamos a divertir.

En ese momento irrumpió una procesión en la sala. Dos filas de chicas uniformadas como la de recepción hacían de séquito a un elemento larguirucho, de piernas interminables, y zapatones o quizá planchas sobre las que descargaba su andar vacilante, como de lámpara de pie de un dibujo animado. Vestido con un terno de alpaca verdoso, subió al pequeño entarimado. El séquito se colocó contra la pared.

El individuo de cara al público, levantó las manos, representó una serie de signos que podían ser cabalísticos, sin decir una palabra, unió luego las palmas delante de la nariz e inclinó la testuz y el espinazo. Al enderezarse, su mirada se cruzó con la de Baltasar, y el empresario advirtió un relámpago de inquietud en ella. Enseguida comenzó a hablar sin preámbulos.

—Unos por unas razones, otros por otras, habéis todos acudido en busca de la luz. Si habéis entrado en este templo con una idea diferente, más vale que lo abandonéis —calló el tiparraco, y dirigió una mirada de desafío a la concurrencia. Baltasar tuvo la impresión de que se fijaba en él. Nadie abandonó el templo—. Venís a ver, a purificaros con la visión. Pero la visión será hoy sólo la palabra, mi palabra. Quien de entre vosotros desee realmente ver, tendrá que esperar. Voy a entregaros un trozo de *darshan*. Será apenas una porción, la que os corresponde realmente, no la vida figurada con la que os arrastráis en el mundo vulgar.

El elemento largaba su discurso con la entonación de un tribuno que vende crecepelo. Baltasar tuvo la impresión de que de un momento a otro iba a empezar a hacer promesas electorales o a ofrecer pociones mágicas. Mas a unas cuantas personas de la audiencia, el sermón les hacía un efecto narcótico.

No paró el charlatán de hablar en media hora, en los mismos términos oscuros y rimbombantes, como un sociólogo en un aula, cautivador e incomprensible, sugerente y amenazador.

Cuando parecía que estaba acabando, por el tono mortecino de su rollo, un individuo que había delante de Baltasar se levantó y salió de la habitación de un modo abiertamente desconsiderado. Era de las pocas personas de edad presentes en la “conferencia”. Baltasar se inclinó sobre la oreja de Heliodoro y le preguntó si se largaban. El periodista encogió los hombros, y el empresario se puso en pie y salió del local seguido de su amigo.

Al desembocar en el rellano de la escalera se toparon con el hombre que había abandonado la conferencia antes que ellos. Era miope y tenía aspecto de clérigo secularizado. En ese instante encendía nerviosamente un cigarrillo. Algo le retenía ante la puerta del Parnaso, porque hacía ademán de bajar las escaleras, y enseguida daba marcha atrás. Al ver a los dos hombres farfulló sin dirigirse a nadie en particular,

–¡Farsantes!

Baltasar y Heliodoro le miraron con curiosidad.

–¿Son ustedes policías? –preguntó el hombre con aire de clérigo.

–¿Nosotros? No ¿Por qué?

–Tenía la esperanza de que lo fueran.

–Hemos venido aquí por curiosidad. Pero nos hemos cansado de tantas estupideces.

Sin parar de moverse como un oso enjaulado por el rellano, el hombre les contó atropelladamente su historia. Dijo que una de las chicas que hacían de azafatas en el séquito del larguirucho era hija suya. Al parecer, llevaba casi un año esclavizada por los dirigentes del Parnaso. Hasta el extremo de que había dejado de ir a trabajar al taller de confección donde se ganaba la vida como operaria. El hombre agobiado dijo que la había colocado gracias a un amigo que estaba de encargado en el taller, que la trataban bien, que le pagaban regularmente, que no se explicaba qué le había podido pasar, una chica con suerte, con empleo fijo, una privilegiada. Era una loca.

–¿Y no lo ha denunciado usted en el juzgado? –preguntó Baltasar.

–Es mayor de edad... –dijo el hombre con rabia.

Se dejó el cigarrillo en los labios, y cerró las manos por separado delante de la cara como si estuviera estrujando a sus dos peores enemigos, el tiempo y el Código Civil.

–Pero ahora puede que lo consiga... –Había

malicia en su tono de voz. De pronto bajó los ojos—. La han convertido en una prostituta. La llevan por ahí y hacen orgías para ricos... Mi amigo el encargado del taller me lo confesó. Se lo había dicho el amo del taller, que había visto a mi hija en una de las orgías. No quiere hablar conmigo. Vengo a verla porque temo que se la lleven a otra ciudad. Estos tíos son una mafia. Si averiguara dónde se va a hacer la próxima orgía, les cazaría, tendría pruebas, ¿no creen?

Baltasar miró al abatido padre con afecto.

—¿Y no tiene forma de denunciarlos como una secta?

—No lo sé. Creo que no. No hay menores, me dicen los abogados. No se ve el negocio. Pero sé que el que dirige el tinglado es un tío con antecedentes policiales por chulo de putas y por juego ilegal. Un sinvergüenza. Me lo ha dicho un guardia que es vecino mío. Lo ha averiguado en jefatura. A ese tío largo del chaleco no le he visto más que dos veces, no le conozco. Pero él a mí, sí. Me miraba con miedo... Porque sé que el que está detrás de todo esto es un gitano.

—¿Un gitano o un indio? —saltó de pronto Baltasar.

—Es igual. Un hijo de puta. Si pudiera... —el buen hombre volvió a estrujar algo entre las manos.

–Ese individuo puede que sea Haffajee –dijo Baltasar–. Tendríamos que cerciorarnos.

–¿Conocen al gitano? –preguntó el padre agobiado, casi echándose encima de Baltasar.

–Es posible... –El empresario pensó rápidamente–. Si yo consiguiera averiguar el lugar de la próxima orgía... ¿Está usted seguro de que se trata de orgías?

–Y qué van a ser. Tíos con pasta y chicas idiotizadas. Mejor que si fueran putas. No hay que pagarlas, no hay que preocuparse de si se van de la lengua.

–Podría intentarlo. Haffajee siempre me ha olido mal... –Baltasar hacía trabajar a toda velocidad sus meninges.

–¿No estará usted sugiriendo que Betty ha caído en manos de una red de trata de blancas? –dijo Heliodoro–. No saqué esa impresión cuando la conocí en Madrid.

–No sé. No sé. Hay que entrar en este laberinto, hay que hacerlo saltar por los aires. De alguna forma tengo que empezar a buscar a Betty.

–¿Usted también tiene una hija en esta secta? –dijo el hombre con aspecto de clérigo.

Baltasar negó con la cabeza. Le entregó una

tarjeta, y apuntó el nombre y teléfono del padre angustiado.

–En cuanto sepa algo le llamaré, señor Cadavieco.

Lo hizo una semana después.

Concertó con el padre afligido y con Heliodoro una cita en una cafetería para hacer una excursión nocturna a Cullera, un sarpullido de torres al sur de Valencia para turistas mesetarios y franceses.

Heliodoro notó la excitación de Baltasar a través del teléfono. Según el empresario, uno de sus clientes de aficiones prostibularias le había filtrado la dirección de la orgía a cambio de jurar que “no se iría de la *mue* ni con la pasma ni con ningún *pasmao*”. Esto es, que sería discreto. Baltasar le aseguró que sólo quería armar un poco de escándalo para recuperar a una chica, la hija de uno de sus empleados, raptada por la secta, y que precisamente por eso no quería que interviniera la policía. La intención patriarcal y benevolente de Baltasar había convencido a su amigo. Baltasar confirmó la existencia de las orgías en una reunión de empresarios modernos, estilo Sebas García, que se citaban una vez al mes para cenar y contrastar ideas sobre la coyuntura económica y política.

El soplón había informado de algo interesante,

además de confirmar que el director del asunto era un hindú. Dijo que en las orgías intervenían artistas negros.

–Estoy seguro de que por ahí anda el namibio. Y si le encuentro, quizá pueda averiguar algo de Néstor León y de Betty. Me ayudará a encontrarla – dijo Baltasar entusiasmado a Heliodoro por teléfono.

–Pero, ¿cómo vamos a entrar? –quiso saber el periodista, que desconfiaba del estado de ánimo del director de la aventura.

–Ya lo verá. El amigo Cadavieco tiene un plan. Un plan perfecto.

## **Una orgía nocturna**

### *Cullera*

La casa se asomaba al mar, según dedujo Baltasar por la orientación del edificio sobre la peña. Dejaron el coche en una ensenada, más allá del promontorio desde el que el faro advertía la posición de la costa a la navegación. Hacia el sur, a lo largo de una ancha playa y un hermoso paseo iluminado por farolas, se extendía una masa oscura y geométrica perforada por algunas lucecitas. Era la fachada turística de Cullera.

La noche, de luna llena, era de una

transparencia cautivadora. Toda la línea de la costa estaba limpia, barrida la bruma por un céfiro suave de poniente. A lo largo de ella se sucedían, cada vez más débiles, una serie de aglomeraciones de lucecitas de las ciudades costeras.

En el camino de subida desde la ensenada a la casa del aquelarre, a Baltasar, Heliodoro y Cadavieco, el padre afligido, les envolvió el dulce aroma de azahar de los huertos de naranjos de la contornada.

El reloj de pulsera de Baltasar marcaba cerca de la media noche. Al llegar al rellano donde estaba el chalet, se ocultaron en un bosquecillo de pinos. Para acceder al jardín, había que pasar entre dos columnas de hormigón, coronadas cada una por un águila batiendo el vuelo. En un largo rato sólo entró en la casa un individuo, un exportador de fruta de fama sexual dudosa. Pasó más de media hora, y no se presentó nadie más. Supusieron que ya estaban todos dentro, y se acercaron.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Almécija.

Pasaron entre las águilas, y Baltasar se adelantó hasta la puerta. Dio unos golpecitos en el aldabón. Al cabo de un largo minuto, les abrió un individuo con indumentaria de mayordomo y les preguntó qué deseaban, como si no esperara más visitas.

–Somos los Epígonos –dijo seriamente Baltasar–. Traemos un presente para Hefaistos –y entregó al mayordomo un limoncito que extrajo del bolsillo de la chaqueta.

El mayordomo, un tipo rechoncho y de sólida cabeza, con una mecha de pelo albino en mitad de su pelo moreno, se quedó mirando el limón, y finalmente lo dejó caer como si fuera una fruta envenenada.

En ese instante, Baltasar se hizo a un lado y vio que Cadavieco se abalanzaba sobre el *valet* empuñando una pistola con la mano derecha. En la izquierda exhibía una placa en la que se leía “Policía”. Se llevó un dedo de la mano que sostenía la placa a los labios, y preguntó.

–¿Por dónde?

–La puerta, al final del pasillo –indicó con diligencia el aterrorizado mayordomo.

El supuesto policía hizo un gesto con la pistola al mayordomo para que saliera, y le dijo con gran autoridad a Heliodoro, que asistía atónito a la representación,

–Lléveselo a jefatura.

Nada más situarse tras el tipo, Cadavieco guardó la falsa chapa, y sacó un espray, que dirigió a la cara del individuo. Sonó un silbido apagado, el

mayordomo se llevó las manos a los ojos y se tambaleó, lanzando gemidos. Baltasar, que se había hecho cargo de la pistola de imitación, colocó el cañón en la nuca del quejica, y le recomendó que se callara.

Le empujaron hasta los pinos, le ataron a uno de ellos con unas esposas. Cadavieco le colocó una mordaza, y volvieron al chalet seguidos de Heliodoro, que les acompañó durante toda la operación ejerciendo de periodista invitado, limitándose a observar, a tomar nota y a callar.

Entraron en la casa, cerraron la puerta de acceso y se dirigieron hacia la que el mayordomo había indicado. Detrás de la puerta había un pasadizo con una escalera descendente.

—¿Quién es Hefaiostos? ¿El hindú Majarichi? —dijo Heliodoro, mosqueado por el cariz que tomaban las cosas.

—Es Vulcano, el dios de la fragua —respondió Baltasar—. Y como pasa tanto calor, le hemos traído la fruta para que se haga una limonada.

—¿Y usted y este señor —dijo señalando a Cadavieco— y yo? ¿Los Epígonos?

—Usted es Anfíloco, y yo Alcmeón. A este señor no le he presentado, porque su papel era el de falso

policía. Ahora, todos vamos a conquistar Tebas.

–Se cachondea usted de mí, Baltasar.

–¿No ha oído hablar de los Siete contra Tebas?

–Suena a una película. “Los siete samurais” o “Los siete magníficos”.

–Pues eso. Nosotros tres valemos por setecientos –dijo Baltasar con aires de general victorioso.

Llegaron al final de la escalera, empujaron una puerta y entraron en un local mal iluminado, donde había ocho o diez personas, todos hombres. En un rincón, junto a una mesita, estaba un negro gigantesco con camisión y fez, al estilo del África musulmana. Sobre la mesa había un recipiente parecido a un samovar, y al pie del grifo unos cuantos vasitos.

–Invita la casa –dijo Baltasar, dando a Heliodoro con el codo–. Seguro que es un afrodisíaco.

Se hicieron servir el licor, y se fueron hacia un rincón. Se llevaron los vasitos a la nariz y olieron la pócima.

–Parece whisky –dijo Almécija. Sorbió un buchito–. No está mal.

Baltasar dio también un sorbo. Cadavieco, el padre desesperado, no se había servido. Estaba

impaciente por encontrar a su hija. Baltasar le pedía calma. Había que observar la situación para ver qué estrategia adoptar.

–Pero ¿y si la pillo follando? –decía Cadavieco furioso.

–Mire usted. Esa es una de las cosas que se hacen en la vida, de tarde en tarde –argumentó Baltasar–. Tómesele de esta manera. Además, no creo que pillemos a nadie follando. Nos dará tiempo a ver qué pasa. Esas cosas se dejan siempre para el final.

Durante un par de minutos, las pupilas de los recién llegados estuvieron adaptándose a la mortecina luz del cuarto. Se sentían observados discretamente por los reunidos.

–¿Es ése su hombre? –murmuró Heliodoro, señalando al negro de los licores con la cabeza.

Baltasar negó sin dirigirle la vista. Estaba fijándose en la concurrencia. Eran, efectivamente, especuladores de la industria, el agro y los negocios locales. Algunos de ellos, generosos contribuyentes en la piadosa obra de financiar la sociedad civil y el poder secular, habiendo entrado el orden eclesiástico en irreversible decadencia. Gente intocable en circunstancias normales. Y aquella, de momento, no parecía extraordinaria. Baltasar pensó que Haffajee era un tío listo. Había reconocido a algunos de los

convidados e imaginaba el secreto del asunto.

—Estamos seguros —le dijo a Almécija—. Nos protegen Júpiter, Marte y las mejores tropas del Olimpo.

De pronto observó, al fondo, una cabeza cubierta de lujoso turbante. Era Haffajee, y el cuello parecía salir de la misma pared, como un trofeo de caza. En realidad brotaba de una cortina oscura, de la que fue surgiendo poco a poco. Saludó a alguno de los convidados y se retiró. Baltasar se había puesto, bruscamente, detrás de Heliodoro, que en el primer momento se llevó un sobresalto, y casi llegó a encogerse para recibir mejor el trompazo que temió.

Los invitados empezaron a desaparecer, tragados por la cortina oscura. Como se veía que lo hacían de grado, Baltasar y Heliodoro se aproximaron al cortinón de felpa, manteniendo a Cadavieco detrás, para que no se desmandase. Buscaron la apertura y se colaron en la más absoluta oscuridad. Muy a lo lejos se oía el eco de unos tambores. A tientas avanzaron hasta tocar con las manos algo blando y suave, otra pesada cortina. La atravesaron por otra grieta y fueron a parar a una suerte de teatro con un escenario también en penumbra. Al pie del tablado, tres africanos desnudos tocaban unos bongos y un tam-tam a un ritmo lánguido.

A Baltasar no le pareció que ninguno de ellos fuera el namibio. Se fiaba de su intuición. Tenía confianza ciega en ella, que es lo mejor que se puede hacer cuando se carece de hechos concluyentes.

Cada invitado se acomodó en una butaca de mimbre de respaldo alto y envolvente, donde en realidad cabían dos personas. Durante unos minutos, los golpes secos de los tambores se mezclaron con las conversaciones a media voz y los quejidos de los asientos.

Cadavieco no dejaba rincón ni sombra por escrutar, pero allí no parecía haber ni una sola mujer. El padre afligido descubrió en los butacones de mimbre algo en lo que no puso atención, porque vio en seguida que no era lo que buscaba.

Sus dos acompañantes no tardaron en hacer el mismo descubrimiento, aunque a ellos sí les sorprendió. Aparentemente eran mujeres. Estaban hieráticas o aterradas o atadas a los asientos. El caso es que permanecían inmóviles. Al acercarse comprobaron que se trataba de maniqués de cartón.

Súbitamente, se fue la luz. Sólo una fracción de segundo. Al tornar a iluminarse el escenario, apareció en él, como si llevara un buen rato, Haffajee, con su turbante espléndido, vestido de rajá.

—Soy el hijo del Maestro Universal —dijo

empalagosamente el hindú—. Soy el hijo de Visnú. Soy el portavoz de los Rosacruces, el discípulo predilecto de *Madame Blavatsky*, la voz de Katherine Tingley, de Annie Besant y de George Ivanovich Gurdieff.

Hizo una pausa mayestática, quizá para que los fieles paganos digirieran el elenco familiar que acababa de largarles. Estaba muy erguido, con las manos cruzadas sobre el pecho, y hablaba con una voz potente y un tono “natural” muy preparado. Haffajee no parecía estar haciendo ningún papel. Transmitía la sensación de que creía a pies juntillas todo cuanto estaba proclamando.

—Ustedes son hoy mis invitados, y han venido para acercarse a las vías del conocimiento, para asomarse a la puerta de la experiencia mística, para sentir la primera caricia de la doctrina esotérica, para vislumbrar la sombra de los fenómenos ocultos. Y lo harán mirándose sinceramente a su interior. La verdad se encuentra dentro de ustedes. Sólo hay que atreverse a reconocerla.

Los africanos seguían con su ritmo lánguido, de vez en cuando interrumpido por algún redoble.

El rajá miraba desafiante a la concurrencia, que se revolvía nerviosa en los asientos.

—Quizá deseen ustedes decir algo —expresó Haffajee por fin, en un tono amable.

Al cabo de unos segundos, alguien se decidió a hablar. En términos muy vagos, con un discurso lleno de ambigüedades propio de la clase política, más que del entramado industrial o financiero.

–Se aproxima usted a la verdad –dijo Haffajee–. Todavía no ha entrado en ella. Sea valiente. Confiese a sus hermanos lo que ellos no tardarán en confesar. Es usted uno de los elegidos. Aquí sólo vienen elegidos.

El hombre, todavía en términos confusos, informó de que tenía inclinaciones homosexuales. Se veía que esto le producía una gran ansiedad.

Baltasar movió la cabeza de arriba a abajo, se volvió hacia Heliodoro y le hizo un gesto confirmativo de sus sospechas.

Tras la confesión del primer individuo, vinieron otras. El falso rajá les ayudaba con absurdas zarandajas medio psicológicas, medio ocultistas. Se veía con toda claridad que aquellos individuos habían acudido allí para desinhibirse.

Haffajee, antes de retirarse, se ofreció a los que no se habían sentido capaces de hablar, para conversar con ellos en privado, en un despacho que había detrás del tablado.

Cuando el indostano hubo desaparecido, de la

nada surgió al lado de Baltasar el amigo Cadavieco.

–Estos son todos maricones. Nos hemos equivocado de fiesta –murmuró con desconsuelo–. Yo me voy.

–¡Espérese, demonios! –dijo Baltasar, cogiéndole de la manga. Pero el hombre tiraba con fuerza–. Bueno, pues espérenos fuera de la casa, si quiere. Aquí a lo mejor pasa algo. Nos quedaremos un rato más.

El padre desesperado se deslizó fuera del teatro.

Los bongos aceleraron el ritmo y en el escenario aparecieron dos bailarines, un hombre negro y una mujer blanca, ninguno de ellos grande y ambos desnudos. Poco a poco, sus evoluciones fueron haciéndose cada vez más procaces. Por el patio de butacas surgió el del camisón con una bandeja llena de vasos largos.

A partir de ese momento, en el escenario empezaron a ocurrir cosas absurdas. Por ejemplo, el sacrificio de un cabrón, y luego de un hermoso doncel, en medio de himnos y música orquestal. Evidentemente eran proyecciones, pero tan ingeniosas, que el alcohol, la media luz y la atmósfera de misterio las hacían parecer reales. Mientras tanto, la pareja de bailarines se aproximaba al clímax de su danza erótica.

Baltasar observó que alguno de los asistentes había desaparecido tras el escenario, quizá para hacer consultas particulares.

–Tardan en volver, ¿no le parece? –le dijo a Almécija.

–Vaya usted a saber lo que pasa ahí detrás, a juzgar por lo que estamos viendo aquí. –Y el periodista apuró su segundo vasito de néctar afrodisíaco–. Lo que no me explico es qué coño hace ahí esa pareja, si la clientela son todos unos mariconazos.

–El negro es el tipo que yo busco, estoy seguro.

–¿Cómo lo sabe si nunca le ha visto? –dijo con desconfianza Heliodoro.

–No se lo puedo decir. Es algo irracional, una intuición.

El ritmo de los tambores se había hecho frenético, y la pareja del escenario, si no estaba copulando, eran unos inimitables farsantes.

–¡Baltasar! ¡Tú por aquí! –Al empresario se le echó encima un tipo alto y descoyuntado que andaba como un pato.

Baltasar le saludó de mala gana.

–Me alegro de verte. Uno se siente muy a gusto

cuando admite públicamente que no es un monstruo, ¿no te parece? –Se había plantado delante de él, y le miraba de un modo que a Baltasar no le hacía ninguna gracia–. La verdad, no me lo esperaba.

–Pues no esperes mucho, que yo no he venido a admitir públicamente nada –dijo Baltasar–. Pura curiosidad.

–Eso no es justo. Te has saltado las reglas. ¿A quién has engañado?

–¿Yo? A nadie.

–Ahora me explico lo de tu mujer.

Baltasar se puso en pie.

–¿Qué quieres decir? –pronunció amenazadoramente.

–El año pasado se presentó aquí tu mujer, acompañando a un tipo que organizó un escándalo –dijo el grandón.

–¿Con quién? –gritó Baltasar sin poder evitarlo.

–No sé. Perdona, chico. Creí que lo sabías. ¿No os habéis separado?

–¡Quién era ese tipo, dime! –repitió Baltasar en un tono agresivo.

–Te digo que no lo sé. Lo juro.

En ese instante se escuchó un grito monstruoso desde atrás. Algo de fuerza tremenda apartaba los sillones de mimbre y sus ocupantes a empujones y patadas, avanzando hacia el escenario. Al principio, todos entendieron que formaba parte de la representación. Más, al saltar el individuo, que no era otro que Cadavieco, al escenario, se deshizo el buen entendimiento.

El bailarín, inclinado sobre la mujer, tenía en sus manos un gran cuchillo. Cadavieco saltó sobre él en una posición muy desfavorable. Si el negro hubiera querido, le habría atravesado con el arma.

Lo que en realidad estaba haciendo el padre desesperado era salvar la vida de su hija, al menos eso creía él, sin reparar en que el sacrificio era una ficción.

Con una finta, el africano se apartó de Cadavieco, y de otros dos, escapando del escenario por la cortina. El hombre se agachó sobre su hija, que le miraba sin entender nada, no le había reconocido y quizá pensaba que formaba parte del guión. Baltasar, por su parte, corrió en persecución del supuesto namibio, mientras en el patio de butacas se organizaba un revuelo.

–Otra vez. Otra vez –chillaba el tipo descoyuntado que habló con Baltasar–. ¡Por qué serán

ellos quienes la armen siempre! Con lo felices que nos sentimos aquí nosotros, los elegidos.

Baltasar tropezó varias veces con los butacones de mimbre y sus ocupantes, los vivos y las maniqués. Cuando llegó al escenario y se asomó detrás, vio un cuarto vacío, sólo con una mesa y un par de sillas. Sobre la mesa se encontraba el turbante de Haffajee. Estudió la habitación, pero no se veía ninguna otra salida. Buscó en otros dos cuartitos contiguos, comunicados por un pasillo que daba al escenario, tras la cortina negra, y encontró a varios próceres en pelota.

Volvió al teatrillo, ahora vacío. Cadavieco había rasgado la cortina del escenario para tapar a su hija, y la llevaba en brazos. La chica parecía desmayada o narcotizada. A trompicones salieron los tres hombres y la chica desvanecida por el túnel en pendiente y la escalera.

—Vamos. Debe de haber una salida secreta hacia el mar. Se nos han escapado.

—¿Quién? —decía el periodista, un poco mareado.

—El hindú y el namibio.

—¿Los dos? ¿Por qué?

—¡Y yo qué sé!

Salieron al exterior. Baltasar echó a correr hacia las peñas y saltó entre los pinos. Dio la vuelta a la casa y descubrió un jardín que descendía por una ladera irregular hasta una pequeña ensenada.

Al fondo, acercándose a un bote neumático, vio correr a los fugitivos.

—¡Haffajee! —gritó—. No se vaya, no quiero hacerle nada. Sólo hablar con usted.

No le hicieron caso, y Baltasar soltó una maldición. Subieron al bote los fugitivos, pusieron en marcha el motor y se adentraron lentamente en el mar apacible, sobre el que flotaba una luna despedazada en un ancho haz de luz.

Baltasar se quedó mirando aquella imposible pareja en el bote neumático: un majarajá hindú, envuelto en ricas ropas, y su esclavo desnudo.

—¡Imbécil! —volvió a gritar todo lo fuerte que pudo.

Regresó frente al chalet y encontró a Almécija vomitando, agarrado a un pino, junto al mayordomo cabezón, que les miraba con ojos de pavor, esposado al árbol y todavía amordazado.

En la entrada del jardín, en medio de las dos columnas con las águilas, se encontraba el padre afligido con su hija en brazos, envuelta en la cortina.

Baltasar le dijo que esperara, que iba a por el coche, y se marchó cuesta abajo.

La fragancia del azahar flotaba libre y alegre por toda la montaña. Al otro lado de la roca, el faro orientaba imperturbable el curso de la navegación mediterránea. Una campana dio las dos de la mañana en la torre de alguna iglesia.

## **El rescate de Betty**

### *Amberes*

El carillón volvió a sonar, ding-dong-dang, por tercera vez, y por tercera vez le sucedió un angustioso silencio, apenas perturbado por el débil rumor del tráfico. Las paredes del apartamento eran de cemento armado y las ventanas tenían cierre hermético. Por ello, aunque se encontraba en un alto edificio a más de treinta metros sobre el nivel de la calle, era como si estuviera treinta metros bajo tierra. Sólo a efectos del ruido exterior, porque la altura ofrecía la ventaja y el alivio de la luz. Betty sabía que en un sótano se habría vuelto loca.

Se puso en pie muy lentamente. De puntillas se acercó a la puerta de su cuarto. Llevaba un mono deportivo dos o tres tallas más grande que la suya. Tenía ojeras, y su cuerpo parecía perdido en aquel

montón de tela. Su rasgo más llamativo, las ondas incandescentes de su pelo, formaban un barullo irregular. En su muñeca derecha había una marca rojiza en forma de aro.

Betty había llegado a deducir cierto hábito de los secuestradores: cuando la encadenaban con las esposas a la gruesa hembrilla del muro, era porque abandonaban el apartamento. No llegó a esta conclusión lógica hasta pasados varios días del rapto, cuando pudo ordenar en su deprimida cabeza los datos que había ido observando.

Al principio había creído que el tiempo que la tuvieron esposada era un capricho sádico de los dos tipos que la secuestraron. Su secreta esperanza era que un día se fueran de casa y olvidaran encadenarla. Y por fin había ocurrido.

El apartamento estaba en uno de los pisos más altos de una de las torres de cierto barrio popular de Amberes. Desde la ventana de su celda-habitación, Betty podía contemplar un jardín visitado por gente de todas las razas, con indumentaria de clase trabajadora, que lo cruzaban de un lado a otro a determinadas horas. Durante el día estaba desierto, sólo en las tardes soleadas aparecían niños que se columpiaban en los aparatos instalados en medio del jardín.

Había tenido tiempo para hartarse de mirar el

jardín y la verde llanura salpicada de edificios que se extendía hacia el Suroeste, en dirección a Gante. La ciudad flamenca resplandecía por la noche como una joya suprema, por encima del titilar de miles de caseríos.

Durante un rato estuvo quieta, con la oreja atenta a cualquier ruido que pudiera venir del otro lado de la puerta de su celda. Por fin cogió el pomo, lo hizo girar y contuvo el aliento al comprobar que cedía. Luego tiró de él y se asomó al pasillo.

Allí le sorprendió el cuarto ding-dong-dang del carillón de la entrada. Betty se acercó a ella con el mayor sigilo. Pegó la cara a la mirilla, y observó un rostro africano. El tipo iba rasurado, al contrario que su secuestrador de piel morena, y tenía el pelo cortado casi al rape, como una alfombra oscura de un solo rizo.

–¿Qué quiere usted? –dijo Betty tímidamente en inglés.

–Quiero ver a Anton Guelke –contestó el tipo también en inglés.

A Betty le extrañó el acento yanqui. El inglés de sus secuestradores estaba contaminado del acento *afrikaans* de los *bóeres*.

–¿Le conoce usted? –tornó a preguntar Betty.

–No, personalmente. Vengo de Nueva York, de parte de Ngwaketse.

–El señor Guelke no suele venir por aquí. ¿Cómo ha dado usted con este domicilio? –a Betty le latía con fuerza el corazón, le exigía que pidiera directamente socorro. Pero el sentido común le aconsejaba cautela e ingenio.

–Argucias profesionales. Los periodistas somos gente de recursos –dijo el rostro oscuro.

Betty intentó abrir la puerta. Pero, como temía, tenía la llave echada.

–Lo siento, no puedo abrirle.

–¿Por qué? ¿No tiene usted la llave? ¿La tienen secuestrada?

En el tono de voz del visitante había cierta chunga. Su sólida cara de africano trasplantado al Nuevo Mundo siglos atrás se tensó en una irónica sonrisa.

–¡Sáqueme de aquí! ¡Sáqueme de aquí, se lo suplico! ¡Sáqueme, quien quiera que usted sea, por favor!

Betty se derrumbó sollozando a lo largo de la puerta, dejándose caer en el suelo como un pelele. Habría pataleado y chillado, pero le faltaban fuerzas.

—¿Quién es usted? ¿Por qué la tienen ahí dentro? —dijo Jeff Shackelford en voz alta, aunque en realidad se lo preguntaba a sí mismo. No había contemplado la complicación de un secuestro en su misión extravagante.

—¡Llame a la policía! ¡Haga algo! —gimió Betty.

—¡Cállese y retírese de la puerta! Viene alguien.

Betty no tenía otro remedio que confiar en la buena voluntad del desconocido, y se apartó arrastrándose. Durante unos instantes no se oyó nada. Betty sintió pánico, y abrió la boca, pero el grito se le heló antes de salir de su garganta, al notar que alguien manipulaba la cerradura. Arrebujada contra la pared, sintió como la llave se deslizaba por el resorte. Cada golpe de vuelta le parecía un disparo.

La puerta empezó a separarse del marco. Apenas se había movido unos centímetros, cuando se abrió violentamente y se estampó contra la pared.

Por el hueco entraron dos cuerpos. El que había encima descargó dos mazazos sobre el cuello del que besaba el suelo, que quedó inmóvil.

Betty miró horrorizada al agresor, el individuo negro que había visto a través de la mirilla. Se puso en pie, saltó por encima de los dos tipos, pero no pudo llegar a la salida. El amplio mono deportivo se había

enganchado en algún sitio. Betty tiró y sólo consiguió que los pantalones se deslizaran por sus muslos lechosos hasta las rodillas y la inmovilizaran todavía más. Estaba atrapada por la manaza del desconocido.

–¡No se vaya! ¡No va a pasarle nada. No sé quién es usted. Pero la dejaré ir en cuanto me cuente qué demonios pasa aquí.

Shackelford echó una involuntaria pero inevitable ojeada a las piernas de la secuestrada y a sus bellas nalgas, y puso una de sus rodillas sobre el espinazo de la desvanecida víctima, un blanco gigantesco. Con la mano que no empleaba en sujetar el chándal de Betty cacheó al de debajo. Extrajo de él una pistola. Nada más verla, Betty dejó de tirar.

–Cierre la puerta.

Betty obedeció, e inmediatamente se sintió libre.

Shackelford extrajo el cargador de la pistola y se lo guardó en un bolsillo. Luego se cercioró de que no quedaba ningún proyectil en la recámara.

–Habrás que atar a esta bestia. ¿Sabe usted quién es?

–Anton Guelke –dijo Betty como si pronunciara una maldición. Señaló hacia su celda y ayudó al periodista a arrastrar al monstruo.

En una de las paredes colgaban unas esposas de sólida hembrilla. Skackelford acercó a Guelke a la pared y, notando que despertaba, descargó sobre él otro mamporro. Le puso en una muñeca la esposa y se retiró unos pasos. El surafricano quedó colgando de allí como un guiñapo.

El periodista sudaba a chorros. Betty percibía en la habitación cerrada el rastro acre de la emoción a flor de piel. Miró los ojos desconcertados de Shackelford e intentó transmitirles confianza y agradecimiento. El pecho del periodista se infló como un globo, y su boca emitió un suspiro.

—¿Quién es usted?

—Soy Betty García Inglés.

—Yo, Jeff Shackelford —le tendió la mano.

Betty la estrechó con gusto.

—¿Por qué la tenían encerrada?

—Para chantajear a mi amante.

—¿Néstor León? —dijo Shackelford con una chispa de satisfacción en las pupilas.

Betty abrió los ojos, sorprendida por la información en poder del desconocido, y volvió a inundarle la desconfianza.

En ese instante, el forzudo se despertó. Al

encontrarse sujeto, dio unos cuantos tirones de la argolla.

–Estése quieto, Guelke.

El prisionero descubrió por primera vez a un negro extraño que le apuntaba con su propia pistola, y le miró con perplejidad.

–Supongo que se acordará usted de Ngwaketse.

Anton Guelke escrutó a su interrogador sin decir nada. Era un pelele elegante, sentado en el suelo, todavía con su caro abrigo de color tierra y una mano pegada a la pared.

–Esta señorita y yo nos vamos. Y usted, más vale que no se largue de la ciudad, porque Viktor Radek necesita hablar con usted.

Shakelford vio asomar un cuaderno del bolsillo interior de la chaqueta de Guelke y pidió a Betty con un gesto que se lo incautara. Ésta lo hizo de un zarpazo, cogiendo por sorpresa a Guelke. El surafricano no hizo el menor movimiento. No habría servido para nada. Tenía un día malo.

El americano abrió el cuaderno. Estaba lleno de anotaciones en *afrikaans*. En algunas de sus páginas había un dibujo llamativo, una especie de trébol de cuatro hojas con otras ocho hojitas puntiagudas inscritas en ellas.

–Se entretiene dibujando flores –dijo Betty, señalando un papel sobre una mesita de la habitación.

–Es todo sensibilidad –Shackelford le miró con desprecio.

–¡Sucio cafre! –murmuró Guelke en *afrikaans*.

Shackelford tensó todos sus músculos al oír el insulto, y soltó una rabiosa patada en dirección al blanco esposado, que la esquivó. Shackelford perdió el equilibrio, y el elemento aprovechó para alcanzar la pistola y arrebatársela al periodista.

Shackelford se incorporó, recogió tranquilamente el cuadernito que había caído al suelo, y se alejó hacia la puerta maldiciendo. Betty se había quedado como una estatua.

–No dé un solo paso más o le meto un tiro en el cuerpo.

–Usted no va a meterme nada en el cuerpo, idiota –dijo el americano, enseñando a Guelke el cargador.

El blanco le lanzó la pistola a la cabeza, y estuvo a punto de alcanzar a Shackelford que, furioso, recogió el arma, metió en ella el cargador y apuntó al pecho de Guelke.

–No lo haga, no lo haga –exclamó Betty–. Vámonos, pueden venir los dos compinches.

Salió la pareja de la habitación, y antes de cerrar la puerta del apartamento, Shackelford se volvió de golpe, entró como un toro en la celda-dormitorio y sin detenerse a pensarlo largó una coz brutal sobre la cara del gigante. Por tercera vez le habían cogido desprevenido. Decididamente, Guelke tenía un mal día.

Regresó Shackelford al rellano, donde le esperaba Betty ante el ascensor abierto.

–Vamos, vamos –dijo la mujer, casi empujando al norteamericano negro.

En la calle echaron a andar en busca de un taxi.

–Acompáñeme a mi casa, por favor –le pidió Betty a su libertador–. Tengo que vestirme. Recogeré unas cosas y nos iremos.

–¿Por qué dice usted “iremos”? ¿Dónde va a ir usted? –preguntó Shackelford.

–No lo sé. Donde usted vaya. Yo voy con usted, señor Shackelford. Voy con usted.

El periodista observó en los ojos de Betty tanto pavor y tanta determinación de refugiarse en alguien, que desechó la idea de disuadirla o de darle el esquinazo. Quizá podría serle útil.

–Puede llamarme Jeff.

–Gracias.

La mujer que abandonó el domicilio de Betty García Inglés en compañía de aquel tipo negro no parecía la misma que había entrado con él. No vestía igual, aunque todavía no se había borrado de su cara la expresión de recelo y angustia, que sin embargo, disimulaba con un hábil maquillaje y unas gafas de sol, a pesar de que el cielo estaba cubierto por un toldo oscuro y lloviznaba sobre Amberes.

Betty pidió a Shackelford que le acompañara al parquecito del río Escalda, para recuperar el coche abandonado el día del secuestro, pero ya no estaba allí.

Shackelford se distanció de ella, se acercó a la orilla del Escalda y arrojó la pistola y el cargador de Guelke.

Cuando volvía hacia Betty, musitó,

–No debía haberlo hecho.

–¿Qué? –Preguntó Betty arrimándose a él y tomándole del brazo.

–Sacudirle. A lo mejor le he partido la mandíbula –el periodista estaba cabizbajo–. Yo soy americano, sabe. Los negros americanos hemos absorbido la cultura blanca y formamos parte de ella. Somos crueles, vengativos, como los blancos. Pero los

negros africanos, no. Ellos pueden ser violentos, pero no conocen la venganza. Están más cerca del hombre que nosotros. Nosotros somos unas fieras.

Quizá Shackelford no había oído hablar de Ruanda, o padecía un ataque de amnesia.

## **Visita al bazar**

### *Valencia*

El obrero entrado en años se empeñaba en manifestar obsesivamente la idea. Debía de ser algo grabado a fuego en su memoria de clase, aunque dicho en el escenario de aquella tasca de barrio sonaba a topicazo.

—¡Esos hijoputas quieren que volvamos a llevar otra vez zapatillas!

Su voz de timbre cascado no revelaba odio, en contra de la impresión que ofrecía su rostro arado a fondo por los surcos de la mala fortuna, el alcohol, el tabaco y el desequilibrio alimenticio. La voz no revelaba odio, sino que se manifestaba en un tono plano e inocuo.

Baltasar juntó los pies en el estribo de la banqueta y se sujetó con una mano en la barra. Miró hacia abajo y observó el suelo de la taberna, ilustrado de servilletas, colillas, papeles de azucarillo y otros

desechos del consumo hostelero nacional. Grandes como barcas, tan limpias que parecían recién estrenadas, las zapatillas deportivas de Baltasar descansaban unidas a un palmo del mar de porquería.

Baltasar se había metido en aquel chigre para hacer tiempo. Se presentó en el bazar de Haffajee a primera hora, y el empleado le dijo que el dueño llegaría a las diez. El empresario culto vigilaba, desde su taburete junto a la barra pringosa, la entrada del comercio del hindú, a la vez que alargaba discretamente las orejas hacia la conversación del grupo de currantes, que se producía con vehemencia y griterío.

—¿Sabes lo *c'ace* falta en este país? —insistía el viejo obrero—. ¡Un *Gíler*! —a continuación apuró su carajillo.

Intercambiaba naderías a la hora del almuerzo con cinco colegas en torno a una pequeña mesa de linóleo en la que reposaban los restos del convite: raciones de sepia, trozos de pan, ceniceros con colillas, una fuente con trozos náufragos de lechuga y tomate, porrones ya vacíos y un periódico deportivo con manchas de aceite.

Cuando pasaba alguna mujer vistosa por la acera, la banda hacía comentarios irreproducibles.

Lentamente cruzó el ventanal del antro,

rodando por la calle, “un cacho automóvil”, según la apreciación de un contertulio. Baltasar distinguió al volante a Haffajee, a la caza de aparcamiento. Pronto entró el indostano en su negocio, con sus andares tímidos y su traje de tres piezas.

El empresario culto pagó su café con leche al dueño del chiringuito, atravesó la calle y se metió en el bazar. Pero no se detuvo en el mostrador, frente al dependiente, sino que se dirigió a la puerta de la trastienda donde imaginaba que estaría Haffajee. El ayudante dio unos pasos hacia él, pero llegó tarde. Baltasar había abierto la puerta del despacho-almacén y se colaba en él. Haffajee se sobresaltó en un primer momento, pero de inmediato recuperó su calma hindú e hizo un gesto a su subordinado para que se fuera.

Ofreció una sonrisa a Baltasar, cruzó los brazos sobre el pecho y recostó sus diminutas posaderas en el filo de una mesa. A la luz de los neones que iluminaban el ámbito, el rostro agitanado de Haffajee parecía el de un maniquí del museo de cera.

Baltasar se paró a unos metros, en medio de un pasillo formado por cajas apiladas que contenían los secretos de la felicidad de la vida doméstica, ingenios electrónicos, cofres de bálsamos y de embelecocos.

—¿Por qué se largó usted anoche de esa forma?  
¿Tenía miedo de algo?

Haffajee no evidenció ninguna sensación. Quizá fingía ser un muñeco de verdad. Baltasar contuvo su deseo de acercarse y zarandear al pollo hindú de los hombros, pero decidió seguirle el juego por un rato. Giró la cabeza hacia su hombro izquierdo, atraído por unos colores vivos. Era un arma de juguete, la imitación deliberadamente grotesca de un fusil ametrallador, Extendió el brazo, lo cogió y se dedicó a observar el chisme y a hablar al mismo tiempo.

–Debe usted de tener buenos amigos por ahí arriba –pinchó el aire hacia el techo con el arma de juguete–. Supongo que tendrá agarraderas... Pero si quiere que le sea sincero, me importa un rábano –hizo una pausa–. Sé la clase de negocios en los que está usted mezclado con la “jet set”. Lo de ayer es una tapadera. Antropoteosofía para ricos. Menudo camelo. Ni los ricos se lo creen. Es igual. No tiene importancia. Pero sí me importa mi mujer –puso horizontal la metralleta, a la altura del hombro y apuntó con ella a Haffajee–. Y quiero saber qué coño tiene que ver con usted y con su falacia filosófico-sexual.

Hubo unos instantes de silencio, y por fin habló el hindú.

–¿Qué quiere decir “agarraderas”?

Baltasar arrojó el arma de plástico al suelo.

Primero sonó un chasquido, y luego una especie de ráfaga de disparos acompañada del ulular de una sirena sofocada.

—¡Déjese de gilipolleces, Haffajee! Supongo que no querrá problemas. Yo, tampoco. Pero si no me habla claro, se arrepentirá de haber querido venderme un fax que no necesitaba.

—¿Por qué fue usted ayer al rito? —dijo el hindú todavía sin mover un músculo, con la misma sonrisa que había puesto al ver a Baltasar irrumpir en la trastienda.

—¡Me cago en tu padre, imbécil! ¡Tendré que sacudirte el polvo de la chola para que me tomes en serio!

Baltasar dio una patada al juguete, que siguió sonando en el suelo, porque ése era su destino. Se abalanzó sobre Haffajee y le cogió de la solapas. Cayeron los dos sobre la mesa.

De pronto Baltasar sintió que volaba. El hindú se le escapó de las manos, y antes de poder darse cuenta, el empresario culto se vio atrapado en una llave de lucha, con uno de sus brazos a punto de romperse en su espalda.

—Hablemos pacíficamente, señor Quesada. La violencia es un último recurso, y ha de emplearse con

inteligencia. No se ponga usted como un... basilisco, ¿no es esa la expresión?

Baltasar balbució un “Está bien”, y Haffajee le dejó libre.

—No entiendo nada de lo que dice —soltó el hindú, una vez que volvió a ponerse frente a su agresor frustrado—. Lo que usted vio es lo que hay, nada más. El rito es una ceremonia de iniciación para homosexuales, que ocultan su inclinación porque ni su edad ni su condición social les permiten salir del armario. ¿Es así como se dice, “salir del armario”? Es una catarsis. Observaría usted que había muñecas en los asientos. Tienen una función. En un momento, los invitados las apuñalan. Matan a la mujer, simbólicamente, por supuesto, para poder ser libres. El enemigo del homosexual no es el hombre, es la mujer, su conciencia, su competidora. Yo soy un benefactor.

—¡Usted es un jeta! —soltó Baltasar, y dio un pisotón a la falsa metralleta que no había agotado sus pilas y seguía aullando como un perro herido—. Uno de los palomos cojos de anoche me dijo que había visto hacia tiempo allí a mi mujer con alguien que yo imagino que sería Néstor León.

—¡Eso es imposible! ¡Se lo acabo de explicar! Al rito no pueden entrar mujeres.

–Y la pobre chiquilla que bailaba con el negro, ¿qué era, otra muñeca?

–Forma parte de la ceremonia. La mujer intenta estrangular al negro en el momento del coito, pero él se revuelve y la mata a puñaladas. También simbólicamente, desde luego. Es el momento álgido del rito. Pero usted lo interrumpió, asustó a los artistas.

–Tiene usted un enrevesado montaje. Supongo que el código penal le llama trata de blancas. No se haga usted el loco. Si sigue dándome largas, estoy dispuesto a hacer que intervenga la policía.

–Necesitará pruebas de algún crimen –dijo Haffajee, levantando las manos y exhibiendo sus palmas, evidentemente limpias de toda culpa–. Además, no le conviene.

–¡Pues a usted, menos! ¿Se piensa que soy tan idiota como esa gente de la que se sirve? ¿Qué gano yo, dejando a la policía al margen, si no puedo recuperar a mi mujer? Si me decido a denunciarle, puede estar seguro de que tendrá complicaciones. Aunque yo también me las cree. Aunque pueda perjudicar a Betty. Porque si no hago nada, nada gano. Además, también sé dónde encontrar matones más preparados que yo.

–Tiene usted un hijo, no lo olvide.

Baltasar se puso rígido.

–No lo tome como una amenaza –intentó corregir Haffajee–. Le diré algo. Betty está en África, con Néstor León.

El español encogió las cejas, sin permitir que cediera la violencia acumulada en su interior.

–¿En África? ¿Dónde?

–Eso no lo sé con exactitud. Pero le puedo dar una dirección en Amberes, donde puede averiguarlo.

De pronto, Baltasar pareció darse por vencido. Su expresión se descompuso, relajó todos sus músculos. Era la personificación del abatimiento.

Haffajee se volvió hacia la mesa para coger un teléfono que había empezado a zumbar. Pero antes de alcanzarlo notó un brutal dolor en los testículos y dobló su cuerpo. Baltasar le había largado un rodillazo con toda la fuerza que había podido reunir.

El hindú cayó al suelo como un fardo.

–No toque a mi familia. No toque a mi familia ni un sólo pelo más, o yo mismo le estrangularé después de arrancarle los cojones, cerdo gitano–. La voz de Baltasar era un presagio de verídica violencia – Tiene hasta mañana a medio día para decirme exactamente dónde está Betty. Si no lo hace, organizaré tal escándalo que tendrá que recurrir a la

mismísima Shiva para que le saque de la cárcel. Y cuando salga de permiso le enviaré los expertos en lucha libre. Se le acabará el chollo, ¿entiende? –hizo chasquear los dedos en el aire, dio media vuelta en un gesto de danza flamenca, y salió del almacén.

Al llegar a la acera, a Baltasar le invadió una profunda vergüenza. Por lo que había dicho y por lo que había hecho. Incluso sintió el impulso de volver al bazar y pedir disculpas a Haffajee. Entonces pensó en Betty y en Rodrigo, y volvió a recuperar su odio y su amor propio.

Se dirigió a una cabina de teléfonos, y llamó a Almécija.

–¿Conoce a algún forzado?

–¿A qué se refiere usted? ¿A un guardaespaldas?

–Sí. Necesito que vigilen a mi hijo.

–¿Y usted?

–Ya me defenderé. Estoy lleno de mierda, ¿sabe? Soy una fiera. Pero necesito serlo. Es inevitable. Parece que no hay otra salida que ser una bestia para tratar con bestias.

–¿Por qué no come usted conmigo, Baltasar? –le propuso Heliodoro al verlo tan fuera de sí.

–Bien. Podemos quedar en Casa Calabuig, frente a la entrada del Puerto. A las tres. Voy a ver si encuentro al namibio ese –Baltasar sintió la necesidad de rectificar–. A ese pobre hombre... Gracias, Heliodoro –y colgó.

## **Una carga inconveniente**

*Amberes*

Shackelford intentó primero interpretar el papel del sordo, aunque era consciente de que la pelirroja no se lo tragaría. Se había pegado a él, a su libertador, como una ventosa.

El periodista norteamericano esgrimió después varias excusas, como su trabajo y sus obligaciones. Hasta se inventó una esposa. Pero la pelirroja tenía una endiablada habilidad para desmontar todas sus trampas. Estaba desesperada, y Shackelford parecía ser la única persona en varios miles de kilómetros a la redonda en quien podía confiar.

La mujer había dicho que tenía su familia en España, su marido y su hijo. Shackelford se ofreció a telefonar en su nombre. Betty reaccionó con un acceso de pánico, que disimuló con una risita y la noticia de que su marido no entendía el inglés.

*–Yo puede hablar uno poquito espaniol. Yo*

*tieno amigos mexicanos y cubanos* –dijo Shackelford en un castellano de aire tropical.

–No. No quiero llamar yo ni que llame nadie, por favor –insistió Betty.

El periodista empezó a sentirse a disgusto. Por un lado le molestaba aquella representación femenina del pegamento, y estaba impaciente por verla desaparecer. Por otro lado, sospechaba que deshacerse de ella sería abandonarla en un océano, porque la veía incapaz de tomar decisiones sin causar problemas. Podía convertirse en un obstáculo si, en un colapso nervioso y aterrorizada, acudiera a la policía, desbaratando todo su plan.

Pero la perspectiva de la compasión le espantaba más aún. Los síntomas de Betty eran un obvio indicio de tormenta neurótica, y el periodista negro estaba decidido a no cargar con ningún fardo humano.

Mas la española pelirroja se negaba a volver a su apartamento a pasar la noche.

–No resistiría más de diez minutos en un cuarto cerrado –aseguró.

–Si te quedas en el hotel, también estarás en un cuarto cerrado –señaló Shackelford intentando parecer lógico, como si no fuera con él la cosa.

–Pero no estaré sola.

–Pasea por la ciudad de noche, y duerme de día.

–¿Por Amberes? ¿De noche? –parecía que Betty iba a reprochar a su salvador su humor inoportuno, pero siguió hablando en un tono neutro–. No. No puedo imaginarme a mí misma recorriendo las calles de Amberes como una prostituta. No soy una mujer de ese tipo. Debo quedarme aquí, contigo. No sé quién eres, pero confío en ti.

Shackelford aplazó por el momento la solución de este problema. Descolgó el teléfono y marcó el número de Viktor Radek en Washington. Le explicó sus pesquisas hasta dar con el escondrijo de Guelke, y le dio noticia de su acompañante, distorsionando sin embargo algunas informaciones, con el propósito de dar la impresión a Radek de que sabía menos de lo que en realidad había llegado a conocer.

–¿Le ha sacado algo a la mujer? –preguntó el judío ruso.

–Tardará en decir cosas coherentes. De momento se resiste a quedarse sola. Debe de tener un agotamiento nervioso total. Parece que es o era amante de Néstor León.

–Tráigasela a Estados Unidos.

–¿Cómo dice?

–Que se la traiga. Quizá cuando llegue se habrá recuperado y nos pueda dar informaciones interesantes.

–¿Pretende usted que la vuelva a secuestrar?

–En absoluto, Shackelford. Si es verdad que no se despega de usted, no dejará de seguirle al aeropuerto y subirse con usted al avión.

–Pero, ¿no quería usted venir a Europa a hablar con Guelke?

–Ya ha hablado usted con él. Y por lo que dice, no creo que pueda volver a hablar hasta que se cure la mandíbula que usted le pulverizó. Ha hecho usted un buen trabajo, Shackelford. Ahora le necesito aquí, y esa mujer también puede serme útil.

–¡Cómo que me necesita ahí! ¿Qué quiere usted decir? Los términos del contrato han vencido. Quiero olvidarme de usted y de todo este laberinto de intereses.

–¿Recuerda a sus amigos los brujos afroamericanos?... Ahora es el momento de tirar de la manta. Hay miles de razones para que usted vuelva con esa mujer.

–Y yo tengo miles de razones más para no hacerle caso, Radek. Me importan un rábano los sucios manejos de unos cuantos tíos listos decididos a

embaucar a la población negra, blanca o mestiza. Me importan un rábano sus malabarismos supersticiosos. Estoy harto de gente con crisis nerviosas. Yo también tengo crisis nerviosas. Desayuno con ellas. Voy a volver a casa y a olvidarme de todo. ¿Sabe? De todo.

Shackelford estaba determinado a hacerlo. Se empezaba a sentir un fetiche del destino, un pobre hombre castigado por la suerte, del que todos los hombres ricos, poderosos y blancos del planeta se reían, señalándole con el dedo.

El periodista vio que Betty se instalaba delante de él con una sonrisa destinada a desarmar a Júpiter Tonante, una sonrisa de simpatía y de súplica. En las pupilas verdes de sus ojillos se concentraban toneladas de desamparo.

## **Pesquisas con Cristino Puig**

### *Valencia*

A primera vista, Cristino Puig, el marino sindicalista parecía un tipo inofensivo, un buen chico con ganas de pocas complicaciones. Gordito, de brazos y piernas cortas, al andar se balanceaba ligeramente. Tenía bigote y luenga barba de patriarca libertario, de un tono pajizo claro, como sus ojos miopes.

Había sido camarada de Baltasar en los últimos años del franquismo, una época oscura y de memoria ambigua, a veces gloriosa, a veces afligida. Su relación fue más de amistad que política. Puig tuvo que refugiarse un día en un buque sueco para escapar de la policía, que había desmantelado el aparato de propaganda de la ciudad. Cristino Puig pertenecía al sistema de distribución de la propaganda. Así es como se hizo marino. De vez en cuando volvía por Valencia, y se enteraba por Baltasar, que había sido uno de sus enlaces, de los desconcertantes cambios que se iban operando en el país y en sus gentes. Al cabo de los años, la crisis de los transportes marítimos y su matrimonio con una dulce chilena, le anclaron definitivamente en el puerto.

Baltasar, de tarde en tarde, iba a cenar a casa del marino. La última vez lo hizo en compañía de Betty, poco antes de que ella lo abandonara. Baltasar se había divertido con un episodio anecdótico de las aventuras de Puig en África. Acabaron, como era inevitable, comparando los tiempos. Betty había estado muy crítica con el pasado, de un modo excesivo, casi histérico.

—¿Recuerdas —dijo Baltasar a Puig en la oficina de éste— lo que afirmaba Betty sobre la personalidad de este siglo? Hablaba de entregarse a la incertidumbre, al riesgo, a la aventura. Creí que era

pura retórica mediterránea. Pero, mira, no lo era. Probablemente lo tenía todo tramado ya.

—Sin embargo, a mí nunca me pareció que Betty fuera una desequilibrada capaz de poner en práctica fantasías —argumentó Puig.

—¿Tu crees que todo esto son fantasías?

—Los argumentos de Betty eran puras abstracciones. Retórica mediterránea, como tú dices. Los latinos somos especialistas en proclamar a grandes voces cosas que no tenemos la menor intención de hacer. La vida no se parece a las declaraciones filosóficas.

—Puede que tengas razón —admitió Baltasar—. Has recorrido más mundo que yo. Supongo que habrás visto individuos así, como los que imaginaba Betty, inestables pero fuertes. Personajes de novela o de película.

—Sí. Es gente que está mal de la cabeza, que viven su propia película. No son tipos de fiar. A lo mejor es que su vida ha sido inestable desde la infancia, o que han sido víctimas de la adversidad y se han vuelto chavetas. Pero la mayoría de la gente con la que me he cruzado en los mares y en los continentes de este planeta —Puig parecía dar a entender que había otros mares, otros continentes y otros planetas que alguna vez había visitado— eran

tipos como yo. Gente que busca ganarse la vida lo mejor posible, esforzándose sólo lo necesario y arriesgando sólo lo imprescindible. Gente vulgar.

–Betty debe de ser una mística o algo así – suspiró Baltasar.

–¿Una mística? –se extrañó Puig.

–Sí. Una persona de naturaleza insatisfecha, en busca desesperada de un orden absoluto, de la certidumbre total. Al comprobar que eso no se halla en el mundo en el que ellos viven cotidianamente, al ver que todo es materia en transformación, intereses en conflicto, este tipo de gente se toma al pie de la letra los valores de su época y se tiran de cabeza al abismo. En nuestro siglo son los valores del cine de acción. Si Betty hubiera nacido en un siglo de religiosidad ardiente, el siglo diecisiete por ejemplo, habría sido carmelita descalza. Ha tenido una visión y, al contrario que la mayor parte de sus conciudadanos, ha actuado en consecuencia, poniéndola en práctica. Es porque Betty no es una mujer vulgar, no es una mujer corriente.

Baltasar calló a la espera de un comentario de Puig. Intuyó lo que pensaba el marino, pero advirtió éste se censuraba. El empresario culto siguió perorando.

–No es que me invente disculpas para ella por

haberse escapado con Néstor León. Néstor León, igual que el aborto que tuvo Betty, ha sido el simple agente desencadenante de su acción. Tú lo conociste en el partido. Se trata de un vulgar sinvergüenza, ¿no?

Puig no quiso entrar en el tema, quizá porque no creía que fuera un sinvergüenza tan vulgar. Regresó al asunto que había traído a Baltasar al puerto. Propuso que empezaran averiguando el paradero del namibio entre los empleados de los remolcadores.

Se desplazaron los dos amigos al muelle correspondiente, donde se alineaban media docena de barcos de casco panzudo pintado de negro, borda ancha y alta cabina de navegación con paredes de cristal.

Saltó Puig a uno de los remolcadores. En su interior había dos hombres leyendo el periódico. Uno era grande y vestía con mono de trabajo. El otro, más joven, no llevaba ropa de faena.

Puig se dirigió a ellos en valenciano, les presentó a Baltasar sin dar detalles acerca de él, y les preguntó directamente por el namibio. El marino joven dijo que hacía días que no lo había visto. El mayor, un tipo con la cara roja y deteriorada, dio algunos detalles del africano, sazonando su información con exclamaciones en la jerga local.

–Si se le ve poco, quiere decir que no vive en el puerto –aventuró Baltasar–. Quizá sólo viene por aquí para verificar los atraques, buscando un barco.

Los dos marinos no hicieron ningún comentario, acaso confirmando la sospecha de aquel individuo que acompañaba a Puig.

–Hace poco me dijeron que le habían visto durmiendo en el pañol de un pesquero ruso, en el desguace –dijo el hombrón de la cara colorada.

–¿Vamos a ver? –preguntó Puig a Baltasar.

Asintió el empresario. Se despidieron de los marinos y rodearon la dársena interior para llegar al muelle de desguaces.

Unas grúas monstruosas erguían sus cuellos y sus picos al borde del mar encajonado. Alineadas a lo largo de los muelles, eran como una bandada de aves zancudas antediluvianas, con uniformes caquis y barriga cuadrada de color azul.

A los pies de estos monstruos, miles de contenedores metálicos formaban montañas geométricas de colores.

Entre los que trabajaban en el desguace tampoco pudieron sacar mucho en limpio. El pesquero ruso había dejado de existir como buque hacía una semana. Pero les informaron de que el africano

parecía haber hecho amistad con un tipo que poseía un prostíbulo rodante, una furgoneta en la que transportaba chicas, que facilitaba a las tripulaciones de algunos barcos.

–Habría que preguntar a la guardia civil, para encontrar a ese pájaro. Lo tienen controlado – Puig hizo un gesto con la mano, encogiéndola hacia atrás en forma de copa.

–No, no –cortó Baltasar–. De momento no quiero mezclar a ninguna autoridad en este asunto.

–¿Por qué? –se extrañó el marino.

–Este es un problema privado. No quiero que se complique. Supongo que Betty no se ha metido precisamente en un convento. No sé qué tipo de negocios tendrá Néstor León. Pero, por si acaso, prefiero no recurrir a la policía. Además, la policía tiene la costumbre de reducir los problemas a delitos. La policía no se complica las cosas. Y cuando las cosas son complicadas, las hace simples cargándole el muerto al que menos defensas tiene. Conozco a la policía. He sido víctima de ella y del Tribunal de Orden Público. Ahora no vive Franco, pero el aparato no ha perdido los hábitos.

–Es posible –dijo Puig–. Pero si mi mujer hubiera desaparecido absorbida por una red de traficantes de armas, de blancas o de lo que sea, al

menos consultaría con un experto.

Baltasar se despidió de su viejo amigo, y salió en busca de Almécija, con el que se había citado para comer.

## **A la caza del namibio**

### *Valencia*

Desde la garita contigua al portalón de salida del recinto portuario, un número de la guardia civil dirigió una mirada disfrazada de indiferencia a Baltasar Quesada y a su exótico *Subaru Impreza* rojo. El empresario le saludó levantando el brazo y formando una sonrisa.

Así es como hacía todo el mundo. Baltasar repetía un gesto de deferencia mediterránea ancestral hacia la autoridad, en este caso la autoridad que vigilaba la correcta utilización del puerto autónomo.

Siendo niño, acompañaba Baltasar a su padre un día por esa misma puerta de la plaza de la Aduana, y al pasar frente a la garita, bajo los frondosos plátanos de Indias que ya crecían en el lugar, observó en el adulto el gesto hacia el guardia, que respondió automáticamente. A Baltasar le extrañó, porque los rojos (su padre lo había sido) se llevaban muy mal con los uniformes, y le preguntó si era amigo suyo. “No,

no le conozco”. “Y entonces, ¿por qué le dices hola?” “Hay que hacerlo, al salir por esta puerta. Esto es la aduana.” fue la contestación del progenitor. Baltasar no sabía lo que era una aduana, y pensó que era otra forma de denominar al puerto. Desde entonces, y hasta que corrigió su error, identificó todos los cuarteles, en especial los de la guardia civil, con “aduanas”. Con fe absoluta imaginó que detrás de cada portal con guardia se abría un puerto lleno de dársenas, grúas herrumbrosas y barcos de nombres fabulosos.

Dobló a la izquierda y, al llegar a una zona ajardinada con palmeras y magnolios, se introdujo en una bocacalle en busca de aparcamiento. Para encontrarlo, tuvo que dar algunas vueltas por el barrio del Grao, la zona de la ciudad de Valencia asomada al mar.

Aquellas callecitas, quizá porque habían constituido un poblado independiente en otros siglos, la Vilanova del Grao, conservaban la autenticidad de la vida popular.

Dispersos entre las casitas de dos plantas, se elevaban aquí y allá edificios altos, como matones descarados. Muchos de los comercios y talleres tradicionales se habían arruinado. Pero la atmósfera de intimidad mediterránea perduraba.

Baltasar se cruzó con un afilador que empujaba una bicicleta con su piedra de amolar unida por correa al piñón. El anacrónico artesano se anunciaba con un trino de caramillo.

Pasó por delante de un pequeño mercado lleno de matronas perfumadas tirando de carritos, y se sacudió de encima a un par de gitanas con churumbel, que le pedían limosna ofreciéndole a cambio una ramita de romero.

Finalmente salió a la avenida del Puerto y la atravesó en dirección a un local sobre el que se leía, “Antigua Casa Calabuig”. Se encontraba en el primer edificio de la calle, frente a la rotonda de entrada al Grao. Debía de ser una reliquia histórica, porque el padre de Baltasar la mencionaba con ecos de misterio, quizá porque en una época remota, cuando el puerto de Valencia era un simple muelle de madera, un *moll de fusta*, hubiera sido refugio de piratas y traficantes.

Baltasar distinguió a Heliodoro a través de la ventana, sentado junto a una mesa de mármol.

En su niñez, desde ese mismo punto de observación, se veía el tránsito de tranvías, gente variopinta y camionetas, y el paso de los trenes cargados de naranja hacia los muelles. Ahora, los tranvías habían desaparecido, los transeúntes habían

perdido su originalidad, y las camionetas eran formidables *trailers* con contenedores de hierro.

Hacia muchos meses, quizá años, que Baltasar no reparaba en estos detalles. Una de las ventajas de la adversidad es que le había devuelto la sensibilidad, la atención hacia las cosas inmediatas, desplazando el cálculo, el negocio, el obsesivo interés por el provecho a un lugar secundario, más humano.

Baltasar explicó al periodista el incidente que había tenido con el hindú en la trastienda del bazar, pero en versión censurada, sin el momento en que él quedó a merced de Haffajee. También le contó la visita infructuosa al puerto.

Heliodoro aportó una nueva hipótesis para la busca del namibio: averiguar entre los negros que vendían baratijas en la ciudad y en las playas.

A Baltasar no le convencía. A su juicio, esperar que un namibio se uniera a un senegalés o se fiara de él, era como buscar a un español entre islandeses o viceversa. Pero ante la falta de otra idea mejor, aceptó la propuesta de Heliodoro, y se encaminó con él de nuevo hacia el barrio del Grao.

Echaron a andar por la calle del Progreso. La formaban casitas antiguas de no más de dos plantas, algunas con azotea, otras con tejado. En la sucesión de manzanas se mezclaban los gustos y los presupuestos.

Algunos de los edificios eran prácticamente chozas, restos del viejo barrio de pescadores. Otros, reconstruidos recientemente, eran testimonio del barroquismo levantino, o curiosas imitaciones de la arquitectura Bauhaus.

En sus estrechas aceras había cantidad de comercios, bares y talleres. Transitaban por allí especies en vías de extinción, amas de casa, tipos barrigudos de mirada satisfecha, infinidad de chiquillos. Pero también una porción de seres estrafalarios, estampas de la tradición española: ciegos y mutilados vendiendo cupones y lotería, elementos de la castiza e inmortal clase obrera, con monos manchados de grasa o yeso y colillas en los labios, ancianos con bastón y aspecto de peregrino compostelano, tontos del pueblo, mendigos. Como una mancha moderna en ese tejido social centenario, arrastraba su sombra algún heroinómano demacrado, huraño, cargando a sus espaldas el ángel de la muerte.

Fueron a parar a una taberna que no había mudado la madera por el plástico, una de las joyas castizas de la colección de Heliodoro, llamada “La Montaña”, que anunciaba con orgullo su fecha de fundación, al calor y la turbulencia de la primera guerra carlista, en 1836. Los parroquianos hablaban en valenciano, y Heliodoro se dirigió a uno de ellos, también en lengua vernácula. Le preguntó si sabía

donde dormían los vendedores callejeros negros.

El parroquiano no supo precisarlo, pero suponía que en edificios deshabitados o en barracas desahuciadas. A veces pagaban alquileres abusivos a quienes decían ser propietarios del ruinoso inmueble. Indicó varios lugares posibles.

Los dos investigadores volvieron a por el coche de Baltasar para dirigirse a uno de los lugares sugeridos por el parroquiano de “La Montaña”. Se trataba de un barrio de bloques de viviendas para trabajadores liliputienses, construido veinticinco años atrás. Pensaba que allí podían vivir algunos de los negros.

Llegaron al lugar y se encontraron con una serie de cajones de cemento dispuestos geométricamente en un solar apartado. Aquello se parecía más a un ambulatorio afgano o a una prisión serbia que a un barrio obrero. Afortunadamente, los cajones estaban rodeados de jardincitos con pinos y álamos enormes. El lugar se hallaba en un descampado de la fértil huerta vecina, junto a un cementerio, limitado al este por las antiguas vías del ferrocarril. En general tenía aspecto de *ghetto*.

Baltasar y Heliodoro se miraron con desánimo. Pero el empresario estaba determinado a acabar con esta hipótesis de los vendedores ambulantes antes de aventurarse en otras, y se acercó con el coche hasta un

portal con forma de palio o toldo de hormigón, se apeó y preguntó a un tipo que tomaba el sol sentado en una silla de playa.

—¿Sabe usted si viven por aquí los negros vendedores ambulantes?

El individuo vestía camisa blanca y pantalones oscuros, y daba la impresión de ser un camarero en estado de reposo. Negó con la cabeza, primero con movimientos lentos que fue acelerando violentamente, y cuando parecía que iba a darle un ataque o que se le iba a desatornillar el rostro del cuello, se quedó quieto y habló.

—Aquí, no. No *señó*. Aquí no viven *eso pobretico*. Por *ayí* —señaló más allá de la tapia del camposanto— hay un *cortiho arruinao*. *Ayí lo he vito a vese*. *Ayí pueden mirá a ve si lo ven*.

—¿Usted cree que nos habrá tomado por policías? —dijo Baltasar al volver al coche.

—¿Policías? —repitió Heliodoro que quizá estaba pensando en otra cosa—. No creo, no. Los policías no van en coches de importación.

Rodaron por un camino de tierra más allá del cementerio. El *cortiho arruinao* era una vieja alquería de dos pisos con el tejado y los techos hundidos, sin tabiques interiores, y con las ventanas arrancadas.

Estaba a la sombra de dos moreras robustas, un almez, un olivo loco que se había disparado hacia el cielo, y una higuera partida en dos, viva y con abundante follaje.

Baltasar detuvo el vehículo junto a unos montones de escombros y basura quemada. Se apearon y se encaminaron hacia el caserón. Se asomaron a la parte de detrás, una especie de cochera, también hundida. La ruina estaba asediada por un mar de espigas silvestres y matorrales. Más allá de otro camino se extendía la huerta, cruzada de acequias, de un esplendor arábigo que contrastaba con el abandono de la masía.

Saltaron al interior, que estaba lleno de cascotes. En uno de los rincones, el agujero de una antigua escalera indicaba la bodega. Se asomaron, pero no daba la impresión de albergar a nadie.

Abandonaron la ruina, y volvieron al coche. Se quedaron mirando la tapia del cementerio, sobre la cual emergían, a cosa de seiscientos metros, las masas imponentes de los rascacielos del ensanche de la ciudad. Al final de la tapia había un cañaveral muy denso. Por una abertura se veía un raro sillón de terciopelo granate descolorido, con artísticos brazos y patas lacados en negro. Estaba cojo y desvencijado, y parecía haber sido trasladado allí a propósito.

Se asomaron, y descubrieron una alberca. En una esquina había apoyado un hato de ropa.

Súbitamente saltó sobre la alberca un bulto oscuro.

El individuo debió de calcular mal o se torció el pie al saltar, dándose un batacazo contra el borde de la represa y cayendo en ella.

Baltasar y Heliodoro se precipitaron a ayudarle, y le sacaron de los brazos. Mirándoles con ojos de terror había un viejo miserable.

—¡Leches! ¡Pero si es **Juan Segundo**! —exclamó Almécija.

El mendigo le miró con una expresión de odio.

—¡Mira que la ocurrencia! —dijo el periodista en un tono cariñoso—. Pero, ¿qué es lo que querías hacer?

El viejo no despegaba la boca. Baltasar se retiró y volvió al cabo de un momento con una manta de viaje que sacó del coche y echó encima a la sopa humana para que se secase.

Heliodoro preguntó al mendigo si tenía otra ropa, pero ante su empeñado silencio, deshizo el hato, y encontró en él unos pantalones y un jersey.

—¡Quítate eso, hombre, que vas a coger una pulmonía!

La ropa estaba limpia. El viejo había perdido la razón, pero no el sentido de la higiene.

Cuando el mendigo loco se hubo mudado, se sentó tranquilamente en el desvencijado sillón. Lo primero que hizo fue saludar a los dos hombres como si acabaran de presentarse ante él, un rey en su trono.

—Así que éste es el suegro de Sebas García —murmuró Baltasar al oído de Heliodoro.

—Exiliado, por culpa del espionaje. Caballeros, lo estoy pasando fatal. ¿Querrían ayudarme?

El alienado hablaba en un tono de cordura absoluta.

—Por supuesto —dijo Heliodoro—. Pero, dínos una cosa. ¿Conoces a un namibio? ¿Sabes quien te digo, un negro que baila en las fiestas del indio Majarichi?

—¡Haffajee! —corrigió Baltasar.

—¡Haffajee es un pozo de verdad... —enunció el anciano. Mas, a continuación cambió el tono de voz en otro de confidencialidad—. Es el jefe de la banda.

—Eso ya lo sabemos —dijo Heliodoro sin hacerle mucho caso—. Pero nos interesa el namibio, el negro.

—No hay ningún namibio. Hay un *induna* zulú, el jefe Khumalo, que sabe la magia que protege de los

malos espíritus.

–¿Es un hechicero? –preguntó Heliodoro.

–Un *induna* es un guerrero –corrigió el viejo–. Khumalo tiene el mapa del tesoro.

–Vale –le interrumpió el periodista–. Pero ¿ese tío es el que baila en las fiestas de Maj...?

–Haffajee –le ayudó Baltasar.

–Domina la fertilidad. Tiene las llaves de lo prohibido. Pero es un agente de la CIA, y todos los piratas guardan esmeraldas para él. ¡El plano del tesoro!

El viejo rebuscó entre la ropa mojada y sacó de un bolsillo un papel bastante húmedo. Era una fotocopia, y consistía en unas líneas mecanografiadas en un idioma indescifrable, y unas palabras manuscritas en inglés, “Ngweketse te dará la clave”. En un extremo del papel aparecía un curioso símbolo, cuatro hojitas ovaladas, que contenían dos más en el interior de cada una de ellas.

–Os lo puedo vender. Vale una fortuna.

Heliodoro sacó el monedero y buscó un par de monedas de cien pesetas.

–Toma.

–¡Estás loco! –dijo el viejo–. Cuarenta duros

por un documento que vale millones.

–Pues mira, ahora no llevo más que suelto –dijo Heliodoro guardando las monedas–. Ya te lo compraré otro día. Pero dinos si el negro, ese zulú que tú dices, el hechicero, vino en un barco hace unos meses.

–En un barco soviético.

Baltasar le miró, sorprendido.

–Es él –dijo.

–¿No será un agente del KGB?, - preguntó zumbón Heliodoro.

–Es posible. No conviene confiarse –dijo el pobre rico–. ¿No te interesa el plano del tesoro?

–Como no quieras un pagaré...

–Vale.

–¿Cuánto? –dijo Heliodoro, con la agilidad de un tratante de ganado.

–Diez millones de táleros.

–Cinco.

–De acuerdo.

Heliodoro sacó una libreta de apuntes y extendió un cheque a nombre de Juan II, rey de Aragón.

–De Castilla –corrigió el viejo.

–Como usted guste, excelencia.

Garabateó en otra hojita de la libreta, la firmó, se la entregó al monarca y se guardó la hoja húmeda escrita en el idioma indescifrable.

Los dos hombres cuerdos volvieron al coche, lo pusieron en marcha, y abandonaron el lugar.

Más allá del cementerio, sobresaliendo por encima de la barda, destacaban varios castillos en construcción, los dinosaurios de hormigón, los ogros urbanos, las manadas de monstruos en movimiento subrepticio hacia la huerta. El cielo estaba cruzado de arreboles. Una bandada de palomas, con los colores de su *colombaire* teñidos en las alas, pasó por encima de la alberca y se perdió en la lejanía haciendo evoluciones acrobáticas.

## **Las visitas nocturnas**

### *Valencia*

–Papá, es para ti.

La voz de su hijo, exagerada en un potente falsete, le sorprendió mirando sin interés un artículo crítico, pero venenoso, de cierto diario local contra el diario de la competencia. Dejó el periódico en la mesita de centro, se limpió el veneno de los dedos, se

levantó del sofá y descolgó el teléfono. Escuchó un pitido inconfundible.

–¡Han colgado! –gritó Baltasar a su hijo, no presente en el salón–. ¿Quién era?

–Es en la puerta –refunfuñó el chaval–. Un negro, que pregunta por ti.

En dos brincos, el empresario recorrió el pasillo que conducía hasta la entrada. Lo hizo maldiciendo su falta de diligencia. A duras penas Baltasar podría llegar a héroe, si olvidaba las asechanzas de sus enemigos.

Un africano más bien pequeño esperaba pacíficamente en el jardín, en la parte inferior de los escalones de acceso a la vivienda. Rodrigo le vigilaba apoyado en una jamba de la puerta. El desconocido tenía un sobre en la mano. La luz del farol clavado en la pared de la casa producía sombras monstruosas en su cara, magnificando sus cejas y su boca prominente. Baltasar tuvo la seguridad de que aquel era el exnamibio, ahora *induna* zulú, el mismo que protagonizara el baile obscuro en el escenario del chalet de las orgías.

Al verle aparecer, el africano extendió el brazo hacia Baltasar. El europeo bajó los escalones, tomó el sobre blanco de la mano del negro y leyó en él: “*El messagero espera risposta.*” Extrajo del sobre un folio

con una dirección manuscrita burdamente, probablemente por la mano izquierda de un diestro. Bajo la dirección estaba la fecha del día siguiente, una hora y un signo de interrogación.

–*Is it O.K.?* –dijo el “*messagero en espera de risposta*”.

–O.K. –contestó Baltasar.

El zulú tendió de nuevo el brazo, al parecer para recobrar el sobre y el folio, pero Baltasar se los llevó al pecho, dando a entender que se los quedaba. Sacó una moneda de 500 pesetas, se la entregó y le despidió con un gesto. El africano dio media vuelta y se convirtió en un bulto bajo los pinos del jardín.

De pronto, Baltasar tuvo una idea.

–¡Oye! –gritó. Y volviéndose a Rodrigo–. Dile que entre en casa. Quiero invitarle a un café.

–*Hi, mister! Do you mind coming in and having a coffee with my father?*

–*There is someone waiting for me* –contestó el aludido al volverse.

–Dice que le esperan.

Baltasar levantó una mano, abrió los dedos y dijo casi chillando, pero en un tono amable,

–*Faib minuts. Onli. Plis.*

–*C'mon* –le engatusaba Rodrigo.

El zulú se acercó. La expresión de su rostro era de incertidumbre, según dejaba ver la penumbra del jardín.

Baltasar se llevó la mano al bolsillo, y la volvió a sacar con un billete de mil duros, y lo ofreció al indeciso zulú.

La estrategia causó efecto. El africano se dejó conducir al salón, y se sentó en uno de los sofás de cuero viejo.

–Corre, busca las fotos que tenemos con Néstor León. Date prisa –ordenó Baltasar a su hijo.

–Vale. Pero quiero otras cinco mil pelás por la traducción.

Baltasar no se molestó en contestar, estaba vendido.

El empresario abrió el mueble bar, se giró y miró interrogativamente al africano, que señaló con timidez, y el empresario cogió una botella de coñac. El africano fue ahora más explícito y pidió whisky. Se lo estaba sirviendo cuando entró Rodrigo con las fotos, dándoselas a su padre. Luego tomó por su cuenta un vaso y se sirvió de la botella, ante los ojos atónitos de Baltasar.

–¡Ni una gota! –dijo Baltasar con una autoridad

que le faltaba en ese instante.

El chico se hizo el sueco, bebió un sorbo, y se puso a toser.

Al africano la situación le hizo gracia y pareció relajarse.

–*Mai son* –gritó Baltasar señalando primero a su hijo, luego dándose en el pecho, y abriendo la boca con expresiva franqueza.

El zulú afirmó con la cabeza y también sonrió. Luego, echó un trago.

–Dile que soy amigo de Néstor León.

Baltasar buscó una foto en la que apareciera él con Néstor León a solas, pero no había más que instantáneas del trío, Nestor León, Betty y él, o de la pareja que no interesaba, Néstor León y Betty o Néstor León y Rodrigo. El chico tradujo.

–Dile que nos conocemos desde la infancia y que hicimos la mili juntos... en el Sáhara. Bueno, no. No le digas lo de la mili porque a lo mejor te haces un lío y se lo haces más grande a él. Pregúntale si conoce a mamá.

El tipo negó.

–Dile que sólo quiero saber dónde está Néstor León... –Baltasar se calló de golpe. Fugazmente

valoró si merecía la pena seguir hablando y poner sobre aviso al muchacho de la escapada infamante de la madre. Determinó que sí— porque quizá él nos pueda ayudar a encontrar a mamá.

El chico tradujo de nuevo, y a su padre le pareció que daba alguna explicación de su cosecha sobre la desaparición de Betty.

El africano dijo algo acerca del Zaire, y siguió hablando, hasta que calló para que Rodrigo tradujera.

—Dice que está en un pueblo llamado Tshikapa, en el Zaire. Que allí tiene que contactar con la guerrilla de UNITA. Que es un proveedor de armas que obtiene en Suráfrica. Que las transporta desde Mmbato en aviones de carga rusos. Dice que Néstor León dirige una red de tráfico de armas. ¡Es la hostia, papá!

A Baltasar le sorprendió más la exclamación de su hijo que su traducción, que realizó deteniéndose en los nombres extraños, en cuya pronunciación le ayudó el zulú.

El empresario se quedó con la mirada clavada en el africano. Una mirada vacía que posiblemente estaba enviando una imagen neutra al cerebro de Baltasar, atareado en procesar aquella información. No sólo estaba digiriendo los datos, sino que a la vez se preguntaba cómo aquel individuo sabía tanto y por

qué había respondido con semejante precisión.

–Pregúntale cómo se llama –dijo Baltasar para ganar tiempo.

–Baron Khumalo *Spokes* –contestó el africano a la pregunta del muchacho.

–¿Por qué sabe todas esas cosas?

Rodrigo tradujo que porque se lo había dicho Haffajee. Sin embargo, pasó por encima un lapsus del zulú. Antes de atribuir la información al hindú, había empezado a pronunciar el nombre de Anton Guelke; pero Rodrigo no interpretó el verdadero alcance de la vacilación.

–¿Y cómo sé que Haffajee no miente?

–Dice que mañana te lo explicará el mismo.

Baltasar estaba desconcertado. No podía avanzar de ningún modo. Pero tampoco podía fiarse del hindú. Necesitaba contrastar la información con alguien más.

El africano se levantó e hizo ademán de marcharse.

–Dile que Néstor León me encargó que fuera a Amberes a hacerle un recado, pero se tuvo que ir antes de darme la dirección, que quedó en enviármela por correo, y no lo hizo. Que tiene que ver con lo que él

entregó a Néstor León cuando llegó en el barco.

Baltasar disparaba sin apuntar, con la esperanza de dar en la proximidad de algún blanco.

–Dice que el hindú lo sabe, que él no.

–¡Anton Guelke! –casi gritó Baltasar, como una invocación del Gólgota.

El rostro del zulú se turbó perceptiblemente.

–*He's in Anvers* –dijo por fin para salir del paso.

–*Yu ar* mentiroso –gritó con desprecio Baltasar, imitando el tono del personaje de una película de serie negra que se le acababa de venir a la memoria.

El zulú retrocedió unos pasos también con cierta teatralidad, negando con la cabeza.

–¿Dónde? –pronunció amenazadoramente Baltasar.

–*Where?*–dijo con el mismo eco Rodrigo.

–*I dunno* –balbució el africano.

–No sabe.

–Pídele la pasta.

–*Give us the money back, you, liar!* –exclamó Rodrigo, en el papel de duro.

El africano buscó en su bolsillo, sacó los mil

duros y se los tendió a Baltasar. Pero la mano de Rodrigo los alcanzó primero.

Baron Khumalo *Spokes*, el *induna* sin *amabuto*, el guerrero sin regimiento, se dio media vuelta, humillado una vez más por el blanco, que le vigiló mientras recorría el pasillo de la vivienda. Salió al jardín del blanco, dio un vistazo a los árboles sin podar y a la broza que crecía en todas partes por la desidia del jardinero, un jardinero que no sería ni zulú ni xhosa ni sutu ni pedi, un estúpido y haragán jardinero europeo, salió a la calle, y se perdió camino de la esquina donde un asesino de negros le esperaba al volante de un coche de alquiler.

## Una postal de Bruselas

### *Valencia*

–Mamá está con Néstor León.

Las palabras de Rodrigo golpearon a Baltasar en plena mandíbula. Si hubiera podido permitírsele, se habría dejado caer, *groggy*, sobre la alfombra del salón. Tardó unos segundos en reaccionar.

Luego, fugaz, pero intensamente, con la habilidad de un redomado semiótico, desmenuzó el significado manifiesto y el oculto de la audaz manifestación del muchacho, que no había sido una

pregunta pero tampoco una afirmación. Y concluyó que lo más razonable, dadas las circunstancias, era hacerle partícipe de algunos de los detalles que había averiguado.

Esa especie de confesión repuso en Baltasar el vigor que había ido gastando a lo largo de los últimos días hasta dejarlo con una ínfima reserva.

Amenazaba la medianoche con hacer caer una hoja más del calendario, cuando padre e hijo ultimaban su diálogo. Fue en ese instante cuando sonó el teléfono.

–Hola, soy Clara. ¿Cómo estás?

–Como un cencerro, la verdad –dijo Baltasar en tono mortecino–. Ahora mismo no me importaría ser un adorno, un objeto de porcelana, o la litografía de un paisaje neoclásico, donde hasta las ruinas son armoniosas.

–Pensé que podías haber vuelto ya de Londres con noticias de Betty.

–O de la reina madre –Baltasar notaba cómo su humor se transformaba en una cosa oscura–. No he ido a Londres. Betty no está en Londres. Nos ha engañado –tenía los ojos puestos en su hijo, que había llenado otro vaso de whisky y empezaba a beberlo.

–Yo he recibido una postal de Betty... –la

locutora hizo una pausa antes de seguir—. De Bruselas.

—¿De Bruselas o de Amberes?

—Bruselas.

—¿Y qué cuenta de Flandes doña Margarita de Parma? ¿Se sublevan los calvinistas o no se sublevan?

—¿Crees que es otro despiste?

—No lo sé. Habrá que averiguarlo.

—¿Se te ocurre cómo?

—Yendo allí, quizá. Tengo ganas de salir de este país. No sé, hacerme creer a mí mismo que me voy de vacaciones, y ponerme a buscar en realidad a mi mujer, o irme de verdad de vacaciones con la excusa de buscar a mi mujer. ¿Qué dice la postal?

—Dice que ha ido a despedir a Néstor León, que se va a África. Que se siente muy mal por quedarse sola, y que me escribirá una carta. La postal está fechada hace casi tres semanas. Ha tardado en llegar porque Betty no puso el distrito postal. Pero no he recibido ninguna carta.

—Luego, Néstor León está en África. ¿Dónde?

—No lo dice. Te he llamado durante toda la tarde, pero siempre salía el contestador.

—Haber dejado un mensaje.

–No sobre esta noticia. Quería decírtela personalmente. Los mensajes grabados son equívocos y engañosos. Nada puede sustituir al directo.

Con la soltura de un guionista veterano, Baltasar resumió a Clara la película que acababa de contarle a su hijo, alterando los hechos cuando era necesario para que tuvieran el ritmo adecuado de dramatismo. Baltasar era consciente de que no estaba siendo fiel a la realidad, pero en aquellos momentos su vida real se había transformado en una fantasía tan delirante, que creía legítimo interpretarla libremente, con un escepticismo casi cínico.

–¿Cómo está tu hijo? –preguntó Clara.

–Me temo que como una cuba. Le he puesto al corriente de todo, y lo está digiriendo con alcohol. Supongo que le ayuda a superarlo.

Rodrigo, en el otro extremo del salón, miraba por el ventanal la oscuridad, como si estuviera fascinado por una procesión de fantasmas, absorto, inmóvil, con el vaso de whisky en la mano.

–¿Así que vas a ir a Amberes? –preguntó Clara.

–Quizá no, si puedo evitarlo. A lo mejor puedo averiguar algo desde aquí. Tengo cierta amistad con un consignatario de buques. Le pediré que pregunte a alguno de sus colegas en Amberes. Si el fondo de todo

el asunto es el tráfico de armas, podrá averiguar algo, extraoficialmente.

Baltasar se vio a sí mismo como un loro cinematográfico, largando al consignatario la tercera versión de las increíbles aventuras del empresario Baltasar y su esposa Betty.

—Que tengas suerte, Baltasar. Infórmame cuando sepas algo, por favor. Un beso.

Baltasar recogió el ósculo, lo devolvió y se quedó mirando al auricular con una sensación de estupidez, la sensación que tendría un ciudadano del siglo XVI si tuviera que enviar un beso por teléfono.

Colgó el mágico aparato el hombre-cine, el hombre intemporal, y observó a su hijo paralizado junto a la ventana. Su hieratismo era alarmante, sobre todo porque la máscara del muchacho se había transformado en una máscara de arcilla.

—Rodrigo, ¿estás bien? —dijo aproximándose a él, muy inquieto.

Pero antes de que llegara, el chico se volvió, normalizó en rostro y balbuceó con voz etílica.

—Ahí fuera hay alguien.

Baltasar saltó sobre su hijo y le empujó a un lado de la ventana. Rodrigo fue a caer sentado en uno de los sofás. Con la agilidad de un saltimbanqui, el

padre apagó todas las luces. Luego se quedó. No se oía nada. De puntillas se acercó al paragüero de la entrada, y tomó un bastón corto de caña que había pertenecido a su abuelo. Tiró de la empuñadura, y salió un espadín de palmo y medio. Se aproximó con sigilo a la puerta, fregando la pared con la espalda y blandiendo el arma de punta asesina. Concentró toda su atención en el oído y ahora pudo percibir lo que con toda probabilidad eran pasos de personas acercándose a la entrada. Era el único ruido que podía sentirse. Todo lo demás era oscuridad y silencio.

De pronto sonó algo estruendoso sobre la cabeza de Baltasar, que dio un bote y se colocó en actitud de defensa en mitad del pasillo, las piernas abiertas y el espadín en la mano.

Fue un campanazo atronador, seguido de otro un par de escalas más bajo. Había sido el carillón, accionado desde fuera por el dedo de uno de los misteriosos visitantes.

—¿Quién es? —desafió Baltasar con voz imperativa.

—¡Heliodoro! —se escuchó al otro lado—. Vengo en compañía de Arnold Schwarzeneger.

Baltasar abrió la puerta sin encender la luz del pasillo, y con el espadín en la mano.

–¡Pero qué pasa! –exclamó Almécija.

El tipo que estaba a su lado, del tamaño de un armario de tres cuerpos, tensó todos los músculos y se convirtió en una caja fuerte de banco.

–Nada, nada. Pasen, por favor. Es que he perdido un poco los nervios.

Baltasar encendió las luces y saludó al desconocido, el matón contratado por Heliodoro.

–He dudado antes de venir con él, porque Haffajee está detenido –dijo Almécija.

–¿Haffajee?

–Le han llevado a la comisaría.

–¿Por los saraos?

–No lo sé. Me he enterado de casualidad.

–¿Y entonces, el negro? –dijo Baltasar perplejo.

–¿Qué negro?

Baltasar tuvo que relatar el último episodio del guión. Lo hizo de modo magistral, con tono de rapsoda homérico. La conclusión era un interrogante. ¿Quién había enviado a Baron Khumalo *Spokes*?

–A Haffajee le han trincado este mediodía –dijo Heliodoro–, mientras nosotros estábamos por el Grao. Así que al zulú probablemente no le envió él.

–¿Entonces?

–¿Qué otra persona hay en este negocio, que usted sepa?

Baltasar pensó.

–¿Néstor León? Según todo el mundo está en Africa... ¿Anton Guelke, el tipo que aparece y desaparece?

–Este chico está enfermo –oyeron que decía el forzado, de pie en mitad del salón.

Se volvieron hacia Rodrigo, y le vieron colgado del sofá, vomitando en el suelo.

–Es que ha cogido una curda, el pobre –le disculpó su padre–. Hemos estado hablando de Betty.

Baltasar se llevó al muchacho a su habitación, y regresó al cabo de un rato. Limpió lo que había sobre la alfombra, y abrió una ventana, para que disipar la atmósfera agria que flotaba en el salón.

–Yo lo que le sugiero –dijo Heliodoro– es que encargue usted el asunto a la agencia de detectives de aquí, el amigo –el gigante confirmó con la cabezota de un modo incuestionable–. Pedirán a algunos colegas suyos de Amberes que investiguen. Lo harán mejor y con mayor discreción que usted o que cualquier consignatario.

–Tiene razón. Así nos dará tiempo a ver qué pasa con Haffajee. Y también para ver si aparece Guelke–. Se volvió hacia el forzudo–. ¿A usted le importa dormir aquí esta noche?

–Nada. Nada. Lo que usted me mande –dijo el hombre-armario.

–Me quedaré más tranquilo. Pero mañana, antes de que se despierte Rodrigo, tendrá que irse, para que él no se mosquee. ¿Vale?

–Vale. Yo le sigo sin que se dé cuenta, y ya está.

–Eso es. Muy agradecido.

Baltasar tendió la mano al forzudo, que se la estrechó sonriendo.

## **Los pájaros echan a volar**

### *Valencia*

Al día siguiente, Baltasar Quesada fue a la agencia de detectives recomendada por el periodista, y les encargó que buscaran el paradero de Betty en Amberes.

No acudió a la extraña cita que le había propuesto el africano. En la agencia le dijeron que enviarían un sabueso para vigilar.

El empresario se concentró durante unos días en sus actividades profesionales con la intensidad que emplea un asalariado británico en sus vacaciones en Benidorm.

Para Baltasar Quesada, trabajar constituía un descanso de su obsesión. Pero al cabo de unos días, le tornaba la murria y perdía interés en su negocio, como si estuviera enchufado a una potente batería de camión. El entusiasmo profesional le duraba el tiempo que tardaba la batería en agotarse. Cuando llegaba ese momento, intentaba seguir con sus obligaciones, pero le costaba infinito, porque no se puede mover uno con un camión amarrado a las espaldas.

A determinadas horas convenidas con el forzado, se ponía en contacto con él para que le informara sobre Rodrigo, a quien vigilaba desde lejos el hombre-armario, desde que el muchacho salía de casa hasta que regresaba a ella.

Al cabo de un par de días soltaron a Haffajee, al parecer sin cargos. Almécija indagó en Jefatura pero no pudo enterarse de mucho. La detención tenía que ver con sus actividades teoso-antropo-erótico-nigrománticas. Pero no se pudieron aportar pruebas concluyentes de ningún delito, y el juez le dejó en libertad, quizá para no provocar un escándalo inútil en la elite de una sociedad con límites morales imprecisos. No obstante, Almécija sacó en limpio

que en el curso de los interrogatorios había aparecido algo más que no se quería que trascendiera.

En una de las llamadas rutinarias de Baltasar al gigante, éste le informó de que por segunda vez se había cruzado en la urbanización, cerca de la casa de su cliente, con un individuo de aspecto extranjero, muy alto.

–Ese es Guelke, seguro –dijo Baltasar.

–¿Quiere que haga algo?... Le puedo seguir, le acorralo y le sacudo el polvo un rato.

–No. No lo haga... No se crea que ese individuo es un minino.

–Como usted mande. Pero el tío lleva la cara como un globo. O ha tropezado con una puerta blindada o alguien le ha puesto guapo.

–Mire, lo que sí puede hacer es averiguar dónde vive, para tenerle controlado.

Fue una idea oportuna, porque inesperadamente los pájaros echaron a volar. En menos de veinticuatro horas, el hindú y el surafricano blanco desaparecieron.

Según todos los indicios, Haffajee tardaría en volver, porque prácticamente había liquidado el bazar. “El Parnaso” había cerrado. El indostano no había dejado rastros de su huida. Pero Guelke, sí. Probablemente porque ignoraba que le tenían

vigilado.

De Valencia había volado a Londres. Y de allí a Lusaka, la capital de Zambia.

Baltasar pasó largos ratos estudiando el mapa de Africa y calculando la distancia que había entre Lusaka y Tshikapa, la localidad que había mencionado Haffajee. Demasiados kilómetros a través de un territorio repleto de peligros. Una línea de ferrocarril, al menos en el papel, llegaba hasta Kananga, la localidad del Zaire con vía férrea más próxima a Tshikapa, a unos doscientos quilómetros. Venía de Beira, en la costa de Mozambique, y pasaba por Harare y Lusaka. Baltasar estaba poco instruido en Africa, pero creía haber leído que el bandolerismo, disfrazado de guerra civil, era una plaga en determinadas zonas. En otras la sequía, el mal gobierno y el desorden habían dejado países enteros a merced de la miseria. Sólo un nativo o un tipo duro y experto podía aventurarse a viajar del trópico al ecuador en esas condiciones, más parecidas a las expediciones de Livingston que a un mundo unido por reactores y trenes-bala.

No obstante, Baltasar sentía urgentemente la necesidad de pasar a la acción. Precisaba moverse, desasirse de la rutina inmovilizadora. Era como si se hubiera contagiado del virus que había trastornado a Betty. Aunque en su caso la etiología de la

enfermedad era distinta, el virus no procedía de un pantano sino de una tierra firme y sana, la tierra de la moral, la obligación y el destino. Mas el sentido común le retenía. Espera la oportunidad, le decía la sensatez. Ya llegará. Es inminente.

Por fin llegaron noticias de Betty. Imprecisas, decepcionantes. Según el informe de la agencia de detectives, Betty había sido vista en Amberes con un individuo de dudosa reputación, con el que compartía vivienda. El tipo, un tal Néstor León, había viajado a Africa hacía cosa de un mes. En principio había ido solo. Aunque Betty había desaparecido de la escena durante un tiempo. Súbitamente reapareció en una indumentaria inverosímil, desmejorada y como una pordiosera, en compañía de un negro. Luego, había vuelto a evaporarse.

## **Un chivatazo oportuno**

### *Valencia*

El mismo día que recibió el informe, fue el de la cristalización del viaje de Baltasar a África. Al cabo de 24 horas, se había precipitado la decisión.

El empresario culto recibió una llamada del amigo Cadavieco.

—Vaya hoy a mediodía al chiringuito de la

Patacona y se llevará una sorpresa.

—¿A qué hora quiere que nos veamos?

—Yo no puedo citarme con usted. Vaya solo. O búsquese una compañía de confianza. Pero acuda temprano.

Baltasar se citó con un buen amigo, al corriente de su odisea. La Patacona era un lugar popular y discreto en la costa norte de la capital. Se hallaba apartado de todo lujo, en una playa salpicada de basuras y de escombros, al final de una zona industrial.

Estaba terminando una paella con su convidado en una mesa situada frente a la cristalera que daba al mar, cuando vio acercarse por el caminito del jardín a Sebas García acompañado de una muchacha joven. La pareja resultaba extraña, incoherente a los ojos de Baltasar. Podría esperarse a García con su indumentaria de “ir-a-jugar-al-tennis-en-un-coche-de-lujo” junto a una azafata de la feria de muestras, junto a una chica-anuncio, junto a su secretaria, incluso junto a una chica de barra de bar. Pero aquella era una joven inclasificable, vestida con unos vaqueros sin marca y un jersey de gusto dudoso. Una chica bonita pero demasiado vulgar para acompañar a un hombre ambicioso.

El acompañante del empresario, enterado a

medias del carácter enigmático de la cita, se burló del secreto de aquella aparición, y ofreció una explicación vulgar: García tiene un rollo con una empleada de uno de sus negocios, y la invita a comer a un restaurante anónimo, luego irán a echar un polvo.

García saludó discretamente a Baltasar al entrar en el comedor, pero el empresario-filósofo no encontró en su expresión ningún rasgo de sorpresa, intriga o vergüenza. Al ver a la muchacha de cerca, su rostro le resultó familiar.

Baltasar pidió unos cafés y la cuenta. La estaba pagando, cuando vio pasar delante de él, esta vez en dirección a la salida, a Sebas García, solo. Baltasar se puso en pie nada más abandonar García el restaurante y se asomó a la puerta. El tipo se introdujo en un *Chrysler Lebanon* rojo descapotable, lo arrancó y desapareció tras una nube de polvo.

Poco a poco la nubecilla fue disipándose, y al ir bajando al suelo, más o menos en el sitio que había ocupado el descapotable, fue surgiendo la figura de un ser humano con una expresión de mal agüero en el rostro y un cigarrillo en la mano.

Era Cadavieco, el padre afligido, que miraba a través de sus gafas de clérigo hacia la entrada del restaurante y que reconoció enseguida a Baltasar. Se dirigió hacia él, o hacia la puerta, sin variar la mueca

de mala leche. El empresario, al tenerle cerca, se quitó de en medio por miedo a que Cadavieco le diera un empujón. Sin embargo, al llegar a su altura, el padre irritado esbozó una sonrisa y le tendió la mano.

—¿Sabe dónde está? —le preguntó sin preámbulos el hombre.

—Supongo que ahí dentro —contestó Baltasar.

Cadavieco tiró el pitillo al jardín y se metió en el local como embistiendo a alguien.

Baltasar se desentendió de su circunstancial convidado, y fue tras el toro.

La chica estaba en una mesa comiéndose, ella solita, una parrillada de pescado. La mesa tenía dos cubiertos, pero uno de ellos estaba intacto.

Cadavieco se acomodó en el lugar del comensal ausente, y miró a su hija de modo agresivo. La muchacha, una morenita muy delgada con cara de muñeca, siguió zampando como si tal cosa.

A unos dos o tres metros, Baltasar observaba cómo se acumulaban las nubes negras de la tormenta en aquel rincón del restaurante. Decidió intervenir antes de que saltara el primer relámpago, pero no pudo evitar un pequeño chispazo.

—¡Qué habré hecho yo para que mi hija me haya salido puta!

Cadavieco no dejaba de mirar a la muchacha, pero parecía estar dirigiéndose al hombre que acababa de sentarse.

–Señorita, me va a permitir que le haga una pregunta. Usted también me lo permite, ¿verdad, Cadavieco?

Cadavieco pareció asentir, porque no hizo nada para cortar a Baltasar.

–¿Eres de la pasma? –preguntó la chica.

–¿Cómo se llama usted, por favor? –dijo Baltasar, interesado en no identificarse.

–Claudia Schieffer.

Cadavieco, con las manos sobre la mesa, cerró los puños según su terrorífica costumbre.

–Mira, nena. A tu padre, puede que le tomes el tupé. Pero a mí no me lo toma ni Dios, ¿vale? –dijo en tono chulesco.

Baltasar cogió el vaso de vino de la chica y lo derramó sobre la bandeja del pescado.

–No soy de la pasma. Pero tampoco soy amigo de ese pájaro que te ha pagado la manduca –Baltasar se preguntaba si su precario conocimiento de caló no le dejaría en ridículo en lugar de amedrentar a la muchacha–. Sebas y yo trabajamos en el mismo

negocio, pero no para el mismo jefe. ¿Vale? Y tú eres la última mierda de este negocio. ¿Vale?

La chica agachó la cabeza, cosa que aprovechó Baltasar para mirar a Cadavieco, solicitando un mudo permiso para continuar su tercer grado. Cadavieco asintió.

Baltasar alargó el brazo hasta el rostro de la chica, la cogió de la barbilla y le levantó la cara.

—¿Qué quiere ese pinta que hagas por él?... Y no me digas ni mentiras ni cochinadas, porque tengo muy poca paciencia y porque está tu padre aquí delante.

La expresión de la chica era de derrota.

—Quiere que le abra el local del Parnaso.

—¿Para qué?

—No lo sé. Busca algo.

Baltasar se quedó en silencio. No sabía cómo continuar con tino su interrogatorio sin despertar las sospechas de la chica.

—Pero ¿en qué lío te has metido, hija mía?

El tono de Cadavieco había perdido toda la agresividad. La muchacha hizo un puchero, y el padre le cogió la mano.

—Mi hija no sabe nada, ya ve usted.

–¿Cómo que no sabe? Está metida hasta aquí, y si no abre la boquita ahora mismo, dentro de nada acabará pidiendo por favor a la policía que la meta en el saco para salvar la vida.

–No sé nada. Se lo juro.

–¿Así que no sabes lo que guardas en el “Parnaso” ese de los cojones, eh?

–No. Lo más que he visto es que ponen papeles en un escondrijo.

–¿Qué escondrijo?

–Un doble techo.

–¿Papeles o droga? –dijo el padre, alarmado.

–Vamos a verlo –Baltasar se puso en pie—. ¿Cuándo has quedado con Sebas?

–Esta tarde a las ocho.

–Pues, venga, rápido, que se nos echa el tiempo encima.

## **Una carta de Anton Guelke**

### *Valencia*

Triste se presentó a los dos intrusos y a la acólita el abandonado “Parnaso” Antropo-Teosófico. Cauto, con una atención absorbente que le acabó

produciendo dolor de cabeza, Baltasar atravesó el pasillo desierto procurando no hacer ruido, como si temiera despertar viejos fantasmas.

Si hacía abstracción de los carteles, le parecía encontrarse en la sede del partido al que dejó de pertenecer años atrás. Aquella visita sigilosa le hizo revivir otra de un dramatismo diferente, con los tanques de la brigada motorizada de Paterna en las avenidas de Valencia, y los nidos de ametralladoras apostados en las cuatro esquinas del puente de Ademuz. Aquel fue también un atardecer siniestro, con las calles vacías, y una opresión espesa y caliente de violencia amenazando sobre las cabezas de los “rojos”, de los rosicler y de todos los vecinos de la ciudad de Valencia, bajo el toque de queda de un capitán general enemigo del desorden.

Con otros tres valientes o locos u hombres íntegros, Baltasar se había aventurado en la sede local del partido, para rescatar los archivos. Dividieron los documentos en cuatro montones, y cada uno se llevó su parte a casa, la quemó poquito a poco en la pila de la cocina, y tiró las cenizas a la taza del váter. Rodrigo tenía cinco años y fue el único que se divirtió con la extravagante hoguera. Betty estaba de guardia en el hospital. Habló con Baltasar por teléfono a las once de la noche. “¿Qué vas a hacer? ¿Te escapas?”, le preguntó al hombre de izquierdas. “¿Por qué? ¿A

dónde?” “Te quiero”. “Yo, también.” Y se dieron un beso telefónico que siempre recordarían como si hubiera sido real, físico, porque creían que era el último beso. Hacía doce años.

La hija de Cadavieco arrimó una mesa a la pared, y sobre ella colocó un sólido taburete. Se subió, alcanzó la cenefa de escayola que recorría los bordes del techo y tiró de ella con las manos, arrancando un trozo. Luego bajó al suelo.

Baltasar trepó hasta la banquetta. Tenía el hueco de la cenefa a la altura de los ojos. Pidió que encendieran la lámpara, que colgaba en medio de la habitación. Apartó la testa para dejar pasar luz, y miró el interior del agujero. Había una gruesa carpeta. La sacó. Volvió a mirar, pero no pareció encontrar nada más a la vista. Metió un brazo y palpó hasta el fondo. Sintió otro papel y lo sacó. Resultó ser un sobre pequeño de avión. Bajó de la torre de muebles, apartó el taburete de la mesa y sobre ella abrió la carpeta. Eran papeles escritos en inglés y en una lengua extraña, quizá alemán. Para Baltasar, su contenido era un enigma, pero reconoció algunas facturas y avisos de envío de materiales procedentes de Suráfrica, de unas empresas denominadas *Armscor* y *Barlow Rand*.

–Será mejor que me lo lleve –dijo Baltasar.

Luego abrió el sobre de avión, y extrajo de él

unos cuantos billetes de moneda norteamericana. Contó dieciocho de cien dólares y trece de veinte. Se los entregó a Cadavieco.

–Tome, esto para usted.

–¿Por qué? No es mío.

–Pues entonces, dáselo a su hija. Seguro que le deben mucho más.

La chica le miraba con evidente perplejidad.

–Es lo que buscaba Sebas García –dijo la muchacha–. ¿Qué le diré cuando venga?

–¡Pero tú estás loca, chica! De aquí nos vamos a la comisaría, que es la mejor forma de empezar a enderezar tu vida –dijo Cadavieco.

–Vaya mejor a un abogado, y no le diga nada de esto, de momento –dijo Baltasar señalando la carpeta que se había puesto bajo el brazo.

–¿Y de la pasta?

–Tampoco, hombre. Lo que puede pasar es que se la incaute la poli y desaparezca en algún bolsillo. ¿Así que lo que buscaba Sebas es la pasta? –Baltasar se dirigió con una mirada de extrañeza a la muchacha.

–No, los papeles.

–¡Ah, bueno! No te preocupes, que yo se los daré.

Al día siguiente, acudió Heliodoro a casa de Baltasar, en compañía de un inglés amigo del periodista, un antiguo piloto de avión nacido en Rhodesia y educado en Suráfrica, que podía entender *afrikaans*, la lengua en que estaban escritos algunos de los documentos.

—Esto es dinamita, amigos míos —dijo el hombre, después de echar una ojeada—. Son *invoices* y *receipts*, recibos y facturas de cargos de armas de Suráfrica a intermediarios. Aparecen los destinos, en general países africanos, pero también Yugoslavia, Tailandia, Afganistán... Una bomba... De verdad. ¿Cuál es su intención, llevarlos a la policía?

—De momento, no. Luego, ya veremos —dijo Baltasar—. Lo que me interesa saber es si aparece en algún sitio un tipo llamado Néstor León. Lo de las armas me importa un bledo. A quien busco es a Néstor León. Necesito saber si está en África.

El rodesiano fue pasando los papeles uno a uno y mirándolos por encima. Cuando tuvo un montón de veinte o treinta, dijo que lo mejor sería verlos con más detenimiento. Pero que eso llevaría mucho tiempo. Lo dijo en el tono inequívoco del que no le apetece hacerlo, por no ser su problema. Baltasar lo captó.

—Vamos a hacer una cosa. Se lo pido por favor. Se lo pagaré incluso —el rodesiano negó con la

cabeza—. Dividimos en tres grupos los papeles, y buscamos en ellos si aparece el nombre de Néstor León. Así sólo tendrá que traducir unas poquitas líneas.

La idea les pareció bien, y se pusieron a revisar los documentos.

Néstor León aparecía catorce veces. En todas las ocasiones, como intermediario de las transacciones. En ningún sitio se mencionaba nada de su posible paradero en África. Además, las facturas y recibos llevaban fechas de meses atrás.

Baltasar agradeció al rodesiano su ayuda, y le invitó a cenar junto a Heliodoro.

—¿A usted le suena Tshikapa? —le preguntó en el restaurante.

—Sí. Es una población del Kasai occidental, en el Zaire —el rodesiano lo pronunciaba a la francesa, Tsair—. Una vez estuve allí. Tiene un aeródromo, bueno, tenía, ahora, no sé. Es un lugar pintoresco, al lado del río Kasai. Pero debe de haberse deteriorado mucho. El Zaire es ahora una ruina. África es un desastre. La descolonización la dejó en manos de chulos y sinvergüenzas.

—Puede que Néstor León se encuentre allí —Baltasar no mencionó en absoluto a su esposa.

El británico-ropesiano se encogió de hombros.

Al terminar la cena, Baltasar pidió una guía telefónica al camarero. Buscó en la nube de Garcías, y encontró a Sebas gracias a su segundo apellido portentoso, Beaultrli.

–Tengo la carpeta que estabas buscando esta tarde – dijo, acodado en la barra del bar, como si en lugar de hablar con García, se estuviera dirigiendo al pulpo gigantesco desparramado en una fuente que había cerca del teléfono.

–No sé qué quieres decir –contestó García al otro lado de la línea.

–Bueno, pues, hasta luego.

–Espera, espera. ¿Qué es lo que pretendes?

–Hacer un intercambio. Yo te doy la carpeta, de la que la policía todavía no sabe nada. Y tú me dices dónde está un tal Néstor León. ¿Te parece bien el trato?

–De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

–¿Ahora mismo?

–¿Por qué no?

–¿Dónde?

–En el centro. Por ejemplo... en el bar que hay en la puerta del “Parnaso”.

Baltasar no recordaba ningún bar.

–Sí, hombre, en el puticlub.

Baltasar asintió de mala gana.

El empresario culto se apresuró a acudir para llegar antes. Aparcó el coche en la plaza del Mercado Central. La Lonja de Valencia dormía con sus seis siglos a cuestras resplandeciente y juvenil, como si la hubieran terminado aquella misma mañana. El Mercado Central, frente a ella, despedía vapores de hortalizas, pescado, salazones y hierbas aromáticas. La iglesia de los Santos Juanes, sobre su podio de roca, exhibía la lacra del tiempo en su fachada llena de sombras. Baltasar tuvo una ocurrencia volteriana en aquel escenario histórico: el comercio, la industria, han resistido, la iglesia está en decadencia. Se dirigió al puticlub riéndose por dentro.

Una esquina antes de llegar, observó a un tipo sospechoso dirigiéndose con resolución hacia él. Estaban solos en la calle. Baltasar maldijo su suerte. En ocasión tan inoportuna se le presentaba un atraco. Salió al medio de la calzada para tener más margen de maniobra, se plantó desafiante, levantó un brazo y dijo con voz de ser más matón que el que le abordaba, todavía a cinco o seis metros de él,

–¿Pasa algo, macho?

–Soy yo, Juan Segundo de Castilla –dijo la figura.

Al principio, Baltasar sospechó una treta de García.

–¿Qué hace usted aquí? –le preguntó.

–Vigilo El “Parnaso” –contestó el viejo con aire conspirativo–. Le he visto entrar esta tarde con la chica y el otro tipo.

Baltasar se quedó callado.

–Estaban buscando algo, ¿verdad?

Baltasar siguió en silencio.

–Yo conozco las cosas. Yo busco las cosas. Yo las encuentro.

El loco sacó del bolsillo de la chaqueta un sobre y se lo puso a Baltasar delante de las narices. Estaba dirigido a Sebastián García, y llevaba el sello de una compañía de transportes rápidos. Un dedo del viejo señaló el remite. Decía algo de Lusaka.

–Lo vendo.

Baltasar contuvo el impulso de arrebatársela al viejo, darle un empujón y huir.

–¿Para qué quiero yo eso?

–¿Pero tú no buscabas a un negro el otro día?

Un negro de África.

–No era yo, era mi amigo.

–¿El plumilla?

–Sí. Pero lo encontré –Baltasar hizo una pausa–. Le puedo llevar la carta yo mismo. ¿Cuánto quieres por ella?

–Cien millones.

–Te ofrezco algo mejor....

El viejo le miró con ojos de codicia, y Baltasar largó el anzuelo.

–Te ofrezco Portugal, Navarra y el Reino de Valencia.

–¿Tú quién eres?

–Soy San Vicente Ferrer. Pero nadie debe saberlo.

–Que no se entere la reina.

–Descuida.

Baltasar entregó al viejo, a cambio de la carta, uno de los recibos que había sacado de la carpeta, y se alejó de él a toda prisa, camino del puticlub.

Consiguió llegar al antro antes que García. Era un local decorado sin imaginación ni gusto. La tapadera indiscreta de una vulgar casa de citas. Estaba

más iluminado de lo que cabía esperar, y atendían tres mujeres que parecían una representación de la vida de la puta: una chica joven, una mujer en su plenitud, y una señora recompuesta por quilos de pintura y de yeso.

Había sólo un tipo, que podía ser un cliente o un chulo. Le atendió la más joven, con una sonrisa tan forzada que podían habérsela sacado con calzador. A pesar de todo, a Baltasar le pareció atractiva. El hombre calculó que hacía largos meses que no yacía con mujer, y sintió algo removerse en sus entrañas.

–Ponme un refresco. Estoy esperando a alguien.

–¿No quieres champán?

–No. Una naranjada. Y no te hagas la lista, que te conozco del piso de arriba.

La chica fingió sorpresa. Baltasar la había reconocido como la recepcionista del “Parnaso”. Aquel negocio de Haffajee tenía muchas ramas.

Enseguida entró García en el bar. Se apartaron a una mesita del rincón.

–Has estado en El “Parnaso” esta tarde, ¿eh? La verdad, no imaginaba que tuvieras interés en este negocio –dijo García.

–Tú sabes lo único que me interesa.

–Tu mujer.

–¡No la menciones! Busco a Néstor León.

–Sé quién es, pero no le conozco.

García empleaba un tono distante. Baltasar pensó que lo mejor era ir al grano, amenazando al ambicioso. Sacó unos cuantos papeles, facturas y recibos de la carpeta, y los puso encima de la mesa.

–El resto lo tengo a buen recaudo.

Se quedó mirando a los ojos a García, que no mostró ninguna emoción en especial. Hubo una pausa.

–¿Para qué quieres tú esto? –preguntó Baltasar.

–No sé dónde está ese Néstor León amigo tuyo... Te voy a contar todo lo que sé. Voy a ser sincero, me creas o no. Anton Guelke está en Africa. Ha ido a buscar a Néstor León. Él sí sabe dónde está. Quedó en escribirme para ponerme al corriente de lo que yo debo hacer. Soy su socio circunstancial. Y él es enemigo de Haffajee, que es quien representa el tráfico de armas. Al parecer, Néstor León y Anton Guelke hacían de intermediarios, hasta que empezaron a actuar por libre. Empezaron a amasar dinero. Y un buen día, Néstor León se evaporó de Johannesburgo y se dedicó a recorrer Europa recogiendo fondos y clientes. Dejó en la estacada a Anton Guelke. Vino aquí, para ver si se ponía de acuerdo con Haffajee,

que era el intermediario más o menos legal, el oficial. Finalmente, Guelke dio con él. Pero llegó tarde. Yo le conocí un poco por casualidad. Sabes que me gusta indagar y probar todo tipo de negocios. Yo hablo inglés. Me lo presentaron... Me pidió que le ayudara. Me daría un porcentaje. Se trataba de vigilar a Haffajee... Cuando le detuvieron, pusieron vigilancia en El “Parnaso”, y no pudo entrar a recoger los documentos. Guelke me pidió que yo los recogiera cuando las aguas volvieran a la calma. Eso es lo que intentaba hacer esta tarde...

—¿Y qué hace Néstor León en África?

—Las armas, hombre. Suráfrica exporta miles de toneladas de armas a un montón de países africanos. No tienes más que leer los periódicos para ver por qué. No hay un solo país donde no se estén dando leña por una causa o por otra. Suráfrica tiene la tecnología y la experiencia. Que necesitan obuses, les vende obuses, que necesitan un equipo de policías represivos, les venden un escuadrón de la muerte. Todo son saldos, están liquidando el *apartheid*, supongo que lo sabrás.

Baltasar afirmó con la cabeza, pensativo.

—Así que no sabes dónde está Néstor León.

—Lo juro. En cuanto me entere, en cuanto me escriba Guelke, te lo diré. Palabra.

Baltasar empujó los papeles que había encima de la mesa hacia García.

–Mañana te enviaré el resto por un mensajero.

–Gracias.

–De nada.

Baltasar caminó hacia su coche con la mano en el bolsillo, palpando la carta que le había comprado al viejo loco por unos trozos de Europa.

Una vez en casa, la abrió. Se sentó en el sofá, colocó en el reproductor de discos compactos la sinfonía número 22 de Haydn, “El Filósofo”, versión de los *Musici di San Marco*, y aliviado por el dulcísimo ingenio del austriaco, leyó de cabo a rabo, sin entenderla, la breve carta dirigida por Anton Guelke a Sebastián García. Claramente, en un párrafo, se leía la palabra Tshikapa y las siglas N.L.

Al día siguiente, Heliodoro le confirmaría su averiguación. Pero fue esa misma noche, cuando Baltasar decidió que volaría a África.

## **Rumbo al ecuador**

### *Valencia-Brazzaville*

¡Lejos, muy lejos! ¡Yo volaré hacia ti!

Flecos de un vapor muy denso pasan entre las

alas metálicas del pájaro *high-tech*. Travesía del firmamento a diez mil pies de altura, con una presión en cabina correspondiente a mil metros. El hombre está en el cielo y no lo reconoce, separado del hechizo por el fuselaje hermético. Azul intacto, azogue interminable a cincuenta grados bajo cero. Muy al sur, a cinco mil kilómetros, no obstante, tormentas tropicales alivian el sofoco en Brazzaville.

Baltasar hace un viaje en dirección contraria a la migración estacional de los ruiseñores, lanzados hacia el norte. ¿A qué altura volarán los ruiseñores? A primeros de abril, empiezan a emigrar de África a Europa. En los bosques cantábricos, en las landas gasconas, en la campiña inglesa, cada macho marca su propio territorio con trinos insistentes, que a la vez son un reclamo a la pareja. Y los humanos sentimentales suspenden su quehacer y su camino para escuchar la voz que vuelve suave a la noche.

Amodorrado por el frasquito de coñac que le sirvieron tras el almuerzo, vaga, inmóvil en su asiento de clase turista, por una encrucijada de evocaciones: las odas de John Keats traducidas al castellano, que solía leerle a Betty a la hora del crepúsculo mediterráneo en el jardín de Monforte, ocultos ambos en un túnel de madre selvas y jazmín, frente al huertecillo de naranjos bordes en flor.

¡Lejos, muy lejos! ¡Yo volaré hacia ti!

En la butaca de al lado, Heliodoro Almécija hojea la revista de Air France y traduce los precios de las mercancías de la tienda volante.

La primera escala de los dos aventureros es Brazzaville, la capital del Congo ex-francés. Desde allí, se las tienen que ingeniar para pasar al Zaire, donde bulle el caos y la vida diaria la marcan los motines. El destino final de Baltasar y Heliodoro es Tshikapa, una ciudad arruinada como el país entero, próxima a la frontera con Angola.

Era éste un itinerario más recomendable que el ferrocarril de Lusaka a Kananga. Simplemente tenían que conseguir un avión. El amigo rodesiano de Heliodoro le dio las señas de un viejo piloto mercenario. No tenían la seguridad de encontrar a este piloto, pero de momento era su único recurso.

Aterrizaron en Brazzaville a la caída de la tarde. A eso de las cinco estaba casi oscuro.

Un médico zaireño que conocía Baltasar en Valencia les había dicho que se hicieran pasar por eurócratas de Bruselas en visita de inspección, que jamás dijeran que eran turistas, para evitar que les desplumarán.

En el mismo aeropuerto, a pesar de todas las

precauciones, tuvieron que pagar a los funcionarios de aduanas ciento cincuenta dólares de los doscientos que les reclamaban por una supuesta gabela de entrada al país.

Uno de los funcionarios tuvo la amabilidad de dar explicaciones y pedir disculpas.

—Aquí no sabemos cuándo vamos a cobrar el sueldo, que siempre vale la mitad de lo establecido a causa de la depreciación del dinero. Pero comer, tenemos que comer todos los días, y nuestras familias también. A pesar de todo, no comemos todos los días.

—Con nuestros 150 dólares seguro que viven dos familias durante un mes —dijo Baltasar a Almécija.

—Pues si se los sacan a todo quisque que llega, en una semana reunirán dinero para comprar medio Congo —comentó el periodista.

Las calles de Brazzaville eran un mercado inmenso, sin principio ni final, sin hora de apertura ni hora de cierre. De vez en cuando, caía un intenso chaparrón, porque acababa de empezar la temporada de lluvias. Pero, en cosa de minutos, los vapores que se levantaban del suelo se disipaban, tornando a reinar una atmósfera pesada y húmeda. En ella flotaban los aromas de la jungla, más otros olores exóticos, como el sabor picante de los guisos afro-europeos, que se

cocinaban en las aceras en grandes calderos.

Había además en el ambiente algo inapreciable por los sentidos físicos, pero que percibía la intuición de los visitantes, una energía poderosa, imbatible: la fuerza vital, el deseo de vivir de millones de seres humanos. Allí estaban, en una aglomeración oscura y colorista, los personajes de las leyendas de Calila y Dimna transplantados al África ecuatorial y al siglo XX. Tipos de diferentes orígenes étnicos o tribales, evidentes en sus indumentarias, en sus tatuajes, en sus abalorios; docenas de lenguas que sonaban a una sola en los oídos neófitos de Baltasar y Heliodoro; músicas extravagantes, mezcla de rock y ecos locales; procesiones improvisadas pero de intensa teatralidad; corros en torno a mercaderes, saltimbanquis, magos, curanderos, danzarinas; tenderetes que ofrecían toda una variedad de objetos inservibles, como sacados del trastero del niño de papá de una familia arruinada de París.

Los dos españoles, vestidos con unos mambos floridos y pantalones de lino, recorrieron la ciudad acompañados de un guía, antes de volver al hotel, a medianoche, tras haber probado un menú libanés en cierto restaurante de uno de los mejores barrios, cuyas calles y edificios coloniales parecían no haber sido reparados desde la evacuación de la autoridad europea.

–¿Qué le sugiere todo lo que hemos visto hoy por la calle? –preguntó Baltasar al periodista, sentados en el bar del hotel, frente a dos vasos, uno de whisky, otro de limonada y hierbabuena.

Heliodoro levantó la mirada al falso techo del local, y no encontrando en él ninguna pista, sacudió la cabeza de un lado a otro.

–Supongo que usted se atiene a su profesión. Lo que ve es lo que ve, y no debe interpretarlo. ¿No?

–Demasiadas cosas en unas pocas horas. Necesito tiempo para digerirlas –dijo Heliodoro.

–Pues a mí, esos chiquillos que jugaban con coches hechos de alambre y hojalata me han traído a la memoria mi propia niñez. Incluso su indumentaria es semejante. Van vestidos con remiendos, y descalzos o en alpargatas. En mi niñez, a pesar de que mi familia estaba bien anclada en mitad de la escala social, yo solía hacerme coches con trozos de madera o latas de sardinas. Me fascinaban más que esos modelos de chapa cromada que traía mi padre de las fábricas de Ibi, y que ahora son piezas de museo. Yo me entretenía con los otros niños, casi todos de origen más humilde, en juegos improvisados con palitos de los polos, con chapas, tabas o bolas de arcilla que nosotros mismos nos hacíamos y secábamos en el horno de casa, entonces de carbón.

Baltasar se pellizcaba el bigote al hablar, como si sacara de él sus recuerdos.

—A mí esas cosas me parecen tesoros de la memoria. Pero reconozco que no cambiaría de época. Y mi hijo seguro que tampoco se cambiaba por ninguno de estos chavales, ni siquiera por un día. La vida presente de estos chicos africanos es más intensa, más natural, pero su futuro es catastrófico. ¿No ha visto esas negras con baldes llenos de patas de gallina hervidas, vendiéndolas por unos reales a los chiquillos, que las roen hasta dejar el puro hueso?

—A mí, la impresión que me da es la de haber aterrizado en otro planeta —dijo por fin Almécija—. Creo que acumularé material de sobra para varios reportajes.

—Tendrá que darme comisión, ya que le he pagado el viaje.

El periodista arrugó la cara, y el empresario melancólico se apresuró a rectificar.

—Es una broma, hombre. Ya sé que me hace el favor de acompañarme. Solo no me habría atrevido a tirarme de cabeza en mitad de África. ¿Por qué le parece otro planeta Brazzaville?

—Por lo diferente que es aquí la vida. Más que de otra raza, estos negros me parecen de otra

civilización, de otra galaxia. Esto es un batiburrillo de culturas, algo más parecido a un esperpento, a una fantasía de cine, a un cómic, que a cualquier aspecto de la realidad a la que estamos acostumbrados.

–Acostumbrados en Europa, se refiere usted, ¿no?

Heliodoro dijo que sí con la cabeza, tragando líquido.

–Pues a mí, fijese, me parece lo contrario –dijo Baltasar–. Es como si mirara en una pantalla una proyección de mi pasado, pero con mucha más gente por la calle y todos del color del rey Baltasar. Hay barracas, mendigos, bandas de niños, guardias astrosos, matronas, chulos, comerciantes, putas, modistillas. Esto es un Arniches de chocolate. Supongo que esos europeos o norteamericanos protestantes que encuentran África tan original, es por falta de experiencia vital, o por falta de imaginación. O por puro racismo. No desean verse reflejados ni en su pasado ni en su presente por individuos de piel negra.

–Nosotros no somos racistas –afirmó Heliodoro.

–Eso es lo que usted dice. Usted es tan racista como yo. ¿Si le sobraran doscientos quilos, los invertiría en este país?

Almécija negó, con ojos de pavor fingido.

–¡Lo ve!... Bueno, vamos a ser prácticos. Mañana iremos a ver al piloto, ¿no?

–¡A primera hora!

–Si él no puede ayudarnos, en principio no tenemos otra posibilidad de entrar en el Zaire con garantía de salir ilesos. ¿Tiene usted alguna idea?

–Supongo que la misma que usted. Recurrir a la Iglesia.

–¿A la Católica?

–Es la que mejor conocemos.

–La verdad es que en este Sodoma y Gomorra, los curas son los únicos que saben dónde están las trampas. Aparte de los mercenarios... Me voy a dormir, Heliodoro. ¡Que descanse! Mañana, a las ocho, en el comedor.

–A las ocho y media.

–A las ocho y media. Hasta mañana.

Y Baltasar se retiró dejando a Heliodoro Almécija escribiendo mentalmente un par de reportajes, acodado en la barra.

## La ley de la selva

### *Brazzaville*

Toom Uytenhave era un hombre enteco y de apariencia saludable. No era tan alto como Baltasar Quesada, pero se le asemejaba en fortaleza física, a pesar de que debía tener diez años más que el español. Tenía el rostro surcado de arrugas, ojos claros y pelo fuerte del color de la paja.

A Baltasar le inspiró confianza, aunque el precio que pidió por trasladarles a Tshikapa le pareció excesivo. Cincuenta mil dólares por persona, que rebajó a setenta y cinco mil en conjunto.

Uytenhave, un belga flamenco con el que se entendía Baltasar en francés, tenía su oficina en un rascacielos de los que miran al río Congo en el llamado Estanque de Stanley, *The Stanley Pool*. Al otro lado del anchísimo lago se divisaba el perfil brumoso de Kinshasa, la capital del Zaire. La línea de los rascacielos, la fachada moderna construida a la orilla del Congo, semejaba un espejo distante de Brazzaville, pero donde la vida era mucho más azarosa y la miseria, absoluta, según las referencias que habían aconsejado a Baltasar no dirigirse directamente al Zaire desde Europa.

—Los únicos blancos que pueden ahora mismo cruzar el río sin miedo a perder la vida o la salud son

los paracas. Armados hasta los dientes y con agua mineral y provisiones –decía Toom Uytenhave–. No me explico cómo todavía no ha estallado en esa ciudad una guerra civil –el blanco la miraba desde el ventanal de su oficina–. Todas las semanas hay un motín o un pronunciamiento. Muchos políticos no paran de pedir la intervención extranjera, del ejército francés, del belga, de los cascos azules, de alguien que expulse a Mobutu y su implacable guardia de marroquíes. Pero nadie quiere meterse en ese avispero. La historia no tiene marcha atrás. Sería absurdo volver a la época colonial, aunque la mayoría de los africanos estuviera, en principio, de acuerdo. Ni siquiera yo lo tengo claro. Y eso que tanto caos está acabando con mi negocio.

–Pero, según tengo entendido, usted se está beneficiando también del caos –dijo Baltasar.

–Sí, pero sólo en cierto modo. Cuando trabajé para Kasavuvu en el 64 contra los rebeldes de Kivu y Katanga, lo hacía para restaurar el orden. Pero ahora no hay forma de restaurar ningún orden. Entonces, los brujos llegaron a convencer a los soldados rebeldes de que eran inmortales, de que estaban protegidos por la magia de sus cabecillas. Hoy ya no se confía en nada ni en nadie. Es la ley de la selva pura y simple –Uytenhave se volvió hacia la pareja de españoles–. Por eso no les conviene otra cosa más que volar en mi

avión.

–Es posible. Pero no podemos pagar ese precio –dijo Baltasar–. Está por encima de nuestras posibilidades.

–Si la empresa lo merece –dijo Uytenhave– pueden ustedes cruzar el Stanley Pool en un transbordador, y seguir desde Kinshasa en barco hasta Ilebo, primero por el río Congo y luego por el Kasai. Desde allí hay una frágil línea férrea que lleva a Kananga, que está a unos 200 kilómetros de Tshikapa. Pero este último tramo lo tendrían que hacer por carretera, a través de una sabana infestada de locos: los traficantes de diamantes, los agentes de UNITA, la guerrilla anticomunista de Angola, que está a un tiro de piedra, y las propias milicias zaireñas que, como sus compatriotas de los Tercios españoles en mi país hace cuatro siglos, cobran una vez al año y se compensan saqueando a los incautos.

Más allá del perfil urbano de Kinshasa se percibía la mancha oscura de la selva ecuatorial. Para Baltasar era un panorama hermoso, fascinante, pero sabía que era absurdo, en esas circunstancias, que dos extranjeros sin la menor experiencia en África se lanzaran a imitar a Stanley en dirección opuesta a su trayecto de los grandes lagos al Atlántico. Antes que él, Livingstone había sucumbido a su fantasía de hallar las fuentes del Nilo en el río Luapula, a cientos

de kilómetros al sur del inmenso lago Victoria. A Baltasar no le hacía gracia acabar como el bueno del Livingstone, y consideraba con prudencia que ni Heliodoro ni él estaban hechos con los mimbres de Stanley.

—¿Y con qué objeto quieren ustedes ir a Tshikapa, si me permiten la curiosidad? ¿Son ustedes joyeros o compradores de diamantes?

Baltasar miró de reojo a Heliodoro. Buscaba en él una autorización tácita para convertirles a los dos en lo que Uytens había acabado de sugerir. Heliodoro, intuyendo las intenciones de Quesada, abrió los ojos en signo de tajante negativa, y el empresario aventurero optó por dejar en el aire una vaga verdad.

—No. Buscamos a un tipo. Quizá lo conozca usted, se llama Néstor León... —Baltasar hizo una pausa y se quedó mirando al piloto, que se limitó a arrugar el entrecejo—. ¿Le suena?

—No. No le conozco. Y es raro. El mercado africano es muy pequeño, y suelo conocer a los suministradores y a los compradores. Si no tiene que ver con los diamantes, estará relacionado con el cobre o con cualquier otro mineral. O quizá con el negocio de las armas.

—Con algún negocio, desde luego —concedió Baltasar, refugiándose cómodamente en la

ambigüedad—. Sabemos que está en Tshikapa, pero no sabemos por qué ni para qué.

—Extrañas razones para buscar a un hombre. Aunque sospecho que podría ser un agente de de Beers—. Uytенhave les miró de un modo ambiguo —Y ustedes también, ¿por qué no!

—¿De Beers? ¿Qué quiere decir usted? —preguntó Baltasar, tan descolocado que causó perplejidad en Uytенhave .

—Tshikapa es un centro de recepción de diamantes. De Beers es el monopolio mundial de distribución de diamantes. Es una empresa surafricana. Bueno, monopolio, monopolio, llegó a serlo en otros tiempos. Ahora compite con pequeñas distribuidoras y con los diamantes industriales rusos. La demanda de diamantes ha bajado en el mundo. Son malos tiempos para De Beers. ¿No han visto ustedes esa publicidad para incitar a la gente a comprar joyas? La paga De Beers.

Baltasar y Heliodoro se miraron y volvieron después los ojos al piloto, para confirmar que conocían los anuncios.

—El último grano que le ha salido a De Beers son los vendedores independientes. El caos en Angola ha hecho que el Estado pierda el control de la producción de diamantes. Hay cantidad de gente que

se dedica a excavar y venderlos a compradores libaneses en Luanda, en Lobito, en Huambo. Y para acabarlo de arreglar, ha entrado en la competencia la propia UNITA, que abandonada por los americanos, tiene que financiar la guerra, pagar las armas. Y ha descubierto que la mejor manera de hacerlo es esquilmar la reserva minera, vender los diamantes del territorio que controlan. Son muchos diamantes para un puñado de mercaderes libaneses, así que se los venden a De Beers. Por eso De Beers ha abierto una oficina en Tshikapa. Aquello es el Salvaje Oeste. Supongo que serán ustedes tipos duros, o que podrán pagar su protección.

–Bueno, no nos chupamos el dedo –dijo Baltasar, sin atreverse esta vez a mirar a Heliodoro–. ¿Ha estado usted allí hace poco?

–Hará cosa de tres semanas. Trasladé a una pareja de misioneros católicos. Dos personas curiosas. Un cura negro y una monja blanca. Un médico y una enfermera. Era una combinación inusual. El, como el betún, ella, como la leche, y además, pelirroja.

Baltasar sintió que le flaqueaban las piernas. Uytenshave sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno al español, que lo tomó automáticamente, se lo puso en los labios, y se giró hacia una mesa en la que había visto un mechero. Baltasar intentaba despistar al piloto, para que no observara su mirada de

desconsuelo. Encendió el pitillo, dio una intensa calada y se tragó el humo. Era la primera vez en once años que volvía a probar el tabaco.

En cosa de segundos se hundió en un vacío abierto súbitamente bajo sus pies.

La siguiente noción de Baltasar fue ver los rostros de Uytenhave y Heliodoro sobre el suyo. Yacía en el suelo, donde le habían depositado los dos hombres después de cogerle al vuelo de los brazos para que no se rompiera la crisma contra las baldosas.

—Lo siento, me ha sentado mal el cigarrillo —se disculpó Baltasar.

—No me extraña. Son locales —dijo Uytenhave—. Estoy desolado. Tenía que haberle advertido.

Una vez en pie, a modo de despedida, Baltasar le dijo a Uytenhave,

—¿Les cobró usted 75.000 dólares?

—¿A los religiosos? —contestó el piloto—. No, no. La verdad. Aproveché un viaje con material. Les cobré mucho menos. Yo soy católico.

—Nosotros, también —dijo Baltasar, tendiéndole la mano—. Si decide hacer otra obra de caridad, no se olvide de sus hermanos de fe. Quede usted con Dios.

## **Bula Matari**

### *Brazzaville-Tshikapa*

El aeroplano era un curioso bichejo. Su fuselaje era blanco, con la pintura algo deteriorada. Tenía un cuerpo ovalado de unos siete u ocho metros. Cargaba sobre su lomo el ala de mayor envergadura con las turbohélices. En mitad de aquel travesaño surgían dos brazos hacia atrás, en los que se sujetaba, como en un andamio, el alerón posterior.

Se trataba de un Bronco OV-10 de la guerra del Vietnam, que Toom Uytens había comprado al ejército norteamericano. Según el punto de observación desde el que se mirara, podía semejar un tecno-insecto o un hidroavión mutilado de remos. Uytens aseguraba que el Bronco había sido de los mejores aviones anti guerrilla que se habían fabricado. Él lo usaba para transportar cargas ligeras y parejas de pasajeros.

Les acercó hasta el Bronco, a través de las pistas del aeropuerto, una camioneta conducida por un africano. El vehículo despedía un aroma dulzón a frutas y verduras podridas. El sol todavía no había salido, aunque se anunciaba con un resplandor rojizo sobre las copas de los árboles que limitaban el horizonte. El dominio de lo ecuatorial era tan absoluto, que la húmeda fragancia del bosque se

imponía a la de la gasolina, y rodaba pesada e invisible sobre el deteriorado asfalto.

El primero en subir al aeroplano fue el negro, con una especie de escoba corta hecha de algo parecido al esparto. Donde las barbas de la escoba se sujetaban al palo, había unos saquitos pendiendo de una cuerda; la misma cuerda servía de marco a trocitos de espejo.

El africano sacudió el hisopo en el interior y en el exterior del aparato, musitando algo que quizá fuera una oración o un conjuro.

Uytenhave explicó que el hombre era un *Nganda*, un experto en el más allá. El instrumento era un *Mpiya*, bañado en esencias medicinales, con la propiedad de contener los espíritus de los familiares muertos del *Nganda*. Con él, el mago podía observar las fuerzas ocultas, adivinaba los acontecimientos y protegía a la gente.

—Está ahuyentando los malos espíritus —culminó su explicación el piloto flamenco en tono neutro.

—¿Lo hace siempre? —preguntó Baltasar.

—Cada vez que subo al avión —contestó el piloto.

Baltasar volvió la mirada a la ceremonia del hechicero-chófer y no dijo nada.

–¿Usted cree en los espíritus? –preguntó Heliodoro a Uytenhave, una vez que el africano se hubo retirado en su furgoneta.

–No importa lo que yo crea. Los espíritus están ahí, en todas partes. Nadie en su sano juicio puede vivir en África sin tener en cuenta a los espíritus.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Baltasar–. Pensaba que los mercenarios eran gente audaz y escéptica.

El piloto trepó hasta la cabina y tomó desde allí los bultos que le ofrecían sus clientes.

–Les voy a decir algo que les resultará muy útil si saben entenderlo. Para comprender este continente, y también para disfrutarlo, hay que aceptar que, además de todo lo que usted ve, oye, palpa, gusta y huele, hay otra realidad tan compleja como ésta, pero invisible, con individuos buenos e individuos malos, mercenarios, exploradores, negreros y personajes de las miles de tribus de África. El mundo de los muertos y el mundo de los espíritus nunca nacidos está aquí –Uytenhave dio unos cuantos manotazos a su alrededor–. Si no aceptan esto, jamás entenderán África. Y los problemas que tengan serán más grandes para ustedes. Usted puede vivir sin los espíritus. Supongo que lleva toda la vida sin contar con los espíritus. Pero los africanos, no. Piense usted lo que

quiera. Yo nací en África, he pasado la mayor parte de mi vida aquí, y sé que los espíritus existen. Por eso intento ser amigo de ellos.

—¿Y qué es lo que le ha hecho rebajarnos tanto el precio? ¿Un consejo de los espíritus? —dijo Baltasar.

—El interés. El interés desnudo —se rió el piloto—. A pesar de la rebaja, ustedes pagan más que la carga que podría transportar si no viajaran en el avión. Supongo que es porque valen más.

—Depende de lo que usted lleve. Pueden ser armas, pueden ser medicinas.

Uytenhave hizo una mueca inexpresiva.

—Les llevaré a Tshikapa. Pero antes tenemos que hacer escala en Angola. Es preciso que desembarque allí algo. Y que repongamos combustible.

Los dos españoles pusieron cara de perplejidad.

—Es muy sencillo. El alcance máximo de este avión a plena carga es poco más de 300 kilómetros. Tshikapa está a cerca de 700. Así que aterrizaremos a medio camino, nos desembarazaremos del exceso de peso, y volaremos libres y raudos a la ciudad de los diamantes. Les encantará el viaje. Atravesaremos el ecuador por encima de la selva y el río Congo. A baja

altura. Podrán valorar la voluntad indestructible de Stanley al abrir el Congo para el rey Leopoldo.

–¿Y qué es lo que lleva usted a Angola, si puede saberse? –dijo Baltasar.

–Lo ha dicho usted hace un momento. Armas o medicinas–. Uytenshave empleó un tono que sonaba a cínico.

–Se me han quitado de repente las ganas de viajar –dijo Heliodoro, que se disponía a subir a la cabina–. Se resiente mi hernia de disco. Creo que he cogido una fiebre tifoidea.

–No sea gallina, hombre –dijo el belga, en el mismo tono humorístico que el periodista–. Lo más peligroso de África no son los virus y las bacterias, de las que se habrá usted prevenido, supongo, con vacunas. Lo peor son las minas anti personas, que están sembradas por la sabana como botones y no se ven. Las pisas, y pierdes un pie o la pierna entera.

El sol había empezado a ascender, y flotaba sobre una neblina tibia. Uytenshave hizo una comprobación de la estiba y de las condiciones mecánicas del aparato que había puesto ya en marcha, y anunció que iniciaba el viaje con un gesto.

El aeroplano se separó de la pista de un saltito, y en menos de un minuto se encontraba volando sobre

la masa verde oscura de la jungla. Al poco, cruzaron un lago inmenso, que era el río Congo, y una sucesión de cascadas.

–Son las cataratas Livingstone –gritó Uytenhave a los pasajeros.

Los españoles observaron sobrecogidos el espectáculo. Heliodoro Almécija escribía mentalmente su décimo reportaje. Baltasar Quesada tenía la sensación de que, en lugar de volar sobre un continente, lo hacía sobre un atlas de historia, y fantaseó un rato sobre las heroicas aventuras de Henry Morton Stanley, Bula Matari, (El que rompe las piedras), descendiendo desde el lago Tanganika hasta el estuario del Congo. Con más de un centenar de porteadores y tiradores suajilis, que llevaban a cuestras las piezas del vapor “*Lady Alice*”, Stanley cruzó el continente. Cuando podía, armaba el “*Lady Alice*” y navegaba por el Lualaba, el nombre del río que resultaría ser el Alto Congo. Las cataratas de Stanley, al lado de Stanleyville, hoy Kisangani, las atravesó abriéndose paso en las gargantas de roca con dinamita. A las tribus que intentaban interceptarle, porque le creían un negrero suajili, las borraba del mapa a tiro limpio. A Bula Matari sólo le detuvo la enfermedad y el hambre. Pero la suerte le protegió porque, al borde de la extenuación, uno de sus porteadores logró arrastrarse hasta Boma, en el

estuario del Congo, donde entregó una carta de Stanley que suplicaba ayuda a quien quiera que pudiese leerla. El 9 de agosto de 1877, un grupo de comerciantes portugueses e ingleses encontraron a un puñado de mendigos astrosos. Entre ellos había un hombre que hablaba perfecto inglés y decía ser Henry Morton Stanley, quien encontró a Livingstone seis años atrás en Ujiji, en la costa oriental del lago Tanganika. Stanley había recorrido más de 10.000 kilómetros en 999 días, demostrando que el Lualaba era el Congo. Nadie, ni africano ni europeo, había hecho este viaje. No había sido necesario. A África no le hacía falta conocer su geografía física. Le bastaba con los minuciosos mapas de geografía espiritual diseñados al cabo de los siglos por una cultura ajena a la acumulación, la salvación y el cálculo. Con la cartografía y el Evangelio, llegó el desastre a África.

A los dos españoles les sacó de su fascinación y ensimismamiento el calor sofocante de la cabina, acristalada y hermética. El Bronco no volaba muy alto, pero la temperatura ambiente, bastante por debajo de la tropical, no podía con el sol, que ejercía sobre los tripulantes, a través de los cristales, un incómodo efecto microondas.

Pasaban sobre una sucesión de ríos, colinas, y sobre todo bosque, a veces muy tupido, a veces horadado por anchas calvas con poblados y

aserraderos. Al cabo de media hora de vuelo se situaron sobre una ancha vía de agua.

–Es el Kwango –gritó el flamenco–. Le seguiremos hasta Angola.

Durante un rato tornó el silencio a la cabina, como si cada cual viajara en su nube propia. De pronto, el mercenario soltó algo que debía ser una maldición, y se desvió violentamente del río hacia el oeste.

–¿Qué pasa? ¿Ya llegamos? –preguntó Baltasar.

–Sí, pero vamos a darnos un paseo por el Zaire.

Bajaron casi hasta tocar las copas de los árboles. Uytенhave hizo un par de maniobras, giros súbitos y algo así como vueltas de noria que marearon a los españoles. Cuando se recuperaron, ya habían aterrizado en un aeródromo destartado.

Unos cuantos africanos con uniformes de campaña muy usados, descargaron las cajas de la bodega del Bronco. Uytенhave habló con ellos en portugués.

–Estos tíos son de UNITA –dijo Baltasar a Heliodoro en voz baja.

–¿Los fachosos?

–Algo más que fachosos... ¿Podemos bajar a

que nos dé el aire? –gritó el español al piloto.

Éste dio su permiso.

–No salgan de la pista, y vayan siempre acompañados por alguien del lugar. Recuerden lo de las minas. Va en serio.

A un extremo de la pista había unos hangares hechos polvo por algún bombardeo. Albergaban un par de avionetas. Cuando se hubo descargado el Bronco y colocado las cajas en un *jeep* americano, los africanos abandonaron los alrededores del avión. Uytenhave hizo una seña a sus clientes y echaron a andar hacia unas casas de ladrillo.

–Tenemos que esperar. No ha llegado el combustible.

De pronto, el flamenco dio con la mano a Baltasar en el brazo, metiéndole prisa. En el cielo había aparecido un avión de caza.

–¿Es de los nuestros? –preguntó Heliodoro, sin poder disimular el pavor de los ojos.

–Es un MiG 17 del ejército angoleño. Pero no se atreverá a bajar –El flamenco señaló hacia unas baterías instaladas dentro de un búnker de sacos terreros–. Son misiles infrarrojos. No fallan.

–¿Los ha traído usted, verdad?

–Hace tiempo.

–Mientras esté por ahí arriba, no podemos despegar, ¿no?

–Lo mejor es que pasemos la noche aquí, para asegurarnos de que no vuelva. Volaremos bien temprano mañana, antes de que salga el sol. El Zaire está a cincuenta kilómetros, y allí no se atreverá a entrar.

En el interior de la casa de ladrillo hacía un calor insoportable, porque el techo era de cinc. Las cercanías del aeródromo estaban bastante despejadas de vegetación. Era una llanura rojiza con inmensos eucaliptos salpicando el paisaje y gran cantidad de árboles espinos, con pinchos largos como dedos en lugar de hojas.

Baltasar y Heliodoro se quedaron fuera, pegados a la pared sombría.

–¿Qué tipo de espíritu será ese? –dijo el empresario señalando al MIG–. Y nosotros, ¿qué clase de espíritus seremos?

## **La diosa Luna**

### *Frontera de Angola con Zaire*

A pasar la noche se fueron a un poblado

próximo, una serie de chozas indígenas de gruesas paredes de arcilla y techo de palma, bastante más frescas que la casa de ladrillo del aeródromo. En el poblado se encontraba también un campamento militar, hecho de tiendas de camuflaje. También había una decena de vehículos blindados de transporte, más modernos que los de la época de la mili de Baltasar, pero muy deteriorados por la falta de entretenimiento, y quizá también por los combates. Estaban cubiertos por lonas de la misma calidad cromática que las tiendas. Igualmente tapadas, había un grupo de baterías de pequeño calibre para obuses. Tres morteros ligeros acababan de ser desembalados, acaso parte de la carga del Bronco. Tenían adheridas motas de poliuretano, como si se tratara de regalos de Navidad.

En realidad, el poblado había dejado de serlo. La mayoría de las personas visibles parecían soldados, aunque su indumentaria no era la de un ejército uniformado, sino una mezcla de monos de faena y camisetas serigrafiadas con todo tipo de símbolos, especialmente norteamericanos.

Lo que más indicaba el carácter militar de aquella gente era su actitud de aburrimiento e indolencia, como si no tuvieran otra cosa que hacer más que atacar o defenderse. En la cabeza llevaban sombreros de tela o gorras de béisbol. Prácticamente

no había mujeres; y de niños, ni rastro. Baltasar dedujo que aquella debía de ser una zona de combates o que lo había sido hasta hacía poco.

Enseguida se echó encima la oscuridad, aunque no habían dado las seis. A causa de la latitud ecuatorial del territorio, las noches y los días venían a tener prácticamente doce horas. Anochecía pronto, pero también amanecía muy temprano. La puesta del sol fue de una solemnidad que tenía algo de sagrado. Hacía mucho tiempo que Baltasar no pernoctaba en el campo, y aquel rincón en el altiplano de Malanje, con sus cabañas redondas y sus tiendas de estampados amorfos en diferentes tonos de verde y ocre, transmitía con autenticidad la sensación de libertad absoluta, de apartamiento de la rutina del mundo que proporcionan los escenarios alejados de las urbes.

Cuando el sol se ocultó tras unas montañas difuminadas en lontananza, se hizo un silencio absoluto, de temeroso homenaje a la noche, que sobrevino aceleradamente, sin dejar espacio apenas al crepúsculo. Poco a poco, los trinos de los pájaros fueron rompiendo el hechizo, y al cabo de un rato, la oscuridad estaba atravesada de silbidos, chirridos y gorgoteos de voces humanas, ladridos de perro y el ritmo machacón de alguna emisora de radio.

Baltasar había acumulado mucha excitación y necesitaba moverse. Sugirió a Heliodoro que dieran

un paseo. Éste le recordó la amenaza de las minas, y optó por quedarse a la fresca, tomando notas a la luz de una bombilla iluminada gracias a un generador que contribuía al estrépito general.

El empresario buscó a Uytenshave y le pidió que le proporcionara algún guía. Al poco apareció con un africano corpulento que no vestía uniforme, sino unos pantalones y una camisa limpios y planchados. Le faltaba el brazo derecho. Se llamaba Afonso Negage.

–¿Habla usted español? –le preguntó Baltasar.

–Portugués y francés –dijo el africano en el primero de estos idiomas.

–Prefiero que usemos el francés. Con el portugués me hago un lío, si a usted no le importa.

–¿Español?

–Sí. De Valencia.

Baltasar quiso saber si la historia de las minas era tan grave.

–Hay millones de ellas. En Angola y en Mozambique. Son más de diez años de guerra –explicó Afonso Negage.

Baltasar le miró el brazo manco.

–Esto fue una granada, en Cubango, al sur, cerca de Namibia. Cuando el ejército surafricano

dominaba esta parte del continente con sus legiones blanquinegras, y apoyaba con hombres y cobertura aérea a UNITA.

–¿Qué hacía usted allí? No parece militar.

–No, entonces yo era del FPLA. Estaba con el llamado ejército popular del gobierno de Luanda, en el servicio médico. He cambiado de bando, ya ve. Afinidad tribal –Afonso Negage dijo esto último en un tono irónico, que Baltasar interpretó como una forma de desdeñar sus prejuicios europeos–. Esta es una guerra absurda, mucho más absurda que cualquier otra guerra. El país está sembrado de odio y de armas. La muerte se ha convertido en un negocio. Es más rentable estar en un ejército, en un bando, que cultivar la tierra, trabajar en una fábrica o dirigir una empresa. Más rentable y más seguro. La vida es breve en África. Poca gente pasa de los cuarenta años.

–Es una pena. Por lo que usted dice, en esta parte del mundo domina la muerte, ¿no? –comentó Baltasar.

–Al contrario. En África domina la vida. La vida es fuerte y tozuda, aguanta a pesar de que todo está contra ella. Según las tradiciones africanas, la muerte es un error, un accidente de cuyo origen no se culpa a nadie, al revés que en la cultura cristiana, judía o musulmana. ¿Quiere usted que le cuente una

de las versiones del mito de la muerte?

Baltasar dijo que sí. Se habían alejado cosa de un kilómetro del campamento, a lo largo de un sendero que él no podía distinguir en la oscuridad cerrada de aquella noche sin luna.

–La Diosa Luna es la que decide sobre la vida y la muerte, porque desaparece, como hoy, durante una semana, y poco a poco vuelve a aparecer hasta reinar en todo su esplendor. Pues bien, la Diosa Luna prometió a los hombres que, como su propia muerte, la de los seres humanos sería pasajera, y todos tornarían a revivir. Envió a un camaleón según unos, o a una mantis, según otros, con el mensaje. Pero estos animales eran tan lentos, que el mensaje llegó tarde. Los hombres habían empezado a morir sin saber que podían resucitar. Sin embargo, la Diosa Luna también encargó el recado a una liebre, que adelantó al camaleón y a la mantis. La liebre llegó a tiempo, pero tanta era la excitación que llevaba, que se hizo un lío y transmitió mal el mensaje. Así que los hombres no pueden evitar morir.

–De modo que aquí no hay ni Adán ni Eva ni Árbol del Bien y del Mal.

–Nada. Aquí la muerte es algo común y simple. Pero hay una diferencia con respecto a la civilización de la ciencia y la medicina. Aquí las causas de la

muerte tienen unas explicaciones que ustedes llaman “irracionales”. En África, la enfermedad y la muerte se suelen atribuir al mal de ojo, a influencia de individuos malvados o a la acción de espíritus malignos o irritados. El africano tiene una visión “irracional” de la muerte. Y los remedios que emplea contra ella son poco apropiados a la racionalidad dominante en África, el hambre y las armas, es decir la muerte criminal, para la que no estamos tan preparados como ustedes los europeos. Ustedes se pasaron cientos de años matándose poco a poco, porque no tenían más que espadas, arcos, mosquetes y, al final, cañones. Hasta la época de las guerras masivas. Han ido acumulando experiencia, han adaptando sus instrumentos políticos a las circunstancias, y ahora practican algo llamado democracia. Nosotros hemos entrado en la Historia, en su Historia quiero decir, precisamente en la época de los medios de destrucción de masa. Pero nuestros sistemas de gobierno son de época patriarcal, cuando las disputas se resolvían con una violencia limitada por el sentido común y la potencia destructiva de las lanzas o las espadas.

Afonso Negage se detuvo un instante, como si se hubiera desorientado. Pero lo hizo para situarse frente a Baltasar y hacerle una pregunta parsimoniosamente.

—¿Sabe en qué consistió el secreto del imperio Zulú? En la muerte real. Los *amabuto* o regimientos generacionales de distintas tribus dirimían sus problemas en batallas ceremoniales, se arrojaban las lanzas desde lejos y sólo algún despistado resultaba herido. Un buen día, el joven Shaka salió armado de una azagaya, una espada corta, esquivó las lanzas con un escudo fabricado para ese efecto, y aguantó a pie firme que se aproximara la tropa de contrincantes. Hubo una pelea de hombre a hombre, y Shaka mató de una estocada a su rival, que no pudo desenvolverse con la lanza. Shaka llegó

a ser algo parecido a un Napoleón. Hoy para matar ya no hace falta esa estratagema genial, sólo tiene usted que coger un saquito lleno de castañas. Pero en lugar de castañas, contiene minas anti personas. Siembra usted un campo, como si echara granos de trigo, y se va. Se siembra la muerte. Ya ve. Al cabo de unos meses, de unos años, un campesino volverá a cultivar ese campo, unos niños se pondrán a jugar entre las piedras. Y ¡pum!, salta la mina. Con mucha suerte, pierden un pie o la pierna entera. Si no se les atiende en un ambulatorio, cosa rarísima, lo más probable es que mueran por alguna infección, por gangrena... Sin embargo, hay un progreso, fíjese qué curioso. Ya no creerán que les ha matado un *ndoki*, un brujo malo. Saben que les ha matado un artefacto, una mina dejada por un imbécil como ellos. Así es como cambian las creencias. ¿Ve

usted? Una mina vale más que toda una misión de católicos o de protestantes.

–¿Usted cree en los espíritus? –preguntó Baltasar.

Tardó en contestar Afonso Negage. Continuó andando por la oscuridad con el mismo tino que si llevara un farol. El europeo no se apartaba de él ni un centímetro.

–Quiero decir que si usted acepta la creencia popular de que hay dos mundos, el visible y el invisible. Es algo de lo que Uytenhave me ha informado esta mañana –y Baltasar relató la exorcización del aeroplano.

–Cada vez menos –dijo por fin el africano, con un suspiro–. Los peores espíritus que conozco están en el interior de los hombres vivos. Aquí y aquí.

Baltasar notó que le tocaban con un dedo en el pecho, y se llevó un sobresalto.

–Si hay otro mundo, el de los muertos, el de los antepasados, el de los espíritus que jamás han vivido, deben de estar horrorizados. Quizá se hayan ido de África. Quizá hayan emigrado a Europa y a América. Por lo visto, la magia hace furor en el “mundo civilizado”, ¿no? –Afonso Negage puso unas expresivas comillas a esas dos palabras.

Volvieron al campamento y cenaron algo de rancho. Como no tenían otra cosa que hacer, se fueron a dormir.

## **Fantasmas en el altiplano**

### *Frontera de Angola con Zaire*

Baltasar, tendido en un catre de campaña, se sentía muy excitado, y pensó que pasaría la noche en vela. Pero se durmió casi de golpe.

Despertó sobresaltado, y no tuvo conciencia de dónde estaba hasta pasados unos segundos angustiosos. Miró el reloj y vio que no había descansado mucho, era algo más de la una.

No podía recordar lo que había soñado. Ni siquiera podía afirmar si había soñado o no. Pero advertía en su interior un pesar hondo como un pozo. Tenía ganas de llorar. Unas ganas sin causa determinada. No era por Betty ni por Rodrigo, ni siquiera por él mismo. De pronto empezó a sentir, con una vivacidad fortísima, sensaciones de la niñez. Un sabor, un olor, un sentimiento de tristeza, todo relacionado con episodios infantiles. Le vinieron a la memoria cuentos escuchados en la radio, melodías de la apoteosis del llamado “canto andaluz”, fragmentos de novelas radiofónicas. Era un tránsito vertiginoso de

fantasmas que habían recorrido decenas de años y miles de kilómetros para encontrarle en el interior de una choza en el altiplano de Angola.

El pesar se convirtió poco a poco en un sentimiento de vulnerabilidad, en un grito de lucidez que le recriminaba haber hecho el esfuerzo de llegar hasta aquel villorrio de África que apenas un puñado de hombres, de los seis mil millones de seres humanos del planeta, podrían ubicar en el mapa, y que además estaba en guerra.

Se puso en pie y salió fuera de la choza. El silencio era absoluto. Y, salvo algunos faroles ciegos alimentados con petróleo, la oscuridad parecía tan densa que daba una impresión de infinitud, de no ir a acabarse nunca, de haber vencido para siempre al día.

Baltasar tuvo la espantosa ilusión de que se encontraba solo, de que todo el mundo, con minúscula, le había abandonado, de que acababa de pasar al otro Mundo, con mayúscula.

Volvió al catre, buscó en su mochila, y sacó un aparatito de radio. Estiró la antena, salió de nuevo al exterior y se sentó en una piedra hueca situada en el centro del grupo de chozas, quizá el mortero donde se molía en otro tiempo el grano.

Durante un rato estuvo intentando sintonizar alguna emisora entre el diluvio de sonidos que

volaban por las frecuencias de la onda corta. Por fin halló una en francés, y se detuvo en ella.

Sonaba una canción que le resultaba familiar. Una melodía francesa de amor de la época de la guerra fría. Cuando finalizó, el locutor recordó a los oyentes que se encontraban en Radio France International, y declaró el título y el autor de la melodía, *Aimer à en perdre la raison*, de Jean Ferrat. Era un programa de música y anécdotas de los años sesenta. Baltasar se aferró a aquellos mensajes lanzados inocentemente desde París, como si constituyeran una tabla de salvación. Al cabo de unas cuantas canciones más, el locutor anunció en tono desenfadado y discotequero que iba a poner *L'été 68*, de Leo Ferré. La calidad del sonido iba y venía, como si un viento magnético se llevara las ondas y luego las dejara regresar. Baltasar pegó el aparato a su oreja y escuchó en actitud de éxtasis la melancólica alusión del cantante al mayo del 68, que volvió a inundar el mundo de pálpito revolucionario de nuevo en el otoño, igual que mayo de 1789 precipitó un cambio incalculable en la humanidad.

Baltasar, en su juventud, había estado en París el verano de 1968, en casa de unos parientes, observando fascinado los coletazos de una revolución cuyo alcance pocos supieron interpretar, y que para él era algo más parecido a un espectáculo de libertad callejera que a un movimiento social o político.

Baltasar conocía esa canción, y le conmovió hasta hacerle llorar.

Escapaban de su pecho hondos sollozos, cuando notó que a su lado había alguien. Era Afonso Negage.

–¿Problemas para dormir? –dijo el africano.

–Los espíritus... No me dejan en paz.

–A lo mejor con un poquito de esto les hacemos callar –y puso delante de las narices de Baltasar una botella de cristal– Whisky.

–¿Cómo quiere usted que bebamos, a gañote? Eso es faltarle el respeto al whisky, hombre.

Afonso llevó al español hasta una de las tiendas militares, entró en ella y cogió dos vasos de metal de una estantería. Luego abrió, con el brazo manco, una caja que resultó ser un frigorífico, y sacó cubitos de hielo.

Baltasar contó a Afonso lo que estaba escuchando.

–¿Así que usted estuvo en París en el 68? –dijo Afonso.

–Unas semanas, en el verano. Nada más. Me perdí el mes de mayo.

–Pues yo no me perdí nada. Lo presencié todo –dijo Afonso con una punta de orgullo–. Estudiaba

medicina en Nanterre. Fueron mis mejores años. ¿Sabe lo que me viene a la memoria antes que ninguna otra cosa, al pensar en el 68? Las francesas. Los negros y los latinoamericanos nos pusimos las botas. El Che y Lumumba eran un pasaporte fabuloso. No te preguntaban nada, no hacía falta hablar. Ellas lo imaginaban todo. Y si uno le echaba un poco de cuento, se volvían locas. En realidad no se acostaban con un negro o con un latinoamericano, hacían el amor con el Che y con Lumumba. Las francesas... Son maravillosas...

En menos de media hora, la pareja había consumido la botella de whisky. Baltasar al principio intentó controlar la cantidad de líquido. Pero Negage recurrió a la autoridad de sus estudios de medicina, asegurando que el alcohol tenía un efecto limpiador en el aparato digestivo contra las posibles bacterias ingeridas con el rancho. El europeo no tardó en ponerse como una cuba.

Afonso empezó a hablar en un español aportuguesado o *portoñol*, y Baltasar le llamó pillastre, por haberle ocultado que podía hacerlo.

—¿Te vas mañana, verdad? —preguntó el africano.

—Sí. ¿Por qué no te vienes con nosotros?

—No *cabo no* avión. *Ademais*, vas a Zaire. *Ali*

estaría *muito pior* que aquí.

–Digo a España.

–¿Un *preto na Espanha*?

–España está llena de negros. No se notaría.

–¿Y cómo iba a *ganharme* la vida?

–Como médico. ¿Tú no eres médico?

–Nunca *acabei* la carrera. Me *fice* revolucionario –Afonso se echó a reír. Luego añadió–  
¿Buscas a un tipo que se *chama* Néstor León, *verdade*?

–Sí.

–¿Eres colega suyo?

–No. Me ha robado la mujer.

Baltasar lo dijo en un tono neutro, como si estuviera corrigiendo un malentendido sin importancia. Afonso se le quedó mirando.

– ¿*Tua mulher*?

–Bueno, en realidad, ella se ha escapado con él.

–¿Y por qué la *procuras*?

–Quizá porque me he acostumbrado a vivir con ella. Y también porque es la última amarra que tengo con un mundo basado en los principios.

–¿A pesar *do* que te *ten feto*?

–Mi mujer no ha hecho nada a nadie. Eso es lo peor. Es una víctima de la fantasía de la libertad moderna: Haz lo que quieras, no pienses en los demás, complácete por encima de todo, sé tú mismo, imita al cine.

–Eres un *homen* de principios –Afonso parecía preguntarlo.

–No lo sé. Creo que tiene que haberlos, ¿no?

–Sí. *Mais non ha... A* tecnología nos *aperta ao* estado natural. *Voltamos à lei da natureza, da selva...*

–Negage miró a Baltasar a los ojos, con una especie de alivio–. Creí que eras un traficante de armas.

–¿Como Néstor León?

–*Non sei* qué es *agora* Néstor León. *Falaba* de Uytenhave.

–¿Conoces a Néstor León?

–Sí. Le *conhecí* en Namibia. Era instructor *nas forzas de seguridade* surafricanas.

–Un hijo de puta fascista.

–No. Era un profesional, con *certeza...* Todos somos *profesionais na selva*. Hay que sobrevivir.

–¿Sabes una canción que dice, *Il y a cent ans, commun Comunne...* –Baltasar empezó a cantar con voz

de falsete.

–*Comme un espoir mis en chantier, qui se levait par la Commune...* –siguió Afonso sin entonar, en voz muy baja.

Y Baltasar le acompañó, *En écoutant chanter Potier*, intentando ponerle música a aquel himno nostálgico del levantamiento popular de los parisinos en 1870, recreado cien años después por el fracaso revolucionario de la posguerra.

Un negro y un blanco, ninguno de ellos francés, un europeo y un africano, ajenos a su incierto futuro gracias al alcohol, cantando a coro la defensa de París por el pueblo llano y por los menestrales. *C'était des ferronniers aux enseignes fragiles, c'était des menuisiers aux cent coup de rabot, pour défendre Paris ils se firen mobiles, c'était de forgeron dévenus des meublots*, cantando su juventud febril, su fe en un mundo de fantasía, su derrota privada, la debacle general. *Il y a cent ans, commun Commune.*

Acabada la emotiva murga, Baltasar creyó oír a alguien gritando su nombre. Pensó que estaba muy borracho. Pero enseguida volvió a escucharlo. Era Heliodoro Almécija, que le llamaba para emprender el viaje a Tshikapa. Se volvió hacia él y miró su reloj. Eran casi las cuatro, y empezaba débilmente a clarear.

–Nos vamos, Baltasar. Dése prisa. Ya tengo su

mochila ¿Dónde se había metido?

El empresario moralista se giró de nuevo hacia Afonso Negage. Pero ya no estaba a su lado. Por un instante pensó que había pasado soñando las dos últimas horas. Le vio a unos pasos, haciéndole señas con la mano para que se fuera. Le sonreía. El español se quedó inmóvil y le devolvió la sonrisa. Luego dio media vuelta, y emprendió una carrera tambaleante hasta un *jeep* en marcha en la plaza del poblado desierto.

## **El misionero negro**

### *Cerca de Thsikapa*

Grandes ojeras marcaban las mejillas del hombre blanco. Su mostacho trigüeño parecía postizo en aquella cara pálida. Andaba con precaución, casi con miedo, midiendo sus pasos no para evitar las minas, sino para no desplomarse.

Había llegado con otro hombre blanco a aquella vaguada abierta hacia el sur y rodeada de colinas por los otros costados. Venían de la ciudad, de eso no había dudas, porque el viejo *Buick* de carrocería de madera que les transportaba había bajado por la carreterita, levantando una estela de polvo a lo largo de la cuesta de uno de los otros cienientos.

Se apearon del vehículo en la plaza del poblado y observaron con curiosidad las dos docenas de chozas entre redondas y cuadradas (quizá las empezaron a hacer redondas y les salieron cuadradas, quizá al revés), de paredes de arcilla. Admiraron la solidez de sus techos cónicos de paja y de palmera, sujetos con vigas a los muros de barro, y con cuerdas a unos troncos retorcidos clavados en el suelo. Echaron una ojeada a las palmeras de cinco o seis metros que decoraban el reseco lugar. Y finalmente preguntaron algo por medio del chófer a unas vecinas envueltas en telas multicolores, con el pelo lleno de trenzas laboriosísimas, que cocinaban a la puerta de una choza.

A los pocos minutos todo el poblado sabía que los dos europeos habían venido a ver a la monja de pelo cobrizo del ambulatorio. Era una curiosa monja. No sólo por el color de su pelo y su piel de leche moteada, sino porque estaba casada con el misionero. El misionero era negro, pero no africano, al menos directamente. Era de ese lugar extraordinario allende el océano al que fueron a parar los africanos raptados antaño por los europeos.

A las mujeres, a algunas de ellas, les parecía mal que el nuevo pastor estuviera casado con una blanca. Las mujeres que pensaban así eran las más descaradas. Los sacerdotes de todas las facciones

misioneras del cristianismo, tanto blancos como negros, acostumbraban tener una duradera o pasajera relación de concubinato con ciertas lugareñas. Los más inclinados a este inevitable negocio eran los católicos, precisamente por el hecho de estar obligados al celibato. Forzados a no tener esposa, tenían una o varias barraganas en cada pueblo. Era algo normal y lógico que no escandalizaba a nadie.

Pero este pastor negro era de una iglesia reformada. Y encima venía ya casado. A las jóvenes solteras con ganas de aventuras eróticas con tipos influyentes, esto les parecía una lástima.

Ahora, el chismorreo del pueblo se cebaba en esta pareja de europeos que habían venido a visitar a la monja enfermera y esposa del pastor. Quizá uno de ellos fuera un antiguo marido. Quizá venían a llevársela. Quizá el pastor se quedara solo. Quizá alguna noche de luna nueva podrían acercarse a la parroquia en busca de consuelo espiritual o de una medicina. Quizá el pastor se sintiera melancólico. Quizá...

Heliodoro Almécija entró en el ambulatorio y preguntó en inglés por el médico. No tardó en aparecer en el porche de madera del edificio un individuo de piel oscura bien vestido. Heliodoro habló con él unos minutos. Luego se volvió a Baltasar Quesada, que esperaba sentado con un sombrero de

paja echado hacia la nuca, sobre un banco corrido clavado al suelo y a la pared del porche.

El pastor negro desapareció en la vivienda.

–No es católico. El belga nos engañó –comentó Almécija a Baltasar, que encogió los hombros con indiferencia.

Después de un rato volvió a salir el pastor en compañía de una pelirroja con indumentaria de enfermera.

Se acercaron a los europeos y se saludaron unos a otros.

Baltasar permanecía callado, manteniendo una sonrisa de mera cordialidad. Se levantó y se quitó el sombrero. En sus ojos pudo observarse una sombra de desilusión al ver el rostro de la pelirroja. Pasado un rato, pareció desinteresarse de la conversación que los otros tres desarrollaban en inglés.

El pastor y su mujer les condujeron a una terraza en el lado opuesto del edificio, frente a un jardincito cuidado que sembraba un parche verde en el deshidratado paisaje. Sacaron té frío y se habían sentado en torno a una mesa rústica a charlar.

–Mi amigo –explicaba Heliodoro– quería conocerla a usted... En realidad he sido yo quien le ha traído, para desengañarle.

–¿Desengañarle? –preguntó la pareja multicolor al mismo tiempo.

–Sí. Había llegado a concebir la idea de que usted era su esposa.

La pelirroja dirigió a Baltasar una mirada furtiva. El pastor negro abrió la boca sin emitir sonido, y preguntó finalmente a Almécija:

–¿Y qué es lo que le había hecho concebir esa idea?

–Una confusión. El piloto belga que les trajo a ustedes desde Brazzaville les describió. Y la última noticia que tiene mi amigo de su mujer, una pelirroja, es que estaba en compañía de un hombre de color, en Amberes.

–Nunca he estado en Amberes –dijo esposa del pastor–. ¿Y tú, Jonah?

–Nunca. Jamás... Quizá su amigo se encuentra un poco... enfermo –murmuró el pastor en tono ambiguo.

–Ya, no. Ha tenido una especie de disentería... Bueno, en realidad no fue una disentería. Fue consecuencia de una borrachera en Angola, y un viaje en el avión de ese belga, Uytenhage. Ha pasado veinticuatro horas delirando. Pero ya se ha recuperado.

No tardaron los cuatro occidentales en despedirse mutuamente.

Los dos hombres blancos regresaron al *Buick* de época, ahora menos interesados en la arquitectura local y en las vecinas. Se introdujeron en el vehículo, éste arrancó y empezó a subir con lentitud la cuesta polvorienta.

–¿De qué han hablado ustedes? –preguntó Baltasar sin entusiasmo.

–De su mujer.

–¿La conocen? –su voz había recuperado cierta energía.

–No tienen ni idea de ella.

–Y de Néstor León, ¿qué saben?

–La verdad es que no se me ha ocurrido preguntarles por él. Y sabemos que está aquí.

–Bueno. ¡Qué le vamos a hacer! ¿Cuándo dice usted que vuelve a Tshikapa?

–Mañana o pasado. Me lo aseguró el día que vino a verle al hotel. Usted deliraba, y le tomó por el misionero negro... –Almécija hizo una pausa y soltó un murmullo que en realidad era una risa–. Luego se empeñó usted en que era un agente del espionaje internacional, y no paraba de afirmar, “Mi mujer es

una imbécil. No sabe nada de nada, sólo lo que ha visto en las películas y en la televisión. Hace usted una tontería reteniéndola.”

–¿Y qué decía Néstor León?

–Nada. Le cogía de la mano, le miraba a usted y me miraba a mí con perplejidad.

–¿Eso es todo?

–Me dijo que podía aparecer Guelke.

–¿En Tshikapa?

–Digo yo.

El crepúsculo cayó sobre ellos y les sumió rápidamente en la oscuridad. Cuando entraron en los arrabales de la ciudad, donde las chozas se mezclaban con las casitas coloniales, lucían algunas bombillas anémicas clavadas en la pared de los locales públicos.

## **La trampa de Guelke**

### *Tshikapa*

Cinco días habían pasado los dos españoles en la ciudad de Tshikapa, cuando a Baltasar Quesada le visitó alguien que se presentó como libanés. Era un individuo de poca talla, rollizo, muy moreno y de ojos claros.

Apareció de buena mañana en el hotel donde se alojaban los europeos. Dijo que se había enterado de que estaban en Tshikapa dos españoles de Valencia y que deseaba saludarles y preguntarles si conocían a su hermano, un libanés propietario de un hotel en Benidorm.

–Al tío le va bien –dijo el libanés en un castellano morisco–. Es el testaferro de un capital saudita. Pero yo creo que también representa a algún mafioso italiano de esos que blanquean el dinero en la inversión inmobiliaria. Ya sabe usted cómo somos los libaneses. Comerciantes. Lo importante es comprar barato y vender caro. Es indiferente a quién se compra y a quién se vende.

–Y usted, ¿qué vende aquí? –preguntó Baltasar.

–Compro diamantes. Compito con De Beers. Y vendo radiocasetes, televisores, lavadoras, neveras.

–¿Electrodomésticos? –preguntó Heliodoro extrañado de aquel negocio absurdo. Con las manos apartó unas moscas que sobrevolaban su desayuno.

–Exactamente. Electrodomésticos. Lo más chocante es que quien más demanda hace de electrodomésticos son los habitantes de los poblados más pobres, donde no hay suministro eléctrico y los transformadores de gasoil son un lujo. Atan el frigorífico encima de un carrito y se lo llevan por la

estepa, tirando de él, a decenas de kilómetros, a veces más de cien. En su casa lo colocan en el lugar más visible. Y jamás lo usan. Los electrodomésticos son tótems modernos, símbolos de occidentalización y progreso. Nada más. No sirven para nada práctico en esta zona de Africa.

El libanés hizo una pausa con objeto de cambiar de tema.

–¿Por qué no vienen un día conmigo a hacer una excursión? Yo voy cada semana por ahí a causa de mis negocios. Me encantaría enseñarles a ustedes las costumbres y los paisajes de esta tierra. Un paseo antropológico...

–Me parece una buena idea –dijo Heliodoro, pensando en sus reportajes–. Porque aquí ya empiezo a aburrirme como un camello.

–Vaya usted. Yo me quedaré en Tshikapa. Estoy algo cansado todavía –dijo Baltasar.

–¿Son ustedes turistas? –soltó el libanés la pregunta que quería hacer desde el principio.

–Hombres de negocios –se adelantó Baltasar a Heliodoro.

–¿De España? Quiero decir si son negocios españoles.

–No. Tenemos un encargo de la Comunidad

Europea en relación con el tratado de Lomé. Pero no podemos hablar de él. Es un asunto reservado. No tiene que ver con los electrodomésticos, se lo digo para tranquilizarle.

—¡Ah! —dijo pensativo el extraño árabe—. Entonces, ¿no les apetece venir mañana a territorio de los Leke?

—Mañana precisamente, no. Yo no puedo. Pero si mi amigo quiere acompañarle...

Heliodoro dijo que sí, y el libanés prometió pasar por el hotel a las seis y media.

Nada más despedirse el supuesto comerciante y salir del recoleto restaurante, Baltasar dio un salto de la silla.

—No le pierda de vista —ordenó a Heliodoro.

Corrió hacia la cocina y habló apresuradamente con el africano que hacía de *maître*, recepcionista, cocinero, camarero y *mánager* del hotel. Era el mismo que les condujo al poblado del pastor y la pelirroja, en e l *Buick* con carrocería de madera conservado milagrosamente en activo desde la época colonial.

—¿Tiene coche? —preguntó Baltasar a Heliodoro, refiriéndose al libanés.

—Sí, un *Mitsubishi* todo terreno —dijo el periodista desde la ventana.

–Un *Mitsubishi* todo terreno –repitió Baltasar en dirección a la cocina.

El africano desapareció por una puerta trasera y reapareció en la calle, en la fachada del hotel, a bordo de la reliquia, para emprender la persecución del vehículo japonés.

Al cabo de un par de horas regresó Ntenda, el hombre multi profesional, e informó a Baltasar.

El supuesto libanés se había encontrado con un blanco gigantesco en el aeródromo, y lo trasladó a la ciudad con ciertas precauciones, como si deseara que pocas personas se percataran de tan extraordinaria presencia.

–Néstor León debe de estar al caer –sentenció Baltasar.

–¿Cree usted que se retarán a duelo? –dijo Heliodoro, aparentando inocencia.

Baltasar pagó al africano por su servicio y le preguntó si le podría trasladar al día siguiente fuera de Tshikapa.

–¿Usted quiere venir conmigo o acompañar al indio?

–¿Al indio? –exclamó Heliodoro–. ¡Qué indio!

Todavía no había amanecido, cuando el *Buick* había dejado atrás los arrabales de Tshikapa, con Ntenda y Baltasar en su interior.

Se encaminó el vehículo por una llanura donde la vegetación se hacía cada vez más escasa, cuanto más se retiraba del río Kasai. Las orillas de este afluente del Congo eran un estrecho corredor forestal de robles, baobabs, castaños y sapelis. Pero a medida que la carretera se alejaba del río, empezaban a predominar las plantas fibrosas, la rafia, el sésamo y el sisal, de las que se servían los nativos para la construcción y el mobiliario de sus viviendas.

Pasaron por delante de caseríos indígenas con pequeños establos y corrales. Las gallinas picoteaban por todas partes, apartándose de los perros vagabundos que trotaban con cabeza gacha.

En los tramos descampados, dos interminables filas de africanos recorrían las cunetas. Los hombres, en pantalón corto y camiseta, caminaban con un palo en la mano, a la usanza de los peregrinos. Las mujeres, envueltas en una túnica polícroma, iban casi todas cargadas con fardos sobre la cabeza, y cajas. Algunos afortunados pedaleaban en bicicletas.

Rodaba el *Buick* en dirección a Kananga, la antigua Luluaburg, la capital del Kasai Occidental. A media mañana llegaron a Bulungu. El chófer detuvo el

vehículo ante una casa de aspecto oriental hecha de adobe y enjalbegada. En lugar de tejado o terraza tenía cupulitas. Sobre una de ellas se alzaba una antena parabólica de poco diámetro.

–Aquí es –dijo a Baltasar el tal Ntenda, que en el idioma nativo quería decir “Cesta”.

El empresario audaz descendió del vehículo y entró con aire decidido en la casa oriental, que tenía la puerta abierta. En el vestíbulo no había nadie más que un gato, que se sobresaltó al descubrir a aquel tipo bigotudo.

–¿Hay alguien? –gritó Baltasar en francés.

De una puerta lateral surgió un blanco de pelo rubio en calzón corto y sahariana, con zapatos de fieltro y calcetines altos como polainas. Miró a Baltasar, le dijo buenos días y le preguntó que qué quería en inglés.

–Busco a *Monsieur* Néstor León.

El tipo con pinta de oficial británico de colonias arrugó ligeramente el entrecejo, avanzó hacia el intruso y antes de hablar sacudió la cabeza a ambos lados de una manera suave, como si estuviera haciendo ejercicios musculares con el cuello.

–No conozco a ese señor, señor... –habló el sujeto ahora en francés.

–Yo soy Baltasar Quesada. Y no vengo armado.

Baltasar levantó los brazos, al ver que el otro se había llevado una mano a la espalda donde, con toda probabilidad debía de tener una pistola.

En ese instante se escuchó una voz en el interior del cuarto del que había salido el de las polainas. La voz habló en dos idiomas. Primero dijo “*It's all right, Ned. I know him. He's an old friend. Let him in*”. Y luego. “Pasa, Baltasar. Me alegro de que te hayas recuperado.”

Néstor León salió a recibirle.

Parecían haberle crecido las orejas, porque se había cortado el pelo casi hasta la raíz. También había endurecido su cara un cambio de gafas. Las que llevaba ahora eran metálicas. La quijada y las mejillas, geométricas, parecían sin afeitarse. O quizá es que se estaba dejando barba. Sonreía, y en sus pupilas había una jovialidad franca. A Baltasar se impresionó la figura de Néstor León en su elemento, un aventurero seguro de sí mismo.

Recogió la mano que le tendía, aunque sin poner fuerza. Pero Néstor León tiró de él y le abrazó. El empresario audaz no correspondió a este arrebato de afecto; dejó sus brazos inertes, y al apretarse contra el pecho de su amigo o su enemigo, su mano izquierda dio con algo duro y frío en el costado de Néstor León.

Era algo encerrado en una cartuchera de piel rígida.

–¿Cómo has averiguado que me encontraba en Bulungu? –preguntó el aventurero, sujetando a su amigo (o su enemigo) a pocos centímetros de él.

–Me lo dijeron en la oficina de De Beers, en Tshikapa.

–¿Así, por las buenas? ¡Menudos hijos de puta!

Néstor León condujo a Baltasar a una silla, frente a una mesa de ébano de diseño excéntrico, y se sentó a su lado, los dos delante de la mesa.

–Les conté exactamente por qué quería encontrarte.

Néstor León tomó aire y apretó los labios.

–Me han dicho que traficas con todo. Supongo que si el negocio de los esclavos funcionara, también estarías metido en él.

Néstor León dirigió su mirada hacia el administrador colonial de las polainas, que se había quedado clavado en el umbral, y le indicó:

*–Leave us alone, please. And close the door.*

El otro obedeció.

Néstor León se puso en pie y conectó las palas de un ventilador que colgaba sobre sus cabezas. La luz del mediodía se filtraba entre las rendijas de una

persiana de tablitas finas que protegía el ventanal.

Sólo un zumbido reinó durante unos largos segundos en el despacho.

–¿Qué más te han dicho?

–Que ahora te dedicas a los diamantes, y que estás intentando vender material a un judío ruso que controla la producción industrial de diamantes de su país.

–Te han tomado el pelo. Te han contado una película. Quizá porque han pensado que tú les estabas contando otra. Lo que me gustaría saber es por qué te han dado mi dirección. Hay gente que va dando la dirección de los tipos en peligro a todo el mundo. Llega un fulano disfrazado de Rambo y dice “Vengo a matar a Mengano, ¿serían tan amables de decirme dónde puedo encontrarlo?”

–Yo no tengo aspecto de Rambo. Soy un vulgar hombre de negocios... Y un vulgar cornudo –Baltasar se arrepintió inmediatamente de esta falta de respeto hacia sí mismo.

–¿Cómo está Betty? –preguntó el tipo que desafiaba al peligro.

–¿Te estás cachondeando de mí o sólo te burlas? –Baltasar pegó un brinco de la silla–. ¿Piensas que he recorrido 8.000 kilómetros por este

continente arruinado para saludarte? –y se puso a gritar improperios.

La puerta de la habitación se abrió ligeramente y asomó la cabecita del elemento colonial. Néstor León le envió al infierno con la mirada, y la puerta volvió a cerrarse.

Tras unos segundos de bramidos se hizo el silencio, y volvió a reinar el run-run del ventilador.

–No sé nada de Betty. Te lo juro –dijo Néstor León con voz muy considerada–. La secuestraron en Amberes. Por mi culpa. Es verdad. Lo siento. Pero alguien llegó y la sacó de allí. Es lo único que sé. Te lo juro, Baltasar, por la memoria de mi madre.

–¡Eso también lo sé yo! Estoy aquí porque creí que la encontraría a tu lado –Baltasar se sentía abatido–. ¿Por qué se fue?

Néstor León apartó su mirada de los ojos del empresario audaz. Volvió la cabeza hacia el hueco luminoso de la ventana y pareció interesarse en algo que sucedía en el exterior.

–No tengo ni idea –dijo sin dejar de mirar a la persiana que filtraba rayitas de luz blanca–. No sé cómo decírtelo para que me entiendas. Soy honesto. Jamás intenté seducirla. No le he hecho nada malo. Betty es... una gran mujer.

Néstor León pronunció el nombre de la pelirroja de modo impreciso, como si tuviera dificultades para articular los sonidos o fuera un *afrikaner* que jamás hubiera escuchado una palabra en español.

Baltasar percibió que su mujer ejercía sobre el aventurero una influencia extraña. En lo más hondo de su conciencia una voz imperceptible le preguntó “¿Y qué influencia ejerce sobre ti tu propia mujer, Baltasar?”

–Ninguna mujer se va de casa por las buenas – Baltasar seguía tozudamente en su búsqueda de los por qué–. No sé si un aborto puede afectar tanto a una mujer madura.

Néstor León se había vuelto de nuevo hacia su amigo (o enemigo) y encontró esta especulación demasiado ingenua.

–¿Nunca habló contigo de ello?

–Sí. Mucho. Tanto que acabábamos perdiendo el hilo de los razonamientos.

–Entonces supongo que te diría lo que a mí. A mí me aseguró que el niño era mío. Pero siempre he tenido la impresión de que mentía.

Baltasar no movió ni un solo músculo, pero sintió que algo estallaba en su interior, una mina anti

personas plantada por algún asesino anónimo. Por primera vez se sintió realmente engañado por su mujer. Hasta entonces, el comportamiento de Betty le había parecido sencillamente demencial. Ahora estaba seguro de que se había comportado como una verdadera adúltera.

Pensó, me vuelvo a España, que la zurzan. Pero no se movió de la silla a la que estaba clavado.

–Para mí, Betty ha sido más que nada un estorbo –continuó Néstor León–. Puedes estar seguro. Pero no podía empaquetarla y enviarla a casa. No soy ningún traficante, contra todo lo que tú puedas creer. Trabajo por una buena causa. Te lo aseguro, Baltasar. No soy un canalla. Si lo fuera, me habría deshecho de Betty de cualquier manera.

–Secuestrándola.

–¡Eso fue cosa de Anton Guelke!

–Está en Tshikapa.

–Le esperaba. Es un asesino, un elemento de la peor especie, uno de los cabecillas de la peor trama negra que opera ahora en Suráfrica –Néstor León pensó en una fracción de segundo que no era una trama negra, sino blanca, pero negra de todos modos, en fin, no merecía la pena esa precisión–. No les importa nada. Están locos, Baltasar. Les da igual que

el país se arruine en una guerra civil. Prefieren la desaparición de Suráfrica, su *Suid-Afrika*, antes que verla en manos de los que ellos llaman “cafres”. Es su tierra prometida. Dios se la prometió a ellos, no a los negros.

El empresario audaz escuchaba este discurso apasionado desde la distancia del escepticismo.

–Yo trabajo para Pretoria. Siempre he sido un agente surafricano. He participado en batallas, he visto atrocidades. Vale, he estado en la policía secreta. Vale, es verdad. Pero eso no podía seguir. Cuando De Klerk recibió del *Broederbond*, la sociedad secreta *afrikaner* que domina los entresijos del país, el encargo de acabar con el *apartheid*, un grupo de militares y de policías de alto rango se organizaron contra la reforma. Son la “Tercera Tuerza”, individuos muy poderosos que el gobierno no controla, y que se mueven como pez en el agua en una sociedad de blancos acojonados y frustrados. Es muy difícil cortar los cuellos de los líderes en estas condiciones sin provocar una revuelta de los *bóeres* normales y corrientes.

Néstor León hizo una pausa retórica.

–Mi trabajo y el de algunos como yo es averiguar hasta dónde quieren llegar estos locos y hacer una radiografía de su rudimentaria organización. Soy un infiltrado. ¿Te das cuenta? Estoy en peligro constante.

Soy un doble agente. Pero fiel al cambio, leal al gobierno que quiere reparar ese error absurdo del *apartheid*.

—¿Error absurdo? —exclamó Baltasar—. ¿Y qué haces en el Zaire? Algo absurdo, supongo.

—Seguir un hilo del ovillo. Averiguar quién envía armas a UNITA. Están llegando aviones cargados de armas para UNITA desde Bofutatsuana, una de las falsas repúblicas independientes gobernadas por los negros. No gobiernan los negros. Gobiernan los blancos más fachas, aunque los que llevan el palo en alto son los negros. Los negros hacen el trabajo sucio. No les importa si están hipotecando su propio futuro.

Baltasar se preguntó si este menosprecio de Néstor León hacia los negros se circunscribía a los gerifaltes de los bantustanes o a todos en general.

—¿Y qué has averiguado?

—Todo. Y un poco más. Quieren cargarse a De Klerk y a Mandela a la vez. Van a viajar los dos a Estados Unidos. Han preparado dos atentados prácticamente simultáneos. Y lo más irónico es que los ejecutores son una organización negra dedicada al ocultismo y al estudio de las religiones tradicionales africanas.

–Eso no es irónico. Es natural.

–Bueno. Es natural. No sé qué clase de lógica empleas tú.

En ese instante, la luminosidad de la ventana sufrió algunas alteraciones. Eran personas pasando sigilosa y rápidamente por delante. En seguida se oyó un ruido de motores de coche y un movimiento de gente, ya nada cauteloso. Sonaron algunas voces muy próximas. Néstor León se llevó la mano a la espalda y extrajo un teléfono portátil, para sorpresa de Baltasar.

Marcó con precisión y comentó algo en una lengua que al empresario audaz le sonó a alemán. Daba la impresión de que el aventurero estaba transmitiendo instrucciones muy precisas.

El estrépito llegó hasta el otro lado de la puerta. Se escuchó una detonación sorda. La puerta se abrió de golpe y entró un grupo de africanos blandiendo subfusiles, con el vago aspecto de pertenecer a algún ejército. En sus caras había expresiones ridículamente feroces, a pesar de lo cual a Baltasar se le encogió el corazón.

Néstor León dijo algo en una lengua africana y levantó los brazos. Baltasar le imitó en silencio. El cabecilla de la tropa cacheó a los europeos, y mientras lo hacía con el aventurero le preguntó algo. Néstor León, con bastante sangre fría, le dio explicaciones.

Baltasar oyó que pronunciaba su nombre.

–¿Quién se supone que eres aquí? –Néstor León se dirigió a Baltasar, sin que ninguno de los dos osara bajar un centímetro los brazos.

–Un burócrata de Bruselas.

Baltasar estaba empapado en un sudor frío.

Néstor León tornó a hablar al tipo con aspecto de sargento, que se puso detrás de los dos blancos y les empujó hacia afuera.

En el vestíbulo no había ni rastro del gato. Pero el elemento con el disfraz colonial yacía en el suelo, sujetándose una pierna manchada de sangre.

–*Are you all right?* –le preguntó el aventurero.

El individuo afirmó con la cabeza.

Sin preocuparse del herido, metieron a Baltasar y a Néstor León en un vehículo con decoración de camuflaje en la carrocería. El empresario audaz creyó que entraba en un horno, y empezó a sudar a chorros.

–¿Dónde nos llevan? –se atrevió a preguntar al cabo de un rato de dar tumbos por la estepa.

–No muy lejos.

No habían pasado diez minutos cuando la pequeña columna de los dos vehículos camuflados hizo alto en una encrucijada, donde se les unió un

automóvil, un *Mitsubishi* todo terreno.

Baltasar pudo distinguir en su interior al libanés-hindú, a Anton Guelke y a Heliodoro Almécija con cara de circunstancias. No advirtió la presencia de los europeos hasta pasado un rato. En la mirada de Baltasar descubrió que debía fingir que no se había dado cuenta de nada.

–Nos han cazado como a conejos –dijo Baltasar para engañar al terror que sentía–. ¿Ahora qué harán, nos fusilarán?

–Si pudieran, lo harían. Pero somos demasiados. Mucho lío.

–¡Pobre Heliodoro!

–¿Qué Heliodoro?

–El que va en el *Mitsubishi* con Guelke y ese otro pájaro. Me ha acompañado desde España. Me siento mal por él. Otra víctima de Betty –Baltasar dejó escapar de sus pulmones un chorro de escéptica resignación.

No más de tres o cuatro kilómetros había recorrido la columna por la sabana, cuando algo les obligó a detenerse. Era un algo con perfil de camión militar pesado y grande, cruzado en el camino, un viejo *Dodge* con toldo caqui, no mucho más nuevo que los que había conocido Baltasar en su época de

soldado en un miserable cuartel español en el Sáhara. En tierra, una docena de milicianos apuntaban con sus armas a los vehículos que acababan de detenerse.

El tipo que parecía el sargento de la tropa de secuestradores fue el primero en bajar. Tiró su arma al suelo e indicó a sus hombres que descendieran e hicieran lo propio.

–Sal, Baltasar –le empujó Néstor León–. Nos han liberado.

–¿Quién? –preguntó obedeciendo la orden el perplejo empresario audaz.

–El ejército de salvación. Estos son de UNITA –dijo, señalando a los secuestradores–. Los ha traído ese imbécil de Guelke. Los de ahí enfrente pertenecen al ejército regular zaireño. Si es que eso existe... Los envía la gente de De Beers desde Tshikapa. Les avisé por teléfono. Es el mejor arma, Baltasar. La comunicación vía satélite. Envías un mensaje a miles de kilómetros, hacia la estratosfera y es como un misil inteligente. Se dirige a tus enemigos y los aniquila. ¿No te parece?

Los ocupantes del *Mitsubishi* permanecían quietos como estatuas. Guelke, el hindú y Almécija tenían cada uno el cañón de un fusil a un par de centímetros de sus cabezas.

Néstor León se dirigió a suboficial zaireño que parecía mandar la tropa, y le habló con cierta familiaridad. Luego se acercó al todo terreno, y sin molestarse en posar la mirada en Guelke, habló a Almécija en español y le pidió que bajara.

El periodista se unió a Baltasar, todavía ambos con las piernas inestables y un vacío absoluto en el estómago.

Los elementos de UNITA, poco a poco, tornaron a las dos furgonetas de carrocería de camuflaje. Arrancaron, se salieron del camino hacia una cuneta algo pronunciada, para rebasar al camión militar, y se perdieron en dirección al sur.

Súbitamente, el todo terreno dio un salto como si fuera un animal, pegó un bote en la cuneta y se lanzó contra un enorme árbol espino, dio contra él y pareció estabilizarse.

Los zaireños que lo vigilaban se apartaron para que no les atropellara. Sus compañeros miraron al sargento, que no dio ninguna orden.

Inesperadamente, el *Mitsubishi* empezó a dar vueltas de campana, y quedó panza arriba a unos veinte metros, como un lagarto herido bajo el sol despiadado del trópico.

Los dos ocupantes habían salido despedidos. El

hindú se retorció sobre el polvo de la estepa. Pero Anton Guelke estaba como un guiñapo, con su hermosa cabeza rubia en una incoherente posición con respecto a la espalda. Esta vez se había roto de verdad el cuello.

## **El gran salto sobre el Atlántico**

### *Johanesburgo*

Néstor León, Baltasar Quesada y Heliodoro Almécija tardaron tres días en recorrer los mil quinientos kilómetros que separan Kananga (Lualaburg), en el Zaire, de Lusaka, la capital de Zambia.

Atravesaron en tren las provincias zaireñas de Shaba y de Katanga, sin reparar en el hecho de que rodaban sobre una alfombra de dólares, bajo la cual se encuentra una de las reservas de minerales más ricas de la tierra.

Observaban en silencio la sabana ocre y rojiza de la Manika, con su arboleda hostil de ramaje adornado con pinchos formidables en lugar de hojas. Las montañas parecían colinas, una ilusión, porque se encontraban en un páramo altísimo, donde las aguas de los ríos se desparramaban en todas direcciones: hacia el Ecuador, en busca del Lualaba, predecesor del Congo, que muere en el Atlántico después de una vuelta formidable, y hacia el sur, buscando el

legendario Zambeze, que acaba desembocando en el Índico, después de atravesar el ancho territorio de Mozambique.

Desde el teléfono conectado al satélite, Baltasar había hablado con su hijo, a quien inquietaba la orfandad. Y también con Clara Begís, que había recibido una carta incoherente de Betty fechada en Nueva York.

No pudo evitar Baltasar la impresión, al escuchar en aquel aparato minúsculo las voces familiares lejanísimas, de que se trataba de algo mágico, y comprendió la perplejidad de los africanos ante la técnica inexplicable de los occidentales blancos.

Algo más que indicios situaban a Betty García Inglés en Nueva York. Mayores precisiones no podían obtenerse sino en la gran metrópoli.

En Lusaka, Nestor León y Baltasar cogieron un avión a Johannesburgo. Heliodoro, todavía con una sombra de miedo en las entrañas, voló hacia Europa.

El aventurero intentó convencer a Baltasar de que pasara unos días en Pretoria, prácticamente invitado por el gobierno surafricano. Pero el empresario audaz insistió en quedarse en un hotel próximo al aeropuerto Jan Smuts.

–Estoy un poco harto de África –dijo el

empresario como excusa.

–Esto no es África. Te lo aseguro. Los únicos rasgos africanos de las grandes ciudades de Suráfrica son los negros. Todo lo demás es Europa. Te encontrarás en casa.

–También estoy harto de Europa. Bueno, en realidad me da pánico volver a casa.

Baltasar quería coger un avión a Río de Janeiro, desde donde tomaría otro para Nueva York.

Le ofrecieron otra ruta a Norteamérica, vía Frankfurt o Londres, pero Baltasar rehusó. Temía que si sentía Europa bajo los pies, aunque fuera a través del asfalto del aeropuerto, sucumbiría a los gritos desesperados de su sentido común y se desviaría a Valencia.

Cosa aún más insensata, según los susurros de su propia intuición. Porque lo que el sentido común hacía con Baltasar era una pura estafa, un engaño. “Vuelve a casa y retorna a tu vida normal”, decía este pérfido sentido, ignorando las montañas de incidencias que habían marcado la vida del empresario-filósofo en los últimos cuatro meses. Su intuición le urgía, sin embargo, a concluir la odisea, a recorrer la última etapa antes de regresar a esa triste Itaca de la que Penélope había desertado.

## Manhattan

*New York*

Baltasar Quesada aterrizó en Long Island cerca de mediodía. Lucía un sol lechoso, pero de potencia endemoniada, y la humedad del ambiente era de ciénaga. Al salir a la explanada de los taxis, encontró el cielo nublado y amenazando lluvia.

Con su mochila de campaña de las *South African Defense Forces*, comprada en Kempton Park, en las afueras de Johannesburgo, parecía un veterano *marine* norteamericano, de regreso del infierno de Somalia. Por primera vez en muchos días se había afeitado, en una *toilette* de la terminal. Salió del recinto como si se hubiera dejado veinte años en el lavabo, junto a las barbas, aunque respetó su bigote.

El empresario audaz estaba moreno, su piel, lisa y como de cobre. Vestía vaqueros, una camisa de algodón de tono rojizo y una cazadora de cuero, con la que se había protegido del invierno austral. Con tal apariencia, y sin desearlo, daba a entender en aquel remolino de personalidades y etnias, que era un duro anglosajón regresando de una aventura sugestiva o de filmar un anuncio de tabaco.

El oficial de aduanas, al comprobar que no entendía inglés, le interrogó en español con interés morboso, imaginando que era un galán maduro. Mas

Baltasar, que no captó la mentalidad cinematográfica del tipo, declaró que venía de vacaciones a reunirse con su mujer.

–¿Vive aquí su mujer?

–No. Ha llegado antes que yo, con un amigo.

El oficial descargó su puño con el sello sobre el pasaporte del viajero, y le deseó feliz estancia.

Se plantó Baltasar en la parada de taxis con su apostura de *cowboy* en la ciudad. Un negro de ademanes enérgicos le tendió un papel y le introdujo en un inmenso vehículo amarillo, exactamente igual a los que Baltasar había visto en las películas. Lo conducía otro negro, éste de apariencia frágil. Baltasar observó que el papel era la lista de precios hasta Manhattan, incluido el peaje de los puentes. O son muy ordenados o hay mucho sinvergüenza, pensó.

–¿Manhattan? –preguntó el chófer.

Baltasar extrajo del bolsillo una tarjeta con la dirección que Néstor León le había entregado, y se la dio al negro pequeño. Quizá no fuera tan pequeño y sólo lo aparentara en relación con el tamaño gigantesco de su automóvil.

Atravesaron durante largo rato los barrios de Queens, de casitas bajas, algunas de madera, como cajones con tejadillo pintoresco en medio de

jardincitos. Baltasar se impacientaba, y quería preguntar “¿Dónde están los rascacielos.” Pero, además de no poder hacerlo por ignorancia del idioma, le daba un punto de vergüenza.

Apareció Manhattan casi a la entrada del puente de Williamsburg. En ese instante, Baltasar sufrió un leve cortocircuito que le dejó por un instante con la mente en blanco. Su único pensamiento era éste: “Es cierto, Nueva York existe, lo estoy viendo con mis ojos.”

El taxista canijo le hizo recuperar la conciencia. A Baltasar le costó entender que le pedía el importe del peaje del puente.

Manhattan no tardó en devorar al taxi en su intestino delgado, y de nuevo Baltasar perdió de vista los rascacielos. Sin haber podido darse cuenta, se habían metido en un laberinto de calles estrechas como las de cualquier ciudad europea. Los edificios, con no más de cuatro alturas, eran de un estilo peculiar, ajeno a Europa.

Había diminutos solares cercados con tapias llenas de inscripciones y dibujos hechos con aerosol, casas en ruina, patios de baloncesto rodeados de vallas de alambre, donde algunos chicos jugaban. Espectacular era ahora el trasiego de los inmensos vehículos y de los ciudadanos, una variedad de tipos

imposible de encontrar en cualquier otra urbe. Les distinguía un aura en torno a su cabeza y sus hombros, que decía descaradamente: *Made in New York*.

El taxista le dejó ante una casa de ladrillo rojo, con ventanas adornadas de cornisas geométricas en los dinteles, en mitad de una de las calles estrechas del Soho. El edificio, como casi todos los demás, tenía una escalera metálica cruzando la fachada en zig-zag.

Baltasar pagó al negrito, que salió zumbando, achuchado por el bocinazo ronco de un camión de bomberos rojo y blanco, en el que viajaban un alegre grupo de *firemen* con uniformes y cascos interplanetarios.

Comprobó el número de la calle, releyó el nombre de su hospedero, y se encaminó al portal, al que se accedía por unos escalones. Al lado había una tienda donde vendían fruta, botellas de refrescos, alimentos enlatados y periódicos.

En uno de ellos decía algo de Nelson Mandela y F.W. de Klerk, quizá que estaban en Nueva York.

## **Cristo Negro en la calle 42**

*Nueva York*

El amigo de Néstor León era un judío llamado Avi-Noam Benjam, que había vivido en medio

mundo. Era unos diez años más joven que Baltasar, de aspecto refinado y hablar gentil. Su rostro era de niño moreno, pero su mirada, inquisitiva, de agente del *Shin Bet*, el servicio secreto israelí para asuntos interiores. Trabajaba de *maître* en un restaurante de prestigio del Bajo Manhattan. Hablaba hebreo, inglés, francés e italiano, todos correctamente. El castellano lo chapurreaba, pero se defendía mejor en un extraño idioma que resultó ser la lengua de uno de sus abuelos, un chueta de la isla de Mallorca.

Una de las primeras cosas que le preguntó Baltasar era si sabía de un judío ruso, al parecer ex-agente del K.G.B., que se dedicaba al negocio de los diamantes en Norteamérica.

Avi-Noam, que debía de estar acostumbrado a cuestiones todavía más peregrinas, le contestó sin inmutarse que no había oído hablar de semejante personaje, pero que intentaría averiguar algo, a pesar de que Baltasar ni siquiera le pudo dar el nombre.

Cobró Avi-Noam a su inquilino el alquiler por dos semanas de un cuarto limpio y ordenado, que daba a un patio interior lleno de maleza y cacharros, y se marchó a trabajar. En el precio de la habitación entraba el uso libre de la nevera y del resto de electrodomésticos y servicios de la casa, con excepción del equipo de alta fidelidad y de la colección de discos y cintas.

Baltasar descubrió en uno de los estantes una valiosa selección de música catalana, valenciana y balear, con ediciones inestimables de los autores de la *Nova Cançó*.

El empresario audaz era consciente de que debía esperar la llegada a Nueva York de Néstor León para empezar a buscar a Betty de modo sensato. Pero la impaciencia no le dejaba descansar.

Durante unos días se dio a recorrer la cuadrícula de Manhattan a pie. En cada pelirroja de cierta envergadura creía reconocer a Betty. Terminaba la jornada extenuado y con los ojos doloridos de tanto fijar la vista en todo pelo teñido de bermellón.

Dormía luego de un tirón cuatro o cinco horas, y a la mañana siguiente, bien temprano, se volvía a echar a la calle, buscaba una de las avenidas y emprendía su derrota, siempre con una bolsa al hombro que contenía una cantimplora, un plano de la ciudad y una edición de bolsillo de *Jacques le Fataliste*, de Diderot, que compró en una librería de Greenwich Village, para leer en un banco mientras reponía fuerzas.

Llegaba hasta Central Park, y regresaba hacia el Sur por la avenida siguiente. A veces hacía zig-zag por las calles. En las pares, tiraba hacia la derecha. En las impares, hacia la izquierda.

Donde le cogía el hambre, entraba en un

chiringuito y se despachaba un bocadillo y una cajita con ensalada. Como llovía con frecuencia, se había comprado un impermeable con capucha de plexiglás amarillo.

De los quizá diez millones de habitantes y transeúntes de Nueva York, alrededor de media docena se quedaron con la imagen de un tipo con impermeable al verle pasar más de una vez a su lado, y le tomaron por un *homeless* aseado, un loco miserable de los que no tienen dónde caerse muertos, que duermen en el Metro o en cajas de cartón. De alguna forma, no se equivocaban.

Cierto atardecer observó a lo lejos, en la esquina de la calle 42 con Times Square un grupo extravagante de buhoneros. Mas no vendían falsos relojes de marca ni gorras ni camisetas. Se trataba de una banda de negros iluminados por la luz interior de la fe en Cristo.

Eran todos robustos, y ocultaban su mirada fanática tras unas gafas negras. Vestían indumentarias extravagantes. Algunos, una suerte de hábito o toga de color azafrán, y un pañuelo oscuro en la cabeza; otros, vaqueros con las perneras dentro del cerquillo de unas botazas terroríficas, chalecos o camisas con decenas de bolsillos. Otros vestían sencillamente uniformes de campaña y anchas cintas blancas en el pelo. Formaban una herradura en torno a un orador, que largaba un

discurso automático y movía las manos, en una de las cuales llevaba un libro. Ciertos elementos del equipo iban armados de bates de béisbol o de trancas.

Ni un alma les hacía caso.

La perorata vertiginosa debía de estar celebrando la superioridad de la raza negra, según deducía Baltasar de una inscripción en letras amarillas sobre un papelón negro: “Jesús era tan negro como yo”. Otro de los iluminados sostenía un cartel pequeño delante de su pecho que decía, “Jesús era más negro que yo”, cosa realmente peregrina.

Observaba Baltasar a los cristianos negros, apoyado en la baranda de la escalera del Metro de la calle 42, en la misma actitud que se observa un espectáculo taurino, cuando percibió a su espalda una música coral.

Volviéndose, divisó a no mucho más allá de cincuenta metros, otro grupo de cristianos. Los nuevos, sin embargo, eran mayoritariamente blancos y rubios. Les dirigía un tipo cargado de una cruz con una ruedecilla en la contera. Era un sujeto fornido, de pelo rizado y trigueño, y mirada de felicidad o buen humor. Venían cantando himnos y reclamando el arrepentimiento de la ciudadanía piadosa.

Sin darse cuenta de lo que había en la esquina, se plantaron a la altura de Baltasar. Los defensores de

la pigmentación negra de Nuestro Señor Jesucristo se estiraron al percatarse de la competencia, y se cogieron con fuerza a sus garrotas.

El predicador de color se puso a gritar como un energúmeno. El cabecilla blanco se detuvo en seco y se volvió a su grey, dirigiéndoles una mirada interrogativa.

Durante unos instantes, se mascó la tragedia. Los transeúntes se desviaron de ambos grupos, corrillos de gente se detuvieron a lo lejos. Baltasar evacuó su tribuna para no verse envuelto en una desagradable disputa religiosa.

De pronto apareció, quizá de la nada, quizá de una comisaría subterránea, un coche de la policía metropolitana, y se detuvo ante las dos huestes.

El energúmeno negro bajó el tono. El blanco de la cruz a cuestas torció a la derecha y se puso a cruzar a la otra acera de la calle 42, aprovechando que el semáforo se había puesto verde para los peatones. Su grey le siguió voceando las maravillas del señor.

Poco después del inocuo incidente, Baltasar entró en una cafetería bastante limpia de la Séptima Avenida a reponer fuerzas. En ello estaba, sentado en una alta banqueta de cara a la pared, cuando observó por el rabillo del ojo un brillo que creyó bermejo. Miró sin disimulo y tropezó con la sonrisa y el busto

espléndido de una morena de pelo claro, con un pañuelo anaranjado en torno al cuello.

Devolvió la sonrisa y se perdió como un naufrago en los ojos verdosos de la joven. Se le ocurrió decir “*Good morning*”, y la muchacha dijo algo incomprensible en inglés.

- *Ai no espic inglish. Parlez vous Français?*

La joven dijo que sí, y le preguntó que si era francés.

A Baltasar le pareció que la había visto antes en algún sitio, recientemente. En Johannesburgo, en Río de Janeiro, en algún aeropuerto, en un avión.

Por fin cayó en la cuenta. Era una de las cristianas blancas itinerantes que cantaban las maravillas del Señor por las calles de Manhattan.

## **La profecía de la Séptima Avenida**

*New York*

En cuestión de minutos, Baltasar llegó a conocer todo lo necesario de la joven piadosa para formarse una idea de ella. La muchacha parecía estar formada con la misma pasta de la ingenuidad y la inocencia. Se llamaba Priscila, era danesa, estaba de vacaciones, trabajaba de administrativa en

Copenhague para una compañía de líneas aéreas, estaba divorciada y tenía dos hijos. Se había unido por un rato a aquel grupo de peregrinos, al que había encontrado casualmente en Nassau St., porque compartía con ellos sus convicciones apocalípticas, siendo ella feligresa de un grupo evangélico danés que sabía de buena tinta que a la Humanidad le quedaban pocos años.

—¿Viene usted andando desde Nassau St? — preguntó Baltasar, que ya sabía de distancias—. Debe de haber más de seis kilómetros.

—Ha sido una hermosa manera de recorrer Manhattan. Llevo sólo dos días en América.

A Baltasar le intrigaban de la muchacha dos cosas, su fe inamovible en el Apocalipsis y su impasibilidad ante un desastre del que ella misma no podría escapar.

—Una gran Bestia surgirá de la tierra y se adueñará del mundo —explicaba Priscila como si estuviera contando una película—. Será la señal para la llegada del Anticristo. Provocará la confusión y la guerra en el planeta. Enseguida terminarán los días del hombre con el descenso a la Tierra del Cordero.

No había ni énfasis ni retórica en su voz. Pero tampoco encontró Baltasar rastro de fanatismo o locura. Aquella mujer simplemente creía en la

profecía, con la naturalidad de cualquier ciudadano que sabe que si se nubla mucho el cielo y se carga de electricidad la atmósfera, romperá a llover. Son cosas que no pueden evitarse.

–Sólo se salvarán los renacidos en la fe de Jesús.

–¿Los cristianos? –preguntó Baltasar.

–No es imprescindible. Además, hay muchos cristianos que no lo son, aunque estén bautizados. Para salvarse sólo es necesario creer en el mensaje de Cristo. La confesión religiosa da igual. Pueden salvarse musulmanes y judíos, budistas y agnósticos. Sólo hay que creer.

–Pero ¿creer en qué?

–En el amor al hombre. El amor absoluto. Sin condiciones.

Baltasar escuchaba a la danesa con un respeto auténtico, inclinando el cuerpo hacia el tablero que surgía de la pared, y sorbiendo de vez en cuando del tazón de café hirviente que le habían servido hacía rato.

Le parecía extraordinario que Priscila fuera capaz de formular aquellos disparates con semejante calma y sin evidenciar el menor asomo de enajenación. Además, le conmovió el sincero interés de la creyente en su salvación personal, en la

salvación de un desconocido con el que acababa de trabar conversación.

–Y todo eso, ¿cuándo ocurrirá? –preguntó el español con seriedad.

–Pronto. La señal se dará en Europa. Le confieso que he venido de vacaciones para intentar ver mejor, para intentar descubrir en la distancia esa señal. Pero todavía no se ha producido, o yo no he sabido verla.

En ese instante entró un hombre en la cafetería, dio unos pasos hacia la barra resuelto a tomar algo, se detuvo repentinamente en seco, dio media vuelta, salió otra vez a la calle y se mezcló con la muchedumbre anónima de la metrópoli.

Todo ello ocurrió sin que Baltasar, absorbida su atención por la bella Priscila, se enterara de que quien acababa de perderse en la Séptima Avenida era el indostano Haffajee.

De regreso a casa, Baltasar se fijó en el escaparate de una librería. Destacaba en él el anuncio de un libro sobre un cajoncito tapizado de azul. “Nostradamus, la definitiva cuenta atrás”. En letras reflectantes color naranja sobre un fondo tenebroso se incitaba a la compra del libro, con una lista de las predicciones reveladas en él, gracias a la interpretación de los versos herméticos del visionario

francés. Decía la lista: “La III Guerra mundial antes de siete años. El final de la monarquía británica. Las víctimas del SIDA, en cuarentena. Revelaciones de fraudes financieros en Suiza. Llegada de una fuerza vital procedente del espacio exterior. Asesinato de un dirigente americano en Londres. Eventos que pueden afectarnos materialmente a todos.”

Baltasar se vio a sí mismo reflejado en el cristal de la librería, leyendo con atención los anuncios tremendos de Michel de Nôtre dame, y retiró la mirada de sus propios ojos. Enseguida se puso en movimiento, a empujones de un extraño resorte etiquetado “vergüenza”.

Se llevó a rastras con él un incómodo estorbo etiquetado “frustración”, porque le habría gustado entrar en la tienda y comprarse el libro de las revelaciones.

Súbitamente sintió una apremiante necesidad de salvarse. Si en ese instante se le hubiera aparecido la bella Priscila flotando en una nubecilla de vapor de las que salían del pavimento de Manhattan, Baltasar la habría cogido de las manos y le habría suplicado que le salvase a él también. Habría renunciado a todo Baltasar para salvarse en aquel momento.

## **El mensaje en la botella**

*New York*

Avi-Noam Benajam, el de la mirada de agente del servicio de inteligencia, le contó al día siguiente a Baltasar que había echado al mar una botella con su mensaje.

–¿Al mar? ¿Qué mensaje? –preguntó intrigado el español.

–Sobre ese judío ruso de los diamantes.

–¡Ah!

Baltasar pidió a Benajam que tradujera a román paladino la metáfora del mensaje en la botella. El judío le explicó que había corrido la voz entre determinados clientes del restaurante.

–Si hay en Nueva York un judío ruso ex-agente del K.G.B. que se dedique al negocio de los diamantes, le encontraremos tarde o temprano.

–¿Y si no está en Nueva York?

–Entonces más tarde que temprano. Pero aparecerá. Seguro que acabará enterándose de que le busca un empresario español.

A Baltasar, la estrategia de Avi-Noam le pareció ingeniosa, pero un tanto fantástica, si se tenía en cuenta que Nueva York cuenta con más de ocho millones de vecinos, además de los transeúntes y de

los emigrantes ilegales. Pero el empresario audaz se había acostumbrado en los últimos meses a observar prodigios donde no podían esperarse más que vulgares fracasos.

—¿Y no sería más acertado poner un anuncio en el *New York Times*? —sugirió de todas maneras.

—¿Usted suele leer los anuncios por palabras de los diarios de la ciudad en la que tiene su casa?

—No, prácticamente, nunca.

—El sistema boca a boca es el mejor. En todas partes. Sobre todo en Nueva York.

Baltasar aceptó el razonamiento sin oponer otra resistencia, porque su propia demanda de buscar a un judío sin nombre y a una pelirroja española en la urbe más cosmopolita del mundo, eran dos cosas insensatas.

Pronto empezó a sentirse en Nueva York como el anónimo personaje de un inmenso guión que se escribía cada mañana en las largas y densas calles y avenidas de Manhattan, o como el extra de una película que volvía a rodarse cada veinticuatro horas. Incluso llegó a considerar la veracidad de una vieja broma cartesiana, según la cual un demonio malévolo nos hace creer a cada uno de los hombres que vivimos en una ciudad y que tenemos una familia, un trabajo y

unos amigos, cuando en realidad nada de esto existe, es todo una fantasía proyectada en nuestras mentes sin cuerpo, vagabundas por un espacio sin dimensiones.

“Quizá soy una simple *res cogitans*, un objeto pensante flotando en el vacío”, se decía Baltasar mirándose al espejo, mientras se afeitaba los pelillos de barba ficticia en sus mejillas de mentira.

Estaba cerrando la puerta del apartamento una mañana para salir a la calle, cuando escuchó el timbre del teléfono. Se detuvo por un instante en el umbral, pero enseguida tiró de la hoja blindada y echó media docena de cerrojos. Coger el teléfono era inútil, no entendía nada.

En menos de un minuto se halló en el asfalto, cruzó de acera hacia un edificio de fachada intensamente rosa con su escalera negra descendiendo (o ascendiendo) de un balcón de hierro forjado a otro. En el suelo de los balcones había macetas lujuriosas muy bien cuidadas. Se metió en una casa de comidas, y pidió un *brunch*, que es algo así como un almuerzo.

Olvidó totalmente los timbrazos del teléfono de Avi-Noam que, en esta ocasión, le buscaban a él.

Alguien había recogido la botella y había leído el mensaje.

## Una oficina en Broadway

*New York*

–Lo siento –dijo Avi-Noam al hombre de piel negra que esperaba en el restaurante–. No está. Hasta la noche es imposible encontrarle.

–¿Dice usted que su amigo se llama Quesada? –preguntó Jeff Shackelford.

–Baltasar Quesada.

–Así que busca a un ex-agente del K.G.B.

–Eso dice él.

–¿Nada más? ¿No busca a nadie más?

–A su mujer, una española pelirroja. Pero yo sospecho que es una broma o que no se trata de su mujer, sino de una amante. No me parece un tipo majareta ni mucho menos. Es amigo de un viejo amigo mío de Ciudad del Cabo. Un hombre de vida azarosa. Los hombres de vida azarosa tienen amigos como ellos, tipos singulares, ¿no cree usted?

–Su amigo de Ciudad del Cabo ¿se llama acaso Néstor León?

–¡Prodigioso! –Avi-Noam perdió por un instante su aplomo–. ¡Oiga! ¿Qué está pasando aquí?

–Tome –Shackelford entregó al *maître* su tarjeta–. Désela a Mr Quesada, y dígame que conozco a su mujer.

–¡Prodigioso! ¡Prodigioso!

Jeff Shackelford se zambulló en el subsuelo de Manhattan con la naturalidad de un experto roedor. Tomó uno de los ferrocarriles locales que circulan bajo la Séptima Avenida, procedentes de Brooklyn, y se apeó en la calle 66. Era un día caluroso, y los túneles del subterráneo parecían un horno.

Ya en la superficie de Broadway, anduvo dos calles más en dirección al norte, entró en un edificio, cruzó el hall haciendo un saludo automático hacia la mesa del conserje, y se coló en uno de los ascensores que estaba a punto de dispararse con una carga de secretarias, hombres de negocios, secretarios y mujeres de negocios.

Dejó el periodista la caja volante en el cuarto piso y se encaminó a una oficina. En una placa de metal dorada atornillada a la puerta podía leerse, *“Intercompany Worldwide Management”*.

Ante la puerta, Shackelford dio en imaginar que tras ella encontraría a una elegante mujer de edad variable, con arreglo a la distancia desde la cual se la observara, y que esta mujer le miraría por encima de las gafas y de la pantalla de un ordenador, como se mira a un intruso indeseable.

Al empujar la puerta se encontró, sin embargo, frente a un recibidor desnudo, sin ni siquiera un

mueble. Radek no se había tomado la molestia de disfrazar su madriguera.

Había tres puertas cerradas. El periodista se acercó a la que tenía más cerca, llamó con los nudillos y accionó el pomo. Patinazo y ridículo: se trataba de un armario vacío.

La siguiente puerta daba a una habitación con una ventana asomada a un patio interior, y también estaba vacía.

La tercera puerta la encontró Shackleford entornada. Con cierta aprehensión, le dio una patadita con la punta del zapato, como si temiera encontrar a Radek transformado en escarabajo.

—¡Hola, Shackleford! ¿Cómo está?

Al periodista le recorrió el espinazo un fugaz escalofrío. Sólo un instante, el que necesitó para comprender que no le hablaba ningún monstruoso insecto desde la nueva habitación vacía, sino Radek, que estaba a su espalda.

El judío ruso posiblemente venía del lavabo, porque su mano estaba fría y algo húmeda.

—Todavía no he empezado a amueblar la oficina —se disculpó—. Tampoco tengo secretaria. Quizá le interese el puesto a Betty García, la española que trajo usted de Bélgica.

–No sé quién dice. ¿Una española de Bélgica?... ¡Ah! Ya sé. Una pelirroja... –Shackelford se sentía sarcástico.

Radek puso una sonrisa en su cara de cadáver.

–No le serviría, Radek. Creo que esa mujer ha perdido completamente el juicio . Se ha unido a una secta de hispanos y negros del Bronx que aseguran conocer el secreto de la paz universal y la fórmula para acabar con la miseria del mundo.

–¿No la habrá usted infiltrado en el grupo-tapadera de los que quieren eliminar a Mandela y a De Klerk?

–No son los mismos. Pero están conectados – contestó el periodista.

–¿Para qué quería verme, Shackelford? –Radek se acercó a la ventana del único despacho que se asomaba a la calle. Apoyó la espalda en el alféizar y puso las manos a ambos lados del cuerpo. Uno de sus hombros estaba dividido por la línea que separaba el sol de la sombra, dando una impresión arlequinesca.

Siguió hablando en un tono que implicaba sinceridad y emoción.

–He pensado que usted podía asociarse a mí, ahora que abro mi negocio oficialmente en Nueva York. Quizá le interese. Piénselo, por favor.

–No me haga llorar, Radek. Además, yo sólo sé

buscar información. No sirvo para otra cosa. No robo, no especulo. Ni siquiera sé bailar como un afroamericano auténtico.

–Buscar información es su fuerte. Esa sería su colaboración en la empresa –dijo Radek, impasible al sarcasmo del periodista.

–Yo busco información para descubrir la verdad, no para venderla.

–Ahora el que me va a hacer llorar es usted a mí, Shackelford.

El periodista esbozó una sonrisa ambigua.

–De acuerdo. Le vendo una información.

Radek movió ligeramente la cabeza.

–Puedo encontrar a Néstor León.

–¿En Nueva York?

–Cuando llegue a Nueva York. Sé dónde se alojará.

–¿Y qué valor se supone que tiene para mí esa información? –Radek cruzó los brazos sobre el pecho y se meneó hacia la parte en sombra–. Lo primero que hará Néstor León nada más aterrizar en Nueva York será buscarme. Usted lo sabe.

–Está bien –el periodista inició un movimiento de retirada, metiendo una mano en el bolsillo del

pantalón—. Puede que la firma de los documentos que usted necesita para obtener el dinero, se la tenga que pedir a un cadáver. Recuerde que a Anton Guelke se le murió la mano en Africa.

Radek impulsó su cuerpo hacia delante, dando un paso hacia el centro de la habitación desierta.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo averiguo unas cosas y deduzco otras. Néstor León tiene una deuda con Haffajee. Haffajee es el competidor más inmediato y fuerte que usted tiene. Me he enterado gracias a que sólo la verdad me satisface, ¿lo recuerda? Trabajé duro en Amberes. Y aquí también lo he hecho. He averiguado casi todo sobre usted y sus negocios. Nada extraordinario. En el *Post* lo pondrían en un recuadro en página par. Las aves de presa soviéticas levantaron el vuelo al arriarse del Kremlim la bandera de la URSS, y están posándose donde pueden. Es algo vulgar, algo muy humano. Los directores de periódicos desean misterios inexplicables, crímenes bañados en sangre, aberraciones sexuales. No es usted su modelo. Usted es un ser corriente, como yo, pero con una agenda de teléfonos más completa. Nestor León también es un tipo vulgar. Como Haffajee. Pero Haffajee matará a Néstor León por venganza, o para impedir que usted se haga con todo ese dinero. ¡Esta sí que es una buena historia de bajas pasiones!

–¡Demonios, Shackelford! ¿Por qué no deja usted que suceda fatalmente y luego la escribe? ¿Por qué se interfiere?

–Porque quiero evitar que muera un ser humano. Este tipo de cosas le hace sentirse a uno mejor que una decena de rayas de cocaína. Y porque le tengo simpatía a esa pelirroja enloquecida, Betty García. Y a su marido también, que ha recorrido medio mundo detrás de ella.

–¿Qué tiene que ver esa pareja en esta historia?  
–preguntó con curiosidad Radek.

–Quien maneja los hilos de la secta en la que está Betty García es Haffajee. La utilizará si puede. Contra Nestor León, o contra quien le convenga.

–¿Haffajee está en el complot para asesinar a Mandela y a De Klerk?

–No me haga preguntas retóricas. Lo sabe usted mejor que yo. Igual que sabe que es un complot condenado al fracaso. Son unos chapuceros. Están infiltrados por la policía leal a Pretoria y por el FBI. Néstor León ha hecho un favor a Suráfrica. Aunque se lo ha cobrado caro.

–Buena pieza.

–Usted lo conoce bien.

–Le admiro, Shackelford. Lo ha desenterrado casi todo.

–Soy un buen profesional. Y también cobro. Asegurarse de que Néstor León firma los documentos le va a costar a usted quince mil dólares.

–Diez mil.

–Trece mil.

–¡Hecho! ¿Tiene usted sangre judía, Shackelford?

–Una bisabuela falacha –dijo riendo entre dientes el periodista.

## **Un salvavidas en la calle Bovery**

*New York*

Baltasar Quesada huyó del Soho en un autobús que subía hacia Central Park. Sintió un raro alivio al entrar en la parte de Manhattan donde se estiran los edificios hacia el cielo y las calles pierden su nombre, transformándose en significativos números. Era un nuevo día de búsqueda. Pero algo le decía que no sería un día más.

Se dedicó a recorrer el trozo occidental de la isla, entre las calles 60 y la 44, hasta el edificio de Naciones Unidas. Compró en un puesto ambulante un perrito caliente y un bote de refresco, y se detuvo a almorzar en los jardines de la ONU que dan al East

River. Miraba, sin fijar la vista, hacia el islote de U Than y los muelles de Queens, al otro lado del río.

Sacó *Jacques le Fataliste* de la bolsa, lo abrió al azar, y leyó la oración que *Jacques* le hacía al Ignoto: “Tú, que has formado el gran rodillo, quien quiera que seas, y cuyo dedo ha trazado todo lo que está escrito allá arriba, tú sabes desde siempre lo que me ha de ocurrir; hágase tu voluntad, amén.”

Cerró el libro, meditabundo. Levantó la cara al cielo y siguió la derrota de un avión que descendía sobre el aeropuerto de La Guardia.

A primera hora de la tarde se sintió cansado y tomó en Lexington Avenue, frente a Gran Central Station, un autobús hacia el sur. Baltasar advertía la presencia oculta de un autómeta interior, y se dejó llevar por él.

A la altura de la calle 23 descubrió la diferencia entre el autómeta y su yo consciente. El Baltasar Quesada oficial, el que se suponía que le representaba frente a los demás, llevando aparentemente las riendas de su cuerpo, continuaba la tarea cotidiana de buscar la aguja Betty García en el pajar de Manhattan. Mas el otro, el Baltasar autómeta, estaba buscando a la bella e inocente Priscila.

Baltasar (los dos) tuvo la certidumbre de que la encontraría antes del ocaso. Lo pensó de un modo

casual, intrascendente, como si en lugar de tratarse de un hecho que le afectaba a él, fuera una incidencia ajena.

Obedeció la orden del autómeta de solicitar parada al conductor del autobús, y se apeó en el Bowery, esquina a Grand St., en pleno barrio chino.

La mayoría de los anuncios en azoteas y marquesinas de los comercios estaban en ideogramas de colores, y la misma decoración de los edificios era del todo oriental.

Se quedó parado ante una sastrería de trajes de bodas. Al otro lado del cristal, un grupo de maniqués vestidas de novia acompañaban a otros muñecos en traje de chaqué. Las facciones de las figuras eran orientales, y los precios estaban ilustrados con raros signos del alfabeto chino, pero el conjunto era de un occidentalismo incuestionable.

Delante de Baltasar pasaba gente más inusual de la que estaba acostumbrado a ver en Nueva York, en especial asiáticos, unos cuantos europeos, pero muy pocos negros.

No se movió de allí en un buen rato. El autómeta le había clavado en la acera, entre el escaparate de la sastrería y una bomba de incendios. No sentía ninguna necesidad de moverse, ni tampoco de cuestionarse por qué estaba allí plantado.

El sol cayó tras la línea irregular de los tejados y la luz perdió intensidad. En un momento impreciso, tal vez en el inicio del ocaso, Baltasar vio venir hacia él a la joven Priscila, que le reconoció de lejos y le sonrió. Baltasar sintió un súbito vacío en el estómago.

–Me gustaría invitarla a cenar –dijo el español.

–¿Hoy?

–Ahora mismo.

Baltasar estaba seguro de que aceptaría.

Priscila aceptó.

Echaron a andar por Grand St., como dos náufragos europeos en el mar de China. En una de las calles que la cruzan vieron un grupo de banderolas italianas colgadas en la escalera de incendios de uno de los edificios. Al fondo de la calle se veía la silueta borrosa del Empire State con su aguja clavada en una nube.

Era un restaurante italiano, que resistía en aquel barrio dominado por la decoración y la demografía aplastante del extremo oriente.

Durante la cena rara vez conversaron de temas trascendentes. Al menos ésta fue la impresión que tuvo Baltasar, que se sentía inesperadamente relajado y a gusto. El español habló de su niñez, contando a la danesa estampas del estoicismo ibérico de los años

cincuenta, que a Priscila le sonaron a fábulas de las Mil y Una Noches. Baltasar, que como ha quedado dicho era un adelantado misticador, aliñó con sabrosos aderezos la vida en las chabolas, la explosión industrial, las formalidades del catolicismo imperante. Le salió un retrato más parecido a la España de *Merimée* que a la España Franquista. En su fuero interno, estaba convencido de que había poca diferencia.

La mujer le escuchaba sin interrumpirle. A veces se quedaba quieta con ambas manos en las mejillas, los codos clavados en la mesa, la nariz de punta esférica sobresaliendo de su cara, los labios apretados y el mentón redondo y fuerte como un melocotón maduro. Su pelo negro y liso enmarcaba la mirada transparente.

Cuando llegó su turno, Priscila se puso a hablar de su fracasado matrimonio y de sus dos hijos, de quienes enseñó fotos al español. Hablaba Priscila de la relación con su ex-marido con una objetividad escrupulosa, distanciándose. Pero a la vez, con una pasión palpable, con la convicción absoluta de que la separación había sido necesaria y beneficiosa.

Baltasar se sintió en deuda, porque él no había mencionado para nada su vida íntima reciente. Había sido una decisión a medias consciente, apartarse de las malas memorias para sentirse más libre y a gusto.

–Quiero decirte una cosa –la interrumpió el hombre–. Quiero decirte que admiro tu serenidad, tu aplomo. Es algo que me choca muchísimo. El fracaso más grande de la vida de una persona, su matrimonio, te deja imperturbable. La inminencia del fin del mundo, la aceptas como una tormenta de verano. ¿Por qué? Me gustaría saberlo.

–No lo sé. Ni siquiera me he dado cuenta de eso que dices. Quizá soy una mujer fría. Como soy nórdica.

Baltasar se echó a reír y dio un golpecito en la mano de Priscila. Fue un gesto involuntario, de un cariño espontáneo. Mas al tocarla notó una descarga eléctrica.

–No me refiero a eso. Ni mucho menos me pareces una mujer sin sentimientos. Todo lo contrario. Es esa combinación de emoción real y resignación absoluta lo que me impresiona.

Priscila cogió con los dedos su colgante de plata con un símbolo hebreo que bailaba en su garganta, y se puso a darle vueltas.

–Será que creo que da igual. Son cosas que están escritas. No tiene ningún sentido oponerse a lo que está escrito. Tampoco tiene sentido forzar a los demás a que crean que todo está escrito. Los seres humanos somos criaturas indefensas. Necesitamos que alguien nos salve.

–“Tú, que has hecho el gran rodillo, quien quiera que seas, y cuyo dedo ha trazado todo lo que está escrito allá arriba, tú sabes desde siempre lo que me ha de ocurrir; hágase tu voluntad, amén.”, recitó Baltasar.

–¿Es una oración?

–Sí. De *Jacques le Fataliste*.

–¿Un amigo tuyo?

–Simplemente un conocido. Un vagabundo.

Priscila soltó la cadenita, bajó la mano hasta la mesa y la dejó caer sobre la de Baltasar. La mantuvo allí un rato, le dio unos golpecitos, y la retiró. Durante todo el tiempo, el hombre contuvo la respiración, mirando aquella mano-bálsamo.

Cuando abandonaron el restaurante italiano había anochecido. Anduvieron por el barrio chino sin ningún rumbo. Baltasar no tuvo conciencia de si el paseo duró minutos u horas, para él se trataba siempre del mismo momento, la misma fracción de segundo, pero congelada en una sustancia hecha de pura emoción.

Finalmente advirtió que se habían detenido junto a la tienda de trajes de boda del Bowery.

–¿Por qué se para usted? –dijo como si despertara de un sueño, y regresando al tratamiento

que había dejado de usar durante la cena.

–Yo vivo aquí, caballero –dijo Priscila, que interpretó el tono de Baltasar como un rasgo de humor–. ¿No quiere usted subir a tomar un té a mi apartamento?

Por la escalera la muchacha explicó que era la casa de una amiga suya, una azafata escandinava ahora ausente.

Priscila preparó el té y lo dejó frente a Baltasar sobre una mesita moruna. El hombre se hallaba sentado en una *chaise longue* en forma de tabla de *surf*. La muchacha se había desabrochado la blusa. En el amplio escote de su camiseta oscilaron dos senos juveniles, como dos auténticas ofrendas ante los ojos del perplejo varón.

Se sentó ella a su lado y se pegó a él. Baltasar la tomó de los hombros. Una energía benefactora tornó a subir por su brazo y vivificó su acartonada libido, al tocar con la mano la carne descubierta de Priscila.

–Me gustaría salvarme –dijo él en voz bajita, con la vista en el juego de té. Luego, se volvió hacia la mujer–. Me gustaría que me salvaras.

Ella se apretó todavía más.

–Quiero que me salves, por favor.

Ella se dejó besar y respondió a las caricias del hombre.

Cayeron los dos sobre la *chaise longue* y se abrazaron con una ternura casi olvidada, la ternura de la carne dominada por el espíritu. Así se despojaron de la ropa.

Y una vez que hubieron consumado los juegos y proezas del amor, ella le dijo acariciándole:

—Sólo tú puedes salvarte, Baltasar.

## **Perdido en el Soho**

*New York*

Durmieron juntos aquella noche, es decir, hicieron los dos vigilia oyendo la sirenas de los coches de policía, las ambulancias y las bocinas-trueno de los coches de bomberos.

Baltasar imaginó que había estallado una guerra en Chinatown y que ellos se encontraban en el único refugio.

Cada vez que el hombre hacía un comentario, Priscila se apretaba a él con voluptuosidad. Para Baltasar era la primera vez en muchos meses que pasaba la noche con una mujer, y apreciaba avaramente cada milímetro cuadrado de piel de la danesa.

Hubo sólo una acción de la mujer que le

desconcertó al inicio del juego amoroso. Nada más desnudarse el uno al otro, Priscila se apartó de Baltasar sin dejar de sonreírle, abrió un cajón, tomó algo y lo dejó sobre la bandeja de té. No dijo ni una palabra, no indicó nada. El único gesto que hizo fue besar al hombre y abrazarse a él de nuevo. No hacía falta expresar nada, Baltasar lo comprendió al instante, al descubrir que junto a las tazas y el azucarero, lo que había dejado Priscila era una caja de preservativos.

Tres veces repitieron el amor, embistiéndose, sin preservar de los labios ningún rincón de sus dos cuerpos. La última vez, había amanecido.

–¿Cómo te encuentras –preguntó Priscila a Baltasar, dispuesto ya a partir.

–No sé quién soy. Me he perdido en tu piel. Ahora, además de buscar a mi mujer, me habré de encontrar a mí mismo –Baltasar estaba ya en la puerta–. ¿Me dejarás volver para buscarme?

Arremetieron el uno contra el otro. Pero pronto se calmaron, porque habían agotado toda su pasión de carne. Les bastaba con mirarse y cogerse de las manos para amarse.

De camino a casa de Avi-Noam, Baltasar tuvo la impresión de que pasaba por un escenario soñado. Todo era irreal. El frescor de la mañana, la

muchedumbre heteróclita y su flujo por las aceras y los túneles del Metro, los edificios de colores, los cajones de fruta en las aceras, los borrachos y vagabundos, los ciclistas negros con chichonera. Sólo su interior, la extraordinaria huella de la noche era real para Baltasar Quesada.

“¡Qué lástima que no sea posible borrar el pasado, borrar años de mí, dejarlos caer en una alcantarilla! ¿O sí es posible? Quedarse sólo con lo último, con lo más hermoso, con lo más auténtico.”

—¡Baltasar!

Era Avi-Noam, que le llamaba nada más abrir la puerta.

El judío americano salió a recibirle con algo en la mano. Era una tarjeta. Se apresuró a decirle que tenía que llamar por teléfono a aquel individuo, un periodista del *Post*, que tenía noticias directas de Betty.

El nombre de su mujer le sonó ajeno, a una etapa de su vida que había ya olvidado. Pidió a Benajam que llamara él, por el problema del idioma. Marcó el judío, pero no contestó nadie.

—No tiene contestador. Deberás intentarlo cada cierto tiempo. Si quieres encontrar a tu mujer.

Benajam había dicho esto último en un marcado

tono condicional. Al menos así lo captó Baltasar.

El empresario se sentó con el fardo de su pasado al lado del teléfono, y no tardó en dormirse. De vez en cuando se despertaba, tardaba unos segundos en tomar conciencia de dónde se encontraba, y marcaba el número de Shackelford. Permaneció en el sillón hasta la tarde, dormitando, sin voluntad, sin resistencia, como si se hubieran ausentado de él todas las emociones.

Por fin, a las tres y media, descolgaron el teléfono.

—Mr Shackelford?

—*Speaking!*

—*Ai no espic inglish* —soltó Baltasar su letanía—. *Parlez vous Français?*

—*Oui.*

—*Je suis* Baltasar Quesada —fue todo lo que dijo.

—*Monsieur* Quesada! Me alegro de encontrarle. ¿Supongo que querrá usted hacerse cargo de su mujer?

—¿Hacerme cargo? —dijo extrañado Baltasar.

—Recuperarla, quiero decir. Perdone.

—Sí. —Súbitamente Baltasar se sintió un gran embustero.

–Hemos de quedar para ir a buscarla...

Shackelford hizo una pausa que indujo malas sospechas en Baltasar.

–Me temo que tendrá usted que rescatarla de una secta de majaderos.

–¿Una secta? –repitió Baltasar confundido.

–Me parece que todo lo que ha pasado le ha trastornado un poco la cabeza.

–¿Cómo la ha conocido usted, señor Shackelford?

–La liberé de un secuestro en Amberes y la traje a América. Ella no quería despegarse de mí.

–¿Es usted agente de un servicio de inteligencia?

–No. Soy periodista.

–¡Cielo santo! –exclamó Baltasar en español.

–¿Qué dice usted?

–Nada, nada. Permítame una cuestión personal, ¿se ha acostado usted con ella?

Shackelford se quedó mudo un instante.

–No. ¿Por qué quiere usted saberlo?

–Por nada. Pura rutina matrimonial.

Shackelford le preguntó si podía encontrarse con él inmediatamente.

—¿Dónde?

—En una cafetería que hay en el edificio del *Post*. Se llama *South St Cafe Diner*. Está en South St, entre los puentes de Brooklyn y Manhattan, frente al East River.

—Está bien.

Baltasar se hizo repetir la dirección y tomó nota de ella.

—Por cierto, ¿qué sabe usted de Néstor León? —preguntó Shackelford.

—Nada, de momento. Le espero cualquier día, pero no ha llegado aún. Puede que todavía esté en Suráfrica, o en Argentina, o en Banja Luka. No lo sé. Me importa un rábano.

—Lo entiendo. Pero si aparece por ahí, dígame que se evapore. Corre peligro.

—¿Peligro? ¿Quién le quiere hacer daño?

—Un hindú llamado Haffajee.

—¿Haffajee? —dijo con sorpresa Baltasar—. ¿También está aquí? Le conozco, estuvo a punto de romperme un brazo.

—No lo olvide usted. *South St. Cafe Diner*.

Baltasar se duchó en un santiamén, repuso fondos de un lugar secreto donde guardaba sus dólares y sus *traveller checks*, y se dispuso a emprender la última etapa en busca de Betty. Betty García Anglés, la madre de Rodrigo, su mujer durante diecisiete años.

Cogido al pomo de la puerta, se paró y dijo en voz alta.

—¿Por qué? ¿Por qué voy a buscar a Betty? ¿Por qué no me voy al Bowery y le pregunto a Priscila si quiere vivir conmigo? ¿Por qué no me voy a Copenhague y me hago luterano?

Tiró de la puerta y salió.

—No tengo salvación. Estoy perdido. Llevo perdido mucho tiempo. ¡Qué le voy a hacer!

Estaba en el descansillo y seguía hablando en voz alta.

El vecino de al lado, un homosexual de pelo teñido de naranja, le miró de un modo que Baltasar interpretó como menosprecio. El español le dirigió una sonrisa feroz, y le dijo casi en un grito:

—*Good morning, America!*

—*Good afternoon!* —corrigió el otro con amaneramiento.

## *L'estrella de plàstic groc*

*New York*

En la calle, Baltasar encontró especialmente hermoso el edificio rosa de la acera de enfrente. Había dos negros jóvenes con una indumentaria tan absurda que en cualquier otro lugar del mundo les habrían considerado unos bufones de feria. Pero eran mensajeros, que descargaban de una furgoneta unas cajas inmensas y planas, probablemente lienzos, que introdujeron en una galería de arte. Unos metros más abajo, a la puerta de un negocio que en España se habría considerado una verdulería, el encargado, un tipo con aspecto de paquistaní, leía un ejemplar del “*Daily News*” sentado en una banqueta.

Por el asfalto pasó despacio y sin hacer ruido un buque azul y blanco, con la insignia de la policía metropolitana de Nueva York. El agente que conducía parecía sonreír a la vida. Una anciana con sombrero paseaba un perrito. Las plantas que colgaban de la escalera de incendios en el edificio rosicler parecían más verdes. Era una tarde gloriosa.

Baltasar se sintió feliz por un instante, hasta que comprendió que no tenía ningún motivo para sentirse feliz. Entonces echó en falta el papel en el que había apuntado la dirección que le había dictado el desconocido Shackelford.

De una ágil carrera regresó al apartamento. Halló el papel al lado del teléfono. Extendió la mano para recoger la nota, y la retiró de golpe como si hubiera recibido un calambre. Era el timbrado del teléfono, que había empezado a rugir.

Baltasar lo cogió.

—*Hallo!*

—¡Baltasar!

En ese instante, Baltasar habría asegurado que su auténtica personalidad era la de *Jacques le Fataliste*, y más le valía aceptar aquello que parecía escrito en lo alto.

—¡Baltasar! Soy Néstor. Acabo de llegar a Nueva York. Estoy en el aeropuerto. Llamaba para ver si había alguien en casa. Cojo un taxi y estoy ahí en una hora.

El español fatalista recordó la advertencia de Shackelford.

—¡No vengas!

—¿Por qué?

—¡No debes venir aquí! Debes esconderte. Haffajee te quiere matar. Quizá vigile la casa.

—*Oh, shit!* Está bien. Iré a un hotel. Te llamaré en cuanto llegue.

–¡Escucha! ¿Por qué no vienes a ...? –Baltasar Leyó la dirección apuntada en el papel–. He quedado allí con el tipo que sacó a Betty de Amberes. Me va a llevar a buscarla.

–¿No será una trampa?

–¿Una trampa para mí? Yo no tengo velas en este entierro, hombre. Además, ha sido ese hombre quien me ha dado el recado para ti–. Baltasar terminó con una extraña carcajada.

De pronto se sentía eufórico, jovial, el amigo del protagonista de una película de acción. En el aparador vio un *walkman* que había comprado en Broadway y lo cogió al vuelo. Se encasquetó los auriculares y lo puso en marcha.

En la calle paró un taxi, y entregó al chófer la nota con la dirección.

En sus oídos estalló una escandalosa melodía interpretada al piano. Enseguida sonó la voz grave de Francesc Pi de la Serra. Era una grabación que Avi-  
Noam le había hecho, a petición suya, del cantautor catalán.

*És fluorescent la meva estrella  
de plàstic groc,  
i tinc la galta més vermella  
potser del colp*

*que m'he donat aquest matí,  
per saber si estava somniant,  
no és possible el que vist.*

(Es fluorescente mi estrella de plástico amarillo, y tengo la mejilla más roja, quizá del golpe que me han dado esta mañana por saber si estaba soñando, no es posible lo que he visto.)

Otra lluvia de risueñas notas de piano inundó sus oídos.

El taxi bajó hasta Canal St y la recorrió de este a oeste.

Baltasar observaba con incredulidad la hilera ininterrumpida de puestos en que vendían desde alcayatas hasta diccionarios, desde relojes hasta bombas de bicicleta. Pasaba el intrépido español ante aquel rastro del Nuevo Mundo y revivía en su cabeza intensas emociones del Viejo, de la excitante España Franquista, de las manifestaciones en las Ramblas de Barcelona: un grupo de jóvenes invade inesperadamente la calzada, interrumpe el tráfico y se pone a gritar consignas democráticas. A lo lejos aparece un *jeep* de la policía. Sobrevuela el barrio un helicóptero.

*Hi havia un vell que no podia  
córrer com jo,  
m'he aturat per ajudar-lo,*

*sóc massa bo.*  
*Resulta que el vell era jove,*  
*resulta que m'ha dit, ja et tinc.*  
*Eren dos quarts de cinc.*

(Había un viejo que no podía correr como yo, me he parado para ayudarlo, soy demasiado bueno. Resulta que el viejo era joven, resulta que me ha dicho, ya te tengo. Eran las cuatro y media.)

Las cuatro y media debían de ser en Nueva York, mientras el piano repicaba y retumbaba en la cabeza exultante de Baltasar. Entraba el taxi en el Bowery y enfilaba hacia el sur. Al fondo se distinguía el paso elevado de South St y el puente de Brooklyn saltando airosamente sobre el río. A la derecha de Catherine St, por donde circulaba, Baltasar veía jardincitos y edificios de quince o veinte pisos sucios por la polución. Del asfalto salían chorros de vapor como chimeneas de factorías clandestinas en el subsuelo de Manhattan.

Desembarcó del taxi en un estado de franca embriaguez, emotiva debía de ser, porque no había probado ni una gota de alcohol. Miró el interior del café, que sobresalía estrecho y alargado como un autobús de varios pisos adosado a la fachada del edificio gris del *New york Post*.

A su espalda, zumbaba el sordo rumor del

tráfico sobre el viaducto de South Street.

Empujó la puerta del *Cafe Diner* cuando salía un cartero en pantalón corto y sombrero *salakof*, tirando de un carrito con la correspondencia. Se deslizó el funcionario por delante de Baltasar, que le dejó pasar como si se tratara de un toro. El cartero, al cruzarse con el español dijo *Woops!*, cosa que Baltasar interpretó como una abreviación de buenos días, y contestó a su vez, *Woops!*

Nada más hallarse dentro Baltasar, se levantó de una de las mesitas clavadas al suelo y a la pared de las ventanas un hombre negro de respetable aspecto, y se dirigió a él con ademán amistoso.

–Mr Quesada?

–*Woops!* –Contestó Baltasar tendiéndole la mano.

–*Pardon me?* –dijo el negro algo desconcertado.

–*Êtes vous monsieur Shackelford?*

–*Oui.*

–*Comment allez vous, monsieur? Woops!* – repitió Baltasar sus “buenos días”, que tornaron a provocar la perplejidad del norteamericano.

Se sentaron y Shackelford preguntó si deseaba tomar algo.

Baltasar pidió una cerveza y un sandwich. Tenía una gran sed, y de pronto recordó que no había comido nada desde el desayuno en casa de Priscila.

En menos de media hora los dos hombres se habían puesto al corriente de todo lo que les convenía saber y que hasta ese momento ignoraban. Consumía Baltasar su tercera botella de cerveza, cuando se acordó de Néstor León, y comunicó a Shackelford que el aventurero se encontraba camino del Café.

—¿Quiere usted que le esperemos? —preguntó el periodista.

—Como usted crea. Si piensa que debemos ir cuanto antes a por Betty, le dejamos una nota aquí en la barra.

—¡Vamos! —Dijo Shackelford tras dudar un instante. Le dio el mensaje para Néstor León al barman, y salió con Baltasar a la calle.

—Espere aquí, que voy a por mi coche.

—¿Dónde vamos?

—Al Bronx. Estaremos de vuelta en una hora.

Condujo el periodista Manhattan arriba su Lincoln del tamaño de un yate, a lo largo del East River. En Harlem se desvió para tomar el puente de Triborough, sobrevoló un parque desolado hacia el este, y de nuevo enfiló hacia el norte, camino del

Bronx. Circulaba por una carretera muy concurrida, elevada sobre barrios de casitas de una o dos plantas. Finalmente dejó la vía volante, y se metió por el laberinto urbano hasta detener el vehículo ante una finca de ladrillo rojo con jardín.

–Aquí es –dijo señalando una especie de chalet macizo, con una entrada sobresaliente, como una garita blindada.

A Baltasar empezó a latirle con violencia el corazón.

Como si se tratara de una premonición, el cielo se encapotó casi de golpe.

Al poner los pies en tierra, Baltasar notó dos cosas. Una, que se encontraba casi sin fuerzas, probablemente a causa de las cervezas. La segunda, también efecto de las cervezas, era que sentía una violenta necesidad de orinar.

–Le espero aquí –le dijo a Shackelford.

Se dirigió el periodista a la montaña de ladrillo rojo y desapareció en el interior de la garita. Al cabo de unos minutos surgió de nuevo en el jardín, acompañado de otro hombre de color que estaba metido en un camión blanco con bordados islámicos.

En los ojos de Shackelford, Baltasar leyó contrariedad. Salió del coche aguantando como pudo

la explosión de su vejiga, y caminó hacia los dos afroamericanos de un modo forzado, como si tuviera el *Lincoln* sujeto con una cadena a su espalda.

–Betty se ha ido –dijo Shackelford–. Hace menos de una hora. Parece que acompañada. Pero no sé si ha abandonado la secta o la han vuelto a secuestrar. Este hombre no habla apenas inglés. Es cubano.

–¿Es usted español? –preguntó en ese instante el aludido, con acento del Caribe.

–Sí. ¿Qué sabe usted de Betty?

Sin embargo, Betty no era la principal preocupación de Baltasar en esos momentos. Estaba a punto de reventar.

–Nada. Ya se lo he dicho a su amigo...

Baltasar le interrumpió. No podía aguantar un minuto más.

–¿Hay aquí un servicio, por favor?

–¿Un qué? –dijo el hispano-africano.

–Un váter, un retrete. –Baltasar hizo unos gestos que no dejaban margen a la duda sobre el tipo de servicio que precisaba.

–Sí. Venga.

Una vez descargado su cuerpo, Baltasar se

sintió aliviado y lúcido. El cubano le dio preciosas explicaciones, que fue traduciendo a Shackelford.

–Dice que ha visto a Betty meterse en un coche con un tipo mayor y muy delgado. Parece que no iba forzada.

–¡Radek! –exclamó el periodista–. Pero, ¿para qué querrá Radek a su mujer? No lo entiendo.

–Dice que Betty comentó algo de buscar a un periodista que conocía a un tal Néstor León,... es decir, a Néstor León, se rectificó a sí mismo Baltasar.

–Puede que me haya llamado al periódico. ¿Tiene teléfono aquí? –preguntó al cubano.

–Sígame –dijo el aludido.

En la redacción hicieron algo más que confirmar la sospecha del periodista. Había sido Radek el visitante de Betty. Le dijeron que acababa de presentarse allí con una deslumbrante pelirroja, y que le habían enviado al *South St Cafe Diner*, donde suponían que podía encontrarse Shackelford.

–Nos hemos cruzado en el camino –explicó Shackelford a Baltasar–. Radek y su mujer iban hacia el sur, y nosotros hacia el norte.

Baltasar hizo una mueca de resignación.

–Volvamos al *South St Cafe Diner* –propuso el

periodista.

—¿Por qué no llama usted antes? ...  
Simplemente para cerciorarnos de que todo está bien.

—Tiene razón, Quesada. Debió haber sido usted  
periodista.

Al español intrépido no le hizo gracia la broma.

Shackelford marcó el número del Café.  
Enseguida le pusieron con Radek.

—¡Esto es fantástico, Shackelford! Parece que  
nos hayamos puesto de acuerdo sin necesidad de  
hablar. Yo le doy a usted la pelirroja, y usted me trae  
a Néstor León. Los dos sanos y salvos.

—Me pagará según lo convenido, supongo —  
advirtió el norteamericano—. Acláreme una cosa,  
Radek, ¿por qué ha venido a por la chica? ¿Qué  
interés tiene usted en ella?

—Un rapto de generosidad. Me he enterado de  
que esta noche van a hacer una redada contra los  
conspiradores que quieren asesinar a Mandela y a De  
Klerk. Así le evito una complicación a la mujer. Sé  
que le cae a usted simpática... Pero no se haga  
ilusiones. Néstor León le ha hecho un efecto  
magnético.

Shackelford dirigió a vista a Baltasar. El  
español notó que le miraban con lástima y se acercó al

periodista.

–¿Está Betty allí? –preguntó con alguna violencia.

Shackelford asintió con la cabeza.

–¡Que se ponga! –bramó entonces Baltasar, echándose encima del teléfono.

–El marido de la pelirroja quiere hablar con ella –transmitió el periodista a Radek.

El judío ruso tardó algo en responder.

–No quiere coger el teléfono.

Shackelford separó el auricular de su cara y encogió los hombros mirando a Baltasar, que le arrebató el aparato gritando.

–¡Néstor León!

Aproximadamente veinte kilómetros más al sur, en la isla de Manhattan, Radek pasó el teléfono al aventurero y le dijo en voz baja “Su amigo”, a la vez que inclinaba la cabeza en dirección a una pelirroja de aire ausente apoyada en la barra.

–Baltasar.

El español intrépido veía nítidamente la escena del *Cafe Diner*. Betty, más bella y arreglada que nunca, colgada de los hombros de Néstor León, sonriéndole con ironía mientras él hablaba con el

marido cornudo.

–¿Qué le pasa a Betty?

–Cálmate, por favor. Está confundida. Ha pasado experiencias muy duras. Dale tiempo. Ha sido una sorpresa. También para mí. Ella no sabía que tú estabas en Nueva York. La traen a un cafetín, y a la primera persona que ve es a mí mismo.

–Debe de ser que estaba escrito –dijo Baltasar. Y colgó.

–*On y va?*

–*On y va.*

### *À bout de souffle*

#### *New York*

Al salir a la calle descubrieron que el cielo, de un gris plomizo, vertía una manta de agua sobre el Bronx. El tráfico hacia Manhattan estaba congestionado. Cruzar el puente de Triborough les costó media hora en la cola del peaje. En la Franklin D. Roosevelt Drive, a lo largo del East River, se detenían en todos los semáforos.

Baltasar permaneció en un hosco mutismo hasta la calle 99. Súbitamente, como si la cifra tuviera propiedades mágicas, se puso a hablar con un timbre

extraño, quizá continuando en voz alta un discurso interior.

—No soy un hombre de acción. Siempre he creído que el camino de la voluntad extrema conducía a la destrucción... Los hombres que persiguen un objetivo a toda costa acaban rompiéndose la crisma o rompiéndosela a otros... Pero el camino de la observación conduce a la pasividad. Me gustaría encontrar el punto donde se cruzan los dos caminos e inaugurar uno nuevo.

Shackelford volvió la cabeza hacia él y esbozó una sonrisa. No tenía el más mínimo interés en lo que decía el español. Únicamente deseaba hacerle notar que estaba allí.

—Néstor León siempre ha sido un hombre de acción... Además de un canalla —continuó Baltasar, ahora dirigiéndose claramente al conductor—. Probablemente usted también es un hombre de acción... Yo también actúo. Pero sólo por causas legítimas, por motivos racionales, por un interés privado imprescindible. Yo no actúo por actuar. Yo calculo. Por eso me dejó mi mujer. Me lo dijo Clara Begís. Bueno, usted no la conoce. Betty estaba harta de la vida metódica. Se hartó de mis razones. ¿No cree usted?

—No sé por qué le abandonó su mujer, Quesada.

No es mi *business*. Pero lo que acaba de decir sobre los hombres de acción es una tontería. Todos los seres humanos actuamos. Nos pasamos la vida haciendo cosas. Y le aseguro que ni usted ni nadie sabe por qué. No pierda el tiempo buscando respuestas imposibles.

–He perdido interés en los por qué, se lo aseguro.

Baltasar sacó del bolsillo su *walkman*, extrajo la cinta, se la entregó a Shackelford y le pidió que la hiciera sonar en el aparato del coche.

–Es de un *folk singer* catalán –explicó Baltasar–. Si hubiera nacido en Nueva York en lugar de Barcelona, tendría la misma fama que Bob Dylan.

–¿Español? –preguntó Shackelford.

–Eso habría que preguntárselo a él. En mi país la confesión étnica es una cosa privada, como la religión.

El periodista norteamericano no entendió esta explicación críptica.

La voz de Francesc Pi de la Serra cantó con aire melancólico.

*“Sento el vent i em porta la pudor  
de la meva ciutat, els sorolls s'em fan dies.  
Veig el mar cada dia més lluny,  
i escric sense parar milions de tonteries.”*

(Huelo el viento y me trae el mal olor de mi ciudad, los ruidos se me hacen días. Veo el mar cada día más lejos, y escribo sin parar millones de tonterías.)

Baltasar tradujo como pudo al francés estas palabras simbólicas.

*“I després, quan l'acte acabarà,  
anirem a dormir, que la son no perdona.  
I jo demà tornarè a cantar  
i passarà el mateix i passarà una estona”*.

(Y después, cuando el acto acabe, iremos a dormir, que el sueño no perdona. Y yo volveré mañana a cantar, y pasará lo mismo y pasará un rato.)

–¡Verdaderamente hermosa! ¿Qué quiere decir?  
–preguntó Shackelford, después de escuchar la melodía y la traducción de Baltasar.

–Supongo que algo así como que nunca pasa nada. Era la impresión que daba el franquismo. Que siempre era todo igual, que nunca se iba a acabar.

–Su país habrá cambiado mucho, supongo.

–No estoy tan seguro. Sólo en lo formal. Les imitamos a ustedes muy mal. Somos muy malos actores. Se nos olvida el papel. Improvisamos. Y al final, el espectáculo resulta una chapuza.

Se habían quedado atascados en un tramo de la

calle cubierto por un techo de hormigón. A un lado estaba la pared, sucia de una pringue gris del humo de los carburantes; al otro, una franja plomiza que podía ser el cielo o la otra orilla del East River; y entre medias, un río de vehículos. Baltasar observó la cara de sus ocupantes. Eran la mayoría rostros serios, impasibles, como máscaras; blancos y negros, sobre todo negros; sumidos en hondísimos pensamientos o en la nada más vacía. El español pensó “me gustaría conocer por el nombre a cada uno de estos individuos.” Pensó esto, porque resultaba difícil creer que alguno de los individuos tuviera un nombre, más bien parecían muñecos. A Baltasar le embargó otra vez la sensación peligrosa de que nada de lo aparente existía, de que él, Shackelford y todos los que veía con las manos en los volantes de sus inmensos cochazos, no eran sino una ilusión creada por el malévolo diablo cartesiano.

–¡Baltasar! ¡Baltasar!

La voz venía de fuera del coche en el que el aludido viajaba. Era un timbre conocido. No supo al principio dónde buscar la voz. Rastreó con la mirada la penumbra de aquel semi túnel. Entonces vio al mismísimo Heliodoro Almécija, con una gorra verde de visera que decía *US Army*.

A Baltasar le sobresaltó la aparición (¿era una pesadilla?), movió bruscamente la pierna derecha y se

golpeó la rodilla contra la manivela del elevallunas, haciéndose bastante daño. Pero Heliodoro seguía allí, y se aproximaba a pie sorteando el laberinto de coches. Al llegar junto a Baltasar, le cogió del codo, que sobresalía de la ventanilla, y dijo con gran excitación:

–¡Sabía que le encontraría! ¡Estaba seguro!

–Pero ¿de dónde sale usted? ¡Esto es absurdo!

–De absurdo, nada, Baltasar. Negocio, puro y duro. Ya le explicaré. ¿Ha encontrado a Betty?

Al periodista se le veía a punto de estallar de alegría, como si viniera andando desde Lisboa por encima del mar, flotando gracias a la idea fija de hallar a su amigo y preguntarle por su mujer.

–Sí, sí –contestó Baltasar, todavía fascinado por la aparición.

La caravana de automóviles parecía querer moverse.

–Suba usted. Justo ahora vamos a recogerla – dijo Baltasar, contagiado por la excitación de Heliodoro.

Antes de entrar en el *Lincoln*, Heliodoro se levantó sobre las puntas de los pies, dio un silbido, agitó una mano y señaló el vehículo que conducía Shackelford.

–¡Menuda casualidad! ¡Pero estaba seguro de que le encontraría! –dijo el periodista español–. Intuición. Llegamos ayer. Un equipo de publicidad. Estamos filmando un anuncio... ¿Le importa que le diga al taxista que procure acercarse a aquella furgoneta?

–No es un taxista. Es un colega suyo. Shackelford, le presento a Heliodoro Almécija, periodista español. Monsieur Shackelford, del *New York Post*.

Los dos desconocidos se sonrieron.

–¿Dónde va usted? –preguntó Baltasar.

–La verdad es que la lluvia nos ha chafado el plan. Ibamos a cruzar el puente de Brooklyn para tener de fondo los rascacielos de Manhattan.

–Pues, si no tiene otra cosa que hacer, véngase conmigo. Hemos llegado al final.

–¿Al final de qué?

–De la aventura. Planteamiento, nudo y desenlace. ¿No se acuerda usted de las clases de literatura? Estamos en el desenlace. No debe perderselo.

–Desde luego que no. Pero, ¿cuénteme qué ha pasado? ¿Cómo ha dado con Betty? Parecía imposible.

—No he sido yo quien ha dado con Betty. Ha sido este caballero, su colega. Los periodistas son ustedes extraordinarios.

Habían salido del tramo techado. Heliodoro gritó a los de la furgoneta que siguieran al *Lincoln*. Las nubes habían descargado casi toda el agua que transportaban, y el cielo había adquirido una luminosidad translúcida, como si una losa de alabastro estuviera filtrando el sol.

Baltasar descubrió algo inesperado en la furgoneta del equipo de publicidad de Heliodoro. De vez en cuando se volvía para comprobar que no se engañaba.

—Oiga. ¿Esa chica de la furgoneta, no es la hija de Cadavieco?

—¡*Efectiviwonder!* Es la modelo.

Baltasar se frotó la pierna dolorida, y miró hacia las nubes para ver si encontraba algún rodillo impreso con el destino de los hombres.

El tráfico iba perdiendo intensidad a medida que descendían hacia el extremo sur de Manhattan. Pasaron bajo el puente de Williamsburg, y antes de llegar al de Manhattan abandonaron la East River Drive, que se convertía ya en el viaducto de South St.

Shackelford aparcó debajo del paso elevado,

junto a un par de limusinas. A la orilla del río seguía en pie una barraca de cartón construida en forma de chalé unifamiliar.

A lo largo de aquel espacio cubierto, entre las negras columnas de hierro con remaches, había cajones abandonados y una variedad de objetos inservibles llenos de mugre. En un embarcadero, casi bajo el puente de Brooklyn, algunas lanchas daban topetazos contra el muelle, mecidas por las olas que provocaban los *ferries* que subían y bajaban por el río.

Se apearon los tres hombres del *Lincoln*. Heliodoro se quedó junto al vehículo, en pie, sin moverse. Baltasar esperó que Shackelford echara a andar hacia el “*Cafe Diner*”, al otro lado de la calle, para seguirle. El periodista negro dejó que el empresario español le alcanzara.

Heliodoro escrutó el interior iluminado del local sin descubrir a Betty. Luego se acercó a la furgoneta, que había aparcado más allá de unos cables roñosos extendidos en el suelo, y se asomó al interior.

—¡Abajo, chavales! Vamos a trabajar un poco, que aquí no llueve —les dijo. Y dirigiéndose a la hija de Cadavieco— Prepárate, reina, que estás en Nueva York y te tienen que ver guapa.

Del portal que daba acceso a la entrada del café surgió un ánima del Purgatorio con indumentaria

oscura. Las pupilas eran lo único vivo en su rostro cadavérico; su nariz, una espingarda; y sobre el cráneo, una gorra negra de lona con las iniciales de los “*Red Sox*” de Boston bordadas en rojo.

–*Hi!* –le saludó Shackelford–. ¿Dónde está la pelirroja?

–Escondida como una liebre.

Señaló con el dedo hacia los pisos altos del estrecho edificio del café.

Baltasar captó el mensaje, se coló en la entrada, y emprendió a pasos lentos la ascensión de una angosta escalera enmoquetada. Sentía en la rodilla un intenso dolor, producido por el porrazo contra el elevallunas del coche. Sus pies provocaban golpes sordos en los escalones de madera.

En el primer rellano encontró una puerta doble cerrada con cadena y candado. Sobre el dintel decía *Kitchen*. A un lado había una máquina de cigarrillos sin cigarrillos y un desfasado plano de Manhattan.

En el segundo rellano estaban los aseos, el de caballeros, estropeado y maloliente. Entre las dos puertas, un teléfono público sin auricular. Decoraban las paredes dos planos anacrónicos del aeropuerto de “La Guardia”.

En el tercer rellano le esperaba Néstor León.

Baltasar subió los últimos escalones sin mirarle. El aventurero se echó a un lado y dio unos pasos hasta una doble puerta abierta.

Daba entrada a un salón con mayor superficie que el café de tres plantas más abajo. Estaba abandonado, con sillas y mesas de restaurante cubiertas de polvo, amontonadas caprichosamente, como si hubiera habido una pelea diez años atrás y nadie hubiera vuelto a pisar el lugar. La parte que daba a la calle era todo un ventanal corrido, a la altura del viaducto. El cielo, ya abierto, filtraba la luz del ocaso en el salón devastado.

A quince o veinte metros de la cristalera, pasaban los coches con cierto aire majestuoso. El fondo del paisaje era la pilastra occidental del puente de Brooklyn, que descolgaba sobre el vacío los dos tirantes y su arco gigantesco.

Y en mitad del decorado, como una heroína de película, una mujer de pelo rojo dando la espalda a los recién llegados.

Tenía apoyadas las nalgas en una de las mesas, y los pies sobre el alféizar del ventanal. Sus piernas estaban enfundadas en unos pantalones negros ceñidos a las curvas del muslo y las pantorrillas. Sobre su cabeza, levantada hacia el cielo, flotaba una niebla. En la mano visible, que descansaba también

sobre la mesa recibiendo el peso de su cuerpo, humeaba un cigarrillo.

Baltasar la observó morosamente. Recorrió con los ojos el perfil de la mujer extraña, el volumen de un torso que no reconocía bajo la seda brillante de una blusa gris sin mangas, el brazo salpicado de pecas que bajaba hasta la mano con el cigarrillo.

Después se miró a sí mismo, a su interior, y se encontró raro por dentro, como si hubiera cambiado. Volvió enseguida la mirada a la mujer y la clavó en su pelo encendido, esperando que volviera la cabeza para verle los ojos.

Avanzó unos pasos entre el desbarajuste de muebles. Su rodilla herida golpeó la esquina de una mesa. El dolor se multiplicó, lanzando un eco por todo su cuerpo. Una silla colocada sobre la mesa perdió el equilibrio y cayó al suelo haciendo estrépito.

Betty se volvió y le miró. Baltasar estaba rígido por el dolor, pero también esperando algo, quizá una contraseña.

La mujer tornó a girar la cabeza hacia la calle, y el hombre comprendió que estaba todo dicho. Dos lagrimones recorrieron sus mejillas.

Brillaban en algún sitio un par de luces que no eran farolas. Algo que, aparentemente, ocupaba la atención de la pelirroja fumadora.

Baltasar dio media vuelta y retrocedió cojeando hacia la salida del salón. Al pasar junto a Néstor León sintió un calambre y crispó los puños. Antes de enfilarse por la escalera hizo un brusco movimiento y descargó, como si fuera un émbolo, una de sus manos apretadas sobre una serigrafía acristalada que representaba un anuncio de otra época.

Sonó un chasquido y se quebró el vidrio, que cayó tintineando a trozos sobre la moqueta. El puño de Baltasar, milagrosamente, estaba intacto.

Al salir a la calle, Baltasar Quesada se encontró con una escena esperpéntica bajo el viaducto.

Una chica en bañador. Una cámara de cine sobre un trípode. Dos focos atenuados por unas pantallas blancas. Y todo un equipo de rodaje dirigido por Heliodoro Almécija con su gorra verde de visera encasquetada hasta las cejas.

Delante de todos ellos, un tipo más bien bajo en traje de chaqueta, miraba con gesto torcido hacia el *Cafe Diner*.

Resueltamente, casi bailando, Viktor Radek se dirigió con las manos en los bolsillos de sus oscuros y planchados pantalones hacia Haffajee. Se plantó delante de él y hablaron un rato. El judío ruso se separó y entró en el café con Néstor León y Shackelford. El indostano, después de dudarle,

arrancó a andar hacia atrás, como si le costara retirarse.

De pronto se paró, agitó los brazos y cayó de espaldas. Al tiempo sonó una pequeña explosión y un grito.

Haffajee se levantó de un salto, furioso, y pegó un bote sobre el foco que había tirado al suelo al tropezar con un cable. El grito había salido de una boca femenina, porque el foco, al desplomarse, había rozado su cuerpo cubierto apenas por un bañador.

Se apresuró hacia un Cadillac en marcha, se coló en su interior, y el vehículo arrancó, perdiéndose entre las columnas de vapor que salían del asfalto de Catherine St.

## **Epílogo**

*New York*

Era casi de noche cuando Baltasar paró un taxi delante del *South St Cafe Diner*.

—¿Me puedes esperar aquí un rato? —preguntó a Heliodoro.

—Lo que haga falta —contestó sorprendido el periodista.

Se dejó caer Baltasar en el asiento trasero del vehículo amarillo y se dejó llevar. Se apeó en el Bowery, frente a la tienda de trajes de boda, y le dijo

al chófer que esperara. Llamó al timbre del apartamento de Priscila. Le abrieron y desapareció en el portal. Diez minutos después tornó a salir con un libro en la mano. Montó en el taxi, y regresó a la orilla del East River, donde el equipo había recogido ya los trastos.

Le aguardaban dentro del café.

Al asomarse, Baltasar echó una mirada general a la estancia.

–Se han ido –le indicó Heliodoro–. Todos. ¿Qué va a hacer ahora, Baltasar?

–No me llames de usted, por favor, Heliodoro... No sé qué voy a hacer –se aupó sobre una banqueta de la barra, se sentó y se frotó la rodilla–. Me siento un pobre cojo, como *Jacques le Fataliste*. Ignoro lo que está escrito allí arriba, no sé lo que quiero ni lo que puedo hacer. Quizá siga a esa fantasía que se llama razón. Supongo que debo ser prudente.

–La prudencia no asegura nunca el éxito. Sólo nos consuela y nos excusa de algo peor – Heliodoro jugueteó con un envase de salsa de tomate–. Yo también he leído a Diderot. Mi mujer es profesora en el Liceo Francés –luego le miró los brazos–. ¿No has traído la maleta?

–No. Me la he dejado. No había nada mío en ella. Sólo esta Biblia vieja, un regalo que no me

interesa en absoluto... –Dejó el Libro en la barra y se separó de ella.

Subieron a la furgoneta y se dirigieron hacia el oeste, en busca de la entrada del puente de Brooklyn.

Pasó el vehículo más allá de las pilastras occidentales y empezó a rodar sobre el vacío, entre Manhattan y Long Island.

–Espero que algún día me puedas contar en qué lío estaba metido Néstor León –dijo Heliodoro.

–Me temo que no podré. Nunca he llegado a entenderlo. No tiene importancia.

Baltasar Quesada introdujo la cinta de Pi de la Serra en el reproductor del automóvil, y Nueva York se llenó de esas palabras.

*“On son els prats?  
Tampoc no hi ha cavalls que en mengin l'herba.  
I els camps de blat,  
quan manquen homes per menjar-ne el pa?”*

(¿Dónde están los prados? Tampoco hay caballos que coman la hierba. ¿Y los campos de trigo, cuando faltan hombres para comer el pan?)

**FIN**